ESTUDIO MÉDICO-PSICOLÓGICO

SOBRE EL

ONANISMO

EN EL HOMBRE

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCIÓN SOBRE LOS DEMÁS

ABUSOS GENITALES

por el

DR. POUILLET

Versión española

CON NOTAS Y OBSERVACIONES

de

JOSÉ DE OLAVE Y ALONSO

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Montera, 21
—
1884

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 23.

INTRODUCCIÓN.

DE LOS ABUSOS GENITALES.

Antes de dar principio al estudio de la masturbación, y como introducción á este trabajo, nos ha parecido interesante decir brevemente lo que debe entenderse por abusos genitales, y, merced á dos definiciones, mostrar en lo que se diferencian de los excesos venéreos, con los que muy frecuentemente se confunden.

Excesos venéreos.—La repetición del coito normal, fisiológico, fuera de un verdadero deseo natural, constituye el exceso venéreo, ya que esta inmoderada práctica sea debida, bien al ardor de la imaginación, bien al uso de excitantes determinados.

Abusos genitales.—La realización, ó la tentativa, del acto genital, de un modo irregular, anormal, contra natura; en una palabra, sin que por objeto tenga la reproducción de la especie, constituye el abuso de los órganos generadores, sea cual fuere la edad y el sexo del individuo que así procede, y cualesquiera que

asimismo sean las causas (idiosincrasia, estado mórbido, interés, depravación, etc.) que arrastren á la acción. Dividiremos los abusos genitales á que el hombre abandonarse puede, en cuatro clases: la bestialidad, el coito incompleto, los coitos extra-genitales y la masturbación.

Bestialidad. — Por bestialidad se entiende toda relación genital ó contra natura, así del hombre como de la mujer, con un ser vivo que no pertenezca á su especie. La bestialidad era conocida de los hebreos, y Moisés, en el *Levítico*, formula de este modo el castigo de este crimen de lesa humanidad.

«V. 14. El hombre que se haya manchado con una bestia, será castigado de muerte.— Mataréis también la bestia.»

«V. 15. Y cuando alguna mujer se haya prostituído á cualquier bestia, matarás esta mujer con la bestia; morirán, porque su sangre ha caído sobre ellos (1).»

---

(1) Cap. xx. Biblia de J. F. Ostervald. Cambridge, 1873.—Asimismo en el *Deuteronomio* condena el legislador del pueblo hebreo las impurezas de Baal, diciendo:

«No ofrecerás en el templo del Señor el lucro de la prostitución, ni el precio del perro, cualquiera que sea el voto que hayas hecho, porque estas dos cosas son abominaciones delante del Señor tu Dios.»

Los libros cuentan que una cierta reina de Oriente, dominada por la lubricidad más violenta, hubo de mandar construir una vaca de bronce hueca, dentro de la cual se

Nacido en las ardientes comarcas asiáticas, como los refinamientos todos de la lubricidad, este torpe vicio fué conocido desde muy antiguo en Egipto, donde alcanzó hasta los honores de un culto religioso. Las mujeres tenían, en efecto, relaciones con Mendés ó Pau, el morueco sagrado.

Desde las orillas del Nilo se repartió por Grecia, y de aquí por el imperio latino, sometiendo á su yugo los hombres lo mismo que las mujeres.

«Nam et cabras, porcas, equas iniverunt,

---

acomodaba, para de esta suerte recibir las caricias de un toro, que, engañado por el artificio, creía cubrir á una vaca verdadera, siendo así que lo que gozaba era no menos que una mujer, y reina, degradada por el deseo lúbrico, hasta su grado más extremo.

Los historiadores afirman asimismo que Calígula, de quien Tiberio decía, por su índole perversa: «Tendrás todos los vicios de Sila y ninguna de sus virtudes;» como también: «Éste es una serpiente que vive para el género humano;» amó y casó con su caballo *Incitato*, para quien hizo construir caballerizas de mármol, pesebres de marfil, cabezadas de perlas y caparazones de púrpura, poniendo á servicio del animal multitud de pajes, un mayordomo, y hasta un secretario. Hizo que los cónsules mismos comieran en compañía de su caballo, al que agregó al colegio de sus sacerdotes, llegando hasta designarle como cónsul para uno de los años venideros. La noche anterior al día que debía salir *Incitato* velaban los pretorianos alrededor de la cuadra, á fin de que nada pudiera turbar el sueño del animal.

(N. del Traductor.)

viri et feminæ insano mascularum bestiarum amore exarserunt (1).»

En Roma, las serpientes criadas en el templo de Esculapio, ó conservadas en ciertas casas de placer para las matronas, servían, según diversos comentadores, para contactos extra-naturales, á los cuales se las aleccionaba con cuidadosa especialidad. Se deduce de un pasaje de Suetonio, que Alia, la madre de Augusto, fué manchada por una serpiente cierta noche que hubo de quedarse dormida en el templo de Apolo.

«Lego Atiam quum solemne Apollonis sacrum media nocte veniset, posita in templo lectica, dum ceteræ matrona dormirent, obdormisse: draconem repente irrepsisse ad eam pauloque post egressum: illamque expergefactam quasi a concubitu mariti purificasse se et statim in corpore ejus extitisse maculam, velut depicti draconis, nec potuisse unquam eximi, adeo ut mox publicis balneis perpetuo abstinuerit (2).»

Sin embargo, las mujeres buscaban especialmente los asnos, cuya salacidad bien conocida podía prometer mayor voluptuosidad á su insaciabilidad histérica.

---

(1) Plutarco: *Bruta animalia ratione uti*, c. XV.
(2) *Vita Augusti*, c. 94.

«.....Hic si
Quæritur, et desunt homine; mora nulla per ipsam,
Quominus imposito clunem summitat asello (1).»

En la Edad Media, la bestialidad se había repartido tanto, si no en mayor grado que en la antigüedad. Los hombres de armas se abandonaban á ella por todas partes donde pasaban, y todo era bueno para su apetito ; asnos, puercos, carneros, aves. Al decir de los historiadores, las compañías, cuando iban de marcha, eran seguidas de un rebaño de cabras ricamente enjaezadas, y que se reservaban á los jefes y á sus familias.

El vicio se hizo general, gracias al contagio del ejemplo.

Así no es extraño hallar en las obras teológicas la recomendación hecha al confesor de presentar á su penitente esta cuestión :

«Fecisti fornicationem contra naturam, id est, cum masculis vel animalibus coire, id est cum equo, cum vacca vel aliquo animali, cum avibus et piscibus?»

Preciso es reconocer igualmente que tiene razón de ser el pasaje siguiente de los estatutos de la Compañía de Jesús :

«Semper a viris gravibus atque in vita spirituali exercitatis audivi ne feles quidem ant canes tàngi á nostris oportere regulam per

(1) Juvenal, sat. VI, v. 332-333.

cum tactum violari pœnas irrogari vidi iis qui feles per jocum tetigissent (1).»

Debe asimismo admitirse qué necesaria era la sanción penal, unida al pecado bestial concebido por un individuo del clero:

«Item episcopus cum cuadrupede peccans decem annos pœniteat, presbyter quinque, diaconus tres, clericus duos.»

Felizmente en nuestros días este abuso genital es menos frecuente. Sin embargo, todavía se le encuentra entre algunos caballistas, en los campos entre los mozos de mulas, los arrieros; pero especialmente los pastores, porqueros, cabreros, vaqueros, guardadores de patos, paveros, etc., son los que más frecuentemente se entregan al acto bestial, con los animales encomendados á su guarda. Hay pocos pueblos donde no se conozca alguno de estos seres degradados, que los vecinos designan con los epítetos de capreadores, saltadores, cubridores de bestias.

No es muy raro (2), por lo tanto, ver á los tribunales condenando sujetos sorprendidos

---

(1) *Regulæ communes*, XXXIV.

(2) En Francia sí, pero en España nuestros tribunales no intervienen por lo común en delitos de esta naturaleza. Á lo menos, con la frecuencia que puede hacer suponer lo común de este abuso erótico.

(N. del Traductor.)

en flagrante delito de bestialidad en los lugares públicos.

Por un caso de esta naturaleza, una de las Cámaras correccionales de París, condenó el 5 de Enero de 1880 á cuatro meses de prisión y 16 francos de multa á un viejo de setenta y cuatro años, detenido el 2 del mismo mes, á las tres y media de la mañana, dentro de un urinario de la calle Puebla, en el momento mismo que había introducido su pene en la garganta de un gran perro de Terranova, y se disponía á manualizar al animal.

Del mismo modo otra Cámara, en 1879, pronunció la pena de seis meses de prisión y 16 francos de multa contra el llamado D....., natural de París, casado y padre de tres niños, quien se había dejado sorprender á las cuatro de la madrugada, en un urinario también, del *boulevard* Voltaire, de rodillas y teniendo un perro entre los muslos. El agente que hizo la deposición verbal señalaba, en su declaración del 7 de Febrero, que, guiado por los aullidos lastimeros de un animal, se había decidido á penetrar en el urinario, deteniendo al delincuente, cuyos vestidos estaban cubiertos de agua.

Coito incompleto.—El coito incompleto es un acto, normal al principio, pero que bruscamente deja de serlo en el momento mismo de la eyaculación espermática, á fin de que ésta se efectúe fuera de la vagina.

Esta antigua maniobra—Onan la practicaba,—á la que con razón se debiera dar el nombre de Onanismo, jamás se ha visto tan extendida como en nuestros días. Sin embargo, los confesores y los casuistas la han conocido, pues que por estas palabras : *emittere semen extra vas*, la caracterizaban; lo que parece demostrar que, en más ó menos grado, se ha ejercido siempre, no cesando de existir con el transcurso de los tiempos.

En la época actual, este extravío, si no general, por lo menos se encuentra ampliamente realizado en todas las clases sociales, lo mismo en la ciudad que en el campo; y su causa principal, casi única, puede decirse, es el terror á la progenitura.

No obstante, digámoslo de pasada, semejante manera de proceder está lejos de no ofrecer peligros para los que de ella usan, como lo han demostrado las investigaciones del doctor Bergeret (1). Y fuera de desear que, tanto para la sociedad, como para la familia y el individuo, se conociera por todos la obra de este observador; pues abriría los ojos de gran número de imprudentes y egoistas libertinos, deteniéndolos, sin duda, en la pendiente que recorren, no sospechando acaso el mal que

(1) *Des fraudes dans l'accomplissement des fonctions génératrices.*—París, 1877, quinta edición.

ocasionan, tanto á la especie humana, como á ellos mismos.

Coitos extragenitales.—Las relaciones extragenitales comprenden la sodomía y los coitos intermamario, axilar, interfemoral, poplíteo, interglúteo y bucal.

Sodomía.—La palabra sodomía es un término complejo, genérico, que sirve para designar el coito rectal (1). Este acto, que para su realización exige dos actores, un activo y un pasivo, ofrece diversos modos de cumplimiento, según que las condiciones del pasivo son diferentes. Tan pronto, en efecto, este es un hombre adulto, en cuyo caso la sodomía se llama andrerastia; tan pronto es un adolescente, ó las más de las veces un niño del uno ó del otro sexo, denominándose entonces pederastia la sodomía, que no debe confundirse con la Pedofilia. Á las veces el pasivo es una mujer; pero no sabemos que exista calificación determinada para esta variedad de sodomía que designe á los desgraciados que se abandonan á semejantes contactos: en cuanto á los hombres que á ellos se someten, se les conoce bajo los nombres de cinedes ó cinedeos, de *pathici*, de miñones;

(1) Algunos autores, D. Pedro Mata entre otros, designan con el nombre de sodomía al coito con animales: dando el nombre de pederastia al contacto rectal.
(N. del Traductor.)

señalándoles el pueblo con los dictados de *tías* y *mariquitas* (1).

Si es que en todo tiempo no ha existido este infame abuso, puede decirse que seguramente es muy antiguo. La Biblia lo prueba; y en la ciudad de Sodoma, que le lega su nombre, casi todos sus habitantes estaban dados á él con furor.

«V. 1. Llegaron, pues, los dos ángeles á Sodoma á la caída de la tarde; y Loth estaba sentado á la puerta de Sodoma. Y viéndoles Loth, levantóse á recibirlos é inclinóse hacia el suelo (2).»

«V. 4. Y antes que se acostasen, cercaron la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo junto, desde el más joven hasta el más viejo.»

«V. 5. Y llamaron á Loth, y le dijeron: ¿Dónde están los varones que vinieron á ti esta noche? Sácanoslos para que los conozcamos.»

---

(1) Mata dice que se debería llamar pederastia al uso de un hombre ó una mujer *á tergo; pederasta* á la parte activa, y *andrógino, kinodo* ó *pático* á la parte pasiva. *(Tratado de medicina y cirugía legal:* 1875, página 486, tomo I.) *(N. del Traductor.)*

(2) La circunstancia de ofrecer el original francés algunas deficiencias en este punto, ha hecho que se copiaran íntegros de la Biblia los versículos señalados. *(N. del Traductor.)*

«V. 6. Entonces Loth salió á ellos á la puerta, y cerró las puertas tras sí.».

«V. 7. Y dijo : Os ruego, hermanos míos, que no hagáis tal maldad.»

«V. 8. He aquí ahora, yo tengo dos hijas que no han conocido varón : os las sacaré fuera, y haced de ellas como bien os pareciere: solamente á estos varones no hagáis nada, pues que vinieron á la sombra de mi tejado.»

«V. 9. Y ellos respondieron : Quita allá. Y añadieron: Vino éste aquí para habitar como un extraño. ¿Y habrá de erigirse en juez? Ahora te haremos más mal que á ellos, y hacían gran violencia al varón, á Loth, y se acercaron para romper la puerta. »

. . . . . .

«V. 24. Entonces llovió Jehová sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre, y fuego de parte de Jehová desde los cielos.»

«V. 25. Y destruyó las ciudades y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades y el fruto de la tierra (1).»

El castigo celeste hirió á los culpables, pero no alcanzó al mal, sobre el cual Moisés vuelve á hablar más de una vez en sus libros en términos que prueban que la sodomía era ampliamente practicada en aquella época.

(1) *Génesis*, cap. XIX.

«V. 22. No te echarás con macho como con mujer: es abominación (1).»

«V. 24. En ninguna de estas cosas os amancillaréis: porque en todas estas cosas se han enviciado las gentes, que yo echo delante de vosotros.»

«V. 29. Porque cualquiera que hiciere alguna de todas estas abominaciones, las personas que tal hicieren serán cortadas de entre su pueblo (2).»

«V. 13. Y cualquiera que tuviere ayuntamiento con varón como con mujer, abominación hicieron: entrambos hande ser muertos, sobre ellos sea su sangre (3).»

«V. 27. Jehová te herirá de la plaga de Egipto, y con almorrana, y con sarna, y con comezón, de que no puedas ser curado (4).»

En el libro de Joël, en los de los Macabeos, se halla la prueba de que la prostitución pederástica existía entre los israelitas, como lo prueban los siguientes pasajes:

---

(1) El versículo 23 añade: «Ni con ningún animal tendrás ayuntamiento amancillándote con él: ni mujer alguna se pondrá delante de animal para ayuntarse con él: es confusión.»

Lo que prueba que no sólo la sodomía ó pederestia, sino que el bestialismo asimismo eran cosa por demás frecuente en el pueblo israelita. *(N. del Traductor.)*

(2) *Levítico*, cap. XVIII.

(3) *Ibid.*, cap. XX.

(4) *Deuteronomio*, cap. XXVIII.

«V. 3. Porque ellos han arrojado la suerte sobre mi pueblo, y que ellos han dado el joven mozo para la prostitución, y han vendido la hija por vino que ellos han bebido (1).»

«Porque él osa construir un gimnasio bajo la ciudadela misma, y poner en los lupanares los adolescentes los más hermosos (2).»

Importada por los fenicios ó los lidios desde Asia á Creta, la pederastia penetra bien pronto en la península helénica, donde, bajo el nombre de «amor griego,» es tan frecuentemente hallada entre los hombres, como el amor lesbio ó tribadia (3) entre las mujeres.

Los habitantes de Tebas, de Chalcis, de Chios, de Sipfnos, gozaban entre sus contemporáneos de la reputación merecida de sodomitas. Atenas, en fin, no tardó casi en poseer alrededor de sus gimnasios establecimientos de barberos, perfumistas, cambiantes, medicastros y casas de baños, donde se reunían los cinedeos y los que á buscarlos iban, siendo esto en número tal, que la ciudad de Minerva

(1) *Joel*, cap. III.

(2) *Macabeos*, cap. II, 12.

(3) La tribadia eufemismo, amor lésbico ó sáfico, denominaciones con que se designa la falsa cópula entre mujeres, es antiquísima. Se encuentra mencionada en el Antiguo Testamento. Los versos de Safo, la célebre cuanto desdichada amante de Faon, revelan la pasión que llegaron á inspirarla algunas de sus amigas favoritas. *(N. del Traductor.)*

adquirió tanta celebridad por sus pederastas, como Corinto por sus Etarias. De aquí el vicio irradió en todos sentidos, sin respetar nada.

«La sodomía se reparte por toda la Grecia; las escuelas de los filósofos se cambian en casas de corrupción, y los grandes ejemplos de amistad legados por el paganismo, no son, para la mayor parte, otra cosa que una infame torpeza velada por una santa apariencia (1).»

Plauto, Virgilio, Horacio, Juvenal, Petronio, Cátulo, Marcial, Ausonio, en sus escritos no se ocultan para hablar de la pederastia, y para demostrar así de una manera precisa que este abuso genital, introducido por la conquista entre los dominadores del mundo, se había implantado en las costumbres del imperio latino.

En Roma tomó proporciones considerables: la prostitución de los hombres tuvo sus especiales lupanares, que frecuentaban los jóvenes de buena familia:

«In tusco vico sunt homines qui ipsi venditant (2).»

«Pueri ingenui cum meritoriis versabantur (3).»

---

(1) *La Médécine des passions*, por el Dr. Descuret.—París, 1844; 2.ª edición, pág. 480.

(2) Plauto, *Curcul.*, 490.

(3) Cicerón: *Philip.*, II, 14.

Lo que no impedía, sin embargo, encontrar jóvenes afeminados en las casas públicas ordinarias, como lo prueban estos versos de Marcial:

«Intrasti quoties, inscriptæ lumina cellæ
Seu puer arrisit, seu puella tibi (1).»

Y no se crea que solamente el pueblo se abandonaba á estos vergonzosos hábitos, sino que el satírico acabado de citar se encarga de hacernos conocer que hasta en las graves asambleas se encontraban los cinedeos.

«Et habet tristes quaque turba cinædos (2).»

Y que el *mœchus calvus*, César mismo, era digno del epíteto que se le adjudicaba de marido de todas las mujeres, y de mujer de todos los maridos (3).

Por otra parte, las esposas, abandonando toda dignidad, se prestaban á las caricias extra-fisiológicas de los esposos.

---

(1) Lib. IX, epíg. 45.

(2) Lib. VII, epíg. 58.

(3) Calígula asimismo fué férvido sacerdote de la pederastia, pues tuvo relaciones con Apeles el Trágico, su íntimo consejero; con Citico, á quien en una orgía regaló dos millones de sextercios; con el cómico Muestero, á quien acariciaba en el teatro mismo, azotando por su propia mano á los que hacían la menor señal de desaprobación mientras representaba. *(N. del Traductor.)*

«Pædicare negas: dabat hac Cornelia Graccho.
Julia Pompeio, Portia. Brute, tibi.
Dulcia Dardanis nondum miscente ministro
Pocula, Juno fuit pro Ganymede Jovi (1).»

En vano es que San Pablo dirija de Corinto á los romanos esta Epístola, en la cual, enumerando sus crímenes, exclama:

«26. Por esto Dios los ha abandonado á las pasiones infames, porque las mujeres, entre ellos, han cambiado el uso natural en otro que es contra natura.»

«27. De igual modo, abandonando los hombres el uso natural de las mujeres, se han besado en su concupiscencia los unos á los otros, cometiendo hombre con hombre cosas infames, y recibiendo en sí mismos la recompensa que era debida á su extravío (2).»

En vano es asimismo que cerca de dos siglos antes de San Pablo, Scantinius, tribuno del pueblo, hubiese dictado la ley Scantinia (Año 169 antes de J. C.) contra los pederastas y sus miñones.

Ni el edicto del magistrado, ni la voz del Apóstol, detuvieron las impudicicias de estos vencedores del mundo, á su vez vencidos por la lujuria, más cruel que el gladio, según la enérgica expresión de Juvenal.

---

(1) Marcial, *In uxorem*, lib. XI, epíg. 104.
(2) *Epíst. ad Roman.*, cap. I.

Por otra parte, excitado diariamente por las Bacanales, las fiestas de Ceres, de Proserpina, las Phallophoras, las Catagogias, etc., etc., el romano vivía bajo una influencia erótica ; y sordo á toda exhortación, rebelde á toda traba, fatigado y hastiado de los goces naturales, quería y buscaba sensaciones nuevas, no retrocediendo ante monstruosidad alguna para saciar su lubricidad enferma.

¿Quién, por lo tanto, hubiera podido poner un freno á los apetitos de estos hombres que, ignorando el justo medio de las cosas, empujaban todo hasta los límites extremos de lo posible, y llegaban á caer fatalmente en la última abyección del vicio, del mismo modo que antes habíanse elevado á las más sublimes alturas de la virtud austera? ¿Qué autoridad moral , qué sanción penal hubieran sido capaces para oponer una valla á los extravíos de este pueblo corrompido , que tuvo la vergüenza, digna de él, de sufrir la dominación de los Tiberio, de los Nerón, de los Vitelio, de los Calígula y de los Heliogábalo?

La propagación de la doctrina de Cristo, las invasiones de los bárbaros y la desmembración del imperio, cambian la faz del viejo mundo y abren una era nueva. Las costumbres se purifican con el ejemplo y por el contacto de los guerreros, feroces, sí, pero castos, procedentes de los bosques del Norte; los refinamientos de

una civilización exagerada desaparecen poco a poco, arrastrando consigo una parte de los vicios que habían engendrado; la sodomía se hace menos frecuente; sin embargo, sobrevive á la caída de Roma, no extinguiéndose completamente, en medio de los desquiciamientos de la época de transición; se la practica menos, he aquí todo, y, no obstante, su rareza no es más que temporal.

Durante la Edad Media, en efecto, este vicio contra natura tiene como un renuevo de actividad: se muestra casi públicamente, sobre todo en ciertos países, adhiriéndose preferentemente á las clases más elevadas de la sociedad, que son asimismo las más disolutas.

Bien pronto invade al clero, y ni las más altas dignidades de la Iglesia consiguen librarse de su mancha:

«*Petrus*: Qui sunt isti candidi, comatulique?—*Julius*: Hos quidem animi causa alebam (1).»

«*Julius*: Venerem præposteram usque adeo spuream ducunt illi ut siquis vel nominet modo, et aerem et solem existiment pollui, nobis longe diversa sententia est (2).»

Sin sorpresa, pues, vemos trazar á los fundadores de los retiros religiosos reglas espe-

(1) Ulrich de Hutten, *Julius*.—Diálogo entre San Pedro y el Papa Julio II, pág. 39.

(2) Ibid., pág. 117.

ciales para preservar sus monjes del contagio. Así vemos á San Carión abandonar un monasterio donde se encontraba con su hijo Zacarías, todavía imberbe : «Ne monachos ejus eram adolescentuli commemorationem ægre ferentes offenderet» , ó escuchamos á San Pacomio prescribir : «que si uno de los hermanos es sorprendido riendo, jugando con niños ó teniendo amigos de temprana edad, será apercibido á la tercera vez de abandonar este hábito;» ó que leemos, por último, en los *Regulæ communes* de los Jesuítas : «Hanc ergo pudicitiam (la pederastia), prisci patres spectasse videntur cum juniorum contactum prohibeant (1).»

No sin razón, por lo tanto, colocaba San Isidoro «en el orden de las faltas más graves jugar, reir con los niños,» y Casiano prohibía detenerse siquiera un instante con los Hermanos, sobre todo con uno que fuera más joven, hablar con él separadamente y tenerse cogidos por la mano. Y San Teodoro Studita decía: « No recibirás en tu celda un discípulo joven. » Santa Dorotea exclamaba: «¡Huid de las conversaciones con los jóvenes, y rechazad su amistad, *ut amicitiam diaboli.*»

Así es que todos pensaban lo que el muy cristiano doctor Juan Gerson escribió en el siglo XIV: «*Vertatur spiritualis amor in libidinosum carnalenque amorem.*»

(1) *Reg.*, com., XXIV.

Por esto es por lo que los casuistas se veían en la necesidad de establecer una penalidad contra los ministros culpables :

«Presbyter cum puella meretrice peccans, annos duos pœniteat, si cum ancilla dei ant masculo, et si cum proprio fratre, quindecim annos.»

En los tiempos modernos la sodomía se practica en mucho menor grado, haciéndose casi un vicio de excepción, sobre todo en Occidente. Sin embargo, los italianos que llevó á Francia Catalina de Médicis implantaron por cierto tiempo en el Louvre este abuso, rápidamente contagioso, dando al mundo el extraño espectáculo de las licencias religiosas y eróticas, á las que se libraban los páticos, los miñones reales; desórdenes que presidían los reyes, pederastas y cinedeos también.

Más raro hoy que antiguamente el coito rectal, no está, sin embargo, tan abandonado como piensan ciertos optimistas; añadiremos aún que todavía existe más repartido de lo que se cree, sobre todo en ciertas regiones y determinadas clases de individuos. Entre los pueblos citaremos Turquía, la China, las Indias, donde existen casas de prostitución pederástica, Egipto, Argelia, Italia (1), las costas

(1) En Italia este vicio es tan antiguo como general. Los *proxenetas* ó terceros, lo mismo ofrecen á los aficionados *bello ragazzo* como *bella ragazza*. (Mata, *Med. leg.*, página 485.) *(N. del Traductor.)*

mediterráneas de Francia, las grandes ciudades y las capitales : entre los hombres señalaremos los marinos, los soldados, los presos, los domésticos de los lupanares, las dueñas de prostitutas, los ladrones y los célibes en contacto diario con los niños que tienen obligación de moralizar y de instruir.

De los diferentes modos sodómicos que hemos señalado, la andrerastia es la menos frecuente; la pederastia, y, sobre todo, el coito rectal de hombre con mujer, están más extendidos en nuestra época, en París principalmente.

Las causas habituales de estas prácticas son en los activos el atractivo de un nuevo placer, la depravación, la carencia absoluta de mujeres; en la edad núbil, unas veces el temor de las enfermedades venéreas, otras el miedo á la progenitura: en los seres pasivos son una aberración de la imaginación, y, en general, la idea del lucro, así como una impunidad casi asegurada del robo y de la estafa.

La sodomía no es en nuestros días una excepción, decíamos precedentemente, y los que quieran la prueba de nuestra aserción, recorran para encontrarla la *Gazette des Tribunaux* ú hojeen el trabajo del doctor Tardieu (1),

(1) *Etude médico-légale sur les attentats aux mœurs.* Sexta edición; París, 1873.

cuyas investigaciones se hallan basadas sobre 302 casos de sodomitas, lo mismo agentes que pacientes.

Si todavía dudasen, interroguen á los médicos de Lourcine, y sabrán que de cada cien prostitutas que entran en este hospital, sesenta, como mínimun, han sufrido la desfloración rectal.

Bien que sea un corolario de las relaciones antinaturales del hombre con la mujer, aún es más triste decirlo.

El lecho conyugal es muy frecuentemente manchado por estas torpezas á las que seres indignos del nombre de esposos tienen la vergüenza de condenar á sus inocentes compañeras, ya por lubricidad, ya con el objeto de sustraerse á las cargas de la paternidad.

Más de una confidencia hemos recibido á este propósito, y no somos el único médico que se encuentra en el mismo caso. Bergeret (1) cita cuatro observaciones de mujeres sodomizadas que habían tenido necesidad de sus consejos, y refiere que ha notado este fraude genésico, no solamente entre los habitantes de nuestras pequeñas ciudades, si que también en los campesinos de los pueblos.

---

(1) *Des Fraudes*, etc., p. 179.

Tardieu (1) dice: «Poco tiempo después del matrimonio, en general, es cuando los hombres inclinados á tan depravados gustos comienzan á imponérselos á sus mujeres. Estas, en su inocencia, se someten al principio, pero más tarde, advertidas por el dolor ó instruídas por una amiga, por su madre, se resisten más ó menos penosamente á actos que no son desde entonces solicitados ó realizados más que por violencia.»

¡Y cuán relativamente pequeño es el número de las que resisten, comparado á la cifra de las que resígnanse, y sufren en silencio antes que entablar una acción judicial contra sus maridos!

Coito bucal.—El acto sodomítico no es el único modo de conjunción extra-genital. Existen otros que ya quedan enumerados, y que no reproducimos nuevamente. Á decir verdad, son muy poco comunes, y practicados no más que por sifilófobos incorregibles, por delirantes libertinos y por viejos maníacos; sin embargo, estos seres existen, y la presencia muchas veces comprobada de chancros en las regiones incriminadas, no deja ninguna duda sobre su origen. Más de un práctico ha tenido ocasión de reconocer este hecho, y el doctor Hacker ha encontrado y observado la úlcera venérea en el hueco de la axila y en el

(1) *Etude médico-legale*, etc., pág. 203.

espacio intermamario, en las mujeres públicas de Leipzig.

Sin querer extendernos sobre este asunto repugnante, no podemos, sin embargo, dejar de decir algo sobre el más empleado de los contactos contra natura, esto es, sobre el coito bucal, porque parece,—tan frecuente es en el día,—que este acto repugnante sea una cosa natural, una conjunción fisiológica, hasta el extremo de que los que se escandalizan y tapan los oídos al oir pronunciar las palabras sodomía y pederastia, apenas consideran esta anomalía viciosa como un pecado insignificante; consecuencia inevitable, resultado fatal del general descenso que se observa en la moralidad pública.

Muy á la moda entre los griegos y los romanos, como á demostrarlo vienen mil pasajes de escritores que podríamos transcribir, si no nos lo vedase el temor de ser tachados de pedantes, la irrumación (1) de tal manera se ha hecho habitual entre nosotros, que pocos jóvenes existirán de esta generación sobre los cuales no se haya practicado, y pocas mujeres galantes ó prostitutas se encontrarán asimismo que se resistan á desempeñar el oficio de fellatrices (2).

(1) Irrumare; penen in os arrigere.

(2) Fellatrix dicitur ea quæ vel labris vel lingua perfricandi atque exsugendi officium peni præstat.

Muchas hijas de la capital prefieren la succión peneal al coito normal ó fisiológico, no teniendo el menor inconveniente en alabarse de ello; algunas llegan hasta crearse una especialidad única de esta maniobra, y son por demás buscadas, muy conocidas de los hombres por su habilidad en este arte repugnante de destilar la voluptuosidad.

Tengamos nosotros, á quien se revelan los secretos de la alcoba, el valor de decirlo: este abuso genital ha franqueado el umbral de la cámara conyugal, y reina como soberano sobre el lecho nupcial, empujando hacia el desprecio al hombre respecto de su mujer, y á la repugnancia de la esposa respecto de su marido.

Cualquiera que sea la opinión de los escritores eclesiásticos que no ven un pecado mortal en la acción de *virile membrum in os mulieris immittere*, y por lo tanto, en la acción de *virile membrum in os accipere,* nosotros hemos de considerar el coito bucal y sus maniobras ,—la irrumación y la fellación,— como crímenes de lesa naturaleza, como actos degradantes é indignos de la humanidad, á la que hacen descender por bajo de la animalidad misma. No pueden admitirse excusas sobre tales vergüenzas, y digan lo que quieran los canonistas sobre este asunto, persuadidos estamos que deber de todo moralista es seña-

lar torpezas semejantes para estigmatizarlas como se merecen.

Masturbación.—Este último abuso es el objeto principal del presente libro; vamos á esforzarnos en estudiarlo en las páginas siguientes bajo todos sus aspectos y con todo el cuidado que requieren su importancia y su gravedad.

CAPÍTULO PRIMERO.

GENERALIDADES.

Entre los diversos autores recomendables que se han ocupado de la masturbación, el mayor número ha descuidado el trazar la definición, considerándola como inútil y conocida de todos: bajo el punto de vista científico, creemos que han obrado equivocadamente. En efecto; lo que corrobora nuestra creencia es que la minoría de los escritores que no han creído deber seguir este ejemplo casi general, y que han definido el acto, lo han hecho de un modo ligero, deficiente, ilógico.

Si á un lado dejamos los diccionarios, que no nos dan sino una explicación etimológica, esto es, completamente sumaria é incompleta, y si abrimos la tesis inaugural de A. Schwartz, hallamos que, «el onanismo ó crimen de Onán, es un hábito funesto, seguido de una evacuación contra natura del licor espermático provocado por tocamientos ó por el efecto de una imaginación ardiente (1).»

(1) Strasbourg. Año 1815, p. 3.

Tal modo de considerar el abuso de que se trata es defectuoso hasta no más: es la definición, efectivamente, de una parte; no comprende sino una de las maneras como la masturbación puede practicarse, el contacto manual, y no puede aplicarse más que á una clase de seres, los púberes. Además, establece una imperdonable confusión entre un hecho querido y una manifestación independiente de la voluntad, no separando en nada la manualización de la espermatorrea.

«Yo comprendo bajo las denominaciones onanismo ó masturbación, todo acto por el cual, y fuera de las relaciones regulares entre el hombre y la mujer, se provoca la sensación voluptuosa de los placeres del amor.

»Esta definición es mucho más lata que las de los diversos autores que han tratado de este vergonzoso vicio, puesto que comprende, no sólo la masturbación propiamente dicha, es decir, los placeres solitarios, excitados por el socorro de la mano, si que también los artificios por los que el refinamiento de una corrompida civilización solicita los órganos debilitados para reanimar una virilidad ausente.»

Tal es textualmente la definición redundante, más pesada que correcta, más pretenciosa que justa, presentada y especialmente

destinada á las gentes de mundo por el doctor Jozan (1).

Si, como el autor se apresura á señalar, tiene *la ventaja de ser más larga que la de los diversos autores que han tratado de este vergonzoso vicio*, tiene el inconveniente de no ser mejor, falta de precisión, y á más, á causa de su extensión, por lo menos arbitraria si no extravagante. Aparte de las relaciones regulares entre la mujer y el hombre, encontramos, en efecto, la sodomía, la bestialidad, el coito incompleto; y entre los *diversos artificios por los que el refinamiento de una corrompida civilización solicita los órganos debilitados para reanimar una virilidad ausente*, es preciso citar la fellación, y, sobre todo, la irrumación, los besos *more columbino*, los bailes lascivos, la flagelación, la urticación, la paletación, el sobo, las fricciones, etc., etc., cosas todas que se confesará no pueden ser tomadas por un espíritu justo como un mismo y único abuso genital, piense lo que quiera el Dr. Jozan.

Dice el Dr. Moussaud: «La masturbación es el acto que provoca y determina la eyaculación del licor prolífico por maniobras solitarias, medios culpables extraños á las leyes exigidas y previstas por la naturaleza.»

Esta definición no vale más que la prece-

(1) *Traité pratique des maladies des voies urinaires.*

dente: de una parte, lo mismo que A. Schwartz, el Dr. Moussaud (1) olvida que la eyaculación del licor prolífico no tiene lugar en los impúberes que carecen de esperma, sin que por esto dejen de torturar su pene ; por otra parte, lo mismo que M. Jozan, hace entrar, sin cuidarse de ello, en el cuadro de la masturbación todos los demás abusos genitales.

Por lo que á nosotros hace, nos contentaremos con estos tres ejemplos, que, con exceso, muestran no era tan inútil como muchos escritores serios han pensado al omitirla, una buena definición.

Intentaremos á seguida llenar la laguna abierta por nuestros predecesores, después de haber establecido la sinonimia extranjera y francesa de la masturbación.

Latín: Masturbatio, mastupratio, manustupratio, manusturbatio, manustuprum, manus stuprum, onanismus, onania, luxuria manuensis.

Italiano : Mastuprazione, onanismo.

Español : Masturbación, onanismo (2).

Inglés : Masturbation, onanism.

---

(1) *Precis pratique des maladies des organes genito-urinaires.* París, 1876.

(2) También en nuestro idioma se designa la masturbación con los nombres de manía erótica, quiromanía, placeres ilícitos, vicio solitario, abuso de sí mismo, pasión solitaria, y otros. *(N. del Traductor.)*

Danés: Selvbesmittelse, onani.

Alemán: Selbstbefleckung, selbstchwoechung, schossünd, onanie.

Francés: Masturbation, manusturbation, manustupration, mastupration, manuélisation, manuélisme, souillure manuelle, vice manuel, fureur manuelle, passion manuelle; Cheiromanie, chiromanie; Spermatorrhée volontaire, spermatorrhée provoquée; Pertes séminales volontaires, pertes séminales provoquées; Passion génitale, fureur génital, vice génital, manœuvres génitales; Passion contre nature, vice contre nature, manœuvres contre nature; Passion solitaire, manœuvres solitaires, vice solitaire; Attouchements solitaires, libertinage solitaire; Onanisme, crime d'Onan, vice onanique, fureur onanique, habitude onanique; Souillure génitale; Pollution génitale, pollution provoquée, pollution volontaire, etc., etc., etc.

Tales son las expresiones que sirven para designar el idéntico abuso de los órganos sexuales: digamos de paso que todas son más ó menos impropias.

Manustupración;—*Manu*, con la mano, y *stuprare*, manchar, y todos sus derivados, manualización y todos sus análogos, serían términos excelentes, si la mano fuese el único instrumento empleado para engendrar el placer; pero no siempre es así, bien que, sin ne-

garlo, sea el órgano que de preferencia sirve para este propósito.

Cheiromanía—χείρ, χείριας, mano, y μανία, pasión, furor—es susceptible del mismo reproche.

Espermatorrea voluntaria, pérdidas seminales provocadas, etc., señalan una evacuación prolífica que no tiene lugar en los impúberes.

Pasión, furor genitales, designan tanto el exceso como el abuso de los órganos de la generación.

Vicio contra natura, maniobras contra natura, etc., son denominaciones que lo mismo se aplican á los demás abusos que á uno solo en particular.

Libertinaje solitario, pasión solitaria, etc., tienen el defecto de hacer creer que el abuso de sí mismo jamás se ejecuta en común, lo que tiene lugar bien frecuentemente entre los niños, los jóvenes y aun los adultos.

Onanismo, hábito onánico, etc., maniobra onánica, vicio onanístico, etc., son términos defectuosos, que hacen remontar á Onán el origen de un acto, del que no es culpable, como Teraubio (1) y Lallemand (2), después de él, lo hicieron notar ya. Esto es debido á un error en la interpretación del siguiente pasaje del Génesis, que todos los autores han citado,

---

(1) *Traité de la Chiromanie*. París, 1826.

(2) *Des pertes séminales involontaires*. París, 1836-42.

y sobre el que se han apoyado, sin darse cuenta de lo que significaba:

«V. 8. Dixit ergo Judas ad Onam filium suum: Ingredere ad uxorem patris tui, et sociare illi.»

«V. 9. Ille sciens non nasci sibifilios, introiens in uxorem patris sui, semen fundebat in terram, ne liberi fratris nomine nascerentur.»

«V. 10. Et idcirco percussit eum Deus eo quod rem detestabilem faceret (1).»

Para hacer comprender bien esta frase bíblica, debemos hacerla preceder de algunas notas sobre los hábitos y costumbres hebreas, datos que nos va á proporcionar el quinto libro de Moisés.

«V. 5. Cuando algunos hermanos estuvieren juntos y muriere alguno de ellos, y no tuviere hijo, la mujer del muerto no se casará fuera con hombre extraño: su cuñado entrará á ella, y la tomará por mujer, y hará con ella tal parentesco.»

«V. 6. Y será que el primogénito que pariese ella, se levantará en nombre de su hermano el muerto, porque el nombre de éste no sea raído de Israel.»

«V. 7. Y si el hombre no quisiere tomar á su cuñada, irá entonces la suya á las puertas

(1) Cap. XXXVIII.

de los ancianos, y dirá: Mi cuñado no quiere suscitar nombre en Israel á su hermano: no quiere emparentar conmigo.»

«V. 8. Entonces los ancianos de aquella ciudad lo harán venir y hablarán con él; y si él se levantare y dijere: No quiero tomarla,»

«V. 9. Llegaráse entonces su cuñada á él, delante de los ancianos, y le descalzará el zapato de su pié, y escupirále en el rostro, y hablará, y dirá: «Así será hecho al varón que no edificare la casa de su hermano (1).»

Esto conocido, podemos reconstituir verídicamente el episodio que concierne á Onán.

De la hija del Cananeo Sua, Judá había tenido tres hijos, Er, Onán y Sela.

«V. 6. Y Judá tomó mujer para su primogénito Er, la cual se llamaba Thamar.»

«V. 7. Y Er, el primogénito de Judá, fué malo á los ojos de Jehová, y quitóle Jehová la vida.»

Como acabamos de ver, era para Onán un deber desposarse con la viuda de su hermano; así, el *Génesis*, continúa:

«V. 8. Entonces Judá dijo á Onán: «Entra á la mujer de tu hermano, y despósate con ella, y suscita simiente á tu hermano.»

---

(1) *Deuteronomio*, cap. XXV.

Los versículos todos están tomados literalmente de la Biblia, por ser deficiente el original francés.

(N. del Traductor.)

Onán se guarda bien de desobedecer á su padre ni á la ley, pero

«V. 9. Y sabiendo Onán que la simiente no había de ser suya, sucedía que cuando entraba á la mujer de su hermano, vertía en tierra por no dar simiente á su hermano.»

«V. 10. Y desagradó en ojos de Jehová lo que hacía, y también quitó á Onán la vida.»

Es evidente que Onán cometía, en sus relaciones con Thamar, un acto reprensible, un abuso genital; pero salta á la vista que este abuso era el coito incompleto, y en modo alguno la masturbación. El contacto era normal, regular hasta la eyaculación, que tenía lugar *extra vas*, es decir, fuera de las partes sexuales de la mujer.

Y si de esta suerte procedía el hijo segundo de Judá, no lo hacía sin razón. Cambiado, por la muerte de su hermano, en el mayor de la familia, y autorizado por la ley para tener muchas mujeres, podía esperar de una de ellas un hijo que realmente le correspondiera, llevando legalmente su nombre y perpetuando su línea en Israel. Por esto consideraba como una cosa sumamente perjudicial á su interés hacer concebir á Thamar un vástago, cuyo nacimiento le arrebataba el derecho de mayorazgo y toda la herencia de su hermano.

Hagámoslo notar; el castigo del Eterno se dirige menos al acto mismo que á la intención

criminal de Onán; á la fraudulenta habilidad, mediante la que elude la ley formal, que, bajo la sanción de un escándalo público y del general desprecio, le obliga á desposarse con su cuñada.

Polución, polución genital, polución provocada, significan ordinariamente en patología excreción espermática, evacuación seminal independiente del coito. Comprendidas de este modo, tales voces no son superiores á las otras ya enumeradas. No obstante, si en vez de concederla la extensión aceptada generalmente, aun cuando sea forzada, se diese á la palabra polución su sentido etimológico, que no abarca la idea de eyaculación (*polluere*, profanar, corromper; *pollutio*, corrupción, mancilla), la denominación de polución genital, lo mismo que la de mancilla genital, sería la mejor que pudiera emplearse. Podría, efectivamente, aplicarse tan exactamente á los púberes, que tienen verdaderas emisiones de licor prolífico, como á los impúberes, en los que esto no tiene lugar; señalaría satisfactoriamente un acto antifisiológico distinto de los coitos incompleto y extra-genital, obrando sobre los órganos sexuales, sin especificar demasiado absolutamente el modo de su producción, como la palabra masturbación, ni el procedimiento exclusivamente personal, como la denominación de libertinaje solitario, ni tampoco, por

último, una procedencia errónea, como la palabra onanismo. Es indudable, á pesar de todo, que por largo tiempo todavía se hará uso de las denominaciones precedentes, que han de prevalecer, aun cuando sólo sea por haberlas consagrado el uso hace más de medio siglo, por lo que nos hemos visto obligados, no obstante nuestros escrúpulos, á servirnos en la portada de este libro de la palabra impropia *onanismo*, á fin de ser fácilmente y por todos comprendidos.

Definición.—Después de este resumen crítico, parécenos posible dar una definición más exacta y mejor limitada que las citadas más arriba, según como nosotros lo entendemos, de la polución genital.

En el hombre, lo que se llama impropiamente masturbación ú onanismo, es «*una maniobra personal ó extraña, que produce toda una serie de cosquilleos, estirones, titilaciones, frotaciones, sacudidas, conmociones, ejecutadas independientemente de un coito normal ó anormal sobre las partes sexuales, mediante la ayuda de un cuerpo vivo, de instrumentos cualesquiera ó de movimientos corporales determinados, con el inmediato objeto de provocar el eretismo genital, y*: 1.°, *hacer nacer en los impúberes una especie de estado voluptuoso, seguido de una relajación nerviosa;* 2.°, *determinar en los púberes la producción de un espasmo erótico,*

acompañado generalmente, pero no siempre, de la salida al exterior del licor seminal.»

Origen.—Más fácil es decir que la polución genital, antigua como el mundo, ha existido en todos los tiempos, que probar esta afirmación cuando se tiene la persuasión de que Onán, lejos de ser un masturbador, era no más que un defraudador vulgar en el cumplimiento de las funciones conyugales. No existen, con efecto, pruebas irrecusables de la existencia de este abuso en las épocas primitivas. Sin embargo, ésta no es razón bastante para negar se practicara entre los primeros hombres. Ciertas deducciones análogas nos permiten, por el contrario, tener, no una certeza absoluta, pero á lo menos grandes presunciones, de que la masturbación era conocida por los habitantes de la tierra en los tiempos más remotos.

Por una parte, está averiguado que los machos de los animales privados de sus hembras, y torturados por el celo, se esfuerzan en provocar en sí la emisión espermática, y que algunos consiguen su propósito.

Uno de los elefantes de la casa de fieras, muerto hace veinte años, — escribía Lallemand (1) en 1836,—se procuraba eyaculaciones frecuentes y abundantes con la ayuda de

(1) *Loc. cit.*, pág. 406, tomo I.

ciertos movimientos que sabía imprimir á su maza, habiéndose creído que este hábito había contribuído á su fin prematuro.

»Yo he visto en las yeguadas un pollino vigoroso, que había necesidad de vigilar muy de cerca cuando su ardor no se empleaba en la reproducción de mulas; este animal colocaba los piés delanteros sobre un pesebre, y acercaba en seguida el cuarto trasero, hasta que el pene pudiera ser abrazado por los miembros anteriores.

»El doctor Montegre relata un hecho semejante, referente á un caballo andaluz que existía por su tiempo en la escuela de veterinaria de Alfort.»

¿Quién no ha visto á los perros que ordinariamente viven encerrados, masturbarse contra los piés de una silla, de una mesa, del lecho, y aun contra el suelo?

Se ha notado además que los animales más dedicados á este abuso son aquellos cuya conformación se aproxima á la del hombre, tales como el oso, y especialmente el mono; dos animales que se sirven generalmente de sus manos.

¿Qué de extraño tiene que el hombre, á quien su organización permite todos los movimientos, y cuyas partes genitales se encuentran, por decirlo así, bajo la mano, qué extraño es que el hombre dominado por la pa-

sión erótica, y casi privado por este hecho de la razón, no haya procedido del modo que los animales, supliendo por un abuso la imposibilidad del coito; él, cuyo ingenio es tan grande, y á quien la necesidad hace tan industrioso?

Por otra parte, como lo veremos al hablar de la etiología, existen causas, tan pronto anatomo-fisiológicas como patológicas, que pueden indistinta y espontáneamente engendrar la idea de masturbarse, lo mismo en el niño que en el adulto. Ahora bien: estas causas existirían hace seis mil años lo mismo que al presente, y debían antiguamente determinar los mismos resultados que hoy, puesto que son de esencia física é inherentes á la naturaleza propia del hombre. Tales son las razones de analogía sobre las que fundamos la presunción emitida por nosotros de la existencia de la masturbación en todas las épocas del mundo.

Historia.—Si prescindimos de los versículos del cap. XXXVIII del *Génesis*, cuyo sentido verdadero hemos restablecido, no encontraremos en el *Pentateuco* y en el Antiguo Testamento nada de nombrado, nada de preciso, á propósito de la masturbación.

Esto no prueba gran cosa ciertamente, y no se debe razonablemente inferir de aquí que los israelitas y sus contemporáneos, acusados

de actos más vergonzosos, no practicasen éste. Todo lo más se puede deducir, ó que no siendo de ordinario este abuso sino un atentado sobre sí mismo fácil de ejecutar y permanecer secreto, era menos aparente y no tan apreciado como la sodomía y la bestialidad, ó todavía que estaba ciertamente menos repartido durante la época mosaica, después de haber sido, por el contrario, de los más frecuentes en los tiempos anteriores á Abraham, el vulgarizador de la circuncisión, como piensa un autor á quien no es extraño el Talmud.

Conociendo sin duda la frase siguiente que en 1836 escribía el rabino Zahira (1): «El árbol que lleva el fruto prohibido significa el miembro viril; no es el árbol colocado en medio del Eden, sino el que está en medio del cuerpo, que no es el centro del jardín, sino la porción central de la mujer, porque aquí es donde el jardín está plantado,» el Dr. Vanier, del Havre (2), levanta con atrevida mano el velo simbólico que esconde el sentido bíblico, y cree ver entonces que el fruto reservado del árbol de la ciencia del bien y del mal es el placer ilegítimo de la carne, y que la falta cometida por Adán y Eva, personificaciones de la primera generación humana, no

(1) *Nork-Braminen und Rabinen*, p. 91.

(2) *Causes morales de la circoncisión des israélites.* París, 1849.

es otra sino el abuso (1) del órgano carnal.

«La raza de Adán ha pecado contra las leyes de su propia naturaleza. En esto ha consistido su desobediencia, y el mal ha entrado en el mundo con esta rebelión del hombre y de la mujer contra el grito de su conciencia, en el fondo de la cual una voz secreta, que era la de Dios, había colocado el instinto y la posibilidad del acto ilícito, al lado del instinto y de la posibilidad del acto lícito y natural....

»Esta falta, que ha perdido el mundo; este vicio por el cual la primitiva humanidad se ha alterado en su origen, nosotros le indicamos: nosotros no podemos trazar el nombre; él lleva consigo la vergüenza de la humanidad (2).»

Si es verdadera esta interpretación, á la vez que demostrando perentoriamente la práctica de la manualización en los tiempos primitivos, explica juntamente, no de una manera mística y revelada, sino moral é higiénica, la institución de la circuncisión, con ayuda de la que Abraham, y después Moisés, han querido poner un freno al azote que degradaba su pueblo.

En efecto: buscando la razón física del abuso genital, estos legisladores creyeron en-

(1) ¿No sería el uso en vez del abuso? *(N. del T.)*
(2) *Ibidem*, p. 86.

contrarla en la existencia del prepucio, de ese repliegue móvil, que por los frotamientos, los cosquilleos que ejerce sobre el glande, irrita los nervios y engendra el eretismo local. Ellos vieron en el prepucio «una causa incesante del mal, una excitación permanente á la perpetración de un coito, contra el cual la naturaleza protestaba lo mismo que el porvenir de la sociedad (1).»

Conocida la causa, el remedio estaba encontrado: el prepucio debía caer bajo la cortante piedra. Esta operación venía á ser el medio preventivo de la masturbación. Mas para hacer aceptable una institución semejante, preciso se hacía ocultar el verdadero por qué; había necesidad de darla una sanción poderosa, indiscutible. Se hace, por lo tanto, punto de fe, se le rodea del misterio, y se promulga el establecimiento de la circuncisión en nombre del Eterno, bajo la forma siguiente:

«He aquí el pacto de la alianza eterna que Dios hace con su pueblo, hasta la última generación: cortaréis vuestro prepucio. En señal de esta alianza, todo niño varón será circuncidado el octavo día de su nacimiento, que sea libre ó esclavo, que pertenezca ó no á vuestra raza. ¡El que conservará su prepucio entero, será maldito!»

---

(1) Venier (du Havre), *loc. cit.*, p. 105.

Es cierto que la postetomía es un remedio preventivo, no infalible, pero á lo menos muy poderoso de la masturbación en la juventud y en la infancia: así su aceptación y práctica entre muchos israelitas, á partir de Abraham, y entre todos los judíos, desde Moisés, explican perfectamente el silencio de la Biblia sobre esta costumbre genital, sin duda muy poco frecuente y casi excepcional entre los circuncidados.

En Grecia la masturbación debía hallarse muy repartida. Frecuente entre las mujeres, que la ejercían en común bajo los nombres de tribadismo ó amor lésbico, sería ilógico creer que los hombres no la practicasen; ellos, que apenas estimaban á la mujer y que, al decir de Galeno, pensaban que el licor seminal era un humor nocivo, del que se hacía necesario desembarazar el organismo lo más pronto posible.

De una parte, la existencia de la pederastia es una prueba indirecta de la existencia de la manualización. En efecto: en todos los tiempos los sodomitas activos se han esforzado en dar á sus páticos la mayor suma posible de voluptuosidad. Ahora bien: ¿la masturbación no es el medio más simple de proporcionar el objeto deseado? Los cinedeos,—esto para nosotros está fuera de duda y resalta admirablemente de los retratos que los antiguos escri-

tores nos han dejado, retratos análogos á los que se pueden trazar hoy de los masturbadores,—los cinedeos, decimos, eran las víctimas de la manualización personal, ó mejor, extraña. Ahora bien : los miñones eran numerosos en Grecia, circunstancia que no habla muy alto en favor de la rareza del abuso de que estamos tratando.

Por otra parte, la existencia de la espermatorrea, descrita por Hipócrates bajo el nombre de consunción dorsal, y que, según él, atacaba no ya sólo á los jóvenes casados, si que igualmente á los libertinos, es todavía una prueba más afirmativa de la práctica manual. Sabemos, en efecto, que si la tabescencia reconoce entre otras causas el exceso venéreo, es más frecuente verla ser una consecuencia de la polución provocada. Philipo refiere que de 109 espermatorréicos observados por él, 97 atribuían su enfermedad á las maniobras manualizadoras, mientrasque de los restantes, dos solamente rechazaban la etiología basada en los excesos coitales. Nosotros nos contentamos con este ejemplo elocuente.

Parécenos, por lo tanto, que el silencio de los autores sobre la mancilla genital, no debe hacer nacer en el espíritu la no existencia de este hábito en el pueblo griego ; por otra parte, este silencio es menos absoluto de lo que ha dicho Lallemand. ¿No nos dice Galeno que

Diógenes, el filósofo cínico, se masturbaba *coram populo?*

Ausonio, ¿no acusa á Philoctetes el heredero de Hércules, de haberse abandonado en la isla de Lemmos al vicio solitario en la siguiente enumeración de las torpezas de la impúdica Crispa?

«*Subscriptum picturæ Crispæ mulieris impudicæ* (1).
Præter legitimi genitalia fœdora cœtus
Reperit obscœnas veneres vitiosa libido.
Herculis hæredi quam semina suasit egestas,
Quam toga facundi scenis agitavit Afrani
Et quam Nolains capitalis luxut inussit:
Crispa tamen cuneatis exercet corpore in uno:
Deglubit, fellat, molitus per utramque cavernam
Ne quid inexpertum frustra moritura relinquat.»

Esto que de los griegos acabamos de decir, puede con justa razón aplicarse á los romanos. Roma victoriosa traspasó en materia erótica los límites de lo posible, si permitido es emplear esta hipérbole. Todos los vicios, todas las corrupciones, todas las torpezas, todas las monstruosidades del Asia, del Egipto, de la Grecia y de los otros países del mundo conocido, se dan cita en la capital latina, se implantan, toman derecho de ciudadanía, se muestran, en fin, á la plena luz.

---

(1) *Obscœna e textu Ausoniano resecta*, p. 4. Carmen, 71. *in Opera ad usum Delphini*, J. B. Souchay. París, 1730, in 4.°

Nada de lo impúdico es extraño á los descendientes de Rómulo. Su furor erótico no ha igualado más que á su ingenio, para encontrar medios de satisfacerlo. La *basiaria*, la pederastia, la *fellaria*, la andrerastia, la *irrumaria*, la *cunnilingua*, la bestialidad, se ejercen á la luz del sol, se enseñan, tienen su vocabulario especial, sus sitios particulares y sus reglas de ejecución. La pasión genital se encuentra por todas partes, lo mismo arriba que abajo, entre el pastor que el señor, el César que el esclavo; domina al hombre y á la mujer; no excluye ni á los jóvenes ni á los viejos.

El *puer*, con efecto, es pático; la *puella* se hace *fellatrix;* en cuanto á los viejos, se dedican á la irrumación, como nos dice Marcial en este verso:

«Nemo est, Thaie, senex ad irrumandum (1).»

Las matronas romanas, de quienes las hijas de Lesbos y de las orillas del Nilo, de quien las mujeres de Mileto (2) no tienen nada que aprender, se arrastran en todas las inmundicias, se revuelcan en todas las obscenidades, utilizando para sus placeres ó los de los demás todas las partes de su cuerpo, como

(1) Lib. IV, epig. 50.

(2) Las milesianas ejecutaban entre sí el simulacro del coito con la ayuda de un falo de cuero llamado Ὀλισβος.

acabamos de ver en el epigrama de Ausonio sobre Crispa.

Los hombres con los animales, con los niños de uno y otro sexo, con las mujeres, ó en tre sí, practican los numerosos modos de la Venus ilegítima, las cien infamias del amor contra natura. Excediendo en refinamiento á los habitantes de Siphnos, que en la polución anal, en la *onania póstica*, no empleaban más que los dedos (1). Los romanos, á semejanza de Baco, después de la muerte de la pederasta Polyphymnos, recurrieron á penes artificiales, á príapos engrasados con aceites aromáticos y excitantes, como nos lo explica Petronio (2). Antes de calificarnos de inexactitud y de pseudología, los que tentados estén de hacerlo, pueden recorrer las Priapías, escuchar en las comedias de A. Plauto el hablar de los personajes, y en las mismas églogas de Virgilio los lamentos de los pastores que se consumen por un amor en el que la mujer apenas si ocupa lugar; que lean la segunda sátira de A. Horacio; el *Ars amatoria*, y el *De remedio amoris*, de P. Ovidio;

(1) Los siphniacos no eran solamente sodomitas, sino que asimismo practicaban una especie de masturbación posterior, con la ayuda del dedo introducido en el recto. Esto es el Στφνìαζεíν ó Καταδαπτυλιζεíν. Según Suidas, Επì τφτας χειραςπ ροσαγπν των τδοις ìσχιοις.

(2) Profert Enothea scorteum fascimum quod ut oleo et minuto pipere atque urticæ trito circumdedit semine paulatim cœpit inerere ano.

las elegías y los epigramas del docto Cátulo; que se detengan en las poesías del oscuro Propercio; en la tercera sátira de A. F. Perseo; en las sátiras novena y sexta de D. J. Juvenal; que fijen la atención en el *Satyricon* de E. Petronio; en el banquete de Trimalción; que abran los catorce libros de epigramas de V. Marcial y las historias de Tácito; que conozcan, en fin, las *Vidas de los doce Césares* de C. T. Suetonio, así como los epigramas y el del *Cento nuptiales* de D. M. Ausonio.

Después de este estudio, que les edificará sobre las costumbres de los romanos, desde el año 200 antes de la era actual, hasta el año 400 después de Jesucristo, modificarán su opinión, y no nos calificarán de exagerados. Lógicamente entonces serán llevados á convenir, en unión nuestra, que en aquellos hombres entre los cuales la depravación había llegado á este punto paroxístico, la masturbación había de encontrarse forzosamente muy desarrollada, puesto que en el orden de los abusos genitales esta maniobra puede ser considerada como la más simple, la más práctica, la primera á la cual se entrega el individuo antes de hacerlo á las demás.

Se ha dicho—lo sabemos, y no tememos hacerlo notar—que si la masturbación hubiese sido practicada como hemos llegado á pensar, los autores hubieran hablado de ella cual lo

han hecho de la pederastia, de la fellación, de la bestialidad ó de la irrumación: esto no es sino un argumento especioso y sin valor. En efecto: los escritores que nos han suministrado relatos sobre los actos sexuales de su época, no son, están lejos de serlo, moralistas ó médicos que estudien especialmente los abusos de los órganos genitales. Todos, por el contrario, son poetas, satíricos, historiadores, que relatan lo que ven, refieren lo ridículo, flagelan lo vergonzoso, según el grado de inspiración de su musa y de su gusto, según sus actitudes, su instinto ó su fantasía. Nada les esfuerza á decir todo lo que saben. Ellos, ¿qué nos deben? Preciso se hace contentarnos con lo que nos quieren dar, sin creer, á pesar de esto, que ignoraban lo que han omitido decirnos, sin concluir que no existía el vicio no señalado en sus escritos, acaso porque no lo han considerado como tal, acaso porque lo han visto tan extendido, que les ha parecido banal hablar de ello.

Por otra parte, buscando bien, se ve que el silencio de los latinos sobre la masturbación no es tan completo como se ha dicho presurosamente.

«Suetonio, Perseo, Juvenal, no nos han ocultado nada de todas las torpezas de las costumbres romanas;» escribe Lallemand (1), y aña-

(1) *Loc. cit.*, t. I, pág. 437.

de: «Pero no han señalado ésta; Galeno, Celso, etc., guardan por su parte el mismo silencio.»

Esta última parte de la frase está lejos de ser exacta: Galeno conocía la masturbación. Es más: sacrificando á la preocupación de los antiguos, que, como es sabido, despreciaban un poco la mujer, ¿no ha alabado á Diógenes de dar por su propia mano satisfacción á sus deseos carnales en el siguiente pasaje?

«Diogenem cynicum narrant, virum alioqui omnium mortalium quod ad continentiam pertinet constantissimum, libidini tamen indulisse, non a copulata illa voluptate veluti bono aliquo illectum, sed ud noxam a retento semine provenire solet, evitaret. Cum meretrix adire pollicita, cum diutius cessaret, ipse manu pudendis admota, semen projecit ac venientem deinde mulierculam remissit, inquiens: Manus hymenœum celebrando te prævenit. At plane constat modestos viros non ob voluptatem sed ud ab impedimento præservarentur libidini indulgere perinde ac si nulla esset ei voluptas conjugata (1).»

Esto por lo que se refiere á Galeno. Celso, á su vez, después de haber descrito la manera de practicar la infibulación, dice:

«Infibulare quoque adolescentulos inter-

(1) *De locorum affectorum notitia*, segunda parte, t. VI, pág. 163.

dum vocis, interdum valetudinis causa quidam consuerunt (1).» Esta costumbre de infibular los jóvenes para conservarles la voz y la salud, prueba que una y otra (se había notado) podían alterarse bajo una influencia genital, á consecuencia de maniobras eróticas ejercidas sobre el pene; pero ¿cuáles eran estas maniobras peligrosas? ¿Eran el coito? Evidentemente no, porque Celso no hubiera empleado el diminutivo *adolescentuli* para designar los seres aptos al congreso sexual. Lo que se quería conservar á los niños, atravesándoles el prepucio, era su castidad: lo que se quería impedir era la masturbación.

Si Juvenal, Perseo, Suetonio, no han escrito nada á este propósito, como quiere Lallemand, otros autores no están en el mismo caso. Ya hemos citado un epigrama de Ausonio contra Crispa, en el que la polución voluntaria, de que él le acusa, lleva el nombre de vicio de Philoctetes; sin embargo, vamos á reproducir un pasaje de Marcial, que no deja subsistir la menor duda en su significativa crudeza.

«*In Ponticum.*

Pontice, quod numquam futuris, sed pellice læva
Uteris, et Veneri servit amica manus:
Hoc nihil esse putas? scelus est, mihi crede, sed ingens,
Quantum vix animo concipis ipse tuo.

(1) Cap. VII, 25.

Nempe semel futuit, generaret Horatius ut tres,
Mars semel, ut geminos Ilia casta daret.
Omnia perdiderat, si masturbatus uterque
Mandasset manibus gaudia fæda suis.
Ipsam crede tibi naturam dicere rerum:
Istud quod digitis, Pontice, perdis homo est (1).»

«*In pædiconem masturbantem.*

.....
..... sed sit satis: inguina saltem
Parce fututrici sollicitare manu.
Levibus in pueris plus hæc quam mentula peccat;
Et faciunt eligiti, præcipitant quem virum.
Inde tragus ederesque pili, miranda que matri
Barba, nec in clara balnea luce placent (2).»

«*In Tuccam.*

Ah! Sacinus! tunica patet inguem utrimque levata;
Inspiciturque tua mentula facta manu (3).
.....»

«*In Lygdum.*

Cum frustra tacui longa, prurigine tentus
Succurrit pro te sœpe sinistra mihi (4).
.....»

«*In uxorem.*

.....
Masturbabantur Phrygii post ostia servi,
Hectoreo quoties sederat uxor equo (5).
.....»

---

(1) Lib. IX, ep. 41.
(2) Lib. XI, ep. 23.
(3) Lib. XI, ep. 71.
(4) Lib. XI, ep. 74.
(5) Lib. XI, ep. 105.

«*Ad Instantium Rufum.*

Musæi pathicissimos libellos
Qui certant sybariticis libellis
Et tinctas sale pruriente chartas,
Instanti, lege, Rufe, sed puella
Sit tecum tua, ne Thalassionem
In ducas manibus libidinosis
Et fias sine femine maritus (1).»

«*Puella Gaditana.*

Tam tremulum erissat, tam blandum pruritut ipsum
Masturbatorem fecerit Hippolytum (2).»

Más arriba hemos hecho notar que la activa propagación de la moral de Cristo, el desmembramiento y caída del imperio romano, cambiando las bases de la sociedad, pusieron un freno á la corrupción que atacaba el mundo antiguo; pero esto no significa que los abusos genitales cesaran : fueron menos frecuentes, menos aparentes sobre todo, pero no desaparecieron por completo, como parece creerlo el autor del tratado de las *Pérdidas seminales involuntarias*, escribiendo las líneas siguientes:

«Luego que el cristianismo vino á purificar las costumbres disolutas de los vencedores del mundo, la continencia de los neófitos fué sostenida por un entusiasmo ardiente, por una fe inquebrantable que les hacían desafiar todas las torturas y despreciar la muerte ; la pasión

(1) Lib. XII, ep. 96.
(2) Lib. XIV, ep. 201.

más egoista, la más degradante, no podía aproximarse á hombres que se abandonaban espontáneamente á todas las persecuciones, para propagar su creencia.

»Bien pronto después llegaron las numerosas invasiones de los bárbaros , los tiempos de la caballería y el régimen del feudalismo; es decir , la guerra bajo todas las formas ; el reinado de la fuerza y del valor. Cada uno debía entonces proveer por sí mismo á su defensa y á su salud.

»Después que un poco de orden fué establecido en medio de todos estos desquiciamientos, el poder quedó para los hombres cubiertos de hierro, cuya educación, empezada desde la infancia, era más ruda que la de los atletas. Desde que este régimen de violencia y de devastación se suavizó, las insurrecciones de las comunidades comenzaron ; en esta lucha de los oprimidos contra los opresores , la fuerza y la energía no eran menos necesarias que en la guerra entre vecinos.

»En fin , cuando la aristocracia, diezmada por Richelieu, fué bastardeada por Luís XIV, encuentra en la corte una gran facilidad de costumbres , cubierta por un ligero barniz de galantería. Luís XV y el Regente dieron en seguida el ejemplo de la más desenfrenada relajación, que desde la corte fué descendiendo de unos á otros, é inficionando la sociedad toda.

»En este estado de disolución general, las relaciones sexuales eran muy fáciles para dejar muchas probabilidades al desenvolvimiento de las pasiones solitarias.

»Todo, por lo tanto, concurre á hacer pensar que la masturbación no ha causado jamás tantos destrozos como en nuestros días (1).»

Esta apreciación filosófica, al mismo tiempo que histórica, apenas es justa, y la conclusión es de las más atrevidas, por lo que su autor, como para quitar á esta opinión lo que ofrece de demasiado absoluto, se apresura á añadir:

«Notaráse bien que en todo esto se trata de masturbadores cuya salud se ha alterado más ó menos profundamente. En cuanto á los que no han sufrido nada, su existencia ha debido ser numerosa en todos los tiempos; pero los documentos nos faltan á propósito de ello, y yo no tengo que ocuparme. En el sentido puramente patológico es en el que debe entenderse todo cuanto acabo de decir de los desastres de la masturbación; y bajo este aspecto, yo creo que se ha tenido razón al considerar esta pasión como el azote de los tiempos modernos (2).»

Pero esta restricción, llena de sutilidad, queda por debajo de la verdad.

(1) *Loc. cit.*, tomo I, páginas 438-439.
(2) *Ibid.*, pág. 439.

Preciso es admitir, ó que la masturbación era practicada, ó que no lo era ; más difícil es de creer que este vicio haya existido mucho anteriormente sin ocasionar consecuencias mórbidas, mientras que en nuestra época entraña resultados sensibles, graves ó terribles, lo que no es ni lógico, ni sostenible. La masturbación, en otros tiempos como hoy, debía, en idénticas circunstancias, producir semejantes resultados, determinando siempre una misma causa, en igual caso, el mismo efecto, y, ciertamente ha debido ser así, dígase lo que se diga ; solamente ha faltado la observación, y los médicos de la época no se han dado cuenta de la relación de causa á efecto ; han conocido las enfermedades producidas por la masturbación, pero no han sabido, careciendo de conocimientos etiológicos, atribuirlas á su verdadero origen, lo que aun hoy se encuentra, por otra parte, frecuentemente.

La página precitada de Lallemand no es menos errónea que las líneas que la terminan. Digamos de paso, para no detenernos mucho en refutar el contenido, que el principal defecto de esta teoría es concluir de lo particular á lo general.

Es probable, y estamos firmemente dispuestos á creerlo, que no estaban corrompidos los neófitos cristianos; pero el imperio no estaba poblado de neófitos solamente, y Ausonio,

partidario él mismo de la nueva creencia, convertido, bautizado y muerto cerca de cuatrocientos años después que Cristo, se ha encargado de mostrarnos las costumbres de su tiempo.

Pensamos que los bárbaros eran rudos guerreros, criados en la castidad militar; queremos admitir que los caballeros cubiertos de hierro los semejaban por la misma virtud; pero los países no estaban habitados solamente por bárbaros; las naciones no contaban caballeros nada más.

Los trabajos de la guerra, esta ocupación constante de la Edad Media, necesitaban un valor bien templado en un cuerpo sólido, y no enervado por los abusos genitales: sea; pero todos los hombres no eran soldados.

Por último, la facilidad de las relaciones sexuales, la disolución general, los libertinajes más desenfrenados de los reinados de Luís XIV y Luís XV, parece que están lejos de ser un obstáculo á los abusos genitales de toda suerte. Tenemos la prueba en el pasado y en el presente. Entre los hebreos, entre los griegos, y en Roma, existían en gran número los πορναι, las hetarias, las meretrices, las *aurice*, las *fornicatrices*, las *dominæ*, es decir, mujeres prostituídas, jóvenes galantes, de un exterior tan animoso y de un comercio tan fácil, como el de las nobles damas de la corte y de

las ciudadanas de París. El coito estaba tan practicado, por lo menos, como en nuestros días lo está, ó en otros términos, considerablemente: esto, sin embargo, no ha puesto dique, ni entonces ni al presente, á los comportamientos abusivos. El exceso venéreo, al contrario, por la saciedad que produce, empuja fuertemente á la depravación, á los vicios sexuales. Ahora bien; lo repetiremos cuantas veces sea necesario; todos los abusos genitales son corolarios los unos de los otros; son los eslabones de una misma cadena; se tocan. Cuando uno de ellos se practica, todos los demás se ejecutan, ó no tardan en ejecutarse. No vemos, por lo tanto, aquí pruebas contra la existencia de la masturbación.

Tan ligeramente como para la antigüedad lo había hecho, el sabio profesor de Montpellier anticipó que, desde la Edad Media hasta la mitad del siglo XVIII, los documentos que establecen la certeza de la práctica de la polución voluntaria faltan: seguramente el sabio ginecólogo no se ha tomado el trabajo de buscar. He aquí, en efecto, las preguntas confesionales, recomendadas á los sacerdotes por el obispo de Worms, que vivió en el siglo XI, las cuales no dejan duda ninguna sobre la existencia de los hábitos manualizadores, y sobre su frecuencia.

«Fecisti solui tecum fornicationem ut qui-

dam facere solent, ita dico ut ipse tuum membrum virile in manum tuam acciperes et sic duceres preputium tuum et manu propria conmoveres, ut sic per illam delectationem semen projiceres?

»Feciste fornicationem, ut quidam facere solent, ut tuum virile membrum in lignum perforatum aut in aliquod hujus modi mitteres et sic per illam commotionem et delectationem semen in te projiceres?»

En todo tiempo los casuistas católicos, estos legisladores de la conciencia, profundamente versados en la ciencia de los humanos vicios, han tenido la masturbación como objetivo de sus pensamientos: así los vemos no vacilar en presentar á los jóvenes de que son los directores espirituales, cuestiones como estas:

«An usque ad pollutionem se tetigerint, quanto tempore et quo fine se tetigerint; an tunc guardam motus in corpore experti fuerint, et per cuantum temporis spatium, an cessantibus tactibus, nihil insolitum et turpe acciderit; an non longe majorem in corpore voluptatem perciperint in fine tactum quam in eorum principio, an tunc in fine quando magnam delectationem carnalem senserint, omnes motus corporis cesaverint; an non malèfacti fuerint, etc., etc.»

Sería inútil y fastidioso multiplicar estas

citas; parécenos suficientemente demostrado el error de los que han creído que la masturbación es un vicio especial de nuestro tiempo, y que no data sino de un siglo próximamente.

Para reunir en pocas palabras lo que da carácter á esta parte de la historia, diremos que la masturbación ha existido en todos los tiempos; que, como los demás abusos cuyas fluctuaciones sigue, ha tenido momentos de extremada frecuencia y períodos de estancación ó calma; que en los tiempos pasados, lo mismo que hoy, ha debido producir resultados funestos, destrozos considerables; y que si los escritores médicos no han señalado apenas las consecuencias de su práctica, es porque no han sabido relacionar los efectos con su causa primitiva, en su ignorancia de los lazos que los unían. Añadiremos, en fin, que, gracias á los progresos incesantes de las ciencias antropológicas, y sobre todo al espíritu de los médicos modernos, constantemente vuelto hacia las investigaciones etiológicas, se ha comenzado, próximamente en la segunda mitad del siglo último, á remontarse á la fuente de gran número de afecciones cuyo origen se ignoraba anteriormente, y que entonces es cuando se ha conocido que el uso anormal de los órganos de la generación entraba por una gran parte en la producción de numerosos estados mórbidos. Este descubrimiento

despierta, por lo tanto, la atención, haciendo nacer observaciones, memorias y libros sobre la masturbación. El escrito y la publicidad, que fueron el resultado, pudieron entonces hacer pensar equivocadamente á algunos que este hábito genital databa del momento mismo en que se notaban sus consecuencias peligrosas para la salud.

Época actual.—Frecuencia.—Edad.—Profesión.—Tomando por base lo que dicho queda, no sería justo acusarnos de que la polución provocada no era más practicada después de una centena de años, que lo era, por ejemplo, en los primeros tiempos del cristianismo. ¡Lejos de nosotros tal opinión, tan distante de la verdad!

Por el contrario: persuadidos estamos de que este hábito genital se halla en uno de esos altos de que hace un momento hablábamos, siendo muy frecuente y excesivamente repartido: convencidos estamos, por el contrario, de que se entregan á él los individuos con tanto ardor como en los tiempos más relajados; llegamos hasta comparar, de buen grado, el actual período á los tiempos peores de depravación de la antigüedad.

La situación es casi idéntica: en vez de hallarse en una época de decadencia, la sociedad no hace más que atravesar una crisis civilizadora: esta es la única diferencia; pero un

corolario forzado, lo mismo del segundo como del primero de estos dos estados sociales, es la desmoralización general.

Nos encontramos, preciso es confesarlo, bajo la influencia de una constitución erótica, á la cual no escapa nadie, ni hombres, ni mujeres, ni jóvenes, ni viejos. El materialismo gravita con todo su peso sobre nosotros, y los órganos genitales hacen oir su voz como señores principales del organismo.

Los medios en que vivimos son enervantes: el aire que respiramos se halla cargado de deseos que aguijonean nuestros sentidos y nos crean imperiosas necesidades, contra las que no sabemos ó no queremos luchar. El placer es nuestro pensamiento único; la alegría nuestro supremo fin. La cabeza nos gira, y vacila la razón; la voluptuosidad nos es necesaria á toda costa.

Esta maquiavélica regla: «¿Qué importa el medio si el fin se consigue?», es el código que nuestra imaginación sobrexcitada trata de interpretar en el sentido más amplio y en provecho suyo.

De este modo es cómo vemos sin extrañeza á éste arrojarse en cuerpo y alma en los excesos venéreos, al de más allá entregarse con rabia á los abusos genitales de toda especie. Verdad banal, pero dolorosa; la masturbación se extiende en todas y sobre todas las

clases de la escala social : es un vicio general, universal, que ha pasado al estado de costumbre, como el del tabaco y el de las bebidas espirituosas.

Y no se nos acuse de exagerados, porque no adelantamos nada que no pueda probarse. Los numerosos individuos de todas clases que hemos interrogado desde hace trece años, nos han confesado sus maniobras después de una ó muchas negativas. Diez mil sujetos interrogados por nosotros en el hospital du Midi se han declarado culpables de polución provocada, ya durante su niñez, ya durante la virilidad. Á los incrédulos, si los hay, que duden de nuestra aseveración, les decimos : preguntad á vuestros amigos y á los que conozcáis; solicitad con habilidad y tacto su franqueza, y quedaréis asombrados de los resultados de vuestra investigación; las confesiones de la inmensa mayoría no os permitirán abrigar la menor duda.

Acabamos de decir que la masturbación se extiende sobre todos; pero no hemos dicho que todos la practican igualmente y con idéntica frecuencia. La edad, la profesión, el sexo, son efectivamente el punto de partida de las diferencias marcadas.

No habremos de detenernos en la cuestión de sexos, toda vez que el hombre es el que solamente debe ocuparnos aquí: haremos, sin em-

bargo, notar de pasada que largo tiempo se ha creído, que muchos creen todavía hoy, que el sexo femenino no es tributario de la polución genital, ó, si lo es, es tan sólo excepcionalmente. Este es un prejuicio sin fundamento, una creencia errónea: la mujer usa tanto de la masturbación como el hombre, y acaso más que él, porque causas inherentes á su organización, y exigencias sociales particulares á ella, la arrastran al mismo tiempo que todos los demás motivos que comunes son á los dos sexos.

Si ciertamente no es raro hallar viejos, adultos, jóvenes, adolescentes, niños, es decir, el hombre en todas las épocas de su vida, entregándose á la manualización, preciso es decir, para ser exacto, que esta práctica se encuentra más desarrollada en ciertos momentos de la existencia. El período vital, en el que el abuso de sí mismo es más frecuente y más repetido, es la adolescencia, ó, en otros términos, desde la edad de once años á la de veinte. En seguida vienen por orden de frecuencia: la primera mitad de la juventud,—de veinte á veinticinco años;—la segunda mitad de la niñez,—de cinco á once años;—el fin de la juventud,—de veinticinco á treinta años;—la virilidad,—de treinta á cincuenta años;—por último, la primera parte de la infancia,—desde la cuna á los cinco años,—y la vejez.

Bien entendido que en esta idea general hacemos abstracción de las condiciones particulares é individuales, tales como la reclusión, la absoluta privación de mujeres, los viajes marítimos, etc., etc., que pueden, para determinados sujetos, hacer variar la época correspondiente al máximum de la manualización.

Todas las clases de la sociedad producen masturbadores; pero se ha notado, sin embargo, que diversos medios, diferentes profesiones, predisponen ventajosamente á las poluciones voluntarias. No es este el momento de detenernos sobre este punto, reservándonos hacerlo especialmente en el capítulo relativo á la Etiología.

Influencia de la civilización.—Para ser tan completo como corresponde, no podemos terminar estas generalidades sin hablar de la bibliografía de nuestro asunto, sin decir antes algunas palabras sobre la causal influencia de la civilización.

Se ha acusado á la civilización de ejercer una acción poderosa sobre el desorrollo de la manualización; y esta idea, una vez sentada, ha sido admitida sin réplica, y reproducida como una tradición por la mayoría de los médicos y de los moralistas. ¿Es fundada esta opinión? No; por el contrario, es un lugar común, que los autores anteriores imponen y

transmiten, lo mismo que cien otras banalidades, á los que les siguen, sin que ninguno se tome la pena de someterlos á la prueba de un análisis serio.

Dejando aparte al Dr. Teraube, que, en su *Tratado de la quiromanía*, hace una requisitoria contra la civilización, el profesor Lallemand demuestra, por un lado, que no es favoreciendo el desarrollo de la inteligencia y la diseminación de las luces como la civilización puede empujar hacia el vicio; de otro lado,—y esto es incontestable,—que la tan alabada inocencia de los campos no es sino una palabra vana, y no debe, generalmente, ofrecerse en contraste con la corrupción de las grandes ciudades, sobre todo bajo el punto de vista de los abusos genitales.

El error de los que culpan á la civilización procede, en nuestra opinión, de que no han considerado bastante ampliamente en el transcurso de los tiempos el vicio que nos ocupa. Parece no se fijan en él sino desde el momento que se han señalado sus desastres, esto es, desde que se le ha reprochado justamente su nocividad. Ahora bien: como esta época coincide con una marcha hacia adelante del progreso, han creído deber acusar á este último, sin pensar que los mismos desastres, consecuencia de un mismo orden de actos anormales, han debido existir en todo tiempo, más ó

menos, bien que no se haya sabido referirlos á su verdadera causa. Sin embargo, por nuestra parte, estamos lejos de no admitir una cierta influencia de la civilización; pero esto no constituye, como va á verse, una contradicción con lo dicho anteriormente. Queremos decir tan sólo que en nuestra época la civilización activa de una manera secundaria, pero poderosa, la producción de los abusos genitales, y de la masturbación en particular, no haciendo nada en contra de ello. Expliquémonos. De una parte, los progresos realizados y que se siguen hoy, son menos individuales que sociales; y si bien es cierto que estamos muy adelantados en civilización material, no lo es menos que lo estamos muy poco en civilización moral. Por otro lado, el perfeccionamiento personal parece no haber tenido hasta aquí más que un solo objeto, el desenvolvimiento de la inteligencia, mientras que apenas débiles esfuerzos se han intentado para el mejoramiento del cuerpo y la depuración de las costumbres de cada cuál. Una consecuencia forzosa de este estado de cosas es hacer germinar, crecer y arraigarse en los espíritus la idea materialista de los goces físicos, en primer término de los que, se coloca la voluptuosidad genital, con su cortejo de abusos, de los que el menor, el más fácil, es la masturbación.

Tales la influencia,—única negativa,—que atribuirse debe á la civilización, la cual, por otra parte, no merecerá el nombre de progresiva sino cuando, habiendo elevado el nivel moral del hombre á la altura de la ciencia, guíe seguramente la sociedad por el eterno camino de la perfección.

Bibliografía.— Hemos hecho notar ya que los médicos de la antigüedad no parecen haber escrito sobre la polución genital, y que, en todo caso, sus obras, si es que han existido, no han llegado hasta nosotros. Preciso se hace llegar á la segunda mitad del siglo precedente para ver la atención de los prácticos despertar su solicitud sobre esta tesis. Á partir de esta época es cuando solamente aparecen observaciones de enfermedades causadas por la masturbación, cuando se imprimen las Memorias, cuando se reparten y publican las monografías; el abuso genital toma puesto en la etiología de diversos casos patológicos, y todo autor que de cerca ó de lejos trate de las afecciones de los órganos sexuales, consagra algunas páginas á este hábito nocivo.

Después de haber señalado las observaciones del compilador M. Schurigius, de Boerhaave, de Van-Swieten, de Sydenham, de Kœmpf, de Rast, de Stehelin, de Oest, de G. Vogel, de Zimmermann, de J. Franck, de T. Hoffmann, etc.; después de haber citado de

Senac (1), y la obra de Levis *A practical essai upon the tabes dorsalis*, publicada en Londres en 1748; después de haber nombrado, por último, á Bekkers, doctor londonense y autor presunto de la *Onania*, «un verdadero caos, según Tissot (2), la obra más indigesta que se ha escrito hace mucho tiempo, y de la que sólo pueden leerse las observaciones, no siendo otra cosa que trivialidades teológicas y morales todas las reflexiones del autor,» hemos llamado la atención del lector sobre todo lo que se ha escrito antes de 1760, á propósito de la polución genital.

En este año de 1760 aparece la primera obra un poco extensa sobre la masturbación. Esta es un tomo en 8.°, impresa en Lovaina; está escrita en lengua latina, y lleva el título de *Tentamen de morbis ex manustupratione ortis.*

El mismo año, y cuatro después, en 1764, esta obra es traducida al francés, no se sabe por quién, y editada en Lovaina y en París bajo la forma de en 12.°, con este título: *L'Onanisme ou dissertation physique sur les maladies produites par la masturbation.*

Más tarde, el 15 de Mayo de 1768, en Lausanna, el autor, Tissot, refundiendo y aumentando en un tercio su trabajo primitivo, le

(1) Solamente en la primera edición de sus *Ensayos.*
(2) *Loc. cit.*, pág. 29, edic. de Lausanna.

presenta de nuevo al público; pero esta vez escrito en francés, y dándole este título definitivo :

L'Onanisme, dissertation sur les maladies produites par la masturbation.

Esta obra está dividida en cuatro artículos: 1.°, los síntomas; 2.°, las causas; 3.°, la curación; 4.°, enfermedades análogas.

El art. 1.° comprende cinco secciones : 1.ª, cuadro tomado de las obras de los médicos; 2.ª, observaciones comunicadas; 3.ª, cuadro sacado de la *Onania*; 4.ª, las observaciones del autor, y 5.ª, consecuencias de la masturbación en las mujeres.

El art. 2.° lleva tres secciones : 1.ª, importancia del licor seminal; 2.ª, examen de las circunstancias que acompañan la emisión; 3.ª, causas de los peligros particulares á la masturbación.

El art. 3.° se divide en : 1.°, medios de curación propuestos por los otros médicos; 2.°, práctica del autor : el aire, los alimentos, el sueño, los movimientos, las evacuaciones, las pasiones, los remedios.

En fin : al art. 4.° corresponden dos secciones : 1.ª, las poluciones nocturnas : digresiones sobre las enfermedades ocasionadas por exceso de semilla; 2.ª, gonorrea simple.

No emprenderemos el análisis de esta obra que ha hecho tan popular el nombre de su au-

tor, y que un número considerable de ediciones hechas en todas las lenguas, desde su aparición hasta estos últimos años (1), ha permitido leer á todo el mundo. Una crítica semejante nos cansaría tanto acaso como al lector, cuya paciencia sería sobradamente puesta á prueba. Nos contentaremos con decir que el trabajo de Tissot es pesado, sin claridad y sin orden. Los excesos venéreos están confundidos con los abusos genitales, lo que es ya un grave error; pero no es esto todo : contiene gran número de observaciones, en las que las enfermedades atribuídas á la manualización no son imputables realmente sino á la espermatorrea, apenas entrevista sumariamente por el médico de Ginebra. En fin: las teorías expuestas en esta larga disertación son atrasadas para nuestro tiempo, y el tratamiento propuesto, que, por otra parte, no se dirige sino á las consecuencias de la masturbación, es completamente deficiente, mal entendido, sin ninguna utilidad ni la menor eficacia. En una palabra : es un libro lleno de imperfecciones.

Nuestra apreciación, un poco dura, pero justa, se encuentra corroborada por la opinión de uno de esos hombres cuyo valer no puede ser puesto en duda : de Lallemand (2).

(1) La última edición que conocemos lleva la fecha de 1876.

(2) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 313.

«Bajo el punto de vista científico (dice el profesor de Montpellier), es una mala compilación, sin elección, de autoridades viejas, de teorías erróneas ó arriesgadas, de observaciones incompletas, frecuentemente mal elegidas ó insignificantes, y de errores graves, sobre todo en terapéutica. El todo, en estilo muy incorrecto, y las más de las veces declamatorio. Por esto no ha obtenido un gran éxito entre los sabios y los prácticos.»

Sin embargo de este juicio severo, añade: «Pero los que han reprochado á Tissot de haber exagerado la verdad, de haber errado el objeto, y hasta de haber ocasionado más mal que bien, estos ciertamente han sido muy injustos, porque han hablado de lo que no entendían. Para mí he visto muchas veces el mismo furor, las mismas miserias seguidas de la muerte, y las numerosas confidencias que he recibido de los que se habían corregido, me hacen creer que ningún libro de este género ha sido más útil á la juventud (1).»

Después de la disertación de Tissot aparecen, según el orden cronológico:

En 1775. — Anónimo. — *Instruction courte mais intéressante sur les suites fâcheuses auxquelles on expose la santé par la pollution volontaire*, in-8. París.

---

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 314.

En 1780.—C. F. Bœrner. — *Praktisches werk von der Onanie.—Tratado práctico del Onanismo.* Leipzig.

En 1784.—C. G. Gruner.—*Dissertatio de Masturbatione.* Iena.

En 1786.— S. G. Vogel. — *Unterricht für Æltern und Kinder-Aufscher , wie das unglaubliche gemeine Laster derzerstœrenden Selbstbefleckung am sichersten zu verhüten und zu heilen*, in-8. Stendal. — *Instrucciones á los parientes y vigilantes de niños sobre el increíble y común vicio de la masturbación, y sobre el medio más seguro de evitarlo.*

En 1787.—Hallé.— *Encyclopédie méthodique de médecine* , París. Art. Abus de soi-meme.

En 1788.—Huschke.—*Dissertatio de Masturbatione* , in-4. Iena.

En 1791. — J. C. Boetticher. — *Wink für Æltern, Erzicher und Junglinge die Selbstbeflekung betreffend* , in-8. Koenigsberg. —*Consejos á los padres, á los maestros y á los jóvenes concernientes á la masturbación.*

En 1792.—Weise.—*Dissertatio de signis manustuprationis certioribus*, in-4. Erfurth.

En 1795.—Kurze.—*Geschichte eines Onaniten der sich selbst Kurirt hat* , in-8. Gera.— *Historia compendiada de un onanista que se ha curado él mismo.*

En 1798.—F. J. V. Rothe.—*Von der Wahren Ursache der Selbstbeflekung und Ausschweifung in der Liebe, nebest der einzigen Heilmittel*, in-8. Leipzig.—*De la causa verdadera de la masturbación y del libertinaje en el amor, con los únicos medios de remediarlo.*

En 1798.—Goldstein.—*Dissertatio de manustuprationis noxa temere in dubium vocata*, in 8. Francfort.

En 1798.— Laube.— *Dissertatio de singalari super onanismi vitio sententia*, in-4. Francfort.

En 1799.—C. G. Salzmann.—*Ueber die heimlichen Sünden der jugend*, in-8. Leipzig.—*Sobre los pecados secretos de la juventud.*

En 1801.—Canestrini. — *Onanismus medici, politice et moraliter consideratus*, in-8. A. Enopontis.

En 1802.—C. W. Recker. — *Verhütung und Heilung der Onanie*, in-8. Leipzig.— *Medios de prevenir y de curar el onanismo.*

En 1802.—A. H. Curdtsc.—*Das wahre Gemoelde der Selbstbeflekung, die Ursachen und Folgen*, in-8. Breme.—*El verdadero cuadro de la masturbación, sus causas y sus consecuencias.*

En 1802.—A. L. Inze.— *Ueber das zerstoerende Laster der Selbstbeflekung*, in-8. Rostok. —*Sobre el vicio destructor de la masturbación.*

En 1805.—K. J. KUEGELGEN.—*Die Leiden des jungen Huberts, oder die Folgen der Onanie*, in-8. Andernach. — *Los sufrimientos del joven Hubert, ó continuación del Onanismo.*

En 1807.—C. F. A. DAEHNE.—*Ueber de Nachtheil welchen das tiefe stillschweïngen unserer Erzieher in Rucksicht des Geschlechtstriebs nach sich zieht*, in-8. Leipzig.— *De los inconvenientes que trae consigo el silencio de nuestros institutores relativamente al instinto del amor.*

En 1809.—MARC-ANT. PETIT.—*Onan ó el sepulcro del Monte-Cindra.* Hecho histórico, in-8. París y Lyon.

En 1813.— COFFIN-ROSNY.—*De la naturaleza ultrajada. Nuevo tratado del Onanismo y Guía fisiológica de la juventud.* París.

En 1815, delante de la facultad de medicina, un médico del 10.° regimiento de infantería ligera, Aloyse Schwartz, presenta y sostiene para el grado de doctor la tesis siguiente:

Disertatión sur les dangers de l'onanisme et les maladies qui en résultent.

Este estudio contiene 40 páginas y seis párrafos. En el primero establece el autor la definición, la sinonimia y el origen del onanismo; en el segundo trata de la etiología; en el tercero habla de los efectos del onanismo, sobre la economía animal, y de las enfermeda-

des que resultan del lado de los órganos de la digestión y de la respiración del sistema nervioso, de los sentidos y de las facultades intelectuales, del aparato genital, y del organismo en general. El párrafo cuarto está reservado á la importancia del licor esparmático y á los peligros del onanismo, en los heridos, los enfermos y los convalecientes. Los signos del onanismo sirven de título al quinto párrafo. En cuanto á la última parte, comprende la exposición del tratamiento, cuyas indicaciones especiales son: 1.°, emplear todos los medios posibles para prevenir ó para hacer perder el hábito funesto del vicio; y 2.°, curar las enfermedades ó los desórdenes de la economía que haya ocasionado.

El trabajo de A. Schwartz, aun cuando menos largo que el de Tissot, es, científicamente hablando, preferible á este último. Mejor ordenado y más dialéctico, contiene, por otra parte, más de una observación curiosa y algunos buenos trozos. Sin embargo, al lado de esto presenta defectos graves, teorías extrañas, errores groseros y antiguallas médicas. La parte más descuidada es la relativa al tratamiento: ésta no es sino un sumario, en todo insuficiente.

En 1819, Fournier y Begin, en el *Diccionario en sesenta volúmenes*, hacen un excelente artículo, que merece ser leído, y al cual más

de un autor posterior ha sustraído fragmentos, olvidándose frecuentemente de indicar la fuente de donde tomaba sus materiales.

Seis años más tarde, Doussin Dubreuil escribe sus *Cartas sobre los peligros del onanismo*. París, 1825.

El año siguiente, 1826, ve aparecer el *Tratado de la Chiromania*, de J. B. Teraube.

Estas dos obras, desembarazadas en parte de los antiguos errores de sus predecesores, valen más que las anteriores. Poseen un carácter más moderno, especialmente la última; y si en ella no hormiguean los hechos nuevos, como lo reprocha Lallemand, contienen, no obstante, resúmenes originales é ideas nuevas, aunque frecuentemente atrevidas.

La *Chiromania* de Teraube es un libro de 172 páginas en 8.°, dividido en tres partes y nueve capítulos, de los que á seguida ponemos el contenido.

1.ª PARTE. De las causas que dan nacimiento á la chiromania.—Capítulo I. De las causas que dependen del género de vida que lleva la juventud y de su educación.—Capítulo II. De las causas que se derivan de la depravación de las costumbres y de la corrupción de los hombres.

2.ª PARTE. De las enfermedades producidas por la chiromania.—Capítulo III. Efectos de la chiromania sobre las funciones de la vi-

da de nutrición.—Capítulo IV. Efectos de la chiromania sobre las funciones de la vida de relación.—Capítulo V. Efectos de la chiromania sobre las funciones de la vida de reproducción.—Capítulo VI. Teoría de los fenómenos mórbidos que se ven sobrevenir á consecuencia de la chiromania.

3.ª PARTE. De los medios de curación de la chiromania.—Capítulo VII. Medios de curación proporcionados por la higiene.—Capítulo VIII. Medios de curación proporcionados por la terapé utica y la materia médica.—Capítulo IX. Medios de curación proporcionados por la medicina.

Se ve por este cuadro que el plan de la obra está mejor entendido y difiere sensiblemente de los que hemos examinado ya. El sólo reproche, pero es capital, que puede hacerse al *Tratado de la Chiromania*, es el de ser muy incompleto. El cuadro era bueno ó casi bueno: faltaba llenarle concienzudamente. Teraube no ha sabido hacerlo. Se ha detenido sin razón en discusiones innecesarias y en recriminaciones intempestivas é injustas contra la civilización, sin reparar que pasaba en silencio un gran número de puntos importantes que precisaba enumerar y dilucidar. Los capítulos relativos al tratamiento, mejores que los de sus antecesores, son muy cortos y contienen muy pocas indicaciones útiles y practicables.

Menos de diez años después de Teraube, en 1835, el Dr. Leopoldo Deslandes publica un libro *De l'Onanisme et des autres abus vénériens considérés dans leurs rapports avec la santé.*

Este es un grueso volumen de más de 550 páginas, dividido en dos secciones, de las que trata la primera de los efectos de los excesos venéreos, y la segunda de las reglas de prevención y de tratamiento relativas á estos mismos excesos.

No podemos hacer nada mejor, para dar una idea del trabajo del Dr. Deslandes, que transcribir una especie de sumario.

1.ª PARTE.—Capítulo I.—De los peligros que pueden tener los excesos venéreos. § 1.° Potencia de los órganos genitales considerados en estado de reposo. § 2.° Potencia de los órganos genitales considerados en estado de vigilia. § 3.° Potencia de los órganos genitales considerados en el estado de acción.—Capítulo II. De las circunstancias que hacen el acto venéreo más ó menos nocivo á la constitución y á la salud. § 1.° Circunstancias concernientes al acto venéreo que le hacen más ó menos nocivo. § 2.° Circunstancias extrañas al acto venéreo que le hacen más ó menos nocivo.—Capítulo III. Síntomas y enfermedades resultado de los excesos venéreos. § 1.° Síntomas generales de los excesos venéreos. § 2.° En

fermedades que se ha visto resultar de los excesos venéreos.

2.ª PARTE.—Capítulo I.—Medios de preservación relativos á los excesos venéreos. § 1.° Primera indicación. Hacer que el deseo que conduce á masturbarse no se presente, ó no venga jamás, ó tenga la menos fuerza posible. § 2.° Segunda indicación. Hacer que la voluntad resista al deseo de masturbarse. § 3.° Tercera indicación. Quitar á los que desean y quieran masturbarse el poder de hacerlo.—Capítulo II. De los medios de reparación relativos á los excesos venéreos.

Este libro es excelente bajo casi todos los puntos de vista. Encierra en verdad algunos resúmenes sobradamente hipotéticos, algunas interpretaciones falsas de hechos, y muchas digresiones, originales sí, pero inútiles. Sin embargo, está exento de todos esos errores groseros que pululan en las obras anteriores. Este es un libro científico en toda la extensión de la palabra, robusto, sólido, bien concebido, convenientemente expuesto y desarrollado; pero que no ha tenido, sin saber por qué, el éxito que merecía y tenía derecho á esperar del público médico é instruído.

Acaso con razón debemos reprochar á L. Deslandes, en una obra tan extensa, el haber dejado en la sombra absolutamente, como sus predecesores de otro tiempo, todo cuanto hace

referencia á la definición, á la sinonimia, al origen, á la historia y á la bibliografía de la masturbación; acaso debamos asimismo acusarle de haber descuidado el estudio de las formas de la polución genital, y de no haberse detenido suficientemente sobre su etiología y su tratamiento; acaso, en fin, nos dolamos de haber confundido en una gran parte de su trabajo los excesos venéreos, tales como los hemos definido en nuestra introducción, con las maniobras abusivas propiamente dichas, lo que simplifica singularmente sus investigaciones y su trabajo, sea; mas á pesar de todo, y tal como es, no vacilamos en repetir que es el mejor libro escrito sobre la cuestión por un hombre de talento, justo y no sistemático, que discute las hipótesis y las doctrinas, y juzga las cosas con la razón y sin prevención primitiva.

Así, aceptamos la elogiante apreciación de Lallemand, que dice: «Este tratado, superior á todos los que le han precedido, está escrito con un gusto sostenido, lleno de concienzudas investigaciones y de discusiones imparciales. Diré más: si yo hubiese debido tratar las mismas cuestiones y considerarlas del mismo modo, me hubiera contentado con enviar al lector á la obra del Dr. Deslandes, en vez de escribir este capítulo (1).

(1) *Loc. cit.*, tomo I, páginas 315-316.

No nos resta ya por citar más que dos obras posteriores: la primera es debida á la pluma de Julius Rosembaum, erudito profesor de Halle: se publicó en Leipzig, en 1845, y se titula: *Die Onanie;* el segundo es un librito de 175 páginas, editado en París en 1877, y del que, por la razón de cuerpo y por el honor médico, no daremos ni el título ni el nombre del autor. Este opúsculo no es efectivamente, fuera de las líneas tomadas á buen número de autores contemporáneos, más que un montón de frases y series enteras de páginas unidas de cualquier modo, y tomadas aquí y allá de Tissot, de Schwartz, de Teraube, de Fournier y Begin, etc., y de otros médicos del pasado, sin que el imprudente compilador se haya cuidado de establecer su origen, sin que se haya preocupado de refrescarlas y de quitar á las teorías que encierran, su barniz anticuado; sin que, en fin, le haya dado la idea, antes de exponerlas de nuevo, de privarlas de su olor demasiado revelador de cosas antiguas exhumadas de repente.

Todos los que acabamos de nombrar, no son los únicos escritores que han hablado de la masturbación y de sus consecuencias; hay otros que, sin tomar la polución genital como el principal asunto de sus escritos, sin embargo se han ocupado más ó menos de esta práctica, y merecen hallar sitio aquí, después

de los primeros, por las contribuciones que han aportado al estudio de la cuestión que nos ocupa.

Los unos se han detenido más ó menos largo tiempo sobre la manualización y sus consecuencias, en observaciones, en artículos de los periódicos ó en el curso de sus obras; tales son: Morgagni, Chopart, Sainte-Marie, el traductor de Wichmann, Alibert, Dupret-Rony, Melot, Davila, H. Kaula, Londe, Brachet, Polinière, Montègre, Virey, Serrurier, Guerry-Duvivier, Georget, Descuret, Desruelles, Réveillé-Parise, Philips, Mayer, Bergeret, Paul Moreau (de Tours), etc., etc., etc.

Los otros han tocado de una manera más directa la manualización en estudios, memorias, tesis, artículos de diccionario, etc., que se refieren á los órganos genitales; estos son:

A. J. WENDER.—*Essai sur les pollutions nocturnes produites par la masturbation chez les hommes*, et *Exposition d'un moyen simple et sûr de les guérir radicalement.* La Flèche, 1811.

LALLEMAND.—*Des pertes séminales involontaires*, 3 vol. París, 1836-1842.

CURTIS.—*De la virilité.* Londres, 1840. París, 1851.

VANIER (du Havre).—*Cause morale de la circoncision des Israélites. Institution préventive de l'onanisme des enfants*, etc. París, 1847.

F. ROUBAUD.—*Traité de l'impuissance et de la stérilité chez l'homme et chez la femme.* París, 1855.

BELLIOT.—*Conseils aux hommes affaiblis. De l'impuissance prématurée.* París, 1859.

BOURBON.—*De l'influence du coit et de l'onanisme dans la station sur la production de paralysies.* Thèse de París, 1859, n° 115.

W. ACTON.—*Fonctions et désordres des organes de la génération chez l'enfant, le jeune homme, l'adulte et le vieillard.* París, 1859.

E. JOZAN.—*D'une cause fréquente et peu connue d'épuisement prématuré.* París, 1863.

SOULBIEU.—*Revue des principales causes d'infécondité chez l'homme.* Thèse. Strasbourg, 1866.

A. BOURGEOIS.—*Les passions dans leur rapport avec la santé et les maladies. L'amour et le libertinage.* París, 1871.

H. BARADUC.—*De l'ulcération des cicatrices récentes symptomatiques de la nymphomanie ou de l'Onanisme.* Broch. París, 1872.

PRADEL.—*Quelques considérations sur l'hygiène de la jeunese. Amour et onanisme.* Broch. París, 1876.

MOUSSAUD.—*Précis pratique des organes génito-urinaires.* París, 1876.

CH. MAURIAC.—Art. ONANISME in *Dictionnaire de médecine et de chirurgie pratique*, t. XXIX. París, 1877. (Originalísima disertación de

más de 40 páginas, llena de gracia y de escepticismo.)

J. AGRIPPA.—*La première flétrissure*, in-8 de 88 pages. París, tercera edición, 1877.

E. GOUBERT.—*Les agents perturbateurs du développement de la jeunesse.* París, 1878.

LASÉGUE.—*Leçon faite à l'hôpital de la Pitié.* París, 1882.

CAPÍTULO II.

FORMAS Y PROCEDIMIENTOS.

La masturbación no es única en su modo de ser; por el contrario, hay muchas maneras de mancillarse. Según su edad, su mayor ó menor conocimiento de las cosas intersexuales, su saciedad, la fecundidad y la depravación de su imaginación, el hombre emplea diversos medios de obrar, diferentes procedimientos para llegar al objeto deseado, esto es, á la producción de la voluptuosidad.

De esta ardua cuestión es de lo que nos vamos á ocupar en el presente capítulo, en el que nos esforzaremos por clasificar, tanto como es posible, las numerosas formas de la manualización.

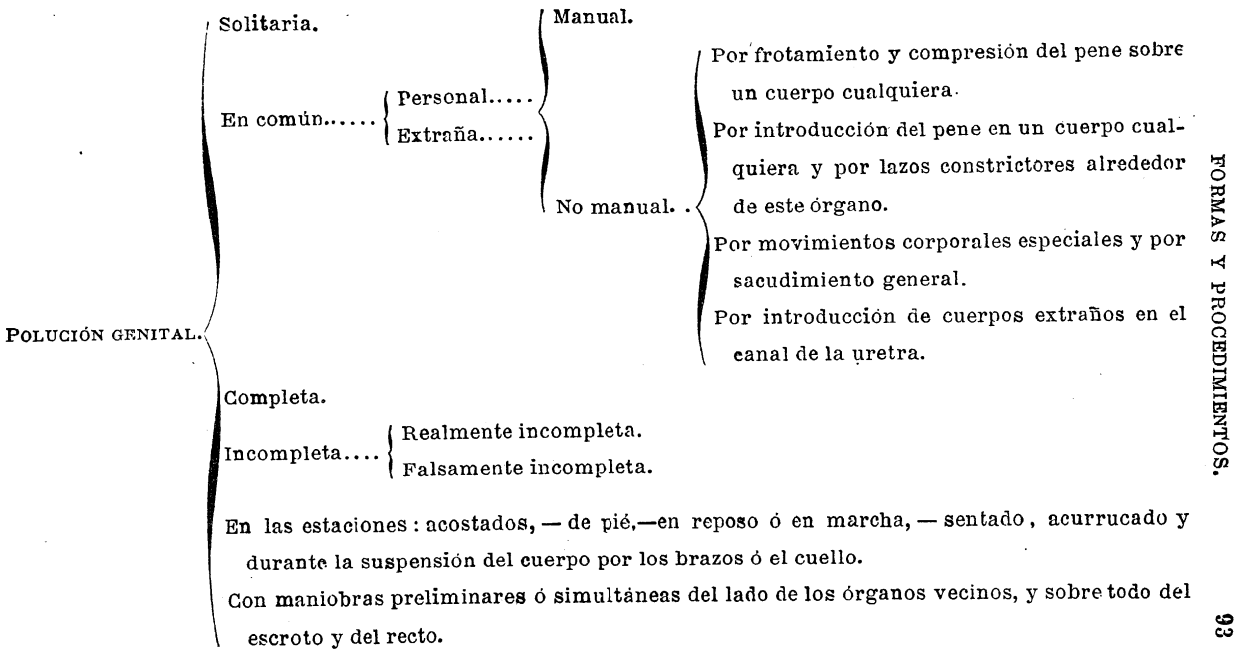
En primer término, según que el acto es practicado en el estado de soledad ó en compañía, tenemos dos variedades: la polución solitaria, la polución en común.

En segundo lugar, en la polución en común, tan pronto las maniobras son ejercidas por un individuo sobre otro, como lo son por

el individuo sobre sí mismo, de donde la subdivisión en polución personal, y en polución extraña.

Cualquiera que sea, solitaria ó en común, personal ó extraña, la polución puede ser ejecutada con la mano, ó sin el socorro de este órgano, lo que nos lleva á distinguir la polución manual de la polución no manual.

En fin: la polución puede ser completa ó incompleta, practicada en tal ó cuál posición del cuerpo, y acompañada de maniobras preliminares ó simultáneas sobre los órganos vecinos del pene.


POLUCIÓN GENITAL.
Solitaria.
En común.....
Personal.....
Extraña.....
Manual.
No manual. .
Por frotamiento y compresión del pene sobre un cuerpo cualquiera.
Por introducción del pene en un cuerpo cualquiera y por lazos constrictores alrededor de este órgano.
Por movimientos corporales especiales y por sacudimiento general.
Por introducción de cuerpos extraños en el canal de la uretra.
Completa.
Incompleta....
Realmente incompleta.
Falsamente incompleta.
En las estaciones: acostados, — de pié,—en reposo ó en marcha, — sentado, acurrucado y durante la suspensión del cuerpo por los brazos ó el cuello.
Con maniobras preliminares ó simultáneas del lado de los órganos vecinos, y sobre todo del escroto y del recto.

El precedente cuadro permite abrazar de una sola ojeada el conjunto de estas divisiones.

Polución solitaria. — De todas las formas, la más frecuentemente empleada es ésta, y por la misma causa es por lo que tantos autores han dado á la polución genital los nombres de pasión, de vicio, furor, maniobras solitarias. Por este modo es por el que principian, á este modo es al que volverán ó vuelven mas ó menos frecuentemente los que se entregaron primero, ó ya se entregan, á los demás procedimientos. Puede practicarse, efectivamente, en todo lugar, en todo tiempo, en todas partes donde se encuentre el individuo solo, y su realización, por lo mismo que es secreta, deja á cubierto al sujeto de la vergüenza casi instintiva que engendra la vista de una acción culpable. Por lo común, la polución solitaria es manual; sin embargo, entre los adolescentes y los adultos, entre los que poseen algunas nociones de las relaciones intersexuales, entre los seres ya estragados, pero ingeniosos, en aquellos, en fin, que no pueden servirse de la mano por una causa cualquiera, es algunas veces realizada de un modo diferente, como veremos más adelante.

Polución en común.—Menos frecuente que la anterior, por lo mismo que requiere un concurso de circunstancias innecesarias para la

polución solitaria, esta forma se halla, á pesar de todo, más extendida de lo que podría pensarse. Se comprende esto reflexionando que el pudor genital, aun cuando al estado de germen en los hombres todos, es, sin embargo, un sentimiento más bien adquirido y razonado que nativo, y consecuentemente general. Se deduce, por una parte, que en ciertas épocas de la vida, durante la infancia, por ejemplo, la vergüenza de una cosa reprensible é inmoral no es tan sensible ni se halla tan desarrollada en los seres, para impedir su ejecución; se deduce también, por otra parte, que el comercio habitual entre personas de un mismo sexo, y la intimidad entre personas de sexos diferentes destruyen frecuentemente en ellos toda reserva; fenómeno este que se presenta muy frecuentemente entre los amantes, los esposos y los grupos de camaradas; se deduce, por último, que en el mundo se encuentran muchos individuos en los cuales el pudor ha permanecido en estado embrionario, y muchos otros á los que el atractivo del placer hace olvidar el respeto de sí mismos y desdeñar el vituperio ó el desprecio de sus semejantes. Estas razones son las que explican la escasa rareza de la polución en común en sus subdivisiones, que vamos á estudiar.

Polución personal. — Ésta, tan pronto es puesta en uso por los amantes y aun los esposos

en el lecho conyugal para terminar el acto sexual empezado por un coito incompleto, como es practicada por los sodomitas pasivos durante el acto contra natura á que se prestan, y sobre todo por los niños, los compañeros de juego, de escuela ó de aprendizaje, que salidos de la casa paterna, de la clase ó del taller, se van por bandos bajo los puentes, sobre las murallas, á los lugares aislados, á las calles desiertas, cerca de los arroyos, ó á los bosques.

Apoyémonos sobre ejemplos, y demos principio por esta observación del Dr. Bergeret (1):

«Mujer de treinta años, delgada, profundamente gastrálgica y neuropática.

»Casada hace diez y nueve años. Un niño al principio, aunque su marido defraudaba, no queriendo tener hijos antes de cierta edad.

»Atribuyendo este embarazo inesperado á que el fraude con aproximación de los órganos sexuales no es seguro, no ha vuelto á usar este medio; pero muy lúbrico por naturaleza, ha ejecutado con los dedos maniobras tan frecuentes y variadas sobre su mujer, que ha concluído por determinar en ésta un eretismo nervioso, llevado hasta la neuropatía general más dolorosa.

»En cuanto á él, cuando se halla sobrexcitado por el espectáculo del orgasmo venéreo,

(1) *Loc. cit.*, pág. 167-168.

llevado hasta los últimos límites, en su mujer, se satisface por sí solo, exigiendo de ella que le preste este innoble servicio, etc., etc.»

Zimmerman refiere que un colegio entero engañaba á veces su fastidio por la manualización, buscando de este modo la manera de evitar el sueño inspirado por las lecciones de una metafísica escolástica que un viejo profesor daba durmiendo casi (1).

El autor del *Tratado de la experiencia* relata aún que un día se descubrió en un pueblo que una sociedad entera de bribones de trece á quince años se reunían para practicar la manualización (2).

En 1874, que habitábamos la calle de las Escuelas, desde nuestra ventana, situada en el rincón de la calle San Jacobo, por dos veces nos ha sido dado ver siete ú ocho pilletes de nueve á doce años que se habían introducido en un terreno de venta, cercado de tablas, lindante con la Sorbona; y allí, después de repetidos simulacros de maniobras sodomitas, terminar sus lascivos recreos por la masturbación personal practicada en común.

«Cuando muchos pastores están reunidos

---

(1) *Excerptum totius Italiae et Helvetiae litteraturæ* pro ann. 1759, tomo I, pág. 93.

(2) Zimmermann, *De la experiencia*, tomo II, página 400.

habitualmente, escribe Lallemand (1), los desórdenes no son menores; los más jóvenes son pervertidos bien pronto por el ejemplo de los demás, y la ociosidad da á su pasión un alto grado de intensidad y de imprudencia. Mi amigo Dunal, decano de la facultad de ciencias, durante una herborización en los Cevennes, sorprendió un día en medio de un bosque cinco ó seis pastores jóvenes, sentados en círculo, y entregándose á sus infamias, los unos frente á los otros. Apenas su inopinada presencia pudo impedirles continuar, demostraron más bien contrariedad de haber sido importunados que vergüenza por haber sido sorprendidos. El mayor de estos miserables apenas era púber.»

En 1876, un juez de instrucción del tribunal del Sena estaba encargado de proceder contra una sociedad de ladronzuelos, de los que el mayor apenas tendría veinte años: no estaba arrestada la banda entera, y era preciso, á fuerza de habilidad y aun de amenazas, arrancar á los que estaban detenidos los nombres de los que la policía no había podido atrapar. En un interrogatorio, y respondiendo al juez uno de los prevenidos, dijo con mofa: «¡Y bien! Sí, falta todavía Cuarenta y siete; pero yo no sé dónde se habrá ocultado.» El magistrado quiso saber la explicación de tan

(1) *Loc. cit.*, tomo I, páginas 442 y 443.

singular nombre de guerra. Entonces, el jefe de los aprendices de bandido refiere que se había dado este sobrenombre á uno de sus compañeros, porque necesitaba cuarenta y siete movimientos de mano para determinar la eyaculación espermática.

Los diez ó doce muchachos de que se componía la banda se reunían efectivamente en un cuarto, y se mancillaban en común, pero personalmente, contando en alta voz el número de los movimientos necesarios para la terminación del acto. ¡Un convenio fijado de antemano condenaba al que de entre ellos eyaculaba el último, á pagar á los demás media pinta (1) de vino, una copa de ajenjo ó cualquier otra cosa!....

Polución extraña.—Como indica su nombre, esta especie de abuso, tan ordinario como los precedentes, es ejecutado por un individuo sobre otro. Generalmente el acto es recíproco. Aquí son condiscípulos que de esta suerte acortan las largas horas de estudio, ó embellecen la ociosidad de los recreos y salidas; allá son prisioneros que han logrado escapar á la vigilancia de sus guardianes; frecuentemente son amantes y esposos, que temen las consecuencias de un contacto sexual, ó sifilófobos y seres gastados que exigen este

(1) La pinta es igual á un octavo de gallón, ó sean 0,57 litros. *(N. del Traductor.)*

servicio á las cortesanas que visitan frecuentemente. Algunas veces son impotentes viejos, que pagan á niños adiestrados en este repugnante trabajo; ó, asimismo, son miñones, que antes, durante ó después del acto sodómico, abandonan su pene en mano de los pederastas, á quienes excita en el mayor grado la vista del eretismo que desarrollan en sus páticos.

Todo el mundo conoce los términos de *cazador* y *conejo* con que en los liceos se designa á los masturbados y masturbadores, flagrante prueba de que la polución extraña se ejerce diariamente en las casas de instrucción.

Un amigo, escribiéndome la historia de dos jóvenes con motivo de la muerte de uno de ellos á consecuencia de la tisis, me refería últimamente que durante su niñez los había sorprendido más de una vez detrás de los setos al salir de un baño frío que tomaban en la Ternoise. Estos compañeros de placer, después de haber jugueteado algunos minutos en el agua, salían á la orilla, corrían un momento de aquí para allá, á fin de engañar á su criado; ganaban diestramente un matorral, y allí se mancillaban recíprocamente. Hecho esto, volvían al agua, para comenzar su entretenimiento algunos momentos después.

Una de las más instructivas observaciones de Bergeret, que acabamos de relatar más arri-

ba, prueba asimismo que el lecho nupcial no se halla exento de esta clase de polución. Á decir verdad, la masturbación recíproca, que vaya ó no precedida de coito incompleto, es uno de los más comunes fraudes entre uniones legítimas ó concubinatos, pertenezcan á la clase que se quiera.

De un gran número de prostitutas interrogadas á este propósito, sabemos que de ellas se solicita con tanta frecuencia la masturbación como la fellación, y los solicitantes son, ora adultos dominados por el temor de las enfermedades venéreas, ora viejos, á los que ya el coito deja completamente apáticos. Algunas de estas mujeres, lo mismo que otras del contacto *ab ore*, han sabido hacerse de este modo de proceder una especialidad de las más lucrativas.

Aun cuando teniendo por objeto ordinario los pederastas el coito rectal, no se limitan á este solo abuso, y muchos de entre ellos se entregan á las prácticas manualizadoras extrañas. Este hecho no ha pasado desapercibido por A. Tardieu, que define de la manera siguiente los nombres de «Casse poitrine» y de «Renifleurs» (1) asignados á determinadas sectas de estos personajes.

(1) Se han conservado los nombres franceses, porque su equivalencia en español nada aclara acerca de la especialidad á que alude Tardieu. *(N. del Traductor.)*

«Omnes flagitiorum species apud παιδεραστάς, concurrunt, et variis quas nequitia genuit sectis, nomen peculiare servat abjectorum istorum hominum sermo. Qui manustupra dediti sunt «Casse-poitrine» appellantur.... Foedissimum tandem, et singulare genus libidinorum vivido colore exprimit appellatio «Renifleurs,» qui in secretos locos nimirum circa theatrorum posticos convenientes quos complures feminæ ad micturiendum festinant, per nares urinarii odare excitati illico se invicem polluunt (1).»

Polución manual.—La mayor parte de los que se mancillan lo hacen con la mano, lo que hace decir que la masturbación, en el sentido etimológico de la palabra, es el procedimiento más usado con el objeto de engendrar la voluptuosidad. De idéntico modo que hemos expuesto al hablar de la forma solitaria, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que casi siempre los seres dados á la polución genital se sirven, se han servido ó se servirán de la mano, cualquiera que sean los otros medios empleados ó que puedan emplear. Esta manera es la que efectivamente se presenta primero al espíritu como más simple, como la más al alcance de todos, y, si se permite la frase, la más natural. Aun cuando la polución

(1) *Étude medico-legale*, etc., p. 210-211.

manual pueda ser, y frecuentemente lo sea, ejecutada en común, lo más ordinario es que se practique en la soledad; lo que permite sentar este principio: La masturbación solitaria es de todas las formas de mancilla la más extendida, la que se ve practicada en mayor grado.

Polución no manual.—Á pesar de lo que acabamos de exponer en las líneas precedentes, la verdad nos obliga á señalar que existen casos numerosos en los que la mano, abandonada para la polución, se encuentra reemplazada en su acción por diversos instrumentos, por procedimientos extraños, por operaciones particulares.

Aquí son niños inconscientes de sus actos, guiados por una especie de perversión instintiva, que hacen uso de estos procedimientos: allí son adolescentes que, por una razón particular, no pueden servirse de la mano: allá son púberes, que, teniendo alguna idea del coito, tratan de simularlo, ó bien aún, son jóvenes imbuídos de las ideas religiosas, que, sabiendo cometen una falta masturbándose, buscan un medio de obrar que no piensan sea punible. Tan pronto son adultos perseguidos por el temor de la sífilis ó de la blenorragia, que inventan un medio de preservarse, evitando aquellos que pueden producirles estas afecciones; á veces, en fin, son hipocondríacos dis-

gustados de la mujer, neuropáticos atacados de perversión ó de aberración de las facultades mentales, depravados, gastados por los procedimientos manuales, víctimas de la psycopatía sexual, á los que su imaginación arrastra bajo el dominio del delirio genital, en la esperanza de saciar su libidinosa enfermedad.

Dividiremos en cuatro grupos los procedimientos de la polución no manual.

Frotamientos y compresión del pene sobre un cuerpo cualquiera.—Los frotamientos de la verga contra cuerpos más ó menos resistentes, tales como los colchones en el decúbito abdominal, el borde de un mueble, el pie de una mesa, el ángulo de una silla, la arista de un banco....; la compresión del pene sobre uno de estos cuerpos ó solamente entre los muslos, han determinado el eretismo genital y una sensación de placer en niños inconscientes, que, agradablemente sorprendidos por este descubrimiento, han tratado ya conscientemente de renovar el mismo goce, colocándose nuevamente bajo la acción de la causa productora. He aquí ejemplos de polución por compresión del pene:

«Dotado de un temperamento muy precoz, —escribe un espermatorreico en una memoria dirigida á Lallemand (1),—abusaba de mí des-

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 457.

de la edad de ocho á nueve años, para entregarme á la masturbación, ó mejor dicho, á maniobras todavía más nocivas. Por la compresión de la verga entre mis muslos ó contra el asiento sobre el cual me hallaba colocado, es como me provocaba estos deplorables goces, seguidos ordinariamente de algunas gotas de un líquido viscoso y transparente; esta maniobra, que repetía muchas veces al día, duró hasta la edad de diez y seis años, época en la cual me detuve, completamente asustado por la sangre que vi salir casi pura muchas veces, etc., etc.»

Vogel (1) refiere la historia de un muchacho de un año que tenía ya la pasión de frotar los muslos uno con otro, produciendo de este modo la erección peniana. Las mujeres que le veían, reían. Sin embargo, la madre prohibió tolerar semejante abuso; pero los gritos y las lágrimas inutilizaron las órdenes maternales. El niño repetía muchas veces al día, y aun por la noche, en ocasiones durante un cuarto de hora seguido, el acto, durante el cual su cara se inflamaba, los ojos le brillaban y la respiración se hacía entrecortada. En fin: debilitado é inundado de sudor, el niño acababa por caer en un profundo sueño.

El profesor de Montpellier relata así el caso

(1) *Unterwicht für Ætern*, etc., etc. Véase asimismo Schwartz, pág. 10.

de un oficial superior que había llegado á hacerse tabescente á consecuencia de una práctica análoga á las anteriores. Este militar había percibido por primera vez, á la edad de diez años, el placer genital por la compresión de la verga contra una mesa; por espacio de muchos años había seguido usando el mismo procedimiento (1).

No había escapado este modo de mancillarse á Deslandes, á juzgar por las siguientes líneas:

«Frecuentemente sucede (escribe) que no se apercibe la masturbación allí donde existe, porque se señala á su posibilidad condiciones demasiado exclusivas. Sin entrar en detalles que no se pueden confiar á un libro, diré que la masturbación, no obstante la etimología de esta palabra, puede practicarse en el uno y en el otro sexo sin el auxilio de la mano. Esta posibilidad ha permitido á niños y niñas engañar largo tiempo la más atenta vigilancia, aun cuando se entregaban á su deplorable hábito hasta en la clase misma, delante de sus maestros, ó en un salón en medio de su familia. Operando por medio de presiones que en ciertos sujetos han concluído por determinar una desviación permanente de los cuerpos cavernosos, estos individuos no ejecutaban nin-

(1) *De l'Onanisme*, etc., pág. 380.

guno ó casi ningún movimiento; podían, pues, hallarse vestidos, sentados, tener las manos libres, parecer atentos á una conversación, á una lectura, á un trabajo cualquiera, y proceder, sin embargo, al onanismo.»

Más frecuentemente que la compresión son utilizados los frotamientos del pene, sobre todo en el decúbito abdominal, durante el cual la verga eréctil se encuentra entre dos planos sólidos, el colchón de una parte y el hipogastrio de la otra.

Uno de nuestros antiguos condiscípulos nos ha confesado no haberse mancillado jamás de otro modo, y más de una vez nos llamó durante la noche para librarle de violentos calambres en los miembros, que habían sobrevenido á consecuencia de poluciones de esta clase, de las que, no obstante nuestros consejos y su voluntad misma, conservaba la costumbre á los veintiocho años.

Refiriendo el caso del joven Eugenio C., acostumbrado desde la edad de siete años al decúbito abdominal, y que, como resultado de esta posición, había sentido, aun cuando en él no existiera ningún signo de pubertad, ponerse su pene en erección, y engendrar la presión contra el lecho titilaciones, frotamientos, de los que se originaron abusos tan funestos como los de la masturbación, Lallemand certifica, con autoridad, que esta posición por sí sola

provocó el descubrimiento del placer genital en este niño, puesto que el desgraciado permanecía aún en la ignorancia más completa de todo cuanto concierne á las relaciones sexuales, y no había tampoco recibido ningún mal ejemplo. «Por el contrario, añade este autor, era naturalmente tan púdico, tan reservado, que jamás se había permitido ni había podido sufrir el menor toque manual. La primera impresión ha sido, por lo tanto, instintiva y accidental; pero no por esto ha dejado de ser la causa de un hábito que se había transformado en pasión irresistible, sin cambiar jamás de naturaleza (1).»

La observación núm. 61 del *Tratado de las pérdidas seminales*, tiene mucha analogía con la precedente : se trata de M. A., que á la edad de ocho años se acostaba con su niñera durante algún tiempo, y contra la cual gustaba de arrimarse, sin saber por qué. La vista de las formas de esta mujer hizo trabajar su joven imaginación, sumiéndole en una especie de tristeza, cuyo origen ocultaba cuidadosamente á todo el mundo. Á los trece años, una joven de diez y ocho se sirvió muchas veces de él para engañar sus deseos, sin permitir ninguna introducción, y sí solamente frotamientos exteriores; poco tiempo después fué enviado al colegio, donde le siguieron estos

(1) *Loc. cit.*, tomo I, páginas 367-368.

funestos recuerdos; repasaba continuamente su imaginación, y por la noche se colocaba cuanto le era dable en las mismas posiciones, para repetir los mismos frotamientos. De este modo es cómo contrajo un hábito tan pernicioso como la masturbación, aunque siempre se abstuviese de hacer uso de sus manos. Su salud se resintió, aun antes de que hubiese visto una emisión espermática. Su crecimiento se detuvo, y su vista se debilitó, lo mismo que su memoria y su inteligencia (1).

Podríamos todavía citar el ejemplo de muchos jóvenes, sumamente religiosos, y que habían llegado á hacerse espermatorreicos á consecuencia de abusos repetidos de este género, y que, sin embargo, considerando el tocamiento digital como un grave pecado, no lo hubiesen ejecutado una sola vez por nada del mundo. Mas lo que precede pensamos que debe satisfacer ampliamente al lector.

Introducción del pene en un cuerpo cualquiera. — Lazos constrictores alrededor del miembro viril.—Este modo de mancillarse, muy raro en el niño, es más especial del púber, de aquel que no es completamente ignorante de la manera cómo se ejecuta el congreso sexual. La mayor parte de las veces, en efecto, es un simulacro del coito. Los cuerpos que reciben el

(1) *Loc. cit.*; tomo I, páginas 371 y 372.

pene son excesivamente variados : hay jóvenes que se sirven de los colchones ó de las almohadas, en las que previamente abren un agujero; otros han utilizado las cavidades que presentan ciertos troncos de árboles, ó las aberturas hechas en el suelo por los topos, ratones campestres, ó por cualquier circunstancia; otros se han contentado con las rodajas de diversos instrumentos. Un mozo de veinte años, de oficio carnicero, nos ha confesado se mancillaba en un pulmón de ternera caliente aún, y perforado para el uso. Larrey ha encontrado en un joven dado á la masturbación un anillo de oro que se hallaba estrangulando el pene; Sabatier ha referido muchas observaciones en las que los cuerpos extraños eran virolas de hierro ó de cobre, anillos de llaves, etc., etc. Legros ha visto un colegial de diez y seis años, cuyo pene había sido metido en el cuello de un frasco de esencias.

¡Cuántos individuos han rodeado su pene de lazos constrictores, cuerdas, lazos, cintas, etc., y víctimas de su imprudencia erótica, han tenido que recurrir á los cirujanos, que de este modo han conocido sus maniobras!

Lallemand piensa que el Dr. Deslandes comete un error atribuyendo á lúbricas intenciones la introducción del pene en cuerpos extraños y las aplicaciones de lazos constrictores alrededor del miembro. Para el eminente

genitalista no es el delirio erótico—expresión de que se sirve Deslandes — el que empuja á estos imprudentes, sino el vivo deseo de impedir las pérdidas seminales involuntarias y penosas. Para apoyar su opinión, cita la observación de Deslandes, relativa á un aprendiz de tonelero que había venido á la clínica con un cubo de candelero alrededor del pene, y añade: «Habiendo sido encargado por Dupuytren de interrogar al paciente y de tomar un cróquis de las partes, he sabido que el enfermo estaba agotado por las poluciones nocturnas, y que, con el fin de prevenirlas, era por lo que al acostarse introducía el miembro en esta parte del candelero. Yo he debido creerlo, por la sencilla razón de que su miembro no hubiera podido jamás pasar por este conducto de cobre, á no ser en un completo estado de flacidez (1).»

Esta última razón no prueba nada, por cuanto generalmente los masturbadores que recurren á semejantes medios son seres gastados, casi impotentes, en los cuales la erección es lenta, y que justamente tratan de conseguirla por medios extraños. No obstante, si por una parte queremos admitir con el profesor de Montpellier que á veces los espermatorreicos se comprimen la uretra con la espe-

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 455.

ranza de impedir de este modo las emisiones nocturnas; si persuadidos estamos con Nélaton de que los niños se atan algunas veces el pene con la esperanza de no orinarse en la cama durante su sueño, queda, por otra parte, completamente demostrado, y fuera de discusión para nosotros, que en la gran mayoría de los casos es el erotismo el que arrastra á los manualizadores á estas acciones peligrosas. El deseo del goce, lo repetimos, anima á éstos á aprisionar el órgano copulador en un instrumento duro ó metálico; la misma causa, más frecuentemente la imposibilidad de otra maniobra, y sobre todo la necesidad de ocultar el hábito genital impidiendo la eyaculación brusca del esperma, suministra á otros la idea de servirse de un lazo constrictor.

¿Eran tabescentes, y querían evitar emisiones séminales involuntarias los dos soldados de que habla Larrey, y que habían introducido su miembro, el uno en la anilla de una badila, el otro en el cubo de una bayoneta?

¿Es la espermatorrea la que movió á un joven en un establecimiento balneario á introducir su pene en el agujero practicado en la pila para el desagüe, y que, no pudiendo retirarlo por la tumefacción del glande, prorumpió, á pesar de su vergüenza, en espantosos gritos para que se viniera á hacer cesar el

afrentoso suplicio que sufría por su falta (1)?

Permítasenos una última observación.

En 1869, en Sielle, se nos llamó cerca de un niño de seis años y medio que se había cortado todo el pene menos la uretra, á medio centímetro próximamente del pubis, por medio de un asa de hilo. Sus padres, sabiendo que se masturbaba á toda costa, le obligaban, durante su permanencia en el lecho, á tener fuera de las cubiertas los brazos y las manos, que además sujetaban para mayor seguridad. Pero el deseo había hecho al niño avisado, enseñándole á salvar las dificultades. Durante el día se ataba un hilo alrededor del pene, y por la noche, á la hora de acostarse, colocaba el cabo libre entre sus dientes. Dentro del lecho, la flexión y extensión sucesivas de la cabeza ponían tenso y aflojaban el hilo, dando á su pene un movimiento de va y ven bastante para engendrar el placer. Muchas veces había realizado con éxito su maniobra, hasta que una noche el hilo se rompe al nivel del nudo, el miembro se hincha, se gangrena, y el dolor, así como la imposibilidad de la marcha, obligaron al muchacho á declarar su padecimiento, del que le hicimos confesar la causa.

---

(1) *Diccionario de las ciencias médicas*, art. de Fournier y Begin sobre la MASTURBACIÓN, pág. 109, t. XXXI.

Movimientos corporales.-Conmoción genital. —Los movimientos especiales del cuerpo, tales como los de propulsión y retropulsión de la pelvis en las posiciones de pié ó sentado, la contracción repetida de los abductores del muslo y de los músculos del periné, y las rigideces del cuerpo, son otros tantos modos de polución particular á ciertos seres. Lo mismo sucede con la acción de dejarse escurrir á lo largo de un vástago vertical, y con la conmoción general impresa á la masa del cuerpo teniéndose suspendidos por las manos.

Georget en el *Diccionario en treinta volúmenes*, artículo ONANISMO, señala de pasada alguna de estas maneras de proceder, pero sin citar observaciones.

En el *Tratado de las pérdidas seminales* encontramos, por el contrario, dos relaciones muy curiosas á este propósito.

En la primera, se trata de un niño de ocho años, que, habiéndose montado sobre uno de esos caperos móviles destinados para limpiar los vestidos, se dejó escurrir á lo largo del palo, experimentando por este movimiento una sensación agradable en las partes genitales. «Se apresura á subir al mismo sitio, volviendo á bajar de la misma manera, hasta que la repetición y variedad de las evoluciones le procuraron un goce, cuyas consecuencias estaba

lejos de prever (1).» Más tarde llegó á ser tabescente.

El segundo no cede al anterior en originalidad: hele aquí.

«Vuelvo nuevamente, dice el autor, á las aberraciones que me han sido confesadas por gran número de enfermos.

»Uno de ellos me ha dicho que en la época de la pubertad, colgándose un día de un brazo, había experimentado una erección pronta y enérgica, acompañada de placer, y que sus esfuerzos para levantar el cuerpo habían determinado una abundante emisión de esperma: ésta fué la primera. Al siguiente día repite los mismos movimientos, y observa exactamente idénticos fenómenos. Desde entonces no conoció otro placer. Según los principios que de muy temprano le habían sido inculcados, se hubiera creído deshonrado teniendo relaciones con una mujer ó permitiéndose el menor toque sobre sí mismo; pero su conciencia estaba tranquila relativamente á estos ejercicios, porque no le habían sido prohibidos. Continuó, por lo tanto, suspendiéndose de los muebles, de la puerta, etc., sin hacer á nadie, á pesar de todo, confidente de su proceder, cayendo poco á poco en el estado de debilidad y deterioro á que llegan los mas-

(1) *Loc. cit.*, pág. 419.

turbadores más desenfrenados. En fin: toda suspensión llegó á ser imposible por exceso de debilidad, y las emisiones voluntarias cesaron, pero siendo bien pronto reemplazadas por nocturnas poluciones, que fueron tanto más difíciles de curar, cuanto que los órganos genitales estaban más predispuestos á ellas (1).» Este es el lugar de ocuparnos de la polución por ahorcamiento, incompleto, se entiende.

El ahorcamiento, como es sabido, determina la erección y produce la eyaculación, sea por la asfixia, sea por la compresión y extensión de la médula oblongada, sea, en fin, por la conmoción general del cuerpo que ocasiona, acaso por las tres causas á la vez. Pues bien: ¡se han encontrado sujetos que no han temido solicitar este extraño procedimiento para conseguir la emisión seminal!

En la ciudad de las rarezas y las excentricidades, en Londres, se nos ha asegurado que existe una sociedad clandestina de estrambóticos *gentlemen*, que se reunen con el objeto de conmocionar por el ahorcamiento incompleto su apático sistema nervioso, haciendo nacer de esta suerte el espasmo erótico. Este hecho parecería increíble, si no se supiera que el libertinaje es capaz de todo. Por otra parte,

(1) *Loc. cit.*, tomo I, p. 456.

véase lo que puede ayudar á creer en la existencia de semejante club.

El 27 de Setiembre de 1863, en la calle de la Universidad, se encontró en un lugar excusado un aprendiz de diez y seis años ahorcado, mediante una correa atada á las barras de una ventana. Nada podía arrastrar á semejante determinación á este sujeto. Se investiga, por tanto, se examina un poco su pasado, y se viene á conocer que era un manualizador prototipo. Había oído hablar de la eyaculación espermática en los ahorcados, y trató de representar sobre sí mismo un ahorcamiento para gozar del mismo acto emisivo. Á este refinamiento de un placer que creía encontrar, es al que sacrificó su vida sin querer.

Un hecho parecido á éste se reprodujo algún tiempo después en un viejo masturbador de Bercy, para el cual el simulacro del ahorcamiento fué también una realidad.

Introducción de cuerpos extraños en la uretra.—Si, como hemos dejado señalado en una obra precedente (1), las mujeres se introducen frecuentemente los objetos más diversos, los instrumentos más variados, en la vagina, el útero, la uretra y la vejiga, los hombres no

(1) *Estudio médico-filosófico sobre las causas, etc., del Onanismo en la mujer.* Pouillet, pág. 16 y siguientes: versión española, 1883, *El Cosmos Editorial.*
(N. del Traductor.)

quedan por debajo de ellas en este punto, siendo igualmente ingeniosos para perjudicarse. Los desgraciados cuyo pene ha llegado á ser insensible á los contactos manuales, cuya impotencia temporal no basta á hacer cesar la insaciabilidad de los deseos, llegan á imaginar medios de mancillarse, que claramente demuestran la debilidad del hombre ante la idea del placer (1).

«El espíritu que el sentido venéreo dominaba en absoluto,—escribe L. Deslandes (2) en una de sus mejores páginas,—quiere dominar á su vez; pero no es, no puede ser obedecido.

»Preciso sería, cuando llega esta especie de paralización, que se perdiera el recuerdo de los goces pasados; pero sobrevive desapasionadamente: en este recuerdo único, sin embargo, es en el que existe el deseo, que poco antes venía de las partes generadoras. Atormentado por él, el masturbador gastado atormenta á su vez sus órganos aletargados. No obteniendo resultado de sus antiguos métodos, los inventa nuevos, y acaba por caer en lo extravagante, en lo monstruoso, en lo horrible. Sus

(1) No la debilidad del hombre ante la idea del placer, sino una alteración completa de sus facultades intelectuales, una erotomanía ó quiromanía.

(N. del Traductor.)

(2) *Loc. cit.*, páginas 275 y 276.

pensamientos de otro tiempo, comparados con los que al presente le asedian, no eran sino pensamientos de candor é inocencia. El onanismo, tal como lo practicaba, podría pasar como una acción casi loable al lado de los que sueña al presente, y que practicaría si pudiese. Si lleva la mano sobre sí todavía, ésta va armada, porque sola no bastaría. Ya no es en la superficie de sus órganos donde busca las sensaciones que su desapiadada memoria le exige: esta superficie está muerta para el placer; así que, lo busca más profundamente allí donde su mano no había llegado jamás. No duda en entregarse á las maniobras que precedentemente había mirado como una tortura. Si es preciso se mortificará, se desgarrará; no retrocederá delante de nada con tal de sentir, aunque sea el dolor, porque á cualquier precio es necesario que sienta. Esto dura hasta el momento en que tan dolorosos recursos llegan á faltarle, lo que sucede inevitablemente, sea porque se gastan por sí mismos, sea á consecuencia de graves accidentes que acaban por ocasionar.»

Bajo la influencia de su deseo, se ha visto, lo mismo á jóvenes que á hombres ya hechos, introducirse diariamente en la uretra objetos de todas clases. Sería tan inútil como fastidioso enumerar todos los cuerpos extraños hallados en este órgano y en la vejiga, é intro-

ducidos en dichos órganos por masturbadores soñadores, á los que el sufrimiento acaba por arrastrar delante de los cirujanos asombrados. Bastará que citemos algunos, para demostrar la variedad. Nombremos al correr de la pluma los fragmentos de madera, trozos de ballena, alfileres de cabeza gruesa, lápices, correas de cuero, pasadores, tubos de pipa, agujas de coser, plumas de ave, espigas, cañas de las gramíneas ó tallos de junco, clavos, mangos de pincel, etc., etc., etc.

Nos adelantaremos á toda acusación de falsedad, relatando, bajo la forma de extracto, los ejemplos siguientes, que entresacamos aquí y allá en el campo de la ciencia, donde las observaciones de este género son tan numerosas, que se hace embarazosa la elección.

«El llamado N., sargento del 6.° de línea, se introducía habitualmente en la uretra, para percibir voluptuosas sensaciones, un cuerpo redondo, tal como un lapicero, un porta-pluma, etc. Un día que se entregaba á este ejercicio, un repentino estornudo le hizo soltar el porta-pluma, que bien pronto penetra en la vejiga (1), etc., etc....» Hubo necesidad de practicarle la talla.

«Un joven de M...., de veinticinco años, que

(1) Tomado de los *Archives belges de médecine militaire*, por el *Journal de méd. et chir. pratiq.*—Año 1850, pág. 198.

servía en calidad de doméstico en casa del señor B.... de C...., se me presentó el 20 del mes de Julio de 1825 para que le curase una retención de orina, acompañada de dolores muy vivos en la raíz del pene.

»Después de haber preguntado y examinado á este individuo, adquirí el conocimiento de que la retención de orina, así como los dolores, eran debidos á la presencia de un cuerpo extraño en la uretra. Acosado por mis preguntas, el joven me confesó entonces que desde hacía algún tiempo había contraído la desgraciada costumbre de introducir en el canal de la uretra, como agente de excitación, un alfiler de latón muy largo, y que en un momento de descuido se le había escapado, penetrando en el canal y permaneciendo adherido desde hacía dos días en la parte inferior del miembro (1), etc., etc.» Su extracción exigió un procedimiento quirúrgico especial.

Durante mi permanencia como interno en el hospital Lariboisière en 1859, dice Moussaud (2), presté mis cuidados á un aficionado á los placeres solitarios, que por esta causa se había introducido en el canal de la uretra dos pendientes de forma irregularmente olivar.

(1) Carta del Dr. Gazan de Vallauris al *Journal de médecine et de chirurgie pratique.*—Año 1850, pág. 97.

(2) *Précis pratique des malad. des org. génit-urinaires*, pág. 356.—París, 1876.

Uno de ellos había caminado hacia la vejiga; el otro habíase detenido en la porción membranosa de la uretra. La extracción de estos cuerpos extraños ocasionó dificultades, dolores y peligros, los que, convencido estoy, no habrán curado al enfermo de su detestable manía.

En Enero de 1777, el cirujano en jefe del Hotel-Dieu de Clermont, M. Bonnet, comunicaba á la Academia de Cirugía un caso, reproducido por Chopart, del modo siguiente:

«Un hombre de cuarenta y cinco años de edad, hallándose sentado cerca de una cepa, tomó un pequeño trozo de sarmiento, que se introdujo en la uretra para mancillarse y excitar la eyaculación del semen. Habiendo empujado demasiado adentro la rama durante la embriaguez del placer que experimentaba, y habiéndola soltado, se insinúa este cuerpo en la vejiga y ocasiona bien pronto los accidentes ordinarios á la penetración de cuerpos extraños en esta víscera. M. Bonnet hizo á este sujeto la operación de la talla, extrayendo con una pinza de pólipo el cuerpo, que tenía tres pulgadas de longitud, ocho líneas de circunferencia, y que estaba incrustado de gran cantidad de materia calculosa (1).»

---

(1) *Traité des malad. des vies urinaires*, anotado y adicionado por Segalas, pág. 312, 1.ª col.—París, 1855.

Deslandes (1) toma de la *Lancette Française* del 1.° de Octubre de 1831, esta historia de un dueño de pensión de los alrededores de Saumur:

«Este hombre se servía especialmente de un alambre de siete á ocho pulgadas de largo, cuyo extremo había tenido cuidado de encorvar, en forma de gancho ó anzuelo, indudablemente para procurarse goces más vivos. Un día que se entregaba á esta singular maniobra, y que abandonaba su mano á los más desordenados movimientos, sintió de repente un vivo dolor. El canal se había rasgado en su porción membranosa. Este desgraciado practicó numerosas tentativas para retirar el largo alambre; pero el gancho, que se había prendido en las partes blandas, hizo la cosa absolutamente imposible. Presa de la vergüenza y del sufrimiento, quiso verse libre á toda costa, y á este propósito dobló la parte libre del alambre en forma de anillo, proponiéndose así hacer la tensión más enérgica. Tiró, en efecto, cuanto pudo, al extremo de romperse el anillo, sin que por esto el alambre dejara de permanecer en el mismo sitio. Abandonándose entonces á la desesperación más espantosa, esperaba la muerte, cuando el exceso de dolor le decidió á llamar á un cirujano. Éste fué el doctor Fardeau, de Sau-

(1) *Loc. cit.*, páginas 281 y 282.

mur. El miembro estaba enormemente tumefacto, lo mismo que la piel del escroto ; todos los límites que se hallan en el punto de unión del pene con el pubis se encontraban igualmente hinchados, calientes y dolorosos. El vientre comenzaba á meteorizarse; había retención de orina; el semblante estaba rojo y el ojo viscoso ; empezaba á perder la cabeza ; el pulso era duro, frecuente y concentrado. M. Fardeau asió la extremidad libre del alambre, ejerciendo sobre ella ligeras tracciones, y adquirió así la prueba de que la otra extremidad estaba detenida por un obstáculo invencible. Explorando entonces las partes con la mayor atención, no quedó poco sorprendido al reconocer, sin ninguna duda, que el gancho estaba enclavado en el borde interno de la tuberosidad isquiática. Se practicó una incisión oblonga en este lugar; el gancho pudo cogerse, siendo extraído el alambre por el periné, etc., etc.»

M. Luís Senn, en el *Journal universel des sciences médicales* , correspondiente al mes de Octubre de 1829, refiere el caso de un joven de diez y nueve años, que se mancillaba introduciendo en el canal urinario un tallo herbáceo, el cual se rompió un día, penetrando en la vejiga y siendo el punto de partida de muchos cálculos.

M. Rigal vió asimismo un hombre de treinta y ocho años que utilizaba con un objeto erótico

un tallo de gladío. Este tallo se rompió en la vejiga, permaneciendo en ella dos meses, y haciendo necesaria la operación de la talla. Tenía nueve pulgadas de longitud, y estaba recubierto de una costra calcárea de una á dos líneas de espesor (1).

El Dr. Deslandes cita todavía esta observación publicada en el *Journal de médecine, de chirurgie et de pharmacie*, tomo XXXIII, pág. 290, por el Dr. Séraillé:

«El enfermo, que tenía cincuenta años, hizo llamar á este cirujano el 18 de Octubre de 1813, declarándole que había tenido la desgracia de dejar escapar en el canal de la uretra una aguja de colchonero de cuatro pulgadas de largo, con la que desde hacía tres años se masturbaba. Este instrumento había desaparecido de sus dedos en el momento precedente á la eyaculación. El enfermo creyó que sería expulsado cuando ésta se verificara, pero las cosas no sucedieron así; la aguja había sido introducida en la uretra por el talón, y la punta, dirigida hacia arriba, se había fijado cerca de la raíz del miembro. Al cabo de ocho días de sufrimiento, durante los cuales la existencia de este cuerpo ocasionaba frecuentes erecciones, M. Lallemand, de la Salpêtrière, con-

(1) Observación presentada á la Sociedad de Montpellier en sus *Anales*, tomo X, pág. 267.

siguió extraerlo mediante una operación (1).»

No podemos terminar mejor la exposición de los ejemplos de polución extraña, que refiriendo, casi *in extenso*, el caso del famoso pastor Galien con sus sorprendentes detalles, y tal como nos lo ha transmitido Chopart:

«Gabriel Galien se entregaba á la masturbación desde la edad de quince años, con tal exceso, que la repetía diariamente ocho veces. Poco tiempo después, la eyaculación del licor seminal llegó á ser rara y tan difícil, que se fatigaba durante una hora para conseguirla, lo que le ponía en un estado de convulsión general, no obteniendo, á pesar de todo, más que algunas gotas de sangre y nada de líquido prolífico. No se sirvió más que de su mano hasta la edad de veintiseis años para satisfacer esta pasión peligrosa. No pudiendo excitar la eyaculación por este medio, que no hacía otra cosa sino mantener el pene en un estado de priapismo casi continuo, imaginó urgarse el canal de la uretra con una pequeña varilla de madera, de unas seis pulgadas de longitud próximamente, que introducía más ó menos sin recubrirla de ninguna sustancia grasa ó mucilaginosa, capaz de suavizar un poco la ruda impresión que debía ocasionar sobre una parte tan sensible. La profesión de pastor que

(1) *Loc. cit.*, pág. 283.

había abrazado le proporcionaba ocasión de hallarse solo y abandonarse fácilmente á su pasión, empleando en diferentes sesiones algunas horas del día para titilarse con su varita el interior de la uretra. De ella hizo uso constantemente por espacio de diez y seis años, procurándose de este modo una eyaculación más ó menos abundante. El canal de la uretra llegó á hacerse duro, calloso y absolutamente insensible, como resultado de un tratamiento de esta naturaleza tantas veces repetido y sostenido tan largo tiempo. Galien, encontrando entonces su varilla tan inútil como la mano, se creyó el más desgraciado de los hombres. La aversión invencible que tenía por las mujeres, la abstinencia á que se veía reducido, la erección continua que provocaba su pasión, sin que pudiera aplacarla, parecían, en efecto, justificar su idea. En tal estado de efervescencia melancólica, que radicaba así en lo físico como en lo moral, el pastor dejaba errar frecuentemente su ganado, no ocupándose más que de encontrar un nuevo medio propio para satisfacerse.

»Después de numerosas tentativas igualmente infructuosas, volvió con mayor encarnizamiento al uso de la mano y de la varita; mas viendo que estos medios no hacían sino irritar sus falsos deseos, saca desesperadamente un mal cuchillo de su saco, con el cual

se incinde el glande, siguiendo la longitud del canal de la uretra. Esta incisión, que á cualquier otro individuo hubiera ocasionado los más agudos dolores, no le produjo más que una agradable sensación, seguida de una eyaculación completa. Encantado de su feliz descubrimiento, resolvió indemnizarse de su abstinencia forzada cuantas veces le dominara su furor. Los fosos, los peñascos, los matorrales, le servían de asilo para repetir ó ejercer su nuevo procedimiento, que siempre le procuraba el placer y la eyaculación esperada. En fin, concediendo todo el vuelo posible á su pasión, llegó el caso, después de mil repeticiones, de hendirse el miembro en dos partes exactamente iguales, desde el meato urinario hasta la porción de la uretra y de los cuerpos cavernosos que corresponde por encima del escroto, cerca de la sínfisis pubiana. Cuando la sangre corría en abundancia, detenía la hemorragia, ligando circularmente el pene con un lazo, y apretando suficientemente la ligadura, para evitar el derrame sanguíneo sin interceptar la circulación en los cuerpos cavernosos. Tres ó cuatro horas después quitaba la ligadura, abandonando las partes á sí mismas. Las diversas incisiones que hacía en el miembro no bastaban á extinguir sus deseos. Los cuerpos cavernosos, aun cuando seccionados, entraban frecuentemente en erección,

separándose á derecha é izquierda. M. Sernin, cirujano jefe del Hotel-Dieu de Narbona, que me ha comunicado este hecho, ha sido testigo del fenómeno de esta erección. No pudiendo servirse del cuchillo, puesto que la sección del miembro llegaba hasta el pubis, se encontró Galien en nuevos desastres : volvió al uso de una segunda varilla más corta que la primera, introduciéndola en el resto del canal uretral, y titilando á su deseo esta parte del canal, como también los orificios de los conductos eyaculadores, y así provocaba la emisión del licor seminal. Así es cómo este masturbador, verdaderamente extraordinario, se ha entretenido los diez últimos años de su vida, sin experimentar la menor inquietud acerca de la división de su miembro. La larga práctica que tenía en el ejercicio de su varilla, le hacía ser atrevido y descuidado á veces en su uso. El 12 de Junio de 1774 la introduce con tan poco cuidado, que se le escapa de los dedos y cae en la vejiga. Bien pronto se manifestaron graves accidentes: dolores agudos en esta víscera y en el periné ; dificultad en la micción, fiebre, hematuria, hipo, vómitos, diarrea sanguinolenta. Atormentado por estos sufrimientos, todavía hacía tentativas para desembarazarse de tan cruel enemigo. Mas de cien veces se introdujo el mango de una cuchara, forzando de atrás adelante, á fin de hacer salir la va-

rilla por la misma vía que había penetrado; pero el mal estaba por cima del socorro que de sí mismo podía esperar. Se le instó para que volviera al hospital de Narbona, donde había sido recibido ya tres distintas veces en el transcurso de dos meses y medio, y de donde había salido sin conseguir alivio, porque jamás quiso consentir que se le examinara para conocer la causa de su enfermedad. ¿Cuál no sería la sorpresa de M. Sernin, cuando, examinando la región hipogástrica de este desgraciado pastor, que se quejaba de una retención de orina, le encuentra dos miembros, cada uno de los que tenía próximamente el grosor y volumen de una verga natural? Esta singularidad aumentó la atención del cirujano; y aun cuando el enfermo aseguró en un principio haber nacido con esta conformación, el examen de las partes, las cicatrices sobrado aparentes, las induraciones callosas á lo largo de la incisión, hicieron comprender que aquello no era un vicio de conformación. Galien hizo entonces la historia de su vida, dando todos los detalles que acabamos de referir. M. Sernin se aseguró de la presencia de un cuerpo extraño en la vejiga con ayuda de la sonda, y se decidió á practicar sin dilación la extracción por medio de la talla, practicándola el 6 de Octubre del mismo año, en presencia de gran número de hombres de ciencia y

de curiosos, á quienes había atraído la singularidad de este hecho (1).... Á los tres meses de cicatrizar la herida quirúrgica, Galien murió de tisis pulmonar.»

Polución completa.—Hemos dicho al principio de este capítulo que la polución podía ser completa ó incompleta; que, por otra parte, era practicada según el gusto de los sujetos en diferentes posiciones; que á veces, por último, se acompañaba de maniobras preliminares ó simultáneas sobre otros órganos.

Á pesar de nuestro deseo, imposible nos es poner término á esta parte ingrata de nuestro trabajo sin dar algunas explicaciones sobre estos puntos.

La polución completa, y esto fácilmente se comprende, es la que se termina por la eyaculación seminal. Si, por lo tanto, es posible en los individuos llegados á la pubertad, entonces que la secreción del esperma se halla establecida y funciona, no puede, por el contrario, tener lugar en los impúberes, ni en aquellos que originaria ó accidentalmente carecen de testículos; sea cual fuere el procedimiento puesto en práctica para ejecutarla, á ella es á la que tienden la generalidad de los masturbadores, puesto que la mayor suma de volup-

(1) Chopart, *Loc. cit.*, páginas 310-311.

tuosidad genital se produce en el momento de la eyaculación del esperma.

Polución incompleta.—La polución incompleta es la que tiene lugar sin emisión alguna de líquido seminal; de ella sólo son capaces los impúberes y los andróginos. Gracias á las prácticas, sean cuales fueren, ejercidas sobre su pene, estos sujetos desarrollan en sí la erección y un cierto placer, que cesa bruscamente cuando el sistema nervioso, llevado á su último grado de eretismo, se detiene. No difiere de la polución completa sino en la ausencia de la eyaculación y de la especial voluptuosidad inherente al paso del esperma por el canal uretral.

En los púberes existe otro género de masturbación incompleta, que se divide en dos especies.

Polución realmente incompleta.—La primera no es sino la consecuencia de maniobras ejercidas sobre el pene, sin que sean continuadas por tiempo bastante para engendrar el espasmo y la emisión espermática. Tal como es esta variedad se presenta con poca frecuencia pues pequeño es el número de los que se detienen en el camino de la voluptuosidad que presienten; pero como medio de excitación como preliminar del coito, de la pederastia, de la sodomía y de la bestialidad, se encuentra muy extendida. Por otra parte, todos los mas

turbadores interrogados sobre este punto confiesan que antes de entregarse al acto final, se abandonan más ó menos número de veces á la polución incompleta, á fin de aumentar, dicen ellos, la intensidad de la sensación genital, instigando el sistema nervioso repetidas veces.

Polución falsamente incompleta.—La segunda, ó polución falsamente incompleta, es la que, provocada de uno ó de otro modo, determina el espasmo voluptuoso y la contracción terminal de los músculos perineales, sin que, á pesar de todo, aparezca exteriormente la menor señal de esperma, porque ha sido establecida una compresión bastante fuerte en el momento de la eyaculación sobre un punto cualquiera de la uretra, generalmente en la base del órgano.

Propiamente hablando, esta polución no es incompleta sino en apariencia; en realidad, es decir, fisiológicamente, es tanto más completa, cuanto que finaliza con la eyaculación prolífica. Efectivamente: en los dos casos, las vesículas seminales se vacían y arrojan el contenido fuera de sus cavidades en los canales eyaculadores: solamente que llegado que es á la uretra, en vez de caminar de atrás á adelante, para verterse al exterior, encontrando un obstáculo infranqueable en la polución falsamente incompleta, camina de delante á atrás, para ir á verterse en la vejiga. Como se ve, el fenóme-

no eyaculatorio existe, importando poco el lugar adonde va á parar el esperma desde el momento que es expulsado de sus reservorios naturales.

Esta clase de polución, sin ser frecuente, no es absolutamente rara. Dos causas arrastran á ella á los sujetos: los unos la ejecutan por temor de ser descubiertos, por miedo de que las manchas de las ropas no descubran su hábito: otros piensan que desde el momento que la emisión exterior falta, no son de temer los peligros inherentes á la masturbación, persuadiéndose de que pueden gozar de los placeres permaneciendo indemnes de los castigos ocasionados por sus maniobras. Ahora bien: está muy lejos de suceder como ellos piensan, y acabamos de ver la razón: añadiremos aún que á más de las afecciones comunes á los manualizadores, hay otras que son especiales á los que se dan á la polución falsamente incompleta. He aquí dos ejemplos de polución de este género, que tomamos el primero á Deslandes (1), que le ha sacado del *Diccionario en sesenta volúmenes,* artículo MASTURBACIÓN, y el segundo á Lallemand (2):

«MM. Fournier y Bégin refieren el ejemplo de un joven que comprimía las partes más

(1) *Loc. cit.*, pág. 341.
(2) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 450.

posteriores de la uretra en el momento de la eyaculación, de tal manera, que no perdía una gota de esperma : sin embargo, la fatiga que sucedía á los esfuerzos de este género era muy grande, á pesar de estas precauciones. En fin: las fuerzas disminuyeron, y la demacración hizo tan rápidos progresos, como si la evacuación espermática hubiera sido completa.»

«He aquí lo que me escribía uno de mis enfermos,—dice el profesor de Montpellier:— «Á los catorce años me entregaba á la masturbación tres ó cuatro veces por semana, y en algunos casos muchas veces en el mismo día. Para evitar la emisión del esperma, apretaba fuertemente la raíz del miembro. En efecto: yo no veía salir nada en el momento que me satisfacía ; pero observé más tarde que el esperma salía con la orina á la primera vez que ejecutaba la micción. Seguí tomando estas precauciones durante dos años próximamente...., etc., etc.»

Polución en diversas posiciones.—Todas las posturas son buenas para los que se masturban: los unos realizan sus maniobras echados en decúbito dorsal, lateral ó abdominal; otros prefieren la posición sentada ; otros proceden de pié, parados ó andando; aquéllos se sientan á la turca; los de más allá eligen las más extrañas posiciones, tales como la suspensión por los brazos ó por el cuello. Sin embargo,

las más ordinarias son el decúbito lateral (1) y la estación sentada, que parece ocasionan menos fatiga. Es de notar que aquí, como en todo, el hábito deja sentir su poder, y que el masturbador cambia difícilmente por otra la posición en que desde un principio se acostumbra á colocar, y que únicamente, según él, es capaz de permitirle sentir la mayor suma posible de voluptuosidad. Más adelante se verá que, no sin razón, es por lo que acabamos de decir algunas palabras sobre la posición del cuerpo en la polución genital. La posición, en efecto, parece jugar un importante papel en la producción de ciertas afecciones consecutivas á la masturbación; por ejemplo : la paraplegia se encuentra más comúnmente entre los manualizadores, que cometen sus abusos de pié.

Polución con maniobras sobre los órganos vecinos, y principalmente sobre el escroto y el recto. — Algunos individuos no se contentan con las maniobras penianas, y, bien á fin de despertar una sensibilidad que se gasta, bien con objeto de mantener la erección en el grado necesario para el cumplimiento del acto cuando la causada ha llegado á ser impotente y no reacciona sobre los órganos, emplean estos seres procedimientos bárbaros y repugnantes. La generalidad de ellos se malaxan, se frotan

(1) De preferencia el izquierdo, para servirse de la mano derecha. *(N. del Traductor.)*

los testículos, ó piden este servicio á una compañera, á un cómplice; otros no vacilan en exigir, tan pronto sobre el escroto como sobre el periné, el ano, la base de los muslos y el hipogastrio, los cosquilleos, las caricias lascivas, y hasta los contactos linguales femeninos ó infantiles. Estas maniobras son más frecuentes de lo que puede imaginarse. Algunos van más allá todavía; se conoce el ejemplo de adultos y jóvenes que, con la ayuda de agujas ó alfileres, se han picado y hasta atravesado de parte á parte el miembro ó los testículos.

¿Puede, por otra parte, existir en materia genital nada que deba extrañar al que haya leído el caso de Gabriel Galien?

Por último: fáltanos señalar una maniobra preliminar ó simultánea con la masturbación: nos referimos á la *polución posterior*. Este modo, tomado de los antiguos griegos y latinos, comprende dos especies: la sodomía artificial, y la sodomía verdadera. Ya hemos tenido ocasión de decir que los sodomitas activos tenían por costumbre durante el acto rectal mancillar á sus miñones, y no insistiremos sobre ello; en cuanto á la sodomía artificial, consiste en la introducción de los dedos á la manera de los siphníacos, en la introducción de príapos al modo romano, ó de cualquier otro objeto, en el interior del recto.

¿Cuántos cuerpos extraños no se han en-

contrado en el intestino grueso de individuos tenidos por sodomitas, cuando no eran otra cosa sino refinados masturbadores? Extrañas ó personales, las maniobras accesorias son muy frecuentes en los adultos y en los viejos. Se nos ha asegurado que estos últimos masturbadores se servían para la polución rectal de una pequeña bola de marfil, armada sobre un tallo de acero, cuya extremidad libre quedaba durante su uso fuera del recto. Un movimiento brusco que se imprimía al tallo metálico engendraba una serie de vibraciones que se comunicaban á la bola de marfil, hundida hasta la próstata, determinando de esta suerte en los órganos vecinos una conmoción favorable al eretismo genital. No hablamos de este singular instrumento más que como memoria, pues hasta hoy no hemos logrado adquirir *de visu* la prueba de su existencia; pero no sucede lo mismo con otros objetos diversos.

No son, en efecto, raros los ejemplos de individuos que vienen á reclamar la intervención quirúrgica para la extracción de cuerpos extraños que han hecho penetrar en el recto con objeto de hacer desaparecer una constipación penosa, dicen unos, á fin de calmar los dolores intestinales, dicen los otros; en realidad, con la única y exclusiva idea, debemos decir, de crearse algún goce erótico.

Aquí (refiere Morán en las *Mémoires de*

l'Académie de Chirurgie), es un sexagenario que viene á la Caridad á quejarse de tener en el intestino una cánula de jeringa, y que una vez que siente asido el cuerpo extraño por las pinzas del profesor Gerard, termina por sí mismo la operación, huyendo fuera del hospital, pero dejando entre las manos del asombrado operador un grueso palillo de madera.

Allá es un hombre de treinta años, que abandona en su recto un trozo de madera cónico, de tres pulgadas de largo y de dos de anchura en su base, que no puede ser extraído por Saucerotte sino con la ayuda de una barrena.

Véase un tejedor que se introduce por el ano una lanzadera, guarnecida de su palillo, y todavía provista del hilo correspondiente. Véase un religioso, citado por J. Nolet, que insinúa en su recto para curarse un cólico, dice devotamente, un frasco lleno de agua de la reina de Hungría.

Dessault nos conserva en su diario la observación de un memorialista que se había metido en el intestino un bote de confitura, de cinco pulgadas de largo, cónico, sin asa ni suelo y cuya extremidad menor tenía dos pulgadas de diámetro.

M. Tuffet participa á la Sociedad Médica de emulación el caso de un individuo que, habiéndose introducido en el recto un vaso de

taberna, cuyos fragmentos tuvieron que ser extraídos por medio de las pinzas, no curó por esto de su extraña fantasía, introduciéndose más tarde una garrafa de cristal, que él mismo rompió en el paroxismo del dolor á golpes con el mango de una badila.

Este práctico refiere asimismo la historia de un labrador de cuarenta y seis años que, á más de polucionarse ordinariamente con ayuda de una espiga de centeno introducida en la uretra, no desdeñaba, sin embargo, la polución posterior. De primera intención, con efecto, se introdujo en el recto una tabaquera, de forma casi cilíndrica que, no queriendo salir, le obligó á recurrir al cirujano: pero esta experiencia no le aprovechó, porque al poco tiempo aún se introdujo en el intestino un cubilete de madera, que esta vez no pudo ser extraído, ocasionándole la muerte (1).

---

(1) Como una prueba del extremo hasta donde llegar puede la aberración de los sentidos, citaremos el caso siguiente que, tomado de *El Siglo Médico*, 1879, se inserta en la traducción española de la Patología y Clínica quirúrgicas del Dr. J. A. Fort.

OBSERVACIÓN XXXI.—*Cuerpo extraño introducido en el intestino recto.* (Caso raro observado en el Hospital general, sala de San Nicolás, por el profesor de número D. Juan de Luque.)

«N. N., de cuarenta y cinco á cuarenta y siete años de edad, natural de un pueblo de la provincia de Lugo, de temperamento sanguíneo linfático, de bue-

na constitución y conformación, residente en Madrid hace diez y ocho ó veinte años, y dedicado sucesivamente á los oficios de barquillero, aguador y mozo de cordel, fué el día 2 del mes de Febrero próximo pasado, al anochecer, á llevar un encargo á la calle Ancha de San Bernardo, y á su regreso se encontró á un amigo, con el cual se entretuvo como hora y media, separándose de él á las nueve de la noche en la misma calle. Poco después se le acercó un caballero preguntándole si quería hacer un mandado, y habiéndole contestado afirmativamente, le siguió hasta una casa situada hacia la mitad de la referida calle, en un piso tercero ó cuarto; la habitación se encontraba, según pudo conocer, desalquilada; el caballero le hizo entrar en una pieza donde había un banco y una sola luz, y le mandó sentar en el banco; pero sospechando algo por el aspecto de la habitación, se negó á obedecerle, echando mano á una navaja. Entonces le sorprendieron otros tres hombres que no había visto, los cuales le sujetaron, tapándole la boca, echándole boca abajo en el banco y atándole los piés, manos y cuello. En seguida apagaron la luz. En esta situación, según refiere el enfermo, le introdujeron una cosa por el ano y después le desataron, y entre dos le bajaron á la calle y le dejaron tendido en la acera, cara á la pared, donde permaneció privado, hasta que por casualidad, y al poco rato, pasaron unos trabajadores conocidos, los que le cogieron á cuestas y le llevaron á su casa, travesía de la Comadre, donde vivía con dos paisanos, á los que nada dijo del suceso. Se metió en cama, sufriendo las incomodidades producidas por la lesión del ano, cuya causa ignoraba, hasta el día siguiente á las diez de la mañana, que fué á la calle del Duque de Alba á verse con un curandero, el cual le dijo que su mal le curarían en el hospital. Se volvió á su casa, y permaneció en cama sin decir á nadie lo que sentía, hasta que, viendo que sus sufrimientos aumentaban de día en día, determinó trasladarse al hospital á los seis ó siete días de la

ocurrencia, y sin haber hecho uso de ninguna medicina ni tomado el menor alimento, á pesar de ofrecérselo sus vecinos.

Á su ingreso en este establecimiento presentaba los síntomas siguientes: inquietud general, fiebre moderada, insomnio, inapetencia y dolor en el bajo vientre, que se irradiaba á la región lumbar, principalmente cuando quería hacer algún movimiento en la cama.

Interrogado acerca de las causas á que pudiera atribuir su mal, expuso confusamente la relación que dejamos referida, por cuyo motivo creímos oportuno proceder á un reconocimiento rectal. En el orificio interno no se observaba ningún signo de violencia; introducido el dedo, se pudo observar la integridad de ambos esfínteres; pero llegando á mayor altura se tropezaba con un cuerpo duro, inmóvil, de consistencia dudosa, entre lapídea y leñosa, de superficie desigual en unos puntos y lisa en otros. Persuadidos ya de la presencia de un cuerpo extraño en la cavidad del intestino, aunque no podíamos determinar con precisión su naturaleza, comprendimos que la primera indicación era proceder á la extracción del referido cuerpo. Convenientemente preparado el enfermo, y situado en decúbito lateral izquierdo, en el borde de la cama, se trató de ver si se podía extraer con el auxilio de la mano; pero ni esto fué posible, ni se logró siquiera hacer mover el objeto de la posición que ocupaba. Recurrióse entonces á las tenazas y cucharas que se emplean en la operación de la talla, y fueron vanas nuestras tentativas, porque el cuerpo permaneció inmóvil. No quedaba más recurso que un desbridamiento que interesase los esfínteres y aun la porción inferior del intestino. Para practicarle se introdujo el dedo índice de la mano izquierda, sobre el cual se deslizó un bisturí recto de botón, hasta tropezar con el cuerpo extraño: incindiéronse las porciones dichas, y entonces se logró desenclavar parte de aquél. En seguida se hicieron algunas tracciones, y viendo que no salía, se

reconoció de nuevo y se encontró otro cuerpo identificado con el primero, pero de inclinación perpendicular á éste y transversal respecto al intestino: haciendo tracción en direcciones diversas hacia el ano y otra incisión, se logró extraer parte del cuerpo, y en vista de la situación perpendicular que ocupaba respecto á la otra, dirigimos los esfuerzos en sentido oblicuo, para hacer que aquel travesaño se colocara paralelo al eje del intestino. El éxito correspondió á nuestras tentativas. Durante la operación no ocurrió más accidente que una hemorragia proporcionada al estado congestivo en que se encontraba la región afecta; no habiendo sido necesario ligar ningún vaso. Se administró al enfermo una lavativa de agua acidulada, y habiendo hecho un simple taponamiento y dispuesto una mixtura calmante, se le dejó en una posición adecuada, encargándole el más profundo reposo.

El cuerpo extraño era un *parte-piñones* de madera de álamo negro, de la figura y dimensiones ordinarias : debió introducirse cerrado , y se extrajo con las ramas separadas, formando un ángulo muy obtuso, según estaba en el intestino.

Notable, bajo todos aspectos, ha sido el caso que acabamos de referir ; ninguno de los que la ciencia tiene consignados ofrece la originalidad del actual, en atención á que no se trataba de un cuerpo más ó menos voluminoso, sino de uno cuya posición y forma le colocan en la categoría de un *dilatador* en extremo *activo*. Semejante disposición mecánica no podía menos de producir en la pequeña pelvis desórdenes terribles, y , en efecto , después de la operación se formó un absceso de naturaleza gangrenosa en el tejido celular peri-rectal , que, unido á la abstinencia de los días anteriores y á la operación, produjeron trastornos graves en la inervación del sujeto, ocasionándole la muerte cuatro días después de la extracción del cuerpo extraño.

Deseando conocer los desórdenes materiales que el intestino pudiera presentar, y no siéndonos lícito practi-

car la autopsia clínica, porque de este hecho criminal tenía conocimiento el juez, esperamos á que la ejecutaran los médicos forenses, quienes nos han suministrado el siguiente extracto de las principales lesiones encontradas en la inspección del cadáver.

El vientre estaba aumentado de volumen y con extensas livideces, existiendo unas chapas negruzcas alrededor y á bastante distancia de la margen del ano, que estaba muy dilatado, así como también en el escroto. En la cavidad del vientre observaron: la túnica externa de los intestinos, del color violado, más marcado en los gruesos que en los delgados, é interiormente se veían en aquellos, manchas irregulares pronunciadas y del mismo color. En el intestino recto existían dos perforaciones en su parte superior, una del diámetro de una peseta, y la otra más pequeña, muy dilatada la cavidad de dicho intestino, y alteradas sus túnicas por la gangrena, la que se extendía á los tejidos inmediatos. Hacia la parte inferior y externa del ano existía una dilatación hecha durante la vida, con arreglo á los preceptos del arte, que no interesaba más que tejidos de poca importancia.

Nuestros lectores comprenderán, con su ilustrado criterio, que la compresión producida por el *parte-piñones* en la pelvis, tenía que dar lugar á estos desórdenes, que desde luego indicamos, y por cuyo motivo formamos el pronóstico gravísimo y fatal, que desgraciadamente se ha confirmado.»

Hemos transcrito íntegra esta observación, porque la rareza del caso le da importancia indiscutible, no suprimiendo nada de ella, á pesar de su incorrección y pesadez.

(N. del Traductor.)

CAPÍTULO III.

CAUSAS.

El estudio de las causas de la polución genital es cosa muy importante, y que debe despertar la atención en el más alto grado. En efecto: ¿no es más fácil y preferible impedir la explosión del manualismo, que destruirle una vez que se halla arraigado? ¿Es, por otra parte, posible llegar al objeto deseado si no se conocen las inherencias que arrastran al abuso de los órganos generadores?

Conocer la etiología de la masturbación es poseer un arma poderosa, casi infalible, para la profilaxia, siempre necesaria en el tratamiento curativo; porque, de una parte, si la imposibilidad llevada al establecimiento de la causa evita la producción del efecto, por otra parte, la ablación de la misma, cuando existe, le suprime frecuentemente, ó á lo menos le debilita de un modo notable, permitiendo entonces combatirla de una manera eficaz y segura.

Estas consideraciones no han debido escapar á la clarividencia de los autores que nos han precedido; y, sin embargo, en lugar de marchar hasta el fondo del asunto, la mayor parte de estos escritores se han contentado con permanecer en la superficie. Han hecho notar las causas vulgares y salientes, pero han dejado en silencio circunstancias menos conocidas, más secretas, y sin embargo igualmente activas. Ninguno hay que en su enumeración etiológica no haya dejado una parte al azar, como si éste fuera una fuerza capaz de hacer nacer cualquier cosa.

Ya ha pasado el tiempo en que se hacía uso de expresiones vagas ó vacías, y en el que la palabra *azar* venía á suplir en un enunciado á causas que escapaban frecuentemente por falta de investigaciones. No se masturban los individuos; no se aprende á masturbarse por azar; detrás del azar, como bajo un velo espeso, se encuentran influencias escondidas, que importa hacer conocer, sacándolas de la oscuridad en que se encuentran.

Trataremos de hacerlo, y para esto creemos útil establecer en primer término algunas proposiciones generales, que servirán de puntos de partida á nuestro trabajo etiológico, y dominarán la clasificación que vamos á dar.

El móvil de la polución provocada es el

placer, ó, en otros términos, el deseo de experimentar una sensación material es el motivo por excelencia que arrastra á los hombres á la masturbación. Que los individuos se mancillen en la cuna cuando no saben lo que hacen, ó más tarde, durante la adolescencia, la juventud ó la virilidad, cuando la razón les permite comprender el alcance de sus actos, es lo cierto que no proceden de esta suerte, dense ó no se den cuenta, sino en la idea de un solo fin: el placer.

La diferencia que existe entre los seres razonables y los que no lo son todavía, ó no quieren serlo, es que en los primeros el deseo del placer, viniendo del cuerpo ó del espíritu, es subordinado á una voluntad inteligente, consciente, reflexiva, mientras que en los segundos, viniendo del cuerpo solamente, nace de una voluntad irreflexiva, inconsciente, esto es, físico-instintiva. Tal es la primera proposición, que, como se ve, es de orden filosófico: la siguiente proviene de la fisiología.

En la vida del hombre bien constituído hay una época, que da principio en la pubertad y concluye á la vejez, en la que levanta la voz el aparato de la generación, reclama su funcionalismo, reacciona de un modo poderoso, lo mismo sobre la imaginación que sobre los diversos órganos, y crea necesidades superiores, á las que difícilmente se puede resistir.

Sentadas estas verdades, todas las circunstancias, cualquiera que sea su clase y naturaleza, cuya acción directa ó indirecta, próxima ó distante, engendrará de un lado el deseo de experimentar una sensación material agradable, haciendo presentir el placer genital, é indicando los medios de hacer nacer este placer, y de otro impedirá la satisfacción del natural deseo de la conjunción sexual, todas estas circunstancias, decimos, deben con justo título ser señaladas y consideradas, tan pronto como causas mediatas, tan pronto como inmediatas de la polución provocada.

Sin embargo, estas diferentes influencias que hacen que el hombre aprenda á polucionarse son insuficientes, debemos hacerlo notar, por sí mismas, para hacer de él un masturbador en la verdadera acepción de la palabra, que sobreentiende la idea de continuidad en las maniobras. Es necesario, para que esto tenga lugar, la intervención de otros elementos causales consecutivos á una ó muchas poluciones. Esto constituye nuestra última proposición.

En consecuencia con lo que precede, dividimos las causas de masturbación en tres grupos primordiales.

El primero comprende las causas que, provocando una sensación particular del lado de los órganos sexuales, cuyo eretismo deter-

minan, despiertan la idea del placer genital; incluyéndose en él los que indican un modo operatorio propio para engendrar el placer presentido.

Al segundo grupo se refieren las causas que, siendo un obstáculo á la aproximación, invitan al púber, instigado por el deseo, á suplir el coito por procedimientos abusivos.

La tercera se compone de las causas que, sosteniendo la idea del placer ya sentido y el deseo de sentirlo nuevamente, animan al individuo á reiterar frecuentemente las prácticas que han producido la sensación agradable.

ARTÍCULO PRIMERO.

Causas que, provocando una sensación particular del lado de los órganos sexuales, cuyo eretismo determinan, despiertan la idea del placer genital.—Causas que hacen descubrir un procedimiento operatorio para engendrar el placer presentido.

Estas influencias que pueden obrar sobre el hombre en las diferentes edades de la vida, pero un gran número de las cuales son más especiales á los impúberes, pueden ser de muy diversa naturaleza, por lo que nos parece

indispensable clasificarlas para facilitar su enumeración metódica.

Tan pronto estas causas proceden del hombre mismo, como, por el contrario, proceden del exterior; de donde se establece una primera división, en causas exteriores é interiores.

De las causas interiores, unas son inherentes al organismo sano y particulares á algunos, ó comunes á todos los individuos; las otras son consecutivas á un estado morboso, lo que nos hace dividirlas en A, causas anátomo-fisiológicas: 1.°, individuales, y 2.°, comunes; y en B, causas patológicas: 1.°, locales; 2.°, de vecindad, y 3.°, generales.

En cuanto á las causas exteriores, son: A, físicas; B, sociales; C, intelectuales y morales.

§ I.—Causas interiores.

A.—*Causas anátomo-fisiológicas.*—1.°, *individuales.*

Constitución erótica.—Idiosincrasia genital.—Precocidad sexual.—Caracterizadas físicamente por una circulación activa ó por una irritabilidad extrema del sistema nervioso central y periférico, é intelectualmente por un espíritu curioso, despierto, tenaz é ingenioso, como también por una ardiente imaginación,

las constituciones sanguíneas, nerviosas, bilioso-nerviosas y nervioso-sanguíneas, determinan frecuentemente un estado especial del organismo, que se revela por un marcado predominio del aparato generador, constitución á la que con razón se puede asignar el nombre de constitución erótica.

Pero del mismo modo que existen naturalezas sanguíneas ó nerviosas que no presentan los caracteres de la constitución erótica, lo mismo se encuentran individuos en los que, predominando el aparato genital, no son, sin embargo, deudores de este predominio genésico al desarrollo exagerado del sistema nervioso ó sanguíneo, sino, por el contrario, á una disposición particular del encéfalo, que llamaremos, si se quiere, idiosincrasia genital.

El erotismo constitucional y la idiosincrasia sexual, pueden reconocer tres diferentes orígenes: la herencia, la inneidad y la adquisición.

Cosa admitida en nuestros días y suficientemente probada, es que las aptitudes físicas y las cualidades morales, buenas ó malas, se transmiten por la vía de herencia; de modo que el producto de la unión de padres que llegaron á hacerse masturbadores ó libertinos, se halla fuertemente dispuesto á ser él mismo masturbador ó libertino. Del mismo modo que

tiene grandes probabilidades de ser nervioso ó sanguíneo, si en sus ascendientes han dominado la sangre ó los nervios. Notemos de pasada que el descendiente no hereda exclusivamente de su padre y madre,—herencia directa,—y que algunas veces, no teniendo nada de estos, presenta, por el contrario, los atributos de un pariente colateral,—herencia indirecta,—ó de un ascendiente más ó menos distante,—herencia de retorno.—Hasta sucede, por último, que pueda el individuo parecerse física y moralmente á un individuo extraño para él, á un hombre que en época anterior á su concepción ha tenido relaciones fecundantes con su madre,—herencia por influencia,—rareza que parecería increible, si la experiencia no hubiese demostrado la realidad, primero en los animales, y ulteriormente en la especie humana.

Hemos dicho más arriba que el hijo sólo está fuertemente predispuesto á las pasiones y á la organización de sus ascendientes, y, en efecto, esto no es absoluto: es una regla que sufre una excepción: la inneidad. Esta fuerza, opuesta á la herencia, hace que un individuo presente caracteres corporales y psíquicos que no tenían aquellos de quienes nació. Por la fuerza de esta inneidad, cuya esencia se nos escapa, pero cuyas manifestaciones sirven para probar su existencia real, un individuo cuyos

padres eran apasionadamente eróticos viciosos, puede ser apático, virtuoso y casto; pero la recíproca existe, y aun cuando sea nacido de ascendientes poco inclinados al amor y á la lujuria, el descendiente puede ser muy aficionado á los placeres y á la lascivia, del mismo modo que se ve á hombres de una mediana inteligencia engendrar hijos cuyo genio asombra al mundo.

Una nodriza escrofulosa, sifilítica, transmite al niño sano que cría la enfermedad de que está atacada, ó á lo menos alguna afección de ella derivada, y esto por el intermedio de la leche que le suministra. Esto es un hecho adquirido. La lactancia puede, por lo tanto, modificar de una manera durable y profunda la organización del niño, y hacer que en él se desarrolle una constitución análoga á la de su nodriza. Si ésta posee un apetito erótico grande, de origen moral ó físico, el pequeño ser que nutre podrá estar asimismo dotado de un pecado semejante. Esta especie de herencia secundaria no ha pasado desapercibida de los médicos antiguos, á juzgar por el siguiente extracto de la *Spermatología* de Schurigius: «Verum etiam vitiorum quarumqunque sementa moralia cum lacte intro penetrant ac in vitam perseverant, observavi sic nutricem salacem, furtivam, avaram, iracundamque suam fragilitatem transtulisse in pueros.»

Algunos autores, apoyándose sobre este hecho, generalmente admitido, han llegado hasta decir, con cierta razón, que la lactancia animal directa ó indirecta podía, bajo el punto de vista genital, determinar resultados del mismo género que los de la lactancia mercenaria. Han creído notar que los individuos criados por cabras ó burras habían mamado, por decirlo así, con el líquido nutritivo, la extraordinaria salacidad, en todo tiempo reconocida, de estos animales.

Sea cual fuere el origen de la constitución erótica y de la idiosincrasia genital, estos dos estados predisponen poderosamente á los individuos á la polución provocada, desarrollando en ellos una actividad mayor de los órganos sexuales, una exaltación de la sensibilidad de estos órganos, dotados de una superabundancia de vida.

En los púberes, gracias á la constitución erótica, el tejido eréctil se llena prontamente, y el miembro entra en erección fácilmente, rápidamente, frecuentemente. Reaccionando este eretismo sobre el cerebro, hace nacer y remover los deseos tenaces é imperiosos; gracias á la idiosincrasia genital, la imaginación, siempre despierta, crea imágenes lascivas persistentes, que á su vez entrañan bien pronto la fluxión sanguínea y la erección viril. Ahora bien: en tales circunstancias, si es conocida

la manera de acabar voluptuosamente el sueño lúbrico, de hacer cesar el deseo causal, se emplea pronto; si no se conoce, es buscada, inventada, encontrada y puesta inmediatamente en acción. Se consuma la polución.

En el niño, la constitución genital, la idiosincrasia erótica, exageran la irritabilidad nerviosa general, este patrimonio exclusivo de la primera edad, sobre el que hemos de volver más adelante, localizando más especialmente esta exageración de la impresionabilidad en el aparato generador. Obrando cada cuál en su sentido, ambas son el punto de partida, muchas veces desconocido, de un anticipado crecimiento orgánico, y del prematuro despertar del sentido genital, de la precocidad sexual.

Esta sexual precocidad, que apresura la explosión del instinto genital, hace inquieto y curioso al niño; le crea el deseo de conocer lo que él mismo no sabe qué; le empuja á buscar la utilidad, el objeto final de ciertos órganos; determina en él aspiraciones vagas, mal definidas, sobrecogimientos íntimos, seguidos de deseos desconocidos, pero impetuosos; le hace presentir la diferencia de los sexos, sin que se dé cuenta exacta de los caracteres que les distinguen; le arrastra maquinal, pero invenciblemente, hacia la mujer.

¿Quién no ha visto á algunos jovencillos

abandonar la compañía de sus camaradas por la de las niñas, de las adolescentes, de las mujeres, hacia las cuales se sienten atraídos y por las que se muestran llenos de atenciones cariñosas? ¿Quién no ha visto asimismo, más de una vez, á ciertos padres, asombrados, pero encantados á la vez de estas disposiciones infantiles, hacer matrimonios de palabra, y favorecer imprudentemente de este modo la candidatura de sus hijos á la masturbación?

Observador de los más minuciosos, Lallemand, no ignoraba la posibilidad de la aparición del instinto genésico antes de la pubertad, lo mismo que en la más tierna edad. Este autor ha trazado sobre los niños precoces, líneas que merecen ser reproducidas aquí, y que corroboran lo que hemos predicho.

«Es evidente, escribe (1), que ellos tratan bien distintamente una mujer de un hombre; que buscan en ellas los atributos de su sexo, aun cuando de ellos no tengan una idea clara. Este es un misterio que les preocupa, y cuya solución les atormenta sin cesar. Se les ve continuamente luchar con sus niñeras, con las doncellas, con todo lo que lleva faldas; ordinariamente causan risa estas niñerías; pero si de cerca se las examinara, habría de reconocerse que el instinto genital se ha desperta-

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 413 y siguientes.

do. Se les ve inclinarse dulcemente detrás de una mujer que trabaja encorvada; aproximarse á una escalera sobre la cual hay subida otra; permanecer en contemplación bajo un balcón para ver una pierna que sobresale; introducirse furtivamente en una alcoba para asistir al tocado de una hermana, ó bien acecharla durante su sueño. Ellos no saben lo que buscan; pero una secreta impulsión los empuja con perseverancia, despertando y guiando su inteligencia; acabarán por descubrir alguna cosa, y lo conseguirán, tanto más fácilmente, cuanto que nadie desconfía de ellos. Sus ideas son vagas, pero todas las sensaciones que á ellas se refieren son muy vivas y dejan en su joven imaginación una impresión profunda, permanente, cuyo recuerdo se conserva todavía con una claridad perfecta en la edad madura y hasta en la vejez.

»Yo he podido juzgar de la fuerza de estos recuerdos y de los destrozos que habían ocasionado, por los minuciosos detalles en los que han entrado muchos de mis enfermos sobre circunstancias de esta naturaleza, que databan de treinta ó cuarenta años y que habían influído poderosamente en el resto de su vida. Uno de ellos había estado á punto de morir, á los seis años, por haber contemplado con demasiada afición las piernas desnudas de una lavandera; de tal modo se había aproximado á

la orilla del río á fin de ver un poco más arriba, que el terreno se hundió bajo sus piés, y era tan pequeño, que se hubiera ahogado á no acudir en su socorro la misma mujer. Cuarenta y cinco años tenía el sujeto cuando me daba estos detalles: su salud se hallaba deteriorada á consecuencia de poluciones diurnas ocasionadas por la masturbación, á la que el recuerdo de aquellas piernas desnudas había contribuído más que toda otra causa, haciendo trabajar su imaginación.

»Otro, habiendo sido llevado á los siete años á tomar un baño de río con su madre y algunas amigas, nota muy bien, á pesar de los peinadores y de todas las precauciones que tomaron, sus formas diferentes de las del hombre, y cuando se encontró sobre las rodillas de una de estas señoras, sentía un placer inexplicable en rozar con sus hombros las eminencias que había notado, y cuya dureza apreciaba con un vivo sentimiento de gozo. Las sensaciones que experimentaba se revelaron por signos tan evidentes, que se juzgó conveniente no exponerle en lo sucesivo á nuevas observaciones; pero las que había hecho no salieron jamás de su memoria; la imaginación se apoderó de ellas más tarde, para reaparecérsele y alimentar los solitarios placeres que arruinaron su salud.

»Otros habían sorprendido á una mujer dor-

mida, en una posición algún tanto atrevida, ó bien habían percibido el seno descubierto de una nodriza ó de una cocinera, etc., y estas apariciones, tan insignificantes en apariencia, habían sido para ellos el objeto de conjeturas sin fin, hasta el momento que otro azar les había hecho encontrar pérfidos goces que á alimentar venían estos sueños.»

Esta cita nos dispensa de detenernos por más tiempo sobre este punto, permitiéndonos asimismo afirmar que la precocidad sexual, consecuencia de la idiosincrasia genital ó de la constitución erótica, es una causa activa de la masturbación, en el sentido de que hace germinar en los jóvenes ideas de placer, dolorosos deseos que los hacen hábiles para buscar y frecuentemente encontrar los medios de satisfacer sus vagas necesidades: en el sentido de que les preparan á comprender cosas que otros individuos no podrían acoger, conduciéndoles fatalmente á aprovechar con alegría los descubrimientos ocasionados por causas sobre las cuales hemos de insistir en la continuación de la obra.

Criptorquidia.—No es sino por recuerdo por lo que citamos la criptorquidia, estado muy raro, por otra parte, y ocasionado, como es sabido, por una detención en el descenso de los testículos y su permanencia en la cavidad abdominal.

Los autores antiguos consideraban esta anomalía como una poderosa causa de lubricidad. Tal era la opinión de Arnaud, de Schurigius, de Sinnibolus y de otros, que pensaban que las glándulas espermáticas, más cálidamente colocadas, debían por esto mismo ser el asiento de mayor excitación.

Esto es posible, pero sin embargo exige nuevas pruebas. No obstante, en el artículo PUBERTAD del *Dictionnaire des sciences médicales* (1) existe á este propósito una observación. Al sucederse los escritores unos á otros, no han hecho sino resumirse mutuamente, y por no remontar al origen, han alterado sin quererlo el sentido de la observación; por esto reproducimos el caso, tal como lo ha transcrito Polinière.

«Yo he visto en Brest (dice este sabio) un joven de diez y siete años, cuyo abdomen presentaba dos tumores de la forma y grosor de dos gordos huevos de gallina. Estaban situados detrás de los anillos inguinales, móviles y soportando sin dolor una presión moderada; eran evidentemente los testículos, á los que los tegumentos daban una apariencia muy voluminosa. El escroto estaba vacío y retraído; el miembro, de una longitud y grosor notable, anunciaba el uso inmoderado de los goces vené-

(1) Tomo XLVI, pág. 39.

reos, que habían llegado á ser una necesidad para este joven. Durante muchos años se entregó, sin peligro notable para su salud, á los placeres de un amor desenfrenado é insaciable. Por último cayó en una demacración inquietante; el pecho parecía afectarse peligrosamente, y, sin embargo, los más sabios consejos, hasta las amenazas de una muerte próxima, fueron inútiles. No estaba en su mano poner freno á su lubricidad. Ignoro cuál ha sido la lucha entre su deseo de ser razonable y la especie de furor venéreo que debía conducirle á una pérdida segura.»

Causas anátomo-fisiológicas.—2.° *Comunes.*—Las causas orgánicas de que acabamos de hablar no obran sino sobre determinados sujetos; las que van á seguir, por al contrario, son generales: pueden ejercer su acción sobre todos los hombres, porque son inherentes á la estructura y conformación de las partes que constituyen el cuerpo humano.

Excitabilidad nerviosa infantil.—El sistema nervioso está muy desarrollado en el niño, relativamente á los demás; desde el nacimiento se halla completo, por decirlo así, y en aptitud de funcionar.

Las masas encefálicas, dotadas de una excitabilidad exquisita, están, permítasenos la frase, vírgenes de toda clase de sensaciones: la menor impresión es transmitida rápida-

mente, por los tubos periféricos intermedios, á los centros, que vivamente la perciben.

En tesis general, la percepción es tanto más intensa, cuanto más susceptible es el elemento impresionado. Ahora bien: en la infancia, la sensibilidad es exagerada, es una verdadera irritabilidad; así que, en esta época de la vida, las sensaciones son más rápidas, más fuertes, más durables que en los adultos. Una impresión que en estos últimos no tendría sino un resultado mínimo, y hasta puede que negativo, determina, por el contrario, en la juventud, toda una serie de fenómenos consecutivos de los más marcados. Un corolario de este estado especial del sistema nervioso, es que la sensibilidad simpática y la refleja, gozan de una energía mucho mayor. En efecto: todos los días vemos que una diarrea, la presencia de oxiuros ó de ascárides en el recto, un simple arañazo ó picadura de la piel, que en el hombre adulto no determinan reacción alguna, engendran en el niño violentas alteraciones de la inervación; la eclampsia, por ejemplo.

Sin embargo, es fácil deducir la consecuencia de este estado de cosas, por relación al sujeto que nos ocupa, es decir, comprender cómo la excitabilidad infantil puede ser una causa predisponente de la masturbación. Una impresión, contacto, frotamiento, prurito, se ejerce sobre las partes genitales ó en su vecindad,

se transmite á la médula ó al cerebro (1); y percibida en unos casos, no percibida en otros, llega á ser el origen de una acción simpática ó refleja, cuyo resultado final es el eretismo de los órganos impresionados, la fluxión de los cuerpos cavernosos, la erección del miembro. Ahora bien: estos fenómenos traen consigo otros secundarios, de orden voluntario y consciente, ó de orden instintivo é inconsciente, los cuales hacen que el individuo lleve su mano al sitio de la impresión, lo frote, lo rasgue ó ejecute acciones semejantes, gracias á una posición cualquiera ó á movimientos especiales. Más de una vez, en el transcurso de la obra, invocaremos esta irritabilidad del sistema nervioso, cuya influencia, aun cuando mediata, no por esto es menos considerable.

(1) Las impresiones todas, sean las que fueren, según la teoría más admitida, se transmiten siempre desde los nervios periféricos á la médula, yendo desde ésta al cerebro, donde tiene lugar la percepción, y en virtud de la que este órgano produce el impulso accional que se transmite desde él al cerebro para su ordenación, y de aquí á la médula nuevamente, determinándose un movimiento en relación siempre con la impresión percibida por el cerebro, parte del sistema nervioso, esencial y únicamente perceptora. La médula no tiene otra misión que la de transmitir las sensaciones. Así, pues, la afirmación sentada por el autor de que una impresión se transmite á la médula ó al cerebro indistintamente, es defectuosa y debe rechazarse en corriente doctrina fisiológica. *(N. del Traductor.)*

Disposición de los miembros superiores y de los órganos sexuales.—Al hablar del origen de la polución genital, hemos dicho que algunos animales, que viven en ciertas condiciones de aislamiento, tratan de suplir á la copulación; y hemos hecho notar que esto sucede especialmente en aquellos cuya configuración anatómica se aproxima á la de la especie humana, los que consiguen su deseo, llegando á acostumbrarse á este hecho. El hombre es efectivamente el que se halla conformado así (1), y gracias á la disposición particular de los miembros superiores y de los órganos de la reproducción, puede alcanzar á estos últimos con la mano, imprimiéndoles toda clase de movimientos.

Existen, y lo sabemos ya, maneras de polucionarse en las que la mano permanece extraña; pero el empleo de este órgano con tal objeto es, no obstante, tan común, que hasta aquí se ha podido, con cierta razón, designar las poluciones con un nombre que señala la

(1) No solamente el hombre, sino otros animales, ofrecen la misma disposición anatómica, pudiendo alcanzar perfectamente con sus manos á los órganos reproductores, y valiéndose de esta conformación se polucionan bien frecuentemente. Buen ejemplo de esto lo tenemos en los cuadrumanos, cuya salacidad es tan conocida, que ha dado origen á la tan conocida frase de «es tan lascivo como un mono.» *(N. del Traductor.)*

participación conocida, y que toma en ella generalmente la mano.

Esta conformación es, nadie lo negará, una poderosa causa de masturbación. Por una parte, en el ser consciente establece la posibilidad fácil, inmediata, de sentir nuevamente la voluptuosidad. Ahora bien: la posibilidad, aun ilícita, de una acción agradable, casi necesitada á veces por un deseo imperioso, como en el caso de imposibilidad del coito, es muy frecuentemente un motivo para su repetición. De otra parte, en el ser inconsciente esta conformación le arrastra á la polución por un diferente mecanismo. Teniendo sobre sí, á su alcance, bajo su mano, un órgano saliente como el pene, el niño, ignorante de su uso, le considera lo mismo que un juguete, con el que se entretiene, le coge, le frota, le arrolla, le pellizca; pero entonces los nervios, extraordinariamente susceptibles, como hemos visto, reciben estas impresiones, entran en acción, engendran la erección, de donde resulta una sensación nueva, una idea de placer, un germen de goce. Estas influencias subsecuentes animan á su vez al individuo á proseguir sus maniobras primitivas, á las cuales solamente pone fin una contracción espasmódica del sistema nervioso, llegado al summum de excitación; la masturbación es descubierta. Si la mano va, por decirlo así, al órgano, gracias á

la configuración de los miembros superiores, ¿con cuánta más razón no irá, tanto en la primera edad como más tarde, cuando este miembro es el punto de partida de una sensación producida por un agente mórbido ó no, cosa frecuente, como tendremos ocasión de verlo?

Presencia del prepucio. — Otra disposición orgánica, provocadora de la excitación erótica, y por consecuencia de la polución, es la presencia del prepucio. Esta vaina membranosa, cuya misión es recibir el glande, proteger así su exquisita sensibilidad, sustrayéndole al contacto de los cuerpos exteriores, obra en el sentido que indicamos por muchas razones. Unas veces forro móvil, el prepucio, en diversos movimientos generales, se pliega y se despliega más ó menos, ó permite al glande rodar debajo de él; de estos desplazamientos resulta un frotamiento que en los unos despierta la idea del placer é impulsa á satisfacerle; en otros, por acción refleja, determina la turgescencia del pene y la sensación agradable que provoca esta tensión; cosas más que suficientes para llevar la mano ó impulsar á la ejecución de movimientos propios á renovar el frotamiento producido por accidente. Otras veces el prepucio, muy alargado, encapuchona el glande, como sucede en gran número de individuos, dejando acumular, y aprisionando entre su mucosa y la balánica, el esmegma y aun

la orina, verdaderos cuerpos extraños que irritan la terminación de los nervios, y ocasionan la erección, sea primitiva, sea secundariamente, á las maniobras realizadas para hacer cesar el prurito.

En otras ocasiones, en fin, el prepucio, velo apretado exactamente sobre la extremidad del pene, establece una constricción muy penosa, bastante fuerte para excitar al niño á pellizcar con sus dedos este capuchón compresor, práctica que determina el eretismo y sus consecuencias.

De cualquier lado que se le considere, ha de juzgarse que el apéndice pósthico ejerce una acción perniciosa, y que siempre es una causa predisponente, á veces determinante, de masturbación, sobre todo en los primeros años de la vida.

Permítasenos una corta digresión en estas páginas: frecuentemente hacemos intervenir la erección, y la sensación agradable que esta produce, aun cuando lo que hasta aquí hemos escrito se refiere menos á los púberes que á los impúberes, y queremos adelantarnos á la objeción que se nos podría hacer á este propósito. Algunos piensan, aun cuando no saben muy bien por qué, que es rara la tensión del miembro en los niños cuyos testículos no segregan todavía el esperma; asimismo discurren que la sensación voluptuosa no es apenas

posible cuando el fluido seminal falta todavía. Estos no son sino prejuicios, que absolutamente es necesario combatir. La erección, como el placer, son fenómenos que solamente dependen del sistema nervioso, manifestándose también en el niño, como en el joven ó en el adulto. Estos fenómenos todavía se hacen sentir más rápidamente en la juventud, porque en esta edad, la excitabilidad nerviosa es más considerable que en los demás momentos de la existencia. La más ligera influencia basta á ereccionar el pene de los impúberes, y no sabremos repetirlo bastante. Demos la prueba: tomad un niño de pecho; con la ayuda de una pluma cosquillead su limbo prepucial; en seguida veréis su miembro hincharse, ereccionarse, y al pequeño ser llevar la mano al sitio de la impresión; esto para la erección. Para la sensación de placer, interrogad á una nodriza estúpida y culpable, pero solamente por ignorancia, del mal que ocasiona; interrogad, decimos, á una nodriza á quien sorprendáis en camino de acariciar los genitales del pequeño que cría; preguntadla por qué se entrega á esta ocupación extraña, y os responderá que es para calmar los gritos del niño, para dormirle, para distraerle; he notado desde hace largo tiempo, añadirá inocentemente, que este género de caricias es de todos el más solicitado, el más querido, por el que muestra el niño más deseo, por el que ex-

perimenta más placer, placer tal, que todo dolor se olvida, que toda cólera se detiene, y con el que á las lágrimas mezcla las sonrisas en su cara infantil.

No es inconsideradamente por lo que al empezar este capítulo hemos sentado este principio general, á saber: que el móvil primordial de la polución genital es el placer, sea cual fuere la edad en que el individuo se entrega á este abuso.

Dejemos esta digresión, que era necesaria, y volvamos á nuestro enunciado etiológico.

Aparición de la pubertad.—En una cierta época de la vida, variable según el clima, el estado social, las familias y los individuos, pero comúnmente comprendida entre los catorce y diez y ocho años, tienen lugar en el cuerpo del hombre modificaciones considerables, que completan y perfeccionan su constitución. Este período de transición entre la infancia y la juventud, notable por los fenómenos nerviosos y de orden diferente, tales como el desarrollo de las cualidades psíquicas, como el crecimiento rápido de los órganos reproductores; este momento que frecuentemente se confunde con la nubilidad, es la pubertad.

Durante este período de la existencia, las facultades de pensar, de observar, de reflexionar, de asociar las ideas, de razonar, de juzgar, salen de sus mantillas; los hechos anterior-

mente almacenados por la memoria comienzan á agruparse, á ordenarse en el espíritu: la imaginación, débil hasta allí, adquiere potencia; brillante, móvil, en el vigor ardiente de su juventud, crea como eternas, mil ilusiones que volarán bien pronto ante la fría realidad de la existencia social. La voluntad se anuncia y se acentúa; las pasiones afectivas se despiertan y crecen.

El encéfalo, que preside á estas manifestaciones, aumenta necesariamente de volumen, sucediendo lo mismo con las demás partes del cuerpo, el tronco y los miembros, cuyos contornos son más claros y mejor marcados, ofrecen la eminencia compacta de los músculos sensiblemente desarrollados; los grandes aparatos reciben como un latigazo que los estimula; la digestión es rápida, la asimilación fácil, la respiración activa, la circulación pronta; en una palabra: un exceso de vida anima el organismo todo entero. La bóveda craneal ve cambiar las proporciones de su contenido; el cerebelo, que era al cerebro :: 1 : 7, engruesa y se hace :: 1 : 5, y como para dar una gran apariencia de razón á Gall, que coloca en este órgano el asiento del instinto sexual, á la extensión de los hemisferios cerebelosos, corresponde el crecimiento de los órganos genitales y el despertar del amor psíquico, que arrastra casi insensiblemente al púber hacia un sexo que no es el suyo.

El miembro se alarga y engruesa, sensible al tacto y hasta á la presión de los testículos, que han doblado de volumen: los epididimos hinchados, ejecutan, bajo la influencia de los cremásteres, movimientos en un escroto agrandado y susceptible de contracciones ondulatorias, debidas á las fibras del dartos, en un escroto cuya piel morena se cubre de pelos, al mismo tiempo que se sombrea el pubis. La secreción seminal empieza para no detenerse más que en la extrema vejez, y los espermatozóides flotan en su líquido complejo.

Un dulce malestar físico y moral se hace sentir. Vagos dolores recorren las ingles; las contracturas sacuden los cordones espermáticos; la pesadez ejerce su acción sobre las bolsas. Del conjunto genital parten sensaciones vivas y desconocidas, cosquilleos agradables; el individuo siente que posee un nuevo aparato que no pide más que funcionar.

Una blanda languidez, una tierna melancolía, ocupan sus pensamientos. Ciertas cosas, hasta entonces sin significación, se dibujan bastante para desear ser comprendidas; la imaginación trabaja en descubrir un misterio que presiente, que todavía no conoce, pero que quiere cesar de ignorar.

Á veces, por último, en el silencio de la noche, en medio de un sueño agitado por visiones voluptuosas, un extraño goce cuyo ori-

gen se pierde, ocasiona un brusco despertar del joven, inquieto, y á la vez encantado, de esta primera evacuación prolífica.

Ya hemos dicho que durante la adolescencia es cuando la polución se provoca más frecuentemente. Con efecto: fuera de las demás circunstancias, la explosión de la pubertad es una de las causas verdaderamente activas de la masturbación. En este momento,—vamos á tratar de demostrarlo,—dominan como soberanos sobre el hombre, y hacen concurrir sus esfuerzos al mismo fin, el aparato reproductor de una parte, la imaginación de la otra.

Por un lado el exceso de fuerza vital, necesaria á la evolución de los órganos genitales, excita, irrita la sensibilidad, ya grande, de estas partes; engendra las frecuentes erecciones tenaces, y consecutivamente el prurito, los cosquilleos agradables. Esto bastaría para atraer inconscientemente la mano y forzarla á ejecutar caricias ilícitas; pero aún hay más. Percibido el eretismo sexual por el cerebro, hace reaccionar á éste; la imaginación, entrando en juego, engendra los cuadros eróticos, que aumentan el orgasmo, y hacen brotar, no instintivamente, sino de un modo consciente, la idea del placer, la voluntad del goce.

Por otra parte, la interpretación y el análisis que la inteligencia, ya más desarrollada, permite establecer de los hechos, los lúbricos re-

cuerdos recogidos por la memoria, las escenas voluptuosas entrevistas en los sueños, determinan la erección del pene, dirigiendo la atención del sujeto, que descubre—si es que una polución nocturna, involuntaria ó fisiológica, no se lo ha hecho conocer precedentemente,—que allí, en estos nuevos órganos, se encuentra la localización de los deseos de los cuales es el asiento su imaginación.

Desde que posee este conocimiento, no tiene más que buscar. En efecto: ¿no va la mano maquinalmente por todas aquellas partes donde se produce una sensación? Mas aun cuando de otro modo sucediera, importaría poco, porque la reflexión habría de demostrar al púber que el prurito percibido, que la impresión de placer aumentan por el frotamiento, por el contacto, por la compresión del miembro, por ciertos movimientos del cuerpo, por todo lo que hace que el prepucio frote contra el glande. Así, aprovecha estas observaciones que le sugiere su entendimiento, para polucionarse de una manera cualquiera.

Acumulación de esperma en las vesículas.—La acumulación de esperma en las vesículas seminales no se encuentra antes de la pubertad; consecuencia directa de la abstinencia sexual, sobre la cual tendremos ocasión de detenernos más adelante. La plétora espermática no es menos en realidad un fenómeno orgáni-

co, por lo que hemos debido colocarlo aquí en tre las causas de este orden.

La secreción del esperma constante, desd el momento que se establece hasta la má avanzada vejez, es sobre todo abundante du rante la virilidad. Su producto entonces, lle nando los canales eferentes, hinchando lo epididimos, progresando en los cordones, vien en último lugar á verterse en sus bolsas espe ciales, donde permanece hasta el momento d su eyaculación. Ahora bien: independiente mente de toda circunstancia excitatriz extra ña, el instinto sexual que preside á la forma ción del esperma, reclama en un momento da do su emisión, y este momento corresponde a de la replección de sus reservorios. El líquid prolífico distiende las vesículas, impresion los ramillos, que las inervan de un modo pode roso y continuo; los centros nerviosos reac cionan, y un orgasmo de una viva intensida invade el aparato reproductor. Al mismo tiem po la imaginación se conmueve; las ereccione voluptuosas, las ideas lascivas aguijonean a último límite los deseos, y hacen del amor físi co el objetivo de todos los pensamientos. L vista de una mujer, el contacto de su mano el sonido de su voz, hacen subir al rostro ráfa gas de calor y nacer en el epigastrio una an gustia constrictora; el recuerdo de un gesto el encuentro de un vestido ó de objetos feme

ninos, el perfume que se desprende, exaltan la sensibilidad genésica, creccionan bruscamente el miembro, que conmueven repetidos latidos y las contracciones de los músculos del periné.

En tales condiciones, si una polución involuntaria, crítica, no viene á producir un poco de calma en el cuerpo y en el espíritu alterados; si un coito no llega á hacer cesar estas manifestaciones de una continencia excesiva, entonces la voluntad desmaya, la lucha termina, el ángel cede al bruto, y la imaginación indica un medio de suplir á la naturaleza y de satisfacer el imperioso deseo de la carne, que reclama sus derechos.

B. *Causas patológicas.*—De las diversas y numerosas enfermedades que pueden impulsar directa ó indirectamente al púber y al impúber á la masturbación, las unas radican sobre los órganos genitales ó no lejos de estas partes; estas son las causas locales y de vecindad: las otras ocupan regiones indeterminadas del cuerpo, y provienen de alteraciones funcionales, de estados diatésicos, etc., y las designaremos bajo el nombre de causas generales.

1.° *Causas locales.*

Fimosis congénita.—Numerosos accidentes génito-sexuales son atribuíbles al fimosis: sin hablar de la anafrodisia casi absoluta, que depende de una constricción del glande, bastan-

te enérgica para detenerle en su desarrollo y determinar consecutivamente la atrofia de los testículos, se la puede acusar de engendrar uretritis crónicas, tenesmo vexical, inflamación prostática y la irritación de los canales eyaculadores; pero debe reprochársela especialmente ser una causa de masturbación.

Recubriendo el prepucio en los fimósicos, más ó menos completamente el glande, mantiene un calor y una semi-congestión constante del pene, impide los cuidados necesarios para la limpieza, y deja almacenarse entre las mucosas balánica y pósthica el esmegma y aun sales urinarias. De aquí resulta una comezón muy provocativa en el extremo del glande, que fuerza á los niños á estirar, á frotar, á titilar la vaina prepucial, á tratar de descapullar la extremidad del miembro. Estas maniobras, repetidas, casi continuas, no tardan en ser seguidas de un eretismo local, que los niños hacen mayor, sin saberlo, por sus manipulaciones; eretismo, decimos nosotros, que, llevado á sus últimos límites, cesa con la producción de un espasmo agradable, cuyo recuerdo persiste y solicita su renovación.

En el joven, lo mismo que en el adulto, el fimosis determina una excitación erótica, á veces considerable. El pene se halla en un estado permanente de semierección, que infaliblemente atrae la atención hacia el lado de

las partes genitales, desarrolla los deseos sexuales y reclama, por último, maniobras fraudulentas, con el objeto de hacer cesar este estado de orgasmo. Todos los autores que se han ocupado del fimosis le atribuyen, como nosotros, un importante papel en la génesis de la masturbación, y L. Fleury no ha olvidado hacer notar esta influencia en su memoria sobre la materia, leída á la Academia de Medicina el 28 de Octubre de 1851, citando en este trabajo una observación muy curiosa á este propósito.

Balano-postitis.—Lo que acabamos de decir del fimosis se podría aplicar á la inflamación posto-balánica, ya sea de origen simple ó virulento. Esta flegmasía, cuando es subaguda, y sobre todo crónica,—el dolor del estado agudo se opone á los tocamientos,—aguza los deseos y produce los efectos citados más arriba en los púberes: atrae asimismo en los impúberes la mano, bajo la cual el pene, ya excitado por el prurito de flogosis, se ereccionа rápidamente hasta la contracción espasmódica, activamente solicitada. Más de un niño hemos visto, en el cual la manualización no había tenido otro origen que la enfermedad que nos ocupa, y cuyo tratamiento frecuentemente se descuida.

Blenorragia.—Blenorrea.—Tenesmo.—Estrechamiento.—Pólipos uretrales.—La bleno-

rragia uretral puede en sus tres períodos engendrar la polución genital.

Al principio, antes de la aparición del flujo y del dolor, el meato urinario y la fosa navicular se hacen asiento de un cosquilleo más ó menos incómodo; pero en algunos casos hasta muy agradable. La flegmasía principiante fluxiona estas partes, que se distienden un poco. Entonces el menor frotamiento es seguido de una fuerte y persistente erección, acompañada de deseos, que alimenta el reciente recuerdo del coito. Muchos pacientes resisten; pero algunos ceden á las sugestiones del placer.

En su período de estado, es frecuente ver encorvarse el miembro. Los desgraciados blenorrágicos, en este caso, se ven atormentados, especialmente de noche, por erecciones penosas, dolorosas, que les privan completamente del sueño. Equivocándose sobre la naturaleza patológica de este priapismo, algunos, abatidos por el insomnio, no vacilan en emplear un remedio que les parece eficaz, es decir, la manualización, que practican hasta muchas veces seguidas, no obstante los sufrimientos que ocasiona. Confesiones múltiples tenemos sobre este punto.

Durante el curso de la blenorragia, cuando la flegmasía está profundamente localizada en el canal, acaso en el punto mismo de emergencia de los canales eyaculadores, los enfermos

encuentran fuertemente inclinados al acto coital, la continencia que por el consejo equivocado de un médico observan largo tiempo no hace sino exasperar sus deseos venéreos y hacer la turgescencia del miembro más tenaz y más frecuente. Muy pocos blenorrágicos tienen el valor de resistir sus apetitos repetidos de abstenerse del abuso que sobre sí mismos pueden ejecutar.

Los pacientes están sujetos á un tenesmo vesical en el curso de la blenorrea, en la que frecuentemente se resiente la vejiga. Los medios que emplean contra este doloroso síntoma no dan apenas resultado, á lo menos instantáneamente, y más de uno, en caso semejante, recurre á la polución voluntaria. El orgasmo desarrollado por la manipulación ó los movimientos eróticos; el semiplacer que estos provocan, hacen cesar el sufrimiento tenésmico, y deciden demasiado á emplear nuevamente, idéntico remedio en el momento de un nuevo ataque.

No hablaremos de la uretritis simple, aunque, en efecto, puede determinar resultados análogos á los que á la blenorragia hemos reprochado.

Un estrechamiento, un pólipo de las partes interiores de la uretra, presentando síntomas idénticos á los de la blenorrea, están en el caso de arrastrar, como ella, á la masturbación.

Vegetaciones del miembro.—Las producciones epigénicas del glande, del prepucio, del surco balano-póstico, del meato urinario, de la fosa navicular, en fin, ocasionan prurito, semierección, y los deseos que hemos señalado á propósito de la balano-postitis y de la inflamación preliminar de la uretra. Lo mismo que estas afecciones, las vegetaciones son susceptibles de decidir al sujeto á polucionarse.

Dermopatías genitales.—Ciertas enfermedades de la piel de los órganos sexuales ocasionan la congestión de estas partes y la irritación de ramillos nerviosos, engendrando de esta suerte vivas comezones, á veces intolerables. Jóvenes, ó de edad avanzada, los pacientes se arañan, se frotan, inventan mil prácticas con la intención de calmar sus dolores pruriginosos. Estos ejercicios aniquilan temporalmente los síntomas desagradables, pero hacen descubrir la masturbación.

Entre estas afecciones cutáneas señalaremos los eritemas simples é intertrigo, nacidos muchas veces en los niños de la suciedad y negligencia que se tiene para cambiar en el grado necesario sus ropas impregnadas de orina ; el eczema del pene y del escroto, la mayor parte de los casos hereditarios; el herpes prepucial, manifestación herpética; en último término, el prúrigo de las bolsas , y, sobre todo , del limbo póstico , cuya picazón es horrible. Al lado

de estas enfermedades debemos colocar la repercusión sobre la membrana uretral, sea del eczema, del herpes; en este caso, el calor, los saltos, las titilaciones, radican en el interior del canal, y su efecto es inmediato.

2.° *Causas de vecindad.*

Cálculo vexical.—Replección de la vejiga. —La presencia de arenillas, de un cálculo en la vejiga, tiene como síntomas constantes, y que conocen todos los especialistas, un prurito del glande, una sensación de cuerpo extraño en la fosa navicular, una mediana turgescencia del pene.

Á estas influencias es á las que debe achacarse la salacidad proverbial de los calculosos adultos, y los estirones, las fricciones que los niños calculosos también ejercen sobre su miembro, contactos que, hechos en un principio con un objeto de mejoría, se continúan después con un objeto de goce.

«La presencia de una piedra en la vejiga, escribe Lallemand (1), provoca muchas veces en los niños erecciones precoces, dolores que terminan en la fosa navicular, y que no hacen cesar sino estirándose de la punta del miembro; por esto es por lo que en estos enfermos el prepucio tiene una longitud extraordinaria casi siempre.

---

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 308.

Estas maniobras los conducen ordinariamente á hábitos de los que moralmente no pueden ser responsables.

La replección de la vejiga trae consigo asimismo la erección venérea, y, por lo tanto, despierta los deseos genésicos. No sabemos qué filósofo célibe, queriendo señalar esta influencia, que explica muy bien la compresión de las vesículas contra el recto de una parte, y la vejiga de la otra, tenía la costumbre de decir, riéndose, que jamás pensaba tanto en casarse como en el momento del despertar matinal.

El deseo de orinar, consecuencia de la replección vesical cuando no es satisfecha, conduciría, según Deslandes, al descubrimiento de la masturbación. «Preciso es que se sepa (dice este autor) no han sido conducidos á masturbarse sino por los esfuerzos que hacían para resistir al deseo de orinar; la presión que con este objeto ejercían sobre el miembro, apretando fuertemente los muslos uno con otro, había concluído por despertar sensaciones que trataban y conseguían reproducir. Señalo esta causa de masturbación como mucho más frecuente de lo que se cree (1).»

Afecciones cutáneas.—Fístulas.—Fisuras.—Vegetación.—Constipación.—El intertrigo

(1) *Loc. cit.*, pág. 514.

de las nalgas, del periné, de la ingle y de la parte súpero-interna de los muslos; el eczema de estas partes; el prúrigo inguinal, irritan, sabemos por qué, las terminaciones nerviosas y congestionan la piel. Por acción simpática ó refleja, el miembro, vecino de los sitios afectados, se erige, revela su existencia, y solicita tocamientos, cuyo placer hace olvidar durante un tiempo variable las comezones de vecindad, con agradable extrañeza del enfermo, feliz del descubrimiento, de que hará uso en lo sucesivo.

Las fístulas, las vegetaciones del ano, el prúrigo, el eczema *pœdicis*, conducen por un mecanismo idéntico al mismo resultado.

La constipación, la acumulación de scybalos en la dilatación rectal, estimulan los nervios pelvianos y ocasionan simpáticamente la erección. Kaempf, según Schwartz (1), creía que las obstrucciones en las vísceras del bajo vientre son una causa de onanismo en muchos niños. Él asegura haber curado este vicio dirigiendo el tratamiento contra las obstrucciones.

La rectitis, la diarrea crónica, la disentería crónica, aguzan la sensibilidad, tanto por la fluxión que hacen nacer en la pelvis menor, como por la irritación que producen en la mar-

(1) *Thèse inaugurale*, pág. 7.

gen del ano y del lado de las vesículas seminales.

Las hemorroides, las fisuras anales, no solamente congestionan el recto, exigen raspaduras y fricciones enérgicas para obviar á las comezones que determinan, sino que también obran enérgicamente por las contracciones espasmódicas del esfínter y de los músculos perineales, y por el obstáculo al curso de las materias fecales, fenómenos complejos, cuyos efectos no son sino maniobras de polución muchas veces, sobre todo en los niños y en los jóvenes.

Parásitos.—La tenia, los ascárides, dan lugar de ordinario á hormigueos anales, á excitaciones á lo largo de la uretra, que empujan á los sujetos á torturar sus partes sexuales. Los oxiuros vermiculares, que desde el recto hacen excursiones á la margen del ano, el periné, la base de los muslos, producen, sea con su boca trilabial, sea con su cola acerada, picaduras múltiples por todas partes donde van. Estas ligeras heridas, que parecen insignificantes, son, por el contrario, el punto de partida de titilaciones, de cosquilleos, de contracturas en el canal uretral, y sobre todo en la fosa navicular. Erecciones de persistencia considerable son el resultado de estas manifestaciones irritativas, y las prácticas de la masturbación son el corolario de estas turgescencias, tan notables por su tenacidad.

Dos espermatorreicos,—observados por Lallemand,—atormentados por los ascárides, se entregaron á la manualización antes de la pubertad; se acusaron amargamente, y consideraron esta funesta costumbre como la única causa de las pérdidas seminales involuntarias, que fueron después el suplicio de su existencia.

«Yo he visto frecuentemente (refiere el sabio profesor de Montpellier) (1) niños de dos ó tres años atormentados por erecciones casi permanentes, que no eran debidas á otra causa. Este es un fenómeno tan común, que me ha sido señalado por muchas nodrizas y mujeres viejas; asimismo empleaban ellas para hacerle cesar un remedio popular, que prueba por lo menos que es bien conocida la influencia de las lombrices. Introducían en el recto un supositorio ó cala de sebo, en la idea de que los ascárides vendrían á buscar su alimento, y que, retirando la cala, podrían extraerlas. La causa de estas erecciones prematuras no puede, por lo tanto, ser puesta en duda.

»Los niños deben tener tendencia á llevar las manos sobre partes que son el asiento de un prurito incómodo y casi continuo, lo mismo que la tienen en igualdad de circunstancias á frotarse la nariz; pero la sensación que resulta de frotamientos ejecutados sobre órganos

(1) *Loc. cit.*, tomo I, páginas 308 á 309.

tan sensibles, es además muy viva, y debe entrañar una inclinación todavía más irresistible.

»¿Por qué achacar un crimen á estos desgraciados de una de estas impulsiones mejor que de la otra?»

3.° *Causas generales.*

Dermopatías.—Sarna.—Las enfermedades cutáneas, urticaria, eczema, impétigo, prúrigo, liquen, psoriasis, cuando están generalizadas, ó por lo menos ocupan una gran extensión de la piel, hacen á los que de ellas están atacados de una lujuria extrema; lo mismo sucede con la sarna. Muy difícil de explicar es el mecanismo por el cual se produce este efecto, efecto cierto, que han señalado todos los autores, y que, por otra parte, es fácil de comprobar en los hospitales especiales. Nos hallamos muy dispuestos á pensar que el mayor calor, resultado de la afección dérmica y los arañazos de que es causa, engendran una susceptibilidad viva del organismo entero, y por lo tanto, del aparato reproductor. Ahora bien: esta impresionabilidad, consecuencia de la irritación periférica de los nervios, es, ya lo hemos notado más de una vez, una predisposición poderosa á la manualización. Aún se podría hacer intervenir la simpatía, y pensar, con Deslandes, que los órganos generadores son, como los demás, susceptibles de repetir

una irritación cuyo asiento está más ó menos distante de ellos. En cuanto á la elefantiasis, cuando se acompaña de *libido inexplebilis*, síntoma inconstante, solo es, diremos con el autor precitado, una causa ocasional en el caso que la afección tuberculosa invada la mucosa génito-urinaria.

Estado saburral.—El estado saburral de las primeras vías, según diversos escritores, entre otros Schulze y Riedley, que han citado observaciones en apoyo de su opinión, provoca los tocamientos genitales, desarrollando en las partes sexuales comezones más ó menos vivas. Más adelante veremos que estos autores no se han equivocado.

Gota.—Una excitación genital insólita,—dice Deslandes (1),—es á veces un fenómeno precursor de un ataque de gota; lo que podría explicarse considerando que la invasión de los síntomas locales de esta enfermedad es ordinariamente precedida por la irritación de muchas membranas mucosas. ¿No sería mejor recordar los estrechos lazos que existen entre las manifestaciones gotosas y el estado de las vías reno-sexuales?

Tisis pulmonar.—Los tísicos son habitualmente lascivos; todos los autores lo admiten, excepción hecha de Lallemand. Este último

(1) *Loc. cit.*, página 353.

cree que se ha tomado muchas veces el efecto de una vida desordenada por la causa misma de los abusos ó de los excesos á los que algunos enfermos se habían entregado. Su opinión no es justa sino á medias. Es evidente que los abusos genitales pueden ser la causa de la tisis ; pero es igualmente cierto que la tisis predispone á estos abusos, aun cuando se ignore el mecanismo exacto de esta influencia. La lascivia de los tísicos, ¿no resultaría, como quiere Deslandes, de la participación que la membrana génito-urinaria puede tomar en la excitación general de las mucosas, que es tan frecuente en la afección tuberculosa de los pulmones? Para nosotros, inclinados estamos á pensar que la mayor calorificación señalada en los tuberculosos y la irritación nerviosa consecutiva al funcionalismo exagerado de la superficie cutánea, deben asimismo entrar en cuenta en la producción del erotismo que impulsa á tantos jóvenes tísicos á apresurar, por sus prácticas de polución, el fin de su enfermedad.

Inflamaciones catarrales.—Ciertas flegmasías catarrales son precedidas ó se acompañan de una sobrexcitación de la membrana mucosa que recubre las vías genitales. El Dr. Desportes, en la *Revue Médicale* de Agosto de 1828, refiere ocho observaciones de angina pultácea, en los que antes de todo otro síntoma y durante

un período bastante largo, habían aparecido prodrómicamente deseos eróticos, á veces irresistibles, predisposición inminente é indeclinable á la masturbación. Este práctico veía en esto un signo especial á la afección aftosa de la faringe, y creía dar la explicación por ciertas conexiones de los nervios del cuello con determinadas partes del encéfalo, ó del principio de la médula espinal. Con razón, en nuestro sentir, rechaza Deslandes esta explicación: admite, por el contrario, un transporte de la irritación de una membrana á otra.

«La irritación—dice (1)—del tegumento interior de las partes genitales no es solamente, como este médico ha creído (se refiere á Desportes), un signo precursor de la de la faringe. Ésta puede presentarse durante la marcha de una inflamación de cualquier otra porción de las membranas mucosas, ó hasta suceder á esta inflamación.

El Dr. M. Mirambeau me ha comunicado dos observaciones que confirman este hecho. La primera es la de un niño de once años que fué atacado, á consecuencia de un sufrimiento, de una gastro-enteritis muy penosa. Este padecimiento tocaba á su fin, cuando la mucosa del miembro se hizo asiento de una irritación muy viva, que bien pronto se acom-

(1) *Loc. cit.*, páginas 438-439.

pañó de una verdadera satiriasis; las cosas llegaron á tal extremo, que fué necesario atar á este niño, para preservarle de las manipulaciones que ejecutaba sin descanso sobre sí, aun cuando anteriormente no se entregaba á nada parecido, cosa que consta al Dr. Mirambeau. El sujeto de la segunda observación es una niña de nueve años, que ofreció las mismas circunstancias en idénticos casos. Hubo asimismo necesidad de lazos para sujetarla. La duración de este erotismo fué en ambos casos de diez á doce horas.

Afecciones del cerebelo.—Admitiendo, faltos de mejor opinión, con Flourens y Bouillaud, que el cerebro preside á la locomoción y á la coordinación de los movimientos, cosa que se les rechaza por algunos, no podemos privarnos de creer que los lóbulos cerebelosos tienen asimismo una gran influencia sobre la función de reproducción. Las relaciones patológicas entre los órganos genitales y el cerebelo, las reacciones mórbidas de estas partes, la una sobre las otras, de las que Gall, Spurzheim, Voisin, Chauffard d'Avignon, Larrey, Falret y otros, han citado numerosos ejemplos, no serían puras coincidencias, como los autores contemporáneos quieren hacer creer.

En nuestros días, la mayor parte de los escritores parece volver á la opinión de Willis é Hipócrates, localizando en la médula espinal

el centro de inervación del aparato reproductor. Los unos, con Segalas, precisan su asiento en la región lumbar; los otros en la región cervical, con Budge, que no vacila en señalar particularmente la parte de la médula correspondiente á la cuarta vértebra del cuello. Esta teoría, renovada del médico de Cos, posee, no lo negamos, un gran número de hechos que demuestran su valor; pero ¿debe exclusivamente afirmarse del hecho que la médula obre sobre las facultades genésicas, que el cerebelo no ejerce acción sobre ellas, y esto, prescindiendo de las conexiones íntimas, que unen todos los segmentos de las masas nerviosas centrales, establecidos solamente para la facilidad de la enseñanza?

La manera de ver de Gall y de sus partidarios era muy absoluta; ¿no sucedería lo mismo con la que la reemplaza actualmente? Acaso la verdad se encuentre en una opinión mixta; para nosotros, prudentemente eclécticos, diremos que el cerebelo y la médula obran los dos de una manera activa sobre los órganos sexuales, sin proclamar, no obstante, con Serres, que la médula espinal—Serres dice que la parte inferior—preside esta escreción y secreción seminal, mientras que el cerebelo—Serres dice que el lóbulo medio—preside al sentido genésico, afirmación que todavía aguarda ser confirmada. Y no nos detendremos aquí: aña-

diremos que los órganos sexuales determinan muchas veces de *motu proprio* el apetito venéreo, y que el cerebro, en fin, no deja de tener influencia sobre las ideas eróticas, por el hecho de ser el receptáculo de las sensaciones, el promotor de la voluntad, el asiento de la imaginación.

De esta correlación resulta que, si ciertas enfermedades del cerebelo, de la médula y del cerebro, van acompañadas de anafrodisia, ciertos estados morbosos ó anormales de los mismos órganos pueden ser, y muchas veces son asimismo, el punto de partida de una excitación extraordinaria de los deseos genitales, de una turgescencia persistente del pene, y, por lo tanto, de causas próximas de masturbación.

Hipertrofia del cerebelo.—Son frecuentes los ejemplos de individuos llevados al summum del erotismo y arrastrados á la manualización por un desarrollo anormal del cerebelo. Entre otros casos del mismo género, Gall, en su libro sobre las *fonctions du cerveau et sur celles de chacun de ses parties*, cita la historia curiosa de un mulato de tres años. Este niño, dotado de una gran lubricidad, estaba sujeto á turgescencias del miembro penosas, que le arrastraban á arrojarse sobre las niñas y las mujeres de que se hallaba rodeado, y á pedirlas imperiosamente la satisfacción de sus deseos; lo que más de una hacía por curiosidad.

Murió de consunción, á la edad de cuatro años próximamente. El cerebro no presentaba nada de anormal; pero el cerebelo era de un volumen extraordinario.

Deslandes (1) refiere, después de la observación que damos más abajo, que él ha notado asimismo un desarrollo muy notable de la parte posterior del cráneo en un niño de ocho años, que se entregaba desde hacía mucho tiempo á la masturbación, y cuyo miembro se hallaba en un estado de erección casi continuo. Esta eminencia alargaba de tal modo el diámetro ántero-posterior de la cabeza, que difícilmente se encontraban, al decir de la madre de este niño, gorras que se adaptasen bien á su cabeza.

M. Chauffard d'Avignon, en el *Journal des Sciences médicales*, de Diciembre de 1828, publicó el hecho siguiente: «En un tiempo muy frío de invierno, asistía este médico, en una sala no caldeada, á un consejo de revisión. Un pastor se presentó reclamando la dispensa del servicio, á causa de una enfermedad que le causaba vergüenza nombrar, decía. Desde el momento que fué desnudado, se puso túrgido su pene, manteniéndose en tal estado, á pesar de una evacuación espermática, que fué imposible evitar al pastor. Este hombre dijo estaba

(1) *Loc. cit.*, pág. 393.

sujeto á erecciones constantes y á poluciones frecuentes, que, por otra parte, tenía la costumbre de provocar, mediante tocamientos. El Dr. Chauffard nota que este individuo, de cabellos y barba roja, aun cuando robusto, presentaba un cuello muy corto, una nuca larga y abultada, una excavación notable de la parte posterior del occipital, y, en fin, un desarrollo y una prominencia acentuados de la región cerebelosa.

Abscesos.—Tumores.—Congestión del cerebelo.—Otras afecciones del cerebelo pueden obrar del mismo modo que la hipertrofia de este órgano; y á este propósito refiere Gall el caso de un niño de trece años, masturbador feroz, en el cual los dos tercios del cerebelo estaban invadidos por la supuración; refiriéndose al mismo hecho, la *Nouvelle Bibliothèque médicale*, de Setiembre de 1827, publica la historia de un joven de diez y nueve años, en el que ningún tratamiento pudo vencer el hábito de polución al que se había entregado. Habiendo muerto en el Hôtel-Dieu, en un completo marasmo, se pudo practicar la autopsia, descubriendo en su cerebelo un tumor encefaloide del tamaño de una nuez, que había sufrido ya un principio de reblandecimiento. La *Médecine*, en su número de 11 de Marzo de 1878, relata, por último, un caso de pseudo-satiriasis, en el que el tratamiento puso en evidencia la influencia etioló-

gica del cerebelo, tal vez hipertrofiado, irritado ciertamente por una congestión sanguínea.

El desgraciado que constituye el sujeto de esta observación es un joven de veintidos años, de estatura elevada, de una agradable fisonomía, de cabello castaño, pero cuya frente es deprimida, y la parte posterior de la cabeza más larga y abombada que la anterior: ordinariamente es sombrío, y huye de la sociedad de sus semejantes.

El 5 de Enero sube á su habitación, después de haber cenado bien, se encierra con cerrojo, y se entrega al onanismo con un encarnizamiento extremado; después se acuesta vestido, duerme durante tres cuartos de hora, y baja á reunirse con su familia. El 14, después de una cena copiosa, la misma desaparición súbita é idénticas maniobras. Amonestado por su padre, contestó que desde hacía un año estaba sujeto á accesos de furor erótico, que sólo calmaban las masturbaciones.

Un día, presa de uno de esos accesos, se hizo atar las manos; pero le acometió una convulsión que le duró diez minutos; cayó á tierra lanzando gritos roncos; su cara estaba pálida; se le desata, é inmediatamente, delante de su familia, se entregó á la masturbación, sin descanso.

Consultado M. Prevost, de Cambremer, aconseja el matrimonio inmediatamente, y pres-

cribió una poción alcanforada á 0,30 centígramos, y una infusión de nenúfar blanco, á 30 gramos por litro de agua, con abstinencia de alcohol y de café. Resultado nulo. Interrogado el enfermo, dice que el matrimonio no le tienta en nada, que no piensa absolutamente en los placeres de los sentidos; pero que de pronto le da un dolor detrás de la cabeza, el pene entra en erección, y que nada entonces sería bastante á impedirle masturbarse hasta la saciedad, no obstante su deseo de abstenerse de hacerlo. En estos accesos, la cara del enfermo estaba pálida, la saliva se le escapaba de la boca, entraba en erección, y llevaba la mano á las partes genitales. Se le aplicaron 15 sanguijuelas á la nuca, y el acceso no volvió á presentarse; se comienza nuevamente tres semanas después, luego que volvió el dolor, y esta vez tampoco tuvo lugar el acceso. En la actualidad, el enfermo está completamente curado.

Afecciones de la médula espinal.—Las afecciones de la médula espinal, tanto de la región cervical, como de la lumbar,—esto ha sido probado clínica y experimentalmente por Segalas, Serres, Dupuytren, Olivier, Potain, Renauldin, Hedelkofer, Fagès y otros,—engendran frecuentemente el eretismo sexual, el priapismo, y hasta una especie de satiriasis. Trousseau, efectivamente, ha señalado en la ataxia locomotriz, síntoma de neurosis geni-

tal, que se encuentra en el período prodrómico, cuando los elementos de los cordones sufren el ataque de este proceso mórbido, que va á modificar su estructura y á producir la esclerosis. Los atáxicos, en un período temporal limitado, llegan á practicar la cópula un número de veces considerable; cinco, seis, ocho y hasta diez veces en una noche. Es inútil hacer notar, después de esto, que las afecciones medulares, tan pronto hereditarias como adquiridas, las unas permanentes, pasajeras las otras, pueden ser el punto de partida de la masturbación, á consecuencia de la producción de una tal lubricidad.

Enfermedades del cerebro.—La manualización no es rara, sino hasta frecuente, en muchos individuos atacados de afecciones del cerebro, con ó sin lesiones apreciables. ¿Es esto coincidencia; es casualidad? ¿Es una causa ó un efecto? ¿Ha precedido ó seguido á la enfermedad? Esto no es tan fácil de decir, y las opiniones están disidentes sobre este punto. Los primeros autores que han escrito sobre la materia, atribuyen gustosos, y acaso muy absolutamente, la génesis de las afecciones cerebrales, al abuso genital; los escritores modernos caen en el extremo opuesto, y se inclinan á creer que la polución es la consecuencia de las modificaciones mórbidas del cerebro. Es incontestable que la masturbación engendra

la epilepsia y la enajenación mental; pero asimismo es innegable que estos estados mórbidos pueden hacer nacer la masturbación; existen, por último, numerosos casos en los que las afecciones del centro nervioso y la masturbación forman un estado patológico.

Hidrocefalia.—En la hidrocefalia, los tocamientos genitales se han visto más de una vez: Gall ha señalado este hecho. Chauffart, de Avignon, ha podido observar un hidrocéfalo de una quincena de años, desenfrenado masturbador, que continuamente ejecutaba los goces que le procuraba su práctica habitual.

Epilepsia.—Los epilépticos se polucionan mucho, y si es cosa averiguada que la polución voluntaria determina muchas veces el mal hercúleo, no está menos reconocido por todos que esta enfermedad arrastra á los que la sufren al abuso frecuente de sí mismos. Las observaciones pululan sobre este punto.

Enajenación mental.—La imbecilidad, la idiocia, el cretinismo, no se acompañan totalmente de la masturbación;—Baillarger lo ha hecho notar con razón;—sin embargo, manifiesta, por los trabajos de Falret, de Esquirol y de otros especialistas distinguidos, que el mayor número de los imbéciles, de los idiotas y de los cretínicos se abandonan con un descaro deplorable á la polución genital. Algunos ofrecen precozmente los signos de la virilidad,

y desde la más tierna edad se manualizan; mas ordinariamente, á la época de la pubertad es cuando les acosa el gusto de los placeres y cuando se abandonan á su práctica con toda suerte de detalles repugnantes y cínicos. Voraces y lascivos, parece que en ellos la digestión y la reproducción heredan la potencia que debería corresponder á las demás funciones.

Ciertos monomaníacos, los hipocondríacos, se polucionan á toda costa, lo mismo que un gran número de enajenados de toda especie, y sobre todo los paralíticos á quienes invade la demencia. Morel (1), Guislain (2), se han detenido sobre este punto. El último hace notar, además, la perseverancia, la pasión, el entusiasmo con que estos desgraciados se abandonan á su hábito. Se supondría gustosamente que en todos estos infelices idiotas, imbéciles, cretínicos, melancólicos, dementes, etc., el sentido genésico se exalta en proporción de la debilitación de los demás sentidos y de la caducidad de la inteligencia.

Teniendo pocas ó ningunas impresiones del exterior, como lo pensaba Deslandes, las que todavía pueden germinar en ellos ejercen un poder sin límites. Por otra parte, inconscientes, incapaces de reflexionar, ¿pueden resistir á las sugestiones de la carne? Lo que en el

(1) *Traité des maladies mentales.*
(2) *Leçons orales sur les phrénopaties.*

hombre sano no hubiera sido otra cosa que un deseo fácil de rechazar, ¿no llega á ser en estos seres, privados de las facultades mentales, un deseo imperioso, irresistible?

No debe mostrarse, por lo tanto, sorpresa al aspecto de las costumbres de estos locos, de los que algunos no parecen vivir para otra cosa que para beber y masturbarse.

Priapismo.—Satiriasis.—Como el priapismo y la satiriasis parecen tener orígenes múltiples, y que actualmente es imposible localizar con certeza su asiento en el cerebro, el cerebelo ó la médula, formamos un grupo aparte, y consideramos, esperando cosa mejor, como neurosis genitales, á estos dos estados provocadores de la masturbación.

Podría parecer extraño vernos citar aquí el priapismo, que, á la inversa de la satiriasis, no se acompaña jamás de eretismo, de deseos venéreos; sin embargo, preciso es admitir que su influencia sobre la génesis de la manualización existe. Su mecanismo es diferente del de la satiriasis; pero el resultado es idéntico en muchas circunstancias. La explicación siguiente nos dará á conocer su modo de obrar. Un espermatorreico cohabitaba un día antes de su enfermedad sobre un banco en un paseo público. La eyaculación espermática estaba próxima, cuando de repente aparece un guarda. Dándole alas el miedo y la vergüenza, nuestro joven se dió

á huir, abandonando generosamente en las manos de la autoridad á su demasiado complaciente compañera. Llegado á su casa, se apercibe de que su miembro estaba ereccionado, túrgido; le aspergea con agua fría, rodeándole asimismo de compresas; pero la erección persistió.

Dolorosamente afectado de disuria cuatro ó cinco horas más tarde, empieza á polucionarse sin resultado; renueva su tentativa una docena de veces, asimismo infructuosamente; se encamina entonces á una casa de baños, y allí, tendido en una bañera, tortura su pene durante una hora; por último, la evacuación seminal tuvo lugar, cesando el priapismo; pero el paciente, en el temor de verlo reaparecer, continúa polucionándose muchas veces al día, y lo hizo tan bien, que una espermatorrea fué tres años después la consecuencia de sus manipulaciones habituales.

Cualquiera que sea su origen, el priapismo asusta y atormenta muy especialmente á los enfermos, forzándoles,—esta palabra es exacta hasta cierto punto,—á masturbarse, en la esperanza de verlo cesar.

La satiriasis, como se sabe, y de aquí su nombre, se caracteriza por el delirio erótico, las erecciones continuas y los deseos insaciables, con posibilidad espermática de satisfacerlos, sin que la emisión seminal impida siem-

pre su reaparición. No es este el lugar de hacer la historia de esta enfermedad : únicamente tenemos que considerar aquí, cómo puede determinar la manualización. Ahora bien; ¿no es esto inútil? La trilogía sintomática de la satiríasis , delirio amoroso , turgescencia del miembro , insaciabilidad de voluptuosidad física , ¿no bastan á hacer comprender el mecanismo de esta causa? Célibe ó solitario , el satiríaco suple en su furor genésico á la mujer que le falta, por un modo cualquiera de polución ; casado ó concubino, no tarda en ver huir su compañera, que , saciada y rendida, le abandona á sus propios recursos.

Aquí es el cura de Cours, cerca de la Reole, á quien la conciencia sume en las más extrañas alucinaciones del oído, de la vista, del olfato , y en el cual cesa la neurosis gracias á una última aberración del tacto , que viene á producir el desenlace de la pieza por una catástrofe que alarma el pudor , asombra la naturaleza , y desconcierta la religión ; necesaria, sin embargo, é inevitable, como dice el mismo abate Blanchet.

Allí es un pobre hombre de Orgon, en Provenza, atacado de la más horrible y espantosa satiriasis que se puede ver y pensar. «El hecho es este (dice Cabrol , que le presta sus cuidados en el año 1572): el enfermo tenía las cuartanas ; para curarse , se aconsejó de una

curandera, la que le hizo una poción de una onza de semillas de ortigas, de dos dracmas de cantáridas, de dracma y media de cebolletas, etc., lo que le puso tan furioso para el acto venéreo, que su mujer nos juró por Dios que él la había acaballado en dos noches ochenta y siete veces, sin comprender más de diez veces que se había corrompido él mismo; en el tiempo que nosotros le consultamos, el pobre hombre espermatizó tres veces en nuestra presencia, abrazando el pié del lecho y agitándose contra éste como si hubiera sido su mujer. Este espectáculo nos asombró, y nos apresuramos á hacerle todos los remedios posibles para abatir este furioso calor; pero ningún remedio que se le hizo pudo servirle.»

§ II.—Causas exteriores.

A.—*Causas físicas*.—La etiología física de la polución genital comprende la temperatura, los vestidos, los movimientos, los golpes sobre las nalgas, la introducción de cuerpos extraños en el recto, los alimentos, los medicamentos, los olores y la polución extraña. En el orden de su enumeración es cómo vamos á pasarlos en revista.

Temperatura. — Bajo los climas cálidos, el desarrollo de la pubertad es precoz. Una temperatura elevada, en efecto, acelera la circula-

ción, activa las funciones de la piel, exalta la sensibilidad general. Por esta razón, en los países meridionales, cuyos habitantes presentan de ordinario una constitución sanguínea ó nerviosa, es donde se halla más desarrollado el apetito sexual, donde la excitabilidad genital es mayor que en los países templados, y donde, por lo tanto, los excesos venéreos son más numerosos y la masturbación se encuentra más repartida y más ejercitada. No obstante, preciso se hace acusar menos de estos resultados al sol que al calórico, del que es una de las principales fuentes. Todo calor natural ó artificial produce efectos análogos sobre el aparato genésico; toda atmósfera caliente da lugar á las mismas consecuencias, sea bajo el cielo que quiera. La pubertad precoz y la lubricidad no son propiedad exclusivamente especial á los hijos de los trópicos, y la precocidad, así como la lubricidad de las gentes del Norte, por no ser proverbial, no por esto es menos considerable.

Por una parte, Klingladt en su viaje por Siberia, y el abate Chappe en sus Memorias sobre los samoyedos, nos hacen saber que, viviendo estos últimos bajo el 70° de latitud Norte, son excesivamente lascivos, y que en ellos la pubertad se manifiesta tan pronto como bajo el ecuador. Por otra parte, la estadística de los nacimientos demuestra que en la Rusia polar,

la Noruega, la Suecia y la Groenlandia, el máximum de las concepciones, es decir, de las relaciones sexuales, corresponde á lo más riguroso del invierno. Ahora bien: la sola razón plausible de estos hechos reside en la costumbre que tienen los samoyedos de habitar en lugares subterráneos, sofocantes como estufas; en el hábito que tienen los rusos, groenlandeses, suecos y noruegos, de pasar la estación invernal en moradas herméticamente cerradas y artificialmente calentadas, en medio, decimos, de una temperatura talmente elevada, que tentados estamos de sospechar de la buena fe de los viajeros que indican su grado.

Se ve, por lo tanto, que el calor, cualquiera que sea su origen, y bajo cualquier clima que sea, despertando el instinto genital, puede impulsar, ó á lo menos predisponer fuertemente á los abusos.

Vestidos.—Los vestidos pueden ser asimismo una causa de aumento de la temperatura del cuerpo, impidiendo más de lo que es debido la pérdida del calor orgánico. Lo mismo sucede además con el lecho, que mantiene la superficie cutánea como en una zona tórrida. Ciertas partes del vestido ocasionan algunas veces de diferente manera un resultado idéntico; queremos hablar de los vestidos rugosos, peludos, que frotan el dermis, le cosquillean, le

excitan y engendran comezones é irritaciones continuas, tanto más de temer, cuanto que se aproximan demasiado á los órganos generadores; todavía queremos hablar de los vestidos demasiado estrechos, demasiado ajustados, los pantalones *collan* (1), por ejemplo, que frotan y comprimen las partes genitales, induciendo á llevar á ellas las manos interior y exteriormente; queremos hablar, en fin, de los trajes que, ocultando á la vista una gran parte del cuerpo, y permitiendo por esta circunstancia hasta ciertos movimientos particulares, dejan libertad completa á los que los llevan, y les crean, por decirlo así, una especie de soledad en medio de la multitud.

«Las capas, que en algunos países como en España, y en ciertas Universidades de Alemania, son un traje nacional, favorecen extremadamente el crimen del onanismo, escribe Schwartz (2). Un médico español, añade, me ha asegurado en Madrid, que este vicio es muy común en España, donde el uso de la capa le favorece talmente, que no es raro

(1) Denominación con que se designaban unos pantalones que estuvieron muy en boga por el año 1857; eran sumamente ajustados, y constituían una de las prendas indispensables de todo hombre de buen tono en aquellos tiempos. *(N. del Traductor.)*

(2) *Loc. cit.*, páginas 7 y 8.

verle cometer en los paseos públicos (1).»

Para terminar lo que se refiere á las causas vestimentarias, tratamos de señalar la influencia de los bolsillos de los pantalones. Gracias á ellos, los niños y los adolescentes pueden constantemente, y á veces sin querer, estirar su pene y su prepucio, teniendo, por decirlo así, durante todo el día sus genitales en las manos. La presencia de los bolsillos en los pantalones, preciso es decirlo una vez más, sostiene la masturbación en los que la conocen, y la hace descubrir á los que la ignoran.

Movimientos.—La equitación y la velocipedía, entre los que principian estos ejercicios ó los prolongan demasiado, fluxionan la pelvis menor y la parte inferior de la médula, haciendo nacer la erección peneal, primero por

(1) Con permiso de M. Schwartz y del médico español que le ha suministrado tal noticia, hemos de decir que no es tan frecuente, como uno y otro afirman, enencontrar en los paseos públicos individuos entregados al onanismo delante de las gentes. En España, como en todos los demás países, existen, y somos los primeros en admitirlo, individuos lascivos hasta el grado que se quiera; pero de esto á que nuestras costumbres sean tan libres como se intenta señalar en el párrafo que motiva esta nota; hay mucha, grandísima distancia, y de nuestra opinión será, sin duda ninguna, el médico español que tan ligeramente comunicó la noticia al profesor de Sanidad francés, no pensando acaso que proporcionaba la ocasión de ver zaherida injustamente su patria por un extranjero. *(N. del Traductor.)*

esta causa, y en seguida, á consecuencia de los frotamientos y sacudidas que imprimen á los órganos reproductores. El montar en pelo y ciertos pasos tales como al galope corto y el trote, exaltan fuertemente los deseos eróticos.

La trepidación de los vagones, el balanceo de las mecedoras, el traqueteo de los coches no ó mal suspendidos, desarrollan al grado más alto el apetito genital en las personas impresionables por un mecanismo análogo al de la equitación; el vaivén y cabeceo de los navíos ofrece el mismo resultado.

Otro tanto diremos de esa diversión que consiste en colocar un niño á caballo sobre los muslos y las rodillas, y hacerle saltar en esta posición. ¡Cuántos padres son, sin saberlo, fautores de desórdenes, que habrían evitado abandonando este juego, del que tan aficionados son ciertos niños por esta causa!

El baile obra de una manera compleja; necesariamente fluxiona la pelvis; moralmente despierta deseos, gracias á la embriaguez de la música, á los contactos femeninos, á las emanaciones perfumadas, al descote de las espaldas, afrodisíacos cuya potencia es imposible desconocer, especialmente sobre los adolescentes y los jóvenes.

Hemos visto ya, en el capítulo consagrado á las formas de la polución genital, que diversas posiciones ó movimientos diferentes

cuyo mecanismo es fácil de comprender, habían sido las causas del abuso; así que, sólo para memoria es para lo que señalamos aquí la suspensión por las manos, el deslizamiento á lo largo de un mástil, de un bastón, de una columna, la presión del pene contra el pié de una mesa ó de otro mueble, y el decúbito abdominal. Colocaremos al lado de estas causas mecánicas las dos siguientes influencias, antes de ocuparnos de las causas alimenticias.

Golpes sobre las nalgas.—Si la flagelación, la fustigación, la paletación y otros castigos del mismo género no se aplican en nuestras escuelas, hay una corrección infantil puesta todavía en uso, no por los pedagogos, sino por los padres y las madres mismas: queremos indicar los golpes dados en las nalgas con la palma de la mano, y á veces los lomos y la parte posterior de los muslos de los niños rebeldes. Confesamos que esta manera de obrar es tan funesta como la fustigación y la paletación. Que sean administrados por la mano inerme, ó armados de una paleta, de un bastón ó de correas, los golpes sobre las nalgas ó su vecindad tienen el mismo resultado; congestionan los órganos genitales y determinan elevación de temperatura, los excitan, los erecionan y desarrollan prematuramente la idea del placer en seres que se esfuerzan por aprovechar este descubrimiento. En el niño todo

es motivo para el mal; que los padres lo tengan presente, si no quieren llegar á ser los cómplices involuntarios de sus vástagos.

Introducción de cuerpos extraños en el recto.—Los cuerpos introducidos en el ano excitan los nervios de las regiones profundas de la uretra, de la próstata y de las vesículas seminales, distienden rápidamente el pene y despiertan violentamente el apetito erótico: ahora bien; sabemos cuáles son muchas veces las consecuencias de este eretismo. Este es un procedimiento de libertinaje, conocido de las prostitutas que, á semejanza de la Œnothea de Petronio, no dudan de emplearlo con los libertinos medio impotentes. Príapo, dedo, cánula de jeringa, cualquier instrumento empujado en el intestino, tiene un resultado idéntico. Hemos visto á un joven haber llegado á ser masturbador á consecuencia del uso repetido de mechas dilatadoras colocadas en el recto para intentar la curación de un estrechamiento de este órgano; hemos asistido para una fístula anal á un joven de catorce años que ignoraba absolutamente las maniobras genitales, y que á ellas fué inducido al poco tiempo después de la incisión intestinal, por la turgescencia penosa del pene, que ocasionaba el empleo necesario de tapones de hilas para el tratamiento de su enfermedad.

Alimentos.—Una alimentación compuesta

de carnes blancas, leche, legumbres cocidas; en una palabra, poco sustanciosa y conteniendo apenas materias alibles, repara difícilmente las pérdidas de la economía, produce una débil cantidad de calórico y no da á los aparatos ese vigor necesario para un funcionalismo activo; así que, predispone apenas á las cosas venéreas. Mas, por el contrario, una alimentación analéptica, constituída por carnes asadas, caza, carnes de venado, de jabalí, guisos fuertemente especiados y bebidas espirituosas, aumenta la riqueza de la sangre, estimula la inervación y activa las secreciones, la del esperma entre otras. Recibiendo el organismo más fuerzas de las que necesita, no las consume, y almacena un tesoro sanguíneo y nervioso, un sobreexceso de vida que distribuye entre el conjunto, y del cual los genitales toman su parte. El eretismo sexual, la plétora espermática, están consecuentemente subordinados á la plétora sanguínea y al eretismo de la masa nerviosa.

De este modo es cómo debe considerarse la influencia genital de los alimentos, de la que no exceptuamos ni los condimentos ni los licores alcohólicos. No obstante, independientemente de esta acción general, ciertas sustancias alimenticias parece tienen una propiedad directa electiva sobre el aparato reproductor ó sobre su centro de inervación,

bien sea exagerando la secreción del semen, bien exaltando el apetito erótico, acaso porque poseen los principios activos de los medicamentos espermatopoyéticos y afrodisíacos, ó algunos otros principios de idéntica naturaleza. Entre estos alimentos citaremos en el reino animal los huevos, los sesos, la langosta, los cangrejos, los langostinos, las almejas, los planorbes, las ostras y los pescados en general. Deslandes niega á estos últimos toda acción especial: nosotros no podemos participar de su opinión. Hemos, en efecto, observado que los tabescentes experimentan pérdidas más frecuentes y más abundantes cada vez que los pescados entran en su alimentación. En el reino vegetal señalaremos las trufas, la morilla, la aronga, las setas y otros hongos comestibles; diversos condimentos, tales como la nuez moscada, los cominos, la vainilla, la canela, el pimentón y la pimienta,—cuya eficacia en la impotencia han señalado Tourselle y Peyrilhe;—el cacao y su compuesto el chocolate; el apio, cuyo parentesco con el Ginseng es conocido; el espárrago,—cuyas propiedades han alabado Lebiz y Muneret;—acaso, por último, las fresas, las frambuesas y las ananas. No incluímos aquí ni la mostaza ni tampoco el vino, la cerveza ni el aguardiente, porque éstos no son, en efecto, más que estimulantes generales; pero no sucede lo mismo con las

infusiones de thé y de café especialmente. Detrás de la cafetera—decía Hahnemann—se oculta la masturbación. Se comprende que el uso repetido de estos alimentos en los niños y en los jóvenes apresurará fatalmente la explosión de la pubertad, engendrará los deseos y arrastrará bien pronto á los abusos.

Medicamentos.—Ciertos medicamentos tienen sobre los órganos generadores propiedades excitadoras irrecusables, y de hecho pueden, por su absorción ó su aplicación, ocasionar la manualización. De estos medicamentos, unos son estimulantes especiales, otros excitantes generales, otros, en fin, no obran sino por la fluxión é irritación local que desarrollan. Los dividiremos, si se quiere, en dos grupos: los medicamentos internos y los medicamentos externos.

Medicamentos internos.—Cantáridas.—Según las dosis ingeridas y las susceptibilidades de las personas, la cantárida y su derivada la cantaridina determinan una inflamación más ó menos violenta de todo el aparato uro-seminal, en el cual parecen localizarse más particularmente. De esto resulta la nefritis y la cistitis, una abundante y morbosa secreción de esperma y una satiriasis penosa y dolorosa, que reclaman coitos incesantes y una continua masturbación. Precedentemente hemos relatado un ejemplo muy curioso de satiriasis

cantaridiana, que nos dispensa de extendernos más largamente sobre este veneno terrible, que se debería proscribir para siempre de la terapéutica.

Fósforo.—Á dosis escasa, el fósforo es un neurosténico activo, en tanto que á dosis elevada y tóxica posee propiedades diametralmente opuestas. Su modo de obrar está lejos de semejarse al de la cantárida: las erecciones que provoca no tienen origen local, aun cuando se haya señalado el tenesmo vesical después de su ingestión, sino que, por el contrario, tienen un origen cerebro-medular; son, como los deseos venéreos, consecutivas á una excitación directa del foco de inervación genésica.

Estrícnicos.—Los estrícnicos son excitadores de la sensibilidad refleja, y á este título tienen un poder convulsionante, que se dirige á todos los músculos, y por lo tanto á los de las partes sexuales. La nuez vómica, la estricnina, y la brucina sobre todo, son erectores del pene, medicamentos priápicos. Ahora bien: el priapismo, como sabemos, es una causa de polución voluntaria.

Opio.—El opio es á la vez excitador y moderador del poder reflejo, gracias á sus diversos alcaloides, de los que, tres por lo menos, son convulsionantes. Á estos últimos es á los que se debe referir la facultad afrodisíaca evi-

dentemente exagerada de los orientales , que desde largo tiempo se atribuye al opio , y que no presenta la morfina.

Trementina.—Las diversas trementinas irritan ligeramente la mucosa vésico-uretral durante su eliminación, y acaso por esto tienen alguna influencia genital, poco marcada , por otra parte, preciso es confesarlo.

Cannabis indica.—El cáñamo indiano goza de gran boga en los países meridionales, donde se hace uso de las hojas, las semillas y principalmente los estambres ; se le atribuye la facultad de hacer nacer alucinaciones voluptuosas. Hay en esto una interpretación viciosa de los hechos. La embriaguez cannábica se acompaña ordinariamente de un goce íntimo, de un bienestar moral y físico, pero no de sueños lascivos, á menos que en el momento de la absorción encamine el individuo sus ideas del lado de las cosas eróticas , ó que un cuadro, una palabra , una escena de amor , no vengan durante el éxtasis á obligar al pensamiento á ocuparse de ellos. Por esto es por lo que , en efecto, las preparaciones comerciales de este cáñamo : haschisch, malac y bong , y sus formas farmacéuticas haschischina , tintura alcohólica de cannabis indica, extracto, etc., poseen esta extraña propiedad , no de crear imágenes nuevas, sino de agrandar, de exagerar al infinito, sin transformarlas mucho, las ideas de

los que de ellas hacen uso. Por lo tanto, el cáñamo indiano no es afrodisíaco sino á voluntad ; debemos, sin embargo , confesar que se ha creído notar en nuestros países que las aves alimentadas con el cannabis eran más salaces que las alimentadas con cualquier otra clase de granos. Este hecho exige, sin embargo, nuevas observaciones.

Excitantes generales.—Todos los agentes reconstituyentes, tónicos, reparadores, analépticos, que activan la hematosis , favorecen la digestión y la asimilación, estimulan el sistema nervioso central, que, en una palabra, aumentan la potencia vital ; todos estos medicamentos, decimos, como el hierro, la quina , la coca, el cloruro de sodio, el fosfato de cal , los amargos simples , aromáticos y astringentes, son por sus propiedades excitadores, espermatopoyéticos y neurosténicos genitales.

Aloes.—Drásticos.—Los sabios veterinarios Zundel y Houlmont, han señalado la acción afrodisíaca del aloes en las vacas. Su acción es la misma en el hombre ; el aloes hiperemia congestiona las venas del recto y de los órganos vecinos, y esta fluxión da origen á deseos genitales y á la gana de satisfacerlos. Porción de padres abusan con sus niños de este purgante demasiado alabado por Raspail, empujándolos de este modo á maniobras de polución. No es solamente un hiperemiante in-

testinal; el aloes, como los demás drásticos, irrita la mucosa rectal, y esta irritación, que resuena en la vecindad, entraña consigo erecciones del pene, por simpatía y acción refleja.

Medicamentos externos.—Baños.—Los baños calientes excitan considerablemente la piel y llaman la sangre. Ahora bien; lo hemos repetido más de una vez: la excitación, la fluxión del dermis son favorables á la formación y sostenimiento de la erotia. Los baños templados, frecuentemente renovados, ablandan, afeminan los sujetos impresionables, y los ponen en una disposición física y moral muy propia á hacerles abusar de sí mismos. Grande es el número de los jóvenes que no van á los establecimientos balnearios más que para polucionarse.

Enemas drásticos.—Los enemas purgantes, irritantes, calientes, obran sobre los órganos copuladores, como los evacuantes introducidos por la boca, es decir, por excitación y por congestión. Todo el mundo conoce el poder satiriásico de los enemas de Gratiole.

Vexicantes.—Revulsivos.—Los derivativos cutáneos y los vexicantes, sinapismos de mostaza, de pimiento, ventosas secas, martillo de Mayor, garón, tapsia, aceite de crotón, amoniaco, aplicados sobre las piernas ó en la tabla del muslo, tienen un efecto análogo á la flagelación, á la urticación de estas partes. En

primer lngar, llaman la sangre y el calor á la pelvis y al aparato reproductor; en segundo término, engendran una irritación de los ramillos nerviosos periféricos, seguida de una acción refleja ó simpática que se traduce por turgescencias del miembro, orgasmo erótico. Los vejigatorios de cantáridas ofrecen además el inconveniente de contener la cantárida, es decir, de poseer las propiedades especiales ya enumeradas de este agente; pero bien entendido en grado menor que cuando esta sustancia es administrada por la boca, toda vez que la piel no absorbe sino una cantidad mínima.

Olores.—Al lado de estos productos es preciso colocar ciertos olores emitidos por diversos cuerpos, y que parecen no estar desprovistos de facultades afrodisíacas, para los neuróticos sobre todo. Los olores fuertes de almizcle, de ámbar gris, de patchouli, de opoponax, de incienso, de vainilla, de heno, de nuez moscada, de clavo, etc.; unos, absorbidos por las vías respiratorias y cutáneas, obran por su potencia intrínseca; los otros, tienen un poder extrínseco particular. Empleados generalmente por las mujeres, hacen nacer en la imaginación ideas voluptuosas, recuerdos femeninos, rápidos, es cierto, pero no lo bastante para dejar apáticos los genitales. No creemos que se pueda rechazar la influencia de los olores, si se reflexiona en el ardor venéreo que despierta

en el hombre la emanación de las partes sexuales de la mujer (1). Si este olor orgánico obra en este sentido, ¿por qué no han de producir un resultado semejante otras emanaciones odoríferas? No somos los únicos de esta opinión; y Deslandes, no teniendo juicio formado sobre este punto, no puede abstenerse de citar las líneas siguientes, que prueban que Cabanis no rechazaba el poder de las sustancias olorosas. «Los olores, dice efectivamente, obran fuertemente sobre el sistema nervioso, le disponen á todas las sensaciones de placer, le comunican esa ligera confusión que parece ser inseparable; y todo porque ejercen una acción especial sobre los órganos donde toman su origen los placeres más vivos concedidos á la naturaleza sensible. En la niñez la influencia del olfato es casi nula: en la vejez es débil: su época verdadera es la de la juventud, la del amor (2).»

Polución extraña.—Terminemos lo que se

---

(1) El traductor puede citar el ejemplo, contra esta aserción, de un individuo de su amistad, en que es tal la repugnancia que le causan estas emanaciones, que, amando apasionadamente como ama la compañera de su vida, no hay medio de hacerle compartir con ella el lecho, no sólo en los días menstruales, si que algunos después que la emisión sanguínea ha cesado.

(N. del Traductor).

(2) *Rapports du phisique au moral de l'homme*, tomo I, pág. 222.

refiere á las causas físicas exteriores, señalando las prácticas diversas ejecutadas sobre los órganos sexuales de los niños por personas extrañas. Las más de las veces hay nodrizas mercenarias, amas, que, para hacer cesar los gritos de los pequeños ó para procurarles el sueño, acarician sus genitales, sin pensar en mal alguno, y sólo por estupidez; algunas veces, sin embargo, la curiosidad, la lubricidad, ó todo otro móvil insano, las hace proceder de esta manera. Chaussier, Hallé, Goupil, Deslandes, Lallemand, para no citar más que algunos autores, han visto ejemplos de este género, más numerosos, por otra parte, de lo que se piensa.

Recientemente hemos sido llamados para prestar nuestros cuidados á un niño de once meses, atacado de convulsiones, que reconocían por única causa los cosquilleos que una muchachuela de nueve años practicaba sobre el prepucio del bebé.

He aquí una observación tomada á la *Revue scientifique* por el *Journal des sages-femmes,* del 16 de Mayo de 1876. Es uno de los casos más curiosos que conocemos, y que puede servir de pareja al notado por Deslandes (1), de una mujer que en lugar del pezón ofrecía su clítoris á su cría hambrienta :

---

(1) *Loc. cit.*, páginas 516 y 517.

«Un niño de doce á quince meses , de sexo masculino, estaba entregado á una nodriza, la cual tenía muy escasa cantidad de leche. Ahora bien : para calmar el apetito no satisfecho y los lloros de la criatura durante la noche, y sin duda en este momento para salvaguardar sus intereses, esta horrible mercenaria no había encontrado mejor medio que practicar la succión de las partes genitales del niño. Un niño mayor, hermano del de pecho, que dormía en la misma alcoba, testigo inconsciente de la cosa , la cuenta inocentemente á la madre.»

Se comprende fácilmente, y sin necesidad de detenerse, las consecuencias de semejante práctica. Más adelante veremos que una iniciación análoga es todavía de temer de las criadas que no temen abusar de los adolescentes con quienes viven.

B. *Causas sociales.*—Influencias complejas, que obran tan pronto sobre lo físico como sobre lo moral, muchas veces sobre el espíritu y el cuerpo á la vez, las causas sociales comprenden las profesiones y posición social de los sujetos.

Profesiones.—El oficio de los torneros, de los afiladores, exige un vaivén de los miembros inferiores, que hace afluir la sangre en la pelvis y hacia los órganos reproductores : el de los herreros, vidrieros , fundidores, los que

se encuentran en medio de una temperatura muy elevada, produce los efectos que hemos asignado al calor. El estado de mecánico y fogonero de locomotoras, obra, además, por la trepidación que imprime al cuerpo y por las sacudidas continuas que ocasiona en las partes sexuales. Las profesiones que reclaman la posición sentada constante, como la de sastre, cordonero, dan asimismo por resultado la congestión de los genitales. Los artistas que acabamos de citar, los que se encuentran en condiciones análogas, los obreros que la industria fuerza á vivir en talleres demasiado calurosos, están, la experiencia lo ha reconocido, mucho más predispuestos que el resto de los trabajadores, á los placeres carnales, y, por lo tanto, á los abusos.

En estos casos, el mecanismo causal es físico; en otras circunstancias no sucede lo mismo; por el contrario, la imaginación es la que produce la excitación genésica.

Los bañeros de nuestras playas, cuyo oficio consiste en hacer nadar, en sostener y hasta en llevar mujeres generalmente de poca edad y no sin distinción, no permanecen, hay que confesarlo, indiferentes al contacto de estos seres perfumados que se aprietan temerosamente contra ellos á la llegada de cada ola, y no son insensibles á la vista de estos cuerpos, llenos á veces de juventud, cuyo coquetón traje

de baño dibuja indiscretamente , ayudando el agua, los contornos bellos, pareciendo no ocultar un resto de desnudez sino para avivar una curiosidad malsana.

Los zapateros, los corseteros, los modistos, —no faltan en nuestro París (1),—cuya mano, tomando medidas, acaricia, como á su pesar, las formas femeninas; los pedícuros, cuyas miradas no se detienen siempre, como debían, en la garganta del pié de sus descuidadas clientes; los peluqueros, que diariamente manejan la cabellera de las damas medio vestidas,—¿quién se incomoda para su peluquero?—y cuyos ojos investigan sin pudor en las profundidades del corsé ó á través de la abertura de un peinador mal cerrado; estas gentes, los últimos sobre todo, llegan á ser en gran número espermatorreicos, y no llegan en general á la tabescencia sino después de haber sido largo tiempo masturbadores típicos, gracias á sus profesiones, que se podrían calificar de eróticas.

La lubricidad de los actores no es un secreto para nadie, y la polución provocada es uno de los medios muy frecuentemente puesto en práctica para satisfacerla. No es al medio especial en el que viven estos sujetos, á la pro-

(1) Ni en Madrid tampoco, donde es, según parece, entre las clases elevadas , del mejor tono, ser vestidos por uno de estos artífices. *(N. del Traductor.)*

miscuidad de sexos tan grande entre compañeros de tablas, á los deseos siempre alimentados por su existencia enervante, á lo que se debe atribuir esta ligereza de costumbres reconocida, esa lascivia frecuente también entre los maquinistas, los figurantes y principalmente los apuntadores. Éstos, en su agujero, con la cabeza al nivel de las piernas de las actrices, ven forzosamente cosas que sobrexcitan sus apetitos venéreos, y encontrándose como los bañeros y peluqueros en la imposibilidad material de poseer el objeto de sus deseos, reemplazan por manipulaciones abusivas el congreso que no se atreven á proponer á las que son la causa involuntaria de su ardor. Todo el mundo conoce la historia del apuntador que olvidaba frecuentemente apuntar cuando las mujeres se hallaban en escena. Asombrado de esta observación, un celador le espía, sorprendiéndole una noche en fragante delito de polución, con la mirada perdida en las alturas femorales de la dama joven; su boca entreabierta dejaba escapar sonidos inarticulados y no la frase esperada impacientemente por la actriz, que, sorprendida en fin del mutismo del apuntador, y echando una ojeada á sus piés, no pudo impedirse, con gran escándalo del público, de reir á carcajadas, viendo la cabeza del desgraciado perdido de placer y de vergüenza.

Nos es imposible no decir una palabra de las profesiones de confesor y director de conciencias. Los detalles íntimos que la mayoría de las mujeres creen deber confiar á los miembros del clero secular y regular, los delicados consejos que de ellos reclaman, son otros tantos terribles asaltos dados inocentemente á la virtud de estos hombres continentes. Las cuestiones ardientes sobre el sexto mandamiento que la casuística ordena hacer : *de actu conjugali*, *de situ*, *de osculis more calumbino*, *de amplexibus*, *de tactibus impudicis*, etc., etc., no son presentadas sin una poderosa protesta de la carne.

Retrazamos este retrato, que es, según el abate X***, su autor, la realización práctica del método confesional expuesto en todos los libros de teología :

«¡Cuántas veces él (el confesor) se siente hombre durante esos largos interrogatorios *de usu venereorum!* La turbación misma, que él no podía impedir notar en ciertas cuestiones, que á veces eran para ella (la penitente) una extraña revelación, llegaba á ser un peligro para él, y muchas veces se sorprendió en este estado de «delectación morosa,» sobre el cual la teología erótica ha hecho tan singulares casos de conciencia. Entonces se estremecía, como un hombre á quien las moscas pican, llevaba la mano á la frente, ordenando

á su voluntad ser fuerte, dominar los movimientos que tales conversaciones y semejantes imágenes traen consigo forzosamente, hasta en las naturalezas más subyugadas por la vida ascética (1).»

Nada añadiremos á propósito de la penosa misión del confesor que la abstinencia debe hacer terrible, porque, — como ha dicho Lallemand (2), hablando de los seminaristas, — «¿Qué importa á la sociedad la dirección que dan á sus deseos los hombres que se condenan al celibato?»

Riqueza.—Se sabe que las clases ricas proporcionan á las casas de enajenados un contingente notable de pensionistas; las vesanias, por lo tanto, en los ricos son muchas veces una consecuencia de la masturbación. Esquirol ha sentado el primero este hecho, del que los especialistas han comprobado después la exactitud. Preciso es, por lo tanto, concluir que el abuso genital sufre la influencia causal de la riqueza.

¿Cómo, además, podría ser de otro modo? ¿No sucede que, apenas si ha nacido el rico, se le confía á una nodriza mercenaria, que por sus imprudencias le puede hacer conocer cosas que debería ignorar? ¿No es en la clase

(1) *Le Confesseur*, tomo II, pág. 79.
(2) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 449.

acomodada donde las amas, las criadas, las doncellas, se sirven de su joven señor para engañar los deseos que en ellas engendran y sostienen una alimentación demasiado suculenta y una vida en cierto modo inactiva? ¿No es en este medio social donde los preceptores, para captarse las simpatías de su alumno, le inician en placeres desconocidos hasta entonces? ¿No es todavía los adolescentes afortunados los que se internan en las pensiones, donde, con los rudimentos de las ciencias, aprenden la masturbación? ¿No es siempre entre los ricos, en quienes la comida abundante, especiada, excitante, el bienestar exagerado, la ociosidad habitual, las compañías agradables, la permanencia prolongada en lechos de pluma, bajo cobertores calientes, en una alcoba perfumada, la lectura de novelas, el brillo de las fiestas, la enervación de la música, todo, en fin, concurre á apresurar el nacimiento de la pubertad, á hacer desvergonzar la imaginación, á engendrar y á mantener despiertos los apetitos y el eretismo genital?

Pobreza.—La masturbación no se une exclusivamente á las clases privilegiadas, sino que ocasiona, bien que en mucho menor grado, sus destrozos en el pueblo, en los pobres, pero por razones que no son las mismas. Aquí son la vida de familia demasiado íntima, la promiscuidad de sexos, los agentes provocado-

res de la polución. Hermanos y hermanas, padre y madre, se alojan y viven revueltos en un tabuco de algunos piés cuadrados, donde la flor del pudor no se abre sino raramente. Aquí, delante de todos, madre é hijas se dedican en libertad á los cuidados del tocado. La hermana duerme muchas veces al lado del hermano, el niño se acuesta acaso en el colchón conyugal, donde los padres se entregan á veces brutalmente, y prescindiendo de precauciones, á los deseos de la carne. ¿Qué les importa la consecuencia de la publicidad familiar? ¿No han sido ellos criados de idéntica manera?

Desde la cuna, las palabras obscenas, los gestos lascivos, los actos de la copulación, hieren el oído, la vista y la imaginación de los desgraciados, cuya ordinaria suciedad y rudos vestidos exigen frotamientos indiscretos. ¿Faltan por casualidad estas causas? Otras las reemplazan. Aquí es el taller y los lugares de aprendizaje, donde los mayores toman como juego corromper á los pequeños; allá es la fábrica, el trabajo en común con niñas y mujeres, á las que el calor de las salas y el género del trabajo obligan á ponerse en un estado vecino de la desnudez. ¡Cuántas fábricas, filaturas y otros establecimientos hay en los que el traje femenino no se compone más que de una camisa muy abierta por arriba y de una

falda que apenas llega á las rodillas, velos insuficientes que, humedecidos por el sudor y el vapor de las máquinas, se amoldan exactamente sobre el cuerpo de la obrera, y dibujan sus formas con una acentuación demasiado fiel!

Todavía no es esto bastante.

De una parte, la instrucción que desarrolla la inteligencia, la educación que indica la moral, faltan á los trabajadores, y no vienen, por lo tanto, á contrabalancear las numerosas ideas insanas que les solicitan poderosamente. El adolescente pobre, por otra parte, privado de toda alegría, de todo bienestar, de todo goce, no siente, sino poderosamente, las ansias del placer aguijonear su organismo; trata de hallar un goce á su alcance, y llega sin esfuerzos, guiado por un instinto sexual atrevidamente despierto, á descubrir la polución, á la cual se entrega, á la cual se abandona con tanta menor medida, cuanto que ella le procura sensaciones agradables que nada cuestan á su bolsa ligera, si no vacía.

C. *Causas intelectuales y morales.*—De estas causas, que son inherentes al sistema actual de educación, tanto privada como pública, las unas no hacen otra cosa que engendrar ideas eróticas, inspirar deseos desconocidos, inducir á descubrir el medio de satisfacerlos: las otras, por el contrario, indican directa-

mente los procedimientos necesarios para hacer nacer la voluptuosidad, aun cuando el sujeto esté ó no bajo el peso de una predisposición ó una circunstancia que le impulsen á la polución voluntaria.

Falta de continencia delante de los niños. —Ya hemos demostrado que la falta de continencia de las personas de edad en presencia de la juventud, puede tener, y tiene frecuentemente, consecuencias desgraciadas; debemos añadir que esta especie de negligencia es sumamente común.

Tan pronto es una joven que se afloja las ropas, y se acuesta apenas vestida delante de un niño : tan pronto son señoras que llevan consigo al baño un niño, y que, no obstante sus precauciones, no pueden ocultarle sino una parte de su desnudez. Acá son una hermana, una madre, que, ocupándose de su adorno, dejan descubiertas espaldas y piernas, sin acordarse que no están solas, y que un hermano ó un hijo les sigue cuidadosamente con la vista; allá, en fin, son mujeres que, llevadas de su amor por las caricias, abrazan con exceso á los adolescentes, los acarician, los toman sobre sus rodillas, poniéndoles de este modo en el caso de percibir las eminencias mamarias, y de medir con las miradas, más de lo que fuera menester, en las profundidades de un corsé.

¡Qué revelación! Entonces son las impru-

dencias que, tarde ó temprano, deben perjudicar al niño; este último, en efecto, asombrado de la impresión agradable que él percibe en semejante ocurrencia, se esforzará en renovarla poco á poco, ó conservará preciosamente el recuerdo para utilizarle en un momento dado.

Gestos imprudentes.—Conversaciones ligeras.—Lo que acabamos de decir puede aplicarse á los gestos lúbricos, á las conversaciones picarescas, á las palabras de doble sentido, á las expresiones lujuriosas. Si los niños son de corta edad, se acostumbra á decir que apenas comprenden las alusiones; si son más crecidos, no se les cree más ignorantes, y no se ve ningún inconveniente para guardarse delante de ellos,—razonamiento tan estúpido como común;—en el segundo caso, las obscenidades no hacen sino excitar los apetitos eróticos; son las últimas gotas que hacen desbordar el vaso: en el caso primero despiertan la curiosidad infantil, de tal modo tenaz, que si no puede satisfacerse por sí misma, se vuelve de un lado á otro, y muchas veces encuentra gentes poco escrupulosas que se procuran un maligno placer de dar con numerosos detalles la explicación deseada, sin cuidarse de lo que sucederá después.

Imágenes.—Cuadros, estatuas eróticas.—Las estatuas femeninas en posturas voluptuosas, las pinturas mitológicas y los cuadros de

desnudo, los croquis licenciosos, las litografías y los grabados en negro ó coloreados representando escenas lúbricas, los álbums pornográficos, las fotografías sádicas y sus reducciones microscópicas, las cartas de baraja transparentes de fabricación alemana ó belga, las litofanías obscenas que parecen estar á la moda; todo lo que, en una palabra, señala sobre el papel, la madera, la tela, la piedra ó el metal cosas lascivas, formas indecentes, objetos escabrosos, situaciones arriesgadas, ayuntamientos naturales, anormales ó monstruosos, que muestran, más bien que los conocimientos anatómicos de sus autores, la desvergüenza de su imaginación; todos estos objetos impúdicos, decimos, son afrodisíacos de una potencia considerable. Hieren fuertemente la imaginación de los jóvenes, y la acaparan toda entera; atormentan su soledad, pueblan su sueño, y sus visiones excitan su sangre, despiertan sus deseos, aguijonean su instinto genital, ereccionan su pene, y solicitan, por último, manipulaciones y movimientos de polución.

Novelas amorosas.—Libros prohibidos.— Las novelas en que el amor se muestra bajo todos sus aspectos, en todas las circunstancias de la vida, donde la pasión es de propósito exagerada con el objeto de hacer sentir la impresión que el escritor se ha propuesto cau-

sar; las novelas, pensamos, no son muchas veces sino hábiles corruptores, iniciando demasiado pronto, y de un solo golpe, á la juventud en sentimientos que no debiera conocer sino más tarde y poco á poco: se objetará que alimentan el espíritu; sí, pero con alimentos peligrosos, ocultando, bajo exterioridades agradables, un veneno sutil, que en lugar de robustecerle le va á debilitar y afeminar.

Ved al joven lector recorrer febrilmente las páginas del libro; se une al personaje más simpático; encarna en sí al héroe; con éste enrojece de alegría á la vista de la que aquél amara; con él suspira y balbucea sus primeras declaraciones; con él se indigna de los obstáculos, se bate, se venga de las afrentas, roba á su amada, la pierde con desesperación, la busca como un sagaz y paciente mohicano, y la encuentra con alegría; con él mata á los opresores de la bien amada que arranca á la ignominia y á la muerte, y después de mil necesarias peripecias se arroja á sus piés, la estrecha entre sus brazos, la cubre de ardientes besos, delira de felicidad, se desmaya en la embriaguez de una dicha tan caramente comprada....

Aquí el novelista abandona la pluma; su obra está terminada; pero el joven lector, lleno de entusiasmo, prosigue la ficción: él es amado, adora; sus sentidos sobrexcitados

hablan alto; quiere poseer esta compañera querida, adornada de la belleza más exquisita, esta prometida que se abandona sin socorro á sus deseos, á la fogosa pasión que nada ha podido vencer ni quebrantar, y.... la poseerá, en efecto, estad seguros; pero de un modo virtual, cayendo pesadamente de las alturas etéreas de la ficción en la realidad brutal, en la masturbación, decimos nosotros.

Sépase que es el amor, y no las aventuras más ó menos maravillosas, lo que la juventud busca en las novelas: suprimid este sentimiento, y el libro le parecerá soso, inspirándole más enojo que gusto.

Al lado de las novelas debemos colocar, como más peligrosas todavía, esas obras malsanas, esos escritos eróticos que, libertinos de la pluma, se han complacido en todos los tiempos en arrojar como pasto á la lubricidad de los hombres. La prohibición de que justamente son objeto en su mayor parte, no alcanza desgraciadamente su objeto, y acaso hace su circulación más activa; porque existen muchos á los que lo clandestino atrae y lo que está prohibido pica su curiosidad.

Que se presenten los jóvenes que han permanecido puros y han leído sin turbación el Asno de Oro, de Apulleyo; las Priapiadas, el Arte de Amar y el Remedio de amor, de Ovidio; el Centón nupcial, de Ausonio; el Saty-

ricon, de Petronio; los epigramas libres de Marcial, ciertas poesías de Juvenal, de Cátulo, de Perseo, etc.; el Decameron, de Bocaccio; el Heptameron de la reina de Navarra, las Cien novelas de Luís XI, los sonetos del Aretino, los Cuentos de Pogge, la Biblioteca azul, la Vida de las damas galantes, de Brantome; los Cuentos de la Fontaine y de Pirou; Justina, del marqués de Sade; el Eroticón biblión, de Mirabeau; las Uniones peligrosas, las Memorias de una loreta, Gamiani, el Parnaso satírico, los Cuentos Remois, los Cuentos droláticos, de Balzac; cien otros que podríamos nombrar, y otros mil de idéntico género que no conocemos, antiguos, modernos y contemporáneos, que las prensas francesas imprimen sin miedo y que sin vergüenza arrojan á la cara de la sociedad las prensas alemanas, holandesas y belgas. Estos libros, que se venden en la trastienda de las librerías con gran delectación de los viejos lascivos y de los jóvenes calaveras; estos escritos inmorales, en los que los autores han abusado extrañamente de su imaginación en un momento de erotismo agudo, tienen tal acción sobre los genitales, que un crítico espiritual ha podido con razón decir que no se leían más que con una mano.

Representaciones teatrales.—En el teatro, la ficción toma cuerpo; la visión se anima: aquí son los actores, hablando, accionando,

que interpretan la obra del poeta; los gestos, la fisonomía, las entonaciones de la palabra, dan á la acción un valor, una semejanza de que el cuento en sí sólo es impotente. La imaginación del espectador, que á la vez es oyente, encuentra el socorro de dos sentidos: la impresión no es vaga, es limpia, definida, precisa, física, en una palabra. Por esto mismo, ¡cuántas representaciones escénicas son más funestas que la lectura ya perniciosa de las novelas de amor! Aquí, más todavía de lo que hacía leyendo, el joven espectador se interesa por los personajes, simpatiza con ellos, ve por sus ojos y bajo el peso de una emoción apenas contenida; siente resonar en su corazón el eco de su voz apasionada; su alma se funde bajo las enamoradas reticencias de la primera dama, ó de la dama joven, de la que una sabia coquetería y el brillo de las luces idealizan la belleza; se deja mecer por la cálida y acariciadora armonía de su lenguaje enervante, y todo su ser se ablanda, se aniquila, como bajo la influencia de un filtro extraño, en una tibia languidez llena de irresistible encanto, en un éxtasis inexplicable. Vuelto á casa el sujeto con la cabeza llena de estas visiones nuevas y punzantes, nutre con ellas sus sueños solitarios; su iluminada memoria representa de nuevo al espíritu ávido las situaciones culminantes, las escenas amorosas, los episodios

que han despertado sus deseos; sobre ellos se detiene largamente complaciéndose, los detalla y los amplifica; se sustituye al artista, y él mismo se cree intérprete, y activando de esta suerte sus ansias, irritando voluntariamente su fibra sexual, llevando hasta el máximum el eretismo genital, llega bien pronto á ese grado de sobrexcitación mórbido, por decirlo así, que no cesa más que con las prácticas abusivas.

Este resultado es todavía más seguro cuando el autor dramático, temiendo faltar el punto, le pasa, y pinta en lugar del amor el libertinaje, y cuando, sobre todo, la pieza teatral no es sino un pretexto para trajes excitantes, picantes frases, *couplets* libres, voluptuosos bailes, exhibiciones de carne femenina, como en nuestros días se ve tan frecuentemente. ¿Quién se atrevería á decir que gran número de comedias y *vaudevilles*, que todas las operetas de nuestra época, son útiles y fortificantes enseñanzas, estudios llenos de delicadeza que fomentan las buenas costumbres y la elevación de sentimientos? ¿Quién, por el contrario, no convendrá con nosotros que son cuadros en ocasiones verdaderos, pero por lo menos indiscretos y demasiado poco necesarios para descubrirse; obras que no acaparan el éxito y la boga sino porque fustigan los sentidos y aguijonean los malos instintos de nuestra socie-

dad depravada y casi impotente? ¿Quién afirmará que no es directamente inducido á la erocia el adolescente por un teatro de este género.

«Pensad lo que un alma virgen,—repetimos con Deslandes (1),—y que el desarrollo puberal introduce en un nuevo mundo, cuyos detalles busca con avidez, debe llevar consigo de emociones de un espectáculo hecho para corazones gastados. Sacada de un letargo que todavía debía durar, el sentido venéreo se hace escuchar, los deseos acuden y piden satisfacción antes de que el cuerpo tenga toda su fuerza y que los placeres legítimos sean su consecuencia posible ó permitida.»

Cuadros vivos.—Los cuadros vivos, esos grupos de mujeres hermosas, con mallas de color de carne, que alumbra una luz diversamente coloreada y repartida con habilidad para halagar la vista, prestar ilusión y hacer resaltar con ventaja la morbidez y redondez de formas de la plástica femenina, son una invención que revela mejor la corrupción que el arte. Su vista turba los sentidos, enerva el espíritu y el cuerpo, y sirve de estimulante á la licencia. El espectador, sobre todo si es joven, admira menos la armonía general, que desea la posesión de alguno de los elementos del

(1) *Loc. cit.*, pág. 508.

conjunto. Ahora bien: este deseo tenaz se realiza muchas veces en un acto solitario.

Reuniones. Soirées (1).—Las fiestas, lás reuniones, los saraos, donde las mujeres reinan con el brillo de sus adornos, con la intención secreta de agradar y fijar las miradas, son también activos afrodisíacos, tanto por el calor que nace de una reunión numerosa y confinada, cuanto por la belleza de las asistentes, su picante coquetería, tan fecunda en deseos, y los perfumes que exhalan sus cabelleras y brillantes vestiduras.

Bailes.—Los bailes no son menos provocadores. ¿No tienen para ello el atractivo de los acordes encantadores de la música, el descote de las espaldas femeninas, el blando dejarse ir de las bailarinas, de sonrisa persuasiva? ¿No ofrecen los movimientos voluptuosamente cadenciados de la danza, los contactos y apretones de manos y del talle, los estremecimientos y sobresaltos de la garganta, los rozamientos de los cuerpos que se encadenan y giran graciosamente unidos? ¿No ocasionan, por último, las exhalaciones sudorales, cuyo olor, mezclado al de las esencias florales, tiene

(1) Hemos conservado la palabra francesa en vez de la de *sarao*, su equivalente, por hallarse admitida como corriente en nuestro idioma, y porque claramente expresa la reunión nocturna de origen francés.

(N. del Traductor.)

algo de penetrante que embriaga? No es solamente por saltar y hacer ejercicio por lo que se frecuentan los bailes con interés, si que más bien por encontrarse en medio del sexo opuesto, y para sentir las turbaciones sexuales y la excitación de que acabamos de hablar. Los adolescentes piden á los bailes sensaciones vivas, emociones carnales, que, ayudando la curiosidad, los arrojan bien pronto en la práctica de la polución genital.

Desengañémonos. Esta es para la juventud una consecuencia ordinaria, tanto de los saraos donde se baila, y de las *sauteries* particulares, como de los bailes públicos, en los cuales hay además que temer el efecto sobre la imaginación de los gestos lascivos, de las palabras obscenas, de los movimientos indecentes y de los destaques impúdicos.

Preguntas confesionales.—El Dr. Debreyne, que, hecho trapense, ha escrito la *Maechiologie*, obra de casuística, dice en términos propios, «que la excesiva curiosidad del confesor es capaz de perder á los jóvenes de uno y otro sexo.» «Se ha visto algunos, añade, que, después de haber sido imprudentemente interrogados sobre el sexto mandamiento, han ensayado de hacer lo que su confesor les había enseñado en su indiscreción.» Somos absolutamente del mismo parecer del médico de la Trapa, porque aun cuando con la mejor voluntad

del mundo no podemos considerar como inofensivas, cuestiones semejantes á las que hemos reproducido en la parte histórica de esta obra, y si, como lo afirma el autor del *Confesor*, tomo II, pág. 103, la *Teología erótica* enseña á los directores de conciencia á preguntar á los jóvenes cosas parecidas, forzados estamos á confesar que el objeto de la confesión es sobrepasado, y que esta institución (que no nos corresponde apreciar aquí bajo otros puntos de vista) es, por lo menos, peligrosa para la salud, pudiendo hacer conocer la polución genital á los niños que la ignoran.

Iniciación precoz al coito.—La depravación de ciertas personas jóvenes, de temperamento ardiente, esposas separadas de sus maridos, viudas todavía jóvenes, y principalmente doncellas y amas célibes, bien alimentadas, trabajando poco y temiendo un embarazo: la depravación extraña, decimos, ha perdido á más de un adolescente. Miserables mujeres, arrastradas por sus brutales deseos, no han vacilado en abusar de la edad de los niños, y hacerlos servir á la satisfacción de su lubricidad. Aquí es una joven de diez y ocho años que enseña á un niño de trece á practicar sobre ella el coito vestibular, ó también es una viuda que atrae á su casa por medio de golosinas á niños pequeños, les erecciona el miembro mediante manipulaciones y besos

lascivos, y los induce á probar con ella una aproximación sexual, cuyas consecuencias no se hacen temer. Allá es una mujer galante que descubre los secretos de la cópula á un mozalbete de nueve años, el que aprovecha tan bien las lecciones, que desflora á su hermana de seis años de edad, y gana por esta desfloración una uretritis, que somos llamados á tratar, y con ocasión de la cual, somos instruídos por la madre sobre los hechos y gestos de su hijo.

Instruídos tan claramente sobre el uso del miembro viril por la iniciación femenina, los niños repiten los movimientos que se les ha obligado á hacer, las maniobras que sobre ellos se han ejercido, ó practican otras análogas, con tanta mayor pasión, cuanto que experimentan más vivo placer.

En este sentido es en el que, hablando de las criadas, escribía Lallemand: «Las hay que, arrastradas por la fogosidad de su temperamento, y temiendo las consecuencias de uniones más serias, no se avergüenzan de corromper, en provecho suyo, los niños que les son confiados, y esto desde la primera infancia. Así es cómo han sido pervertidos de los cinco á los seis años muchos de los enfermos cuyas confidencias he recibido. Luego que estos goces prematuros cesan por azar, ó á consecuencia de una vigilancia despierta, dejan en los

órganos una excitación ficticia, que provoca otros abusos y compromete el resto de la existencia. Lo que Rabelais cuenta de la primera educación de Gargantúa, las complacencias de sus amas, esto no es una de esas ficciones sobre las que se complace frecuentemente para ocultar alguna verdad atrevida; es, desgraciadamente, la expresión un poco dura, pero fiel, de lo que sucede muchas veces á los niños, que una ciega imprudencia abandona sin cuidado á manos mercenarias (1).»

Enseñanza directa.—Ejemplo. — Las dos principales causas de la polución genital, las que se presentan antes qne todas las demás, por el número de masturbadores que causan, son incontestablemente la enseñanza directa y el contagio del ejemplo: los preceptores, criados, sirvientes, con la esperanza de un libertinaje en común, ó por conquistarse los favores de sus alumnos ó de sus amos, les dan la primera lección.

Las observaciones no faltan en las obras de nuestros predecesores. Según una comunicación de Rast, hijo, Tissot (2) cita el caso de un lionés de seis á siete años, que murió de una consunción consecutiva á maniobras abusivas que le había enseñado una criada.

---

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 411.
(2) *Loc. cit.*, pág. 26.

«La salud de un joven príncipe se perdía diariamente, refiere el mismo autor (1), sin que se supiera descubrir la causa. Su cirujano, sospechando, le espía y le sorprende en flagrante delito. Confiesa que uno de sus criados le había enseñado, y que había reincidido muchas veces, etc.» Muchos enfermos de Lallemand eran deudores de pérdidas seminales á los consejos viciosos de sus preceptores y de sus domésticos.

Hemos cuidado un tabescente, hecho tal después de algunos años de manualización, cuya práctica debía á un maestro particular, encargado de inculcarle los principios de la moral y los elementos de las letras.

Á veces es á instigación de hermanos mayores ó primos, como se llega á ser manualizador. Brachet ha referido, en su memoria sobre las convulsiones de los niños, la historia de uno atacado, hacia los ocho á los nueve años, de contracciones espasmódicas y de accesos epileptiformes, debido á prácticas de las que la primera remontaba á la edad de tres años, y que un primo masturbador le había indicado.

Si los casos de esta especie están lejos de ser raros,— todos los escritores atestiguan su frecuencia,—preciso es confesar que, en gene-

(1) *Loc. cit.*, pág. 113.

ral, es la iniciación por el ejemplo lo que hace mayor número de prosélitos. Los compañeros con los que se vive, los camaradas de colegio, son los provocadores por excelencia de la polución voluntaria, corrompiendo también á los que una predisposición cualquiera arrastra con ellos, y que, colocados en otros medios, no se habrían jamás polucionado. Un fruto picado basta para picar mil sanos, lo mismo que un manualizador manchará mil niños puros. Todos los jóvenes de un pueblo, al decir de Salzmann (1) han sido contagiados por dos estudiantes corrompidos que venían de la Universidad.

Toda reunión de adolescentes es un foco de contagio para los que llegan, y el foco es tanto más intenso, el contagio tanto más cierto, cuanto que en esta reunión las relaciones son más íntimas, la vida más estrecha. Así, sobre todo entre los internos de los liceos, de los colegios, de los seminarios y de las pensiones, es donde se ve reinar la polución, lo mismo solitaria que en común, la polución cuyos modos se transmiten sucesivamente, desde los de más edad á los más jóvenes, como para perpetuar su existencia.

No vamos á intentar aquí un proceso al modo de educación é instrucción pública, ni

(4) *Veber du heimlichen sünden der Jugend*, pág. 55.

al internado de los alumos con su falta de vigilancia, sus conversaciones obscenas, sus lecturas incendiarias y sus uniones repugnantes y cínicas, en las que la amistad sirve de velo á abominables cosas; esto nos llevaría demasiado lejos. Enviamos para esto al lector á J. J. Rousseau, este eminente maestro, á algunas páginas indignadas de Lallemand y Teraube, á todos los que han escrito acerca de la juventud y de los cuidados que reclama: le aconsejamos también echar una ojeada sobre un libro del Dr. J. Agrippa (1), en el que una pluma algo prolija, pero ciertamente atrevida, ha trazado fielmente las torpezas de las casas de instrucción, y el amor entre los adolescentes encerrados en nuestros liceos.

Nos contentaremos con repetir que en toda reunión de niños frecuente ó permanente, la enseñanza de la masturbación es constante. Precepto, ejemplo, seducción, burlas, intimidación, malos tratamientos, sirven para convencer á los recalcitrantes. Lo polución genital es un yugo, bajo el que hacen pasar los viejos á los nuevos, de buena ó mala gana.

La causa que estudiamos no ha escapado ni á Deslandes ni á Fournier y Begin, que la señalan entre las más comunes. «Las más de las veces (escribe el primero) (2), la inicia-

(1) *La première fletrissure.* París, 1877.

(2) *Loc. cit.*, páginas 517-518.

ción en los misterios del onanismo, provienen de los camaradas entre los que se vive. Estos se alaban de las alegrías que se procuran, las ponderan, y se burlan de los que no osan compartirlas: los mayores no se limitan siempre á instruir á los más jóvenes, sino que los utilizan, obteniendo de ellos, sea por promesas, sea por amenazas, los más vergonzosos servicios. Así es cómo en las reuniones de jóvenes se cometen desórdenes, en los que el temor ó la complicidad guardan el secreto, y que de esta suerte permanecen ignorados del profesor.»

«Hemos visto (dicen Fournier y Begin, hablando de los liceos); hemos visto en los primeros, el acto de la masturbación, público, por decirlo así, ser confesado sin vergüenza, ejercido sin pudor. Se ha visto, casi ante los mismos ojos de los profesores, provocaciones infames, excitar entre los alumnos excesos cuyas consecuencias era llamado á combatir muchas veces el médico.

»Hemos visto, por último, y no sin la más viva indignación, que los mayores de entre estos desgraciados, ya corrompidos, recurrían á la mano de los más jóvenes, y los forzaban, ya sea por las amenazas, sea por los halagos, á prestarles un servicio abominable (1).»

---

(1) *Diction. des scienc. médic.*, tomo XXXI, pág. 105.

Á pesar de las advertencias, tantas veces renovadas, de los médicos, se ha hecho bien poco contra este arraigamiento de la masturbación en nuestros establecimientos de enseñanza. Reformas y precauciones intentadas y establecidas, no han dado resultado apenas; todo, en efecto, está por cambiar radicalmente en la manera de criar á los jóvenes públicamente. Mas como la sociedad, por su inacción y sus medidas á medias, muestra su impotencia, á los padres corresponde velar individualmente sobre sus hijos, no abandonarlos en las casas de internos, tenerlos, en fin, la mayor parte del día cerca de sí, á fin de hacer de ellos hombres sanos y robustos, indemnes de toda mancha.

ARTÍCULO II.

Causas que, determinando obstáculos á la aproximación sexual, inducen al púber solicitado por el deseo genital á suplir el coito por procedimientos de polución.

Además del sentimiento de inclinación que le arrastra hacia el otro sexo, el hombre bien constituído, y, por lo tanto, apto para la reproducción, experimenta durante las edades de juventud y virilidad un violento deseo, diga-

mos más, un deseo casi irresistible de copulación.

Acumulado el licor seminal en las vesículas, é hinchando después los cordones y canalículos espermáticos, hace sentir su presencia, reacciona sobre la economía entera, y ocasiona, por su retención, prolongados fenómenos demasiado conocidos. ¿Hay necesidad de citar, del lado del espíritu, la impaciencia, la inquietud, el enojo, la tristeza, la melancolía, y, sobre todo, las aspiraciones voluptuosas, los sueños lúbricos, la creación de ideas femeninas persistentes, de cuadros lascivos, algunas veces hasta la explosión de la satiriasis? ¿Hay que nombrar, del lado del cuerpo, el malestar general, la fatiga de los miembros, la cefalalgia, los dolores lumbares, la pesadez inguinal, la dureza testicular, las erecciones, en fin, tenaces y frecuentes, esta tortura de los que se contienen? El semen reclama imperiosamente su eyaculación, y no hace cesar sino á este precio las alteraciones que se hallan bajo su dependencia. En vano se pensaría que una pérdida nocturna, ocurrida en medio de un sueño amoroso, basta para restablecer el equilibrio vital, roto por la abstinencia sexual; la sabia naturaleza, determinando esta crisis, hace, es verdad, un esfuerzo en este sentido; pero su acción no es más que momentánea. Las modificaciones, tan pronto físicas como psíquicas,

reaparecen bien pronto en toda su intensidad. Ahora bien; cosa digna de atención : el sujeto conoce el origen de su estado particular, y sabe muy bien la fuente de sus sufrimientos. Ensaya la lucha inútilmente; su voluntad es impotente, dominada como está por la fuerza del sentido genital que avasalla. El paciente, por lo tanto, tiene que obedecer ó dejarse apresar por las enfermedades con que la continencia acaba sus víctimas. Pequeño es el número de los que tienen el valor de esperar los golpes , en relación con el de los individuos que ceden ó están prontos á someterse. Pero la obediencia no es siempre fácil ; á veces es imposible, ó parece tal. Numerosas influencias se oponen, en efecto , ó parecen oponerse, al cumplimiento del coito. Sin embargo, si la conjunción de los sexos es irrealizable ó falsamente considerada como tal, es para volver la dificultad y porque no se preven los peligros de una salida muy empleada en tales casos, es decir, del abuso de sí mismo.

Todas las causas, por lo tanto, que en los púberes ponen un impedimento al congreso, sea este impedimento verdadero ó parezca tal al interesado, son muchas veces por este hecho causas de masturbación. En este caso, sin embargo, las maniobras son conscientes, razonadas, queridas; son, por decirlo así, ejecutadas siempre á falta de cosa mejor, como lo

menos malo, como una necesidad. De una parte aquí la idea del placer, allá la idea de desembarazarse de un producto de secreción que molesta; en una palabra : las necesidades de la carne solicitan á un individuo; de otro lado las relaciones normales le están prohibidas, ó bien este hombre las cree imposibles. ¿Qué hace? Abandonarse á las prácticas que las reemplacen.

Según que éstas tienen su punto de partida en el organismo ó fuera de él, dividimos las influencias que ponen obstáculo al coito en personales y extrañas.

§ 1.º—Causas personales.

Timidez genital.—Muchas personas poseen un carácter particular, una manera de ser del espíritu que paraliza su impulsión voluntaria y los retiene á su pesar en el momento de la acción. Esta reserva, que no es otra cosa que la timidez, es en algunos hombres llevada hasta el último extremo, y, por decirlo así, invencible, á propósito de los actos intersexuales.

Semejante retención genital, que muchas veces se ha tomado por una cualidad, por la expresión de un alma pura, confundiéndola con el pudor, no es la mayoría de las veces más que una pusilanimidad especial y un ver-

dadero defecto, por los peligros de que llega á ser la causa.

Si el ser púdico, en efecto, trata de dominar la voz de sus sentidos, arroja los pensamientos lúbricos que le asaltan, se esfuerza en separar los ojos de las escenas eróticas, y sufre por su abstinencia, pero resta continente; el ser tímido, por el contrario, solicitado por los deseos carnales, lejos de tratar de sofocarlos, se complace en sus sueños de amor, se pinta cuadros voluptuosos, se excita y se levanta la imaginación, con el objeto de darse el valor de vencer su debilidad de carácter, que maldice, y de adquirir la audacia de que tiene necesidad para satisfacer su inclinación. Si no llega al resultado deseado y que llama con sus votos, la virtud no entra para nada, y solamente subyugado por su inercia es por lo que permanece virgen de toda copulación. Se ve que su abstinencia de las mujeres, en lugar de ser el resultado de una resolución pensada, detenida y firme, no es sino la consecuencia de un impedimento que no puede vencer, no obstante su gran deseo de conseguirlo.

Así, deducción fácil de sacar de este paralelo: mientras que el púdico es víctima de su continencia y llega á ser espermatorreico satiríaco ó loco, el tímido busca en un modo cualquiera, y muchas veces refinado, una compensación al coito, del que le aleja su fal-

ta de valor, y se hace masturbador desenfrenado.

La timidez genital, por la sola razón de estar muy repartida entre la juventud, es una causa sumamente poderosa de manualización. ¡Cuántos núbiles permanecen célibes, que, sin embargo, aspiran toda su vida al matrimonio, pero á los que detiene siempre el profundo terror de encontrarse ante la esposa en el momento mismo del sacrificio nupcial!

¡Cuántos seductores novicios, decididos á triunfar de una amante, después de los propósitos y las estratajemas más hábiles, han dejado á sabiendas la victoria sin concluir, han dejado, decimos, sólo tratándose de imbéciles, escapar el momento en que su compañera, enamorada, no pedía otra cosa que abandonarse en sus brazos, y esto sólo porque no osaban aprovecharse de la debilidad femenina, sujetos en el último momento solamente por su timidez y de ningún modo por un sentimiento honesto! ¡Cuántos púberes, salidos de su casa con el propósito de hacer acto de virilidad, corren por los barrios especiales á las cortesanas, se acercan á una de ellas, se detienen, se dejan llamar, se aproximan, retroceden, recomienzan diez veces esta maniobra, y finalmente se marchan como han venido! ¡Cuántos otros, en fin, existen que, arrastrados por sus compañeros al salón de un

lupanar, el terror les impide presentar una demanda siempre bien acogida, á pesar de su deseo!

Sépase, por lo tanto. Nubiles, pseudo-seductores, púberes; estas lastimosas gentes, en casa, en la soledad, llorando de rabia, anatematizando su timidez, pero con la cabeza exaltada, con los genitales irritados por un eretismo incesante, sucumben todos, sí, todos, á las tentaciones; y en lugar de la conjunción que les parece imposible de realizar, utilizan un modo cualquiera de polución.

En ocasiones, esta timidez, que se pensaría increíble si diariamente no se tuvieran ejemplos ante la vista, es simple, innata, y no puede atribuirse á ninguna extraña influencia; pero no siempre es así: frecuentemente reconoce por causas enfermedades ó deformidades físicas que debemos señalar.

De estas enfermedades y deformidades, las más son locales, ó radican en la vecindad de los órganos genitales; las otras afectan una región visible del cuerpo, ó presentan un síntoma repugnante, accesible á los sentidos.

Enfermedades locales y de vecindad.—La balano-postitis crónica, las vegetaciones del glande, del prepucio y del surco balano-prepucial, el eczema, psoriasis y otras dermopatías del pene y del escroto, vuelven tímidos, porque á unos los llena de vergüenza la idea de dejar

ver órganos así modificados; porque hacen suponer á otros que todas las mujeres les rechazarán, considerándolos como afectados de lesiones contagiosas.

La blenorrea, acaso con más razón, hace temer á algunos una negativa femenina. Ahora bien: como en un momento dado la inflamación inveterada de la uretra excita poderosamente á la copulación, resulta que la masturbación llega á hacerse inevitable y frecuente en más de un blenorreico. La orquitis crónica, el varicocele, el hidrocele, el sarcocele que exigen el uso de un suspensorio testicular, tienen por este hecho una gran influencia sobre la producción de la timidez.

Hemos conocido un manualizador de veintiseis años, que lo era desde la edad de veintidos, á consecuencia de una epididimitis blenorrágica recidivante, cada vez que abandonaba el uso del suspensorio. El miedo á una recrudescencia flegmásica le había hecho tomar la resolución de no abandonar su vendaje; pero, por otra parte, el ridículo que, según él, debía cubrirle al presentarse envuelto de este modo delante de una mujer, aun cuando fuera prostituída, le determinó á recurrir á las prácticas solitarias, que bien pronto hicieron de él un espermatorreico.

Deformidades locales y de vecindad.—Las hernias inguinales y crurales, á causa de los

aparatos de contención que reclaman, obran de la misma manera que las enfermedades precedentes. El estado granuloso del pubis, y sobre todo el hipospadias y el epispadias, como igualmente la incontinencia de orina y las fístulas urinarias, engendran una reserva extrema en todos los desgraciados que tienen estas deformidades.

Enfermedades no locales.—Las regiones visibles del cuerpo, cuero cabelludo, cara, cuello, manos, pueden ser asiento de numerosas enfermedades, apreciables á la vista, capaces de fijar las miradas, y de inspirar cierta repugnancia. Basta señalar la tricophicia de los cabellos y de la barba, las oftalmías crónicas de todas clases, la inversión de los párpados, las diversas afecciones del dermis facial y manual, tales como las sifílides, las herpétides, las escrofúlides. Añadiremos al lado el ozena y ciertas lesiones de las primeras vías digestivas, que se caracterizan por un aliento repugnante. El conocimiento que de su estado tienen los pacientes, explica su melancólica tristeza, y justifica en parte la timidez que les separa, bien á su pesar, de las mujeres, de las que no esperan obtener otra cosa que palabras de piedad y sonrisas de conmiseración.

Deformidades no locales.—Los cojos, los jorobados, los enanos, los lisiados, los que enseñan la falta de un miembro, cicatrices re-

pugnantes ó una monstruosa suciedad; los seres deformes, cuya cabeza, tronco ó miembros han sufrido una parada en su desarrollo ó un crecimiento inarmónico, todos los desgraciados de la naturaleza, en fin, sienten posarse sobre ellos la curiosidad burlona, ó las bromas crueles de la imbécil multitud. Actos, gestos, palabras, todo les atormenta; juguetes de los otros y sujetos á la irrisión de la muchedumbre, amasan, al mismo tiempo que un odio inmenso de la humanidad, un fondo de temerosa reserva y de retención pudibunda, que mantiene á la mayoría de estos parias en un aislamiento peligroso, fuera de la sociedad, y, sobre todo, lejos de las mujeres, á las que un juicio falso á primera vista, les muestra bajo exterioridades terribles.

Lo mismo que los tímidos de la primera categoría, los que hacen tales las deformidades arriba nombradas, no son menos hombres: su falta, de la que conocen el origen, porque les prohibe, en su opinión, las relaciones intersexuales, no les quita desgraciadamente los deseos eróticos, ni la natural inclinación al placer; lo mismo que los sujetos sanos y bien conformados, sienten los aguijones de la carne y los espolazos de la voluptuosidad, bajo los cuales se encabritan; y para uno que soporta el martirio, noventa y nueve sucumben á las tentaciones, y se polucionan, no obs-

tante el envilecimiento en que se ven caer.

Imposibilidad material del coito.—La imposibilidad de intromisión del pene en los órganos femeninos es muchas veces una causa de masturbación.

El obstáculo para la introducción peneal puede ser debido en el hombre á diferentes circunstancias. Tan pronto es preciso acusar á una impotencia que empieza,—erección incompleta, ó falta de erección,—coincidiendo, no obstante, su aparente antagonismo con violentos deseos. Esta se presenta frecuentemente en los tabescentes. Tan pronto la falta es debida á masas de producciones epigénicas del glande ó del prepucio, que dan al miembro copulador el grosor de un puño, y hasta el de la cabeza de un feto de término.

Aquí la imposibilidad proviene de una pequeñez excesiva del pene, que esta escasa longitud sea debida á una falta de desarrollo, á una atrofia, á una amputación quirúrgica, á una herida por arma de fuego, ó que lo sea á una gangrena consecutiva al fagedenismo, á una quemadura, á una constricción, á una fractura.

Allá es un hidrocele ú otros tumores de las bolsas que envuelven el pene, y forman cuerpo con él, por decirlo así.

Á las veces, en fin, el congreso es irrealizable porque el miembro se retrae á consecuen-

cia de una cicatriz, ó porque, resultado de una inflamación general ó de la formación de nudosidades de los cuerpos cavernosos, se halla desviado internamente y deformado, en uno ó en otro sentido.

Imposibilidad temporal del coito, por afección quirúrgica.—En este lugar nos corresponde señalar la continencia impuesta á los heridos, tanto en los hospitales como en las casas, abstinencia genital, necesaria en un tiempo en que toda pérdida vital puede ser, como veremos más adelante, muy perjudicial á los pacientes. Excitados por la ociosidad, una alimentación abundante, un reposo prolongado sobre el dorso, en una atmósfera templada, ciertos heridos, que no hubiesen intentado semejante acción sin este concurso de circunstancias que activan las erecciones, en presencia de un vigor erótico que es más ficticio que real, no dudan en polucionarse: en el hospital, porque no tienen mujer á su disposición, y en la casa, ó bien porque son célibes, ó porque su compañera se resiste á sus deseos, por prescripción facultativa.

Sifilofobia.— El temor de la sífilis, de la blenorragia y de sus accidentes, es un bú para muchas gentes, sea porque, atacados una vez, hayan aprendido los sufrimientos é inconvenientes de estas afecciones, sea que exageren la gravedad y las consecuencias bajo

la fe de víctimas amigas ó de libros mal comprendidos. Este terror empuja á la mayor parte de los que lo experimentan á prácticas de manualización, porque, temblando á la vista de una falda, todos estos sifilófobos se hallan lejos de ser irresistibles Don Juanes, robadores de virtudes sólidas, y todas las mujeres que pueden poseer, son, con justo motivo, dignas de su suspicacia.

Temor de ser impotente.—El temor de ser impotente es, como la sifilofobia, una causa de impedimento para el coito, que aun cuando sin ser tan frecuente, no es, sin embargo, de las más raras. Muchas circunstancias causan cobardes de este género: aquí es un tímido que, gracias á la embriaguez, ha podido por un momento dominar su terror, el cual para vengarse, en el instante mismo que menos falta hace, le deja impotente; allí es un ser delicado á quien dejan cortado las maneras ardorosas y la voz vinosa de una cortesana de la calle; vénse de un lado los soñadores, los poetas; del otro los comerciantes, cuya imaginación busca una quimera, persigue un problema ó alinea los números, cuando, por el contrario, tendría más necesidad de la obra carnal; he aquí, en fin, un sifilófobo que, libre una vez de su temor, siente cesar de pronto la erección, á la idea terrorífica del virus de que ya se piensa manchado. Impotentes una ó mu-

chas veces, estos hombres se persuaden cándidamente de que están condenados á una apatía eterna; no quieren exponerse á una nueva prueba, bastándoles el último desengaño. Abandonan, por lo tanto, la mujer; pero, inconsecuentes consigo mismos, practican la polución solitaria.

Temor de pecar cohabitando.—Una institución religiosa, reglamentando la materia, sin preocuparse de exigencias físicas ó sociales, algunas veces violadas, determina frecuentemente accidentes difíciles de evitar. Este es el caso de esa ley canónica que prohibe el coito fuera del sacramento del matrimonio como una falta grave. Dictada ciertamente con el loable objeto de restringir el libertinaje, ¿no lleva á veces por un camino extraviado? Así lo creemos firmemente. ¿Cuántos púberes, ateniéndose más á la letra que al espíritu del principio, y solicitados por irresistibles deseos genitales, en momentos que no pueden contraer una unión legítima, no tienen otro recurso, á falta de relaciones normales, necesarias pero prohibidas, que la variada práctica de la masturbación, gracias á la cual, no piensan apartarse del camino que les ha trazado su educación religiosa?

Abstinencia sexual voluntaria.—Independientemente de una existencia constantemente llenada por ejercicios físicos violentos ó

trabajos intelectuales sostenidos y fatigosos, ejercicios y trabajos capaces de acaparar, de dominar en provecho suyo la fuerza primitivamente destinada por la naturaleza al funcionalismo genésico, la continencia pensamos que es incompatible con la salud. Por lo tanto, el voto de castidad pronunciado de buena fe y voluntariamente en una época de la vida en que el ser no ha adquirido su completo desarrollo, llega á ser bien pronto la ocasión de multitud de enfermedades, si es guardado absolutamente. ¿Hay necesidad de citar entre ellas la espermatorrea y la enajenación mental, tan frecuentes en los continentes fieles? ¿Es preciso recordar la tortura de Brachet, el cura de Cours, cerca de la Reole?

El instinto genital es un amo imperioso, cuya exigencia conocían los fundadores de conventos, los que por la corta duración del sueño, los ayunos y las sangrías periódicas, ordenadas en sus reglas, se esforzaban por esquivar las órdenes tiránicas. La abstinencia del coito en nuestra época, ó el ascetismo, no reina apenas sino en muy pocos claustros, y nada absolutamente en los seglares, expuestos, por lo tanto, á las tentaciones por sus relaciones con la sociedad y con las mujeres. La castidad nativa, decimos, valerosamente practicada por los hombres inactivos y suculentamente nutridos, pero que no se han dejado

convencer por la lógica y el ejemplo de Orígenes, hace infaliblemente de sus adeptos, ó mártires, ó masturbadores. Felizmente, el famoso juramento no es más que una fórmula preventiva de todo escándalo, y gracias á las licencias y á las restricciones íntimas, el número de los observadores de la palabra dada no es tan considerable como se piensa.

Repugnancia mórbida por la mujer.—Tímidos, impotentes por lesiones peneales, sifilófobos, impotentes por preocupación de espíritu, abstinentes por temor de pecar ó por voto, están lejos de desdeñar el coito. Diversas razones les impiden practicar la copulación, pero no se conforman sino con pesar. Suprimid de golpe todos los obstáculos falsos ó verdaderos, reales ó imaginarios, que les mantienen separados del sexo femenino y les conducen bien frecuentemente al abuso genital, y todos estos hombres descarriados volverán á ser bien pronto partidarios de la conjunción sexual. No desprecian ellos la mujer: los primeros no osan acercarse; los segundos no pueden: éstos son detenidos porque no tienen posibilidad de cohabitar sino con prostitutas, de cuyo estado de salud sospechan fundadamente; aquéllos retroceden ante un desengaño que se supone cierto; algunos temen cometer pecado haciendo acto de virilidad; los últimos se abstienen, por fin, á la

idea de violar un juramento: sea; pero lejos de sentir por esto repulsión hacia la mujer, la aman, y suspiran, al contrario, en secreto por ella, la desean y en ella piensan, considerándola con pena como un ideal accesible á los favorecidos que envidian, pero inaccesible para ellos mismos. Si tanto insistimos sobre este punto, es para hacer resaltar mejor la diferencia de la causa de que nos resta hablar, y que es un obstáculo para la realización del coito y al mismo tiempo una inclinación hacia la masturbación.

Por extraña que parezca la siguiente afirmación, no es por esto menos verdadera: existen sujetos que sólo experimentan por la mujer desprecio, repulsión, disgusto. Este sentimiento extraño nace de diferentes orígenes; pero no se encuentra sino en individuos cuyo encéfalo se halla ligeramente afectado, cuya inteligencia está más ó menos pervertida ó enferma. Estos son un sifilítico, un blenorreico, un enfermo de estrechez uretral, que ven en la mujer el origen de sus padecimientos, singularmente exagerados, en lugar de achacarlos razonablemente al mal tratamiento que han tenido; son á más delirantes de la vejiga, de la próstata, los espermatómanos, los melancólicos, los neuropáticos de todo género, que inconsideradamente acusan á la mujer de su estado mórbido, sin pensar que sus excesos

voluntarios son los únicos culpables, los que solamente deben odiar.

Á las veces la ausencia de placer en las relaciones intersexuales y,—proposición casi paradógica,—un exceso de amor ó de fidelidad, son los fautores de la repulsión de ciertos seres hacia la cópula. La falta de voluptuosidad, en efecto, ó su poca intensidad, no es rara entre los individuos gastados, agotados, los espermatorreicos declarados, los hipocondríacos y los neurósicos, á quienes la tabes dorsalis espera ó principia á minar. En los unos la eyaculación es rápida, tan pronta, que tiene lugar en el momento de la intromisión ó pocos instantes después; el espasmo se termina, por decirlo así, antes de haberse presentido; en los otros, por el contrario, la emisión espermática se hace esperar tanto, y necesita tal esfuerzo nervioso, que casi queda reducida á nada. El goce, demasiado tiempo esperado, está ya comprometido, además, por el temor de pasar por impotente, que hiela á estos desgraciados. Se comprende que una cópula de esta naturaleza es poco atractiva, y muy capaz de engendrar disgusto en los pobres de espíritu, que no perciben al lado de una compañera esa exquisita sensación que la pedían.

El sentimiento de adhesión por una esposa ó una amante, que proviene de un verdadero amor, ó de un hábito psíquico-físico, se sabe que

es bastante poderoso para modificar notablemente la facultad de pensar de ciertas personas, y para hacerlas desvariar. Por esto es por lo que gran número de hombres no pueden tener relaciones genitales sino solamente con su compañera legítima ó concubina; cualquier otra mujer les deja indiferentes, digamos más, les repugna de un modo invencible. Que una larga ausencia, que la muerte produzca la soledad alrededor de estos hombres en la edad genésica, y los más violentos deseos eróticos no dejarán de presentarse al final de su reserva enfermiza. Mejor que tratar de vencer su incomprensible repugnancia hacia una extraña, estos monómanos del amor ó del hábito se complacen en él y se polucionan gustosos, felices de ofrecer este singular homenaje de su fidelidad eterna á la memoria de la amante ausente ó muerta.

Lo que acabamos de exponer no es, créanos el lector, especulación: hemos conocido sujetos en los que el hábito de polucionarse proviene de semejante origen.

§. II.—Causas extrañas.

Las causas extrañas de impedimento para el coito, como las causas personales, proceden de influencias múltiples, de las que las principales son: la abstinencia recíproca en el ma-

trimonio legítimo ó libre ; la abstinencia ocasionada por enfermedades de la mujer con quien se vive; la continencia por falta de mujeres.

Abstinencia recíproca.—La voluntad fija entre los esposos ó concubinos de restringir ó de evitar la progenitura, decisión mal sana, cuya ejecución es la preocupación de nuestra interesada época; el temor del embarazo en una compañera cuya vida se pone en peligro por la gestación ó el parto, el mismo temor de la concepción en una querida cuya reputación quiere ser conservada, inclinan á toda especie de fraudes antigenésicos, invitan á las conjunciones caprichosas y extra-sexuales, y por consecuencia fuertemente también, sea á la mutua masturbación después de un coito incompleto, sea á la polución en común provocada por mil lascivas maniobras.

Abstinencia ocasionada por enfermedades ó deformidades de la mujer.—Los estados patológicos de su esposa, ya sean regulares ó irregulares, son capaces de conducir al hombre á idéntico resultado que el temor del embarazo y de la progenitura.

En ocasiones es, en efecto, sumamente doloroso el coito para la mujer. En determinadas enfermedades, éste es peligroso para uno solo ó para los dos actores : en otras, en fin, se hace materialmente impracticable. De donde resulta

que , aquí la conjunción, por no sufrirla el sujeto, allá por no perjudicar á su compañera, es sustituída por abusos genitales practicados en común, en los que busca el individuo la satisfacción erótica que no le es posible obtener por el medio natural. Notemos de pasada que el hombre, en general, cede á las instigaciones interesadas de la que vive con él , y cuyo solo deseo es conservar su compañero , é impedirle ir á demandar á otra el placer que ella no puede concederle fisiológicamente.

Las afecciones y deformidades que ponen un obstáculo , por parte de la mujer , al acto copulador, son, en primer término, las flegmasías internas de la matriz , que se exasperan y complican muchas veces por el coito con metrorragias más ó menos abundantes ; la pelviperitonitis, en la que el congreso engendra recrudescencias inflamatorias; la metritis ulcerosa del cuello , frecuentemente dolorosa ; el cáncer uterino, cuyos sufrimientos se aumentan por la conjunción y cuyo producto de secreción puede ocasionar la uretritis en el hombre : citemos aún los pólipos de la matriz , fértiles en hemorragias; el pólipo rojo de la uretra femenina , cuya sensibilidad extraordinaria impide toda dilatación vaginal , que reflejaría penosamente sobre él ; el vaginismo, que se opone vigorosamente á las tentativas de intromisión peneal ; señalemos, en fin, los acce-

sos epileptiformes é histeriformes con su aterrador cortejo, que sobrevienen algunas veces á cada relación venérea, tan pronto durante el acto intersexual, como en el momento del espasmo final, con gran desesperación del hombre, alarmado, y obliga á no recomenzar la prueba conyugal (1).

En segundo término, se encuentran: las deformaciones exageradas de la pelvis, la atresia vulvar, la ausencia del conducto vaginal, ó su irreductible estrechez; los quistes, pólipos, tumores voluminosos, las masas considerables de vegetaciones que obstruyen la vulva ó la vagina, etc., etc. En estas circunstancias, existe una imposibilidad material al ayuntamiento.

Continencia por falta de mujeres.—La absoluta falta de mujeres es, más que ninguno de los motivos precedentes, un impedimento para el coito.

He aquí un obstáculo, tan cierto como invencible, en toda la extensión de la palabra. En consecuencia, cuando los individuos en la fuerza de la vida se encuentran forzosamente separados del sexo femenino durante un espacio de tiempo considerable, abusan de sus

(1) El autor no señala entre las causas enumeradas el embarazo en sus últimos tiempos, siendo así que, en muchos casos, llega á ser una causa de impedimento.
(*N. del Traductor.*)

órganos genitales, á menos que no se hallen dotados de una voluntad poderosa, lo que es excepcional, ó sometidos á fatigas constantes y excesivas. Según el concepto en que se encuentran estos hombres; según, asimismo, sus propias costumbres y las de los que les rodean, así también difieren los abusos; tan pronto es la sodomía la que se practica, como la masturbación, y á veces una y otra.

Prisiones.—En los presidios, casas de corrección, prevenciones, cárceles, penitenciarías, asilos de pobres, los detenidos no tienen que deplorar solamente la pérdida de su libertad, si que asimismo sufrir una abstinencia forzada más ó menos prolongada, á veces perpetua, del coito. Están los reclusos mal alimentados; los trabajos que ejecutan son muchas veces penosos, es cierto; pero la naturaleza no reclama en grado menor sus derechos. La derivación de fuerzas hecha por el sistema muscular, á expensas del aparato genital, puede, para un pequeño número, ser suficiente, mas para la mayoría es una sustitución incompleta. De aquí la frecuencia de las maniobras sodómicas; de aquí el ejercicio de la polución provocada. Este dato teórico está ampliamente confirmado por el examen práctico. Villerme, á quien debemos un excelente artículo de higiene sobre las prisiones, escribía, en 1828, en el *Dictionnaire des sciences médi-*

cales (1), refiriéndose á las costumbres de los presos, las líneas siguientes, que corroboran lo que acabamos de decir : «Todos cuantos vicios engendra la ociosidad, todo lo que los vicios tienen de más repugnante, todo lo más desenfrenado que la licencia inspira, se ve en esos abismos, donde los que se encuentran llenan mutuamente su depravación y perversidad. ¿En qué términos diré que á falta de individuos del otro sexo, el preso se casa (esta es la palabra consagrada en las prisiones) con otro preso? No se creería hasta qué punto el vicio de la pederastia y de la mastupración son comunes en las prisiones. Jóvenes y viejos, con tal exceso se entregan, que á este propósito más que á las miserias, á los remordimientos, etc., es á lo que los médicos de las prisiones del Sena, á quienes he consultado, atribuyen la frecuencia de las tisis pulmonares, los calambres de estómago, las debilidades musculares, de la vista y de las facultades intelectuales.»

Navíos.—Sobre los buques de guerra y los navíos de larga carrera, los marinos se encuentran, como los presidiarios, privados de mujeres durante meses y años. Á esta privación, obligada por la permanencia en el mar, es á lo que deben atribuirse los hábitos de sodomía y masturbación, poco raros en los

(1) Tomo XLV, pág. 240.

marinos. Los autores que se han ocupado de higiene naval han notado este hecho, y Deslandes le ha señalado, según Delivet (1).

Miseria.—Á pesar del bajo precio á que las prostitutas de última clase (2) cotizan sus favores, existen gentes tan pobres, que no poseen la suma mínima necesaria para la satisfacción de su deseo genital. Simples soldados, cuya módica paga apenas basta al sostenimiento y para comprar tabaco; mendigos, vagabundos, obreros á los que un jornal irrisorio apenas impide morir de hambre, todos estos desgraciados seres son más numerosos de lo que se cree. Para ellos todo es bueno, todo se aprovecha; conjunción masculina, bestialidad y polución en común ó solitaria, con ó sin refinados procedimientos.

Casas de enajenados.—Ya hemos tenido ocasión de señalar la frecuencia de la masturbación en los locos: haciendo presentir anticipadamente que esta práctica era frecuentemente la causa de la vesania, hemos dicho que á las veces era la consecuencia. Nos es necesario, sin embargo, emitir una hipótesis

(1) *Principes d'Hygiène navale*, pág. 443.

(2) Las expresiones usadas por el autor son de tal naturaleza, que su versión castellana resulta verdaderamente ruda. Como, por otra parte, no designan ningún acto poco conocido, se han suprimido, en la creencia de que no perjudican en nada el espíritu del párrafo.

(N. del Traductor.)

que nos parece fundada. En muchos enajenados arrancados á la familia y secuestrados, es decir, puestos forzosamente en el caso de ser continentes, esta privación brusca de las relaciones sexuales periódicas, y en ocasiones hasta exageradas, ¿no es un motivo, hasta el presente dejado en el olvido, de manualismo? Á no ser en la locura aguda y en el último período de las enfermedades mentales, los sujetos privados de razón gozan, en su mayor parte, de una salud corporal buena.

El aniquilamiento de las facultades intelectuales parece, en efecto, tener por corolario una actividad mayor de la vida animal. Ahora bien: esta exuberancia de fuerzas debe resonar, gracias á la inacción del sistema locomotor de los enajenados, naturalmente sobre el sistema genital, y aumentar sus deseos; pero la cópula no puede tener lugar: la mujer falta, el loco se mancilla, por lo tanto, y sacia con rabia sus ansias carnales.

Lo repetimos: sólo es con reserva como adelantamos esta proposición, cuyo alcance es fácil conocer desde el momento en que se sabe que la manualización, ejecutada con exceso, acaba al individuo bajo el punto de vista nervioso, y arrastra consigo toda imposibilidad de curar ó detener la locura, que no hace, por el contrario, sino agravarse y precipitar el término fatal.

ARTÍCULO III.

Causas que, manteniendo la idea del placer ya sentido y el deseo de percibirle nuevamente, inducen al individuo á reiterar las prácticas que han ocasionado la sensación agradable.

Jamás se le ha ocurrido á nadie herir con el dictado de borracho al ser que, ignorando la acción de los licores espirituosos, bebe por la primera vez y se embriaga, ni al que, evidentemente sobrio, la embriaguez sujeta traidoramente á seguir los atractivos brindis de un festín alegre, aun cuando sea una falta haberse dejado sorprender. En este caso, sólo es digno de semejante epíteto el que busca las libaciones abundantes y las renueva frecuentemente, sabiendo encuentra en su degustación una sensación agradable, ó bien más raramente, deseando por su ingestión percibir esa excitación del cerebro, esa exaltación de la imaginación que le arrastra bien lejos de la vida real en la región ideal de los sueños. Es porque la borrachera es un paso falso, un aparte en el camino de la temperancia, mientras que la embriaguez es una costumbre, una pasión desarreglada, un vicio.

Lo que decimos del abuso de las bebidas alcohólicas se aplica al abuso de los órganos genitales. El niño y el adolescente, solicitado ó inducido por el ejemplo; el adulto, torturado por un pensamiento poderosamente lascivo, ó estimulado por un deseo que la abstinencia prolongada hace imperioso, pueden polucionarse una vez obrando así, los unos por ignorancia, los otros por debilidad, y bajo la impresión de una aberración dominante. Sin embargo, no son masturbadores si no recomienzan sus maniobras, con el fin de experimentar de nuevo la voluptuosidad que han provocado ya una vez. Son evidentemente culpables, pero de una manera ligera, porque no han cometido sino un acto aislado, el cual confesamos que no tendría importancia si no fuera á las veces un animoso principio. Pero preciso se hace calificar de manualizador al que, impúber ó púber, después de una polución de la que ha obtenido una sensación de placer, se deja llevar á la renovación de las prácticas primeras, en la esperanza de hacer nacer la emoción agradable. Una sola masturbación es poco, decimos, y añadiremos, como complemento á esta proposición, que la repetición de las poluciones constituye un hábito vicioso, con su tenacidad, con su tiranía.

En las páginas precedentes hemos largamente estudiado las influencias que hacen

descubrir y enseñan la manualización, gracias á las que el sujeto llega una primera vez á abusar de sí mismo; réstanos, sin embargo, prever las razones que hacen de este ser un vicioso, es decir, que le inducen á recidivar y perseverar en su manera de proceder. Estos motivos son: la permanencia de las causas primitivas, la ociosidad, la soledad, las debilidades del hombre ante la posibilidad del placer, y, por último, el hábito.

Persistencia de las causas primitivas. — Poco tenemos que extendernos sobre este punto. Es evidente, en efecto, que una causa cualquiera entre las precedentes, habiendo sido bastante poderosa para inducir al individuo á maniobras genitales, es siempre capaz, cuando subsiste con la misma intensidad, de producir idéntico resultado. Por ejemplo: los oxiuros vermiculares del recto en un niño han ocasionado hoy, algunas horas después de comer, cosquilleos á lo largo de la uretra y una erección refleja, que han sido calmados por tocamientos manuales llevados hasta la producción del espasmo: mañana por la noche, las comezones del canal urinario, y el eretismo viril, se harán sentir bajo la acción de los pequeños gusanos blancos, y animarán todavía al niño á conducirse como el día anterior. El recuerdo de una idea lúbrica, la lectura de un pasaje obsceno, han levantado la imaginación

de un joven púber, le han hecho presentir un placer nuevo, un germen de voluptuosidad que ha desarrollado por movimientos especiales ó manipulaciones determinadas, la vista ó la audición nueva de un cuadro erótico ó de un cuento indecente, obrará sobre él en el mismo sentido. Un viudo en el lecho conyugal, se ha polucionado en recuerdo de una esposa fielmente amada todavía; cuando su memoria recuerde las alegrías que sexualmente le hacía gustar su compañera, se mancillará nuevamente.

Esto sucederá así para tales sujetos mientras tanto que la causa permanezca presente; diremos más: si la influencia ocasional ha durado un cierto tiempo, puede desaparecer sin arrastrar consigo el efecto que engendraba. Para proseguir los ejemplos precedentes, supongamos que los oxiuros hayan sido expulsados del recto del niño; que el adolescente no lea ó no vea más cosas lúbricas; que el viudo, gracias al tiempo, haya olvidado á su compañera; todos estos individuos continuarán manualizándose, porque entonces otra fuerza habrá surgido para hacerles perseverar en su conducta, y esta fuerza es una cualquiera de las causas sobre las que hemos de detenernos más lejos.

Pereza.—Por sí misma, y sin el socorro de otras condiciones, la pereza (la ociosidad, inac-

ción, holgazanería, vagancia, no son sino modificaciones de este vicio) es incapaz de hacer descubrir la masturbación, por cuya causa no hemos hablado de él hasta aquí. Mas, en cambio, influye mucho sobre la repetición de las maniobras en el que ya una vez ha practicado el abuso genital.

Por una parte, el horror que la pereza inspira para todo esfuerzo intelectual ó físico, hundiendo en el reposo el cuerpo y el espíritu, favorece la acumulación en el organismo de materiales de nutrición, que la falta de trabajo deja abunden excesivamente en las partes sexuales de los que exageran las funciones y los apetitos.

Por otra parte, la permanencia en la cama y la semisomnolencia, que tan queridas son por los ociosos, engendran en las circunstancias que acabamos de notar las aspiraciones al bienestar, á los placeres fáciles y los ensueños malsanos. No teniendo otra cosa que hacer, el ocioso se complace en el recuerdo de una sensación agradable, asaz percibida, acariciando la idea de una nueva emoción; y como conoce los medios de procurarse el goce erótico sin molestia ni movimientos penosos, del pensamiento pasa á la acción.

Corrupción y exceso, depravación y abuso, son los corolarios de la pereza; los ejemplos lo prueban: el soldado es más casto en campa-

ña que cuando se halla de guarnición ; el gañán que ara los campos apenas tiene pensamientos lascivos, mientras que el pastor está dotado de una libertina imaginación ; en los colegios, los haraganes son casi siempre masturbadores.

Soledad.—Como la pereza, la soledad, cuando no es exigida por el estudio, deja abierta la puerta de las corrupciones culpables á las meditaciones impúdicas. No permite solamente la explosión y madurez de los deseos , sino que, además , facilita particularmente la satisfacción : pone, efectivamente , al individuo en la posibilidad material de cumplir sus designios , sin que sea cohibido por la presencia de testigo alguno.

Debilidad del hombre ante la posibilidad del placer.—El hombre se halla hecho de tal modo , que busca los goces con tanta avidez como cuidado pone para evitar la pena. Lleno de vigor y de ánimo , en el curso del sufrimiento es tan débil, y tan cobarde en la resistencia al placer , que para éste no tiene miedo de infringir las leyes sociales, morales é higiénicas. Arrastrado por su ardor, apenas entrevé la sanción que vela á su ejecución , y los rigores que seguramente le han de herir más pronto ó más tarde. ¡Gocemos primero, y venga lo que viniere ! Parece decirse , venciendo así sus ligeros escrúpulos con esta restricción

egoista del momento, pensando en su fuero interno escapar á la penalidad en que incurre. ¿Cuántos culpables, en efecto, cometerían una mala acción, si no tuvieran la esperanza de la impunidad?

Esta humana debilidad, grande principalmente cuando se trata de la voluptuosidad genital, es una causa poderosa de sostenimiento de la masturbación.

Un niño, solicitado por una influencia cualquiera, se frota los órganos sexuales de uno ú otro modo, hasta producir, no la emisión espermática, supuesto que á su edad el semen no existe, sino una contracción nerviosa y un espasmo de los músculos perineales; percibe una sensación agradable, de la que guarda memoria; poco después, bajo el esfuerzo de la misma causa, renueva voluntariamente—la volición viene con la vida—sus maniobras, para sentir nuevamente la sensación primera; más tarde, en fin, sin otra causa que un deseo, prosigue su costumbre. ¿Trátase de impedírselo? Grita, se debate, se retuerce, y trata de vencer el obstáculo que se le pone. La sola idea del goce le induce á rebelarse: no puede resistir al ansia del placer. Ahora bien: esta lucha para obrar á su gusto, es una prueba visible de la debilidad del niño ante la posibilidad de la voluptuosidad genital anteriormente gustada. En este caso sucede lo mismo que cuan-

do á un bebé se le quita su juguete favorito: si llora porque se le devuelva, es porque su voluntad es muy débil para habituarle á semejante privación.

Este es el lugar de recordar, en apoyo de nuestro dicho, la observación recogida por Vogel de este niño de un año que se polucionaba antes de dormirse, frotándose los muslos uno contra otro: si se le quería detener, se revolvía, y sus lágrimas y sus gritos no cesaban sino con el impedimento que se ponía á sus movimientos. Esto por lo que hace al impúber.

En muchos púberes tienen lugar hechos análogos, y la voluntad, bien que trate de apoyarse sobre la razón, no es, sin embargo, más fuerte.

Un sujeto se ha masturbado: ha experimentado un placer de variable intensidad, según su susceptibilidad propia, y el recuerdo de la sensación permanece intacto en su cerebro: algún tiempo después las condiciones en que una vez se encontró vuelven á presentarse, y ¿qué sucede?: el eretismo viril tiene lugar y reacciona sobre la imaginación: la memoria retrata la impresión percibida durante la primera polución y el espasmo que la terminó. Entonces se dibuja la aspiración voluptuosa, la carne tiembla, una angustia particular constriñe el cuerpo, el deseo alcanza un summum de agudeza, y muchas veces la volun-

tad, en vez de luchar y vencer,—cual debería y puede hacerlo,—se oculta cobardemente, comenzándose las maniobras. El fenómeno se renueva bien pronto, y, gracias á esta misma repetición de los actos, la inclinación á la manualización se establece insensible pero fatalmente, porque la emoción, muchas veces sentida, quiere serlo aún y siempre, porque asimismo la potencia de resistir decrece con la sucesión y aproximación de las prácticas. Si esta voluntad atenuada trata de intervenir, no llega á ser obedecida: mil capciosos razonamientos la sujetan; mil promesas especiosas se la oponen de buena fe para eludir su autoridad. Sin duda, en un intervalo de calma, el hombre se defiende contra el vicio que le invade, prevé las consecuencias de su conducta, atribuye á su justa causa las enfermedades que comienzan á destruirle, y da palabra de cambiarse; pero los deseos levantan la voz, y á seguida sus buenos propósitos desaparecen: en su estúpida crueldad, desprecia el sufrimiento futuro y presente: ¿qué le importa el dolor cuando tiene el placer? Seguramente, la razón viene después de cada maniobra á suscitar en él un arrepentimiento sincero, remordimientos profundos, una inmutable determinación: mas esto no dura sino un instante, y el masturbador recidiva y recomienza; porque en el momento preciso, el querer abdica ante el poder

del goce inmediato. En él la materia ha subyugado al espíritu ; el ángel ha sido vencido por el bruto.

Fournier y Begin (1), entre otros observadores, se han dado cuenta de este fenómeno psíquico y le han señalado, apoyándole con un ejemplo que muchos autores han transcrito sin cuidarse de indicar la procedencia. «En casi todos estos desgraciados,—escriben estos sabios médicos,—víctimas de la fogosidad de su temperamento, los remordimientos amargos siguen inmediatamente á la acción vergonzosa que acaban de cometer; pero á medida que los órganos se reposan, las resoluciones que habían tomado y que juzgaban inquebrantables se desvanecen, y bien pronto el recuerdo de la sensación que sintieron ó nuevos placeres prometidos por una imaginación exaltada, las hacen desaparecer completamente. Uno de nosotros ha conocido un joven que desde la edad de una pubertad demasiado precoz, se entregaba á la masturbación, y que á los diez y ocho años sentía los más desastrosos efectos. Este joven estaba dotado de las más brillantes cualidades de espíritu; su razón tenía toda la madurez de la edad viril; era instruído por profundos estudios, y conocía todo el peligro adonde le arrastraba el gusto irre-

(1) *Loc. cit.*, tomo XXXI, pág. 110.

sistible que con violencia le inducía á los placeres solitarios del onanismo. Tomaba la resolución de no abandonarse más, volviendo incesantemente, y diciendo, desesperado de no poder observar sus propósitos, que hacía sin cesar después de cada vergonzoso sacrificio: «Tengo en mí dos voluntades: la una que re-»siste, y la otra que me arrastra. Ésta para se-»ducirme emplea el subterfugio más hábil, y »me dice siempre : esta será la última vez.» Este infortunado ha fallecido.»

Costumbre.—Poco á poco, como el ansia de beber en el borracho, la de la voluptuosidad se implanta en el masturbador, y le domina tanto más, cuanto que la repetición del abuso llega á ser más frecuente. Viviendo en un estado casi constante de excitación , este ser no tiene bien pronto otros cuidados que los de encontrarse en un medio conveniente para la perpetración de sus designios, y de coger la ocasión de satisfacer lo que ha llegado á ser una pasión. Por otra parte, todo para él es motivo para la explosión del orgasmo sexual, todo es causa de la aparición del deseo de emociones genitales. Gracias á la recíproca reacción del cuerpo y del espíritu, se establece un círculo etiológico.

Tan pronto es el órgano copulador , hecho extrañamente susceptible por el exceso de ejercicio, que, ereccionándose al más ligero con-

tacto, á la más débil impresión externa, llama suficientemente la atención para despertar la imaginación y solicitar su concurso; tan pronto es la imaginación, que ella misma estimula el eretismo físico, sea por la representación del placer tantas veces percibido ya, sea con la ayuda de lúbricos recuerdos, fielmente archivados en la memoria y siempre vivaces y prontos á proporcionar los materiales necesarios, sea, en fin, por la creación de nuevas imágenes libidinosas. No pensando, en efecto, sino en las cosas genitales, el manualizador, como á su pesar, analiza las posturas, los gestos, las palabras, los escritos, escudriña las reticencias, profundiza las alusiones, sondea las restricciones, usa de la sagacidad de sus sentidos y de la habilidad en sus facultades, para encontrar alimentos á su exaltación, para referirlo todo á la idea secreta que nutre y hace fértil.

En verdad que, desde largo tiempo, las influencias que en el principio han presidido á las poluciones, desaparecieron completamente, y, sin embargo, lejos de cesar éstas, como lógicamente se podría suponer, los deseos son más imperiosos que al principio. Es porque otra causa reemplaza las primitivas, y, nacida de la repetición de los actos y de la debilidad de la voluntad, tomando gradualmente el hábito posesión del sujeto, llega á imponerle deseos ficticios, pero despóticos. Bajo el dominio

de este tirano, los miserables que se han dejado arrastrar, son obligados á continuar sus maniobras, y obedecen, en general, sin lucha, automáticamente.

Si tal vez un destello de razón que les deja entrever su grado de abyección y el sombrío porvenir preparado por ellos, despierta por casualidad su voluntad aletargada y les aconseja reconquistar su independencia, poniendo fin á la esclavitud que sufren, presienten la inutilidad de la lucha, y se abstienen de intentar lo que consideran imposible, ó bien si se revuelven, su valor desfallece bien pronto, la paciencia no es bastante larga para desarraigar el hábito. «Si alguna vez,—escribía Tissot (1) en este sentido;—si alguna vez las deformidades principiantes les dan enérgicos avisos; si el peligro les espanta por algunos momentos, el furor vuelve á hundirles; se puede decir: «Virtutem videant, intabescantque relicta!»

La enfermedad, la inminencia de la muerte, en efecto, han sido impotentes, en más de un masturbador, para hacer cesar los abusos; y las siguientes observaciones, que no son las únicas de este género, demuestran la verdad de la aserción.

Un niño de Lyon, de seis á siete años...., se polucionó tantas veces, que la fiebre lenta,

(1) *Loc. cit.*, pág. 110.

sobrevenida, lo llevó bien pronto. Su furor para este acto era tan grande, que no se le pudo impedir hasta el último día de su vida. Cuando se le hacía observar que apresuraba la muerte, se consolaba diciendo que así iría más pronto á encontrar á su padre, muerto hacía algunos meses (1).

«Yo he visto,—dice el profesor Pinel,—un joven atacado de una fiebre atáxica, enteramente agotado, y en el que el furor del onanismo había ido tan lejos, que el sexto día de su enfermedad provocaba todavía sus órganos ajados, mientras que la muerte se anunciaba por los más siniestros presagios (2).»

«Malfilatre,—refiere Gœurry Duvivier en su *Guide des malades attenits d'affections des voies urinaires* (3);—Malfilatre ha muerto agotado y víctima de los más tristes caprichos de la pasión solitaria. Él ha contado á uno de sus amigos, en los últimos momentos de su vida, que jamás faltaba de ir el domingo, lunes y jueves á las bonitas fiestas de Ranelagh, en Passy; que allí recogía con avidez los más graciosos tipos femeninos que podía encontrar, y que analizaba las perfecciones como un poeta de una antigua imaginación, las que, reunien-

(1) *Loc. cit.*, pág. 26.

(2) Polinière, art. *Puberté*, del *Diction. des scienc. méd.*, tomo XLVI, pág. 55.

(3) Pág. 363.

do después, componía un tipo ideal, con el que todas sus fuerzas se agotaban. Esta era una alucinación que no cesaba más que con el síncope final. Malfilatre ha reconocido que la manía causante de su muerte era más poderosa que su voluntad.»

Es evidente que el hábito no ofrece una tenacidad semejante en todos los manualizadores; pero como la cifra de estos últimos es considerable, no son excepcionales los casos en los que el vicio inveterado no ha concluído más que con la vida : todavía son menos raros los en que el hábito no ha sido detenido sino por un concurso de circunstancias independientes de la voluntad del paciente. Para no citar más que un ejemplo : ¡Cuántas veces la espermatorrea pone solamente término á las prácticas abusivas, y esto no obstante sus mismas victorias, que aún torturan un pene inerte, largo tiempo después de haberse convencido de su impotencia; no obstante, diremos, esos desgraciados delirantes, á quienes sus aberraciones eróticas empujan á inventar esos procedimientos extraños, esos medios crueles de los que nos hemos ocupado en el capítulo precedente!

Lo que antecede prueba suficientemente que el hábito es un motivo de la persistencia de la masturbación, una causa que hace que la falta repetida algunas veces se haga rápidamente un

vicio, con sus frecuentes deseos y sus permanentes obsesiones. Mas para ser completos, preciso es añadir aquí que, variable el hábito con la idiosincrasia y la capacidad voluntaria de los individuos, bajo el punto de vista de su tenacidad, lejos de ser igual en todos, está generalmente en constante relación con su ancianidad y la edad del sujeto : fuertemente arraigado en el adulto, ya menos vivaz en el joven, y sobre todo en el adolescente, es, por último, muy fácilmente destructible en el niño.

Terminaremos este capítulo diciendo que la masturbación, llegada á ser habitual, usa á las veces, para luchar con una voluntad bien decidida, de algunos subterfugios, gracias á los que llega á eternizarse. Así es cómo más de uno me han contado, acostumbrados á polucionarse por la noche en la cama, no pueden dormirse si se abstienen de hacerlo ; vencidos entonces por un penoso insomnio, se abandonan, á pesar suyo, después de algunas tentaciones, á manipulaciones, á que seguirá el sueño. Otros, que se han jurado ser inexpugnables, se despiertan bruscamente en medio de la noche en el instante del espasmo provocado, avergonzados de sorprenderse en disposición de manualizarse durmiendo. «Puesto que—me escribía un espermatorreico de veinticuatro años—no podía librarme de estos tocamientos, hiciera lo que hiciera , y que entregándome al

acto sin conciencia no obtenía sino los peligros sin experimentar el placer, he continuado, después de vanos ensayos, mis maniobras durante la vigilia, para á lo menos sentir el goce, que no tenía sino vagamente durante el sueño.»

Estos casos no son aislados, y los prácticos han debido encontrar más de uno análogo ó semejante. ¿No es, en efecto, para no ceder á las nocturnas instigaciones de este género, para lo que los sujetos vueltos en sí de sus errores, se esfuerzan con la ayuda de lazos, de obstáculos, de aparatos mecánicos, á ponerse en la imposibilidad material de abusar de sí mismos, de los que Lallemand ha relatado ejemplos, por lo que algunos no han vacilado en recurrir á la mutilación; que otros, en fin, se han infibulado de una manera brutal; testigo el joven de que habla Salzmann, en una observación que A. Schwartz ha traducido como sigue en su tesis inaugural (1)? «Espantado de las funestas consecuencias del onanismo por la lectura de Tissot, y temiendo no poder resistir cada vez á las tentaciones que sufría, concibió el proyecto de cortarse totalmente el miembro, para colocarse en la imposibilidad absoluta de entregarse á la masturbación; pero bien pronto cambia de idea, é inventa otro

(1) *Loc. cit.*, pág. 33, y Salzmann, *Ueber die heimlichen sünden der Jugend*, pág. 176.

medio menos cruel é igualmente eficaz : después de haber tirado del prepucio hacia afuera, le atraviesa, le agujerea con un clavo contra una tabla, cayendo desmayado; cuando volvió en sí, hizo pasar por los agujeros, todavía sangrientos, un hilo empapado en aguardiente alcanforado, como se tiene la costumbre de hacer cuando se abren las orejas. Después que los agujeros se cicatrizaron, retiró el cordón de hilo para sustituirle con otro de latón, cuyas dos extremidades plegó por medio de unas tenazas en forma de herradura para que el glande no fuese comprimido, de modo que las extremidades del alambre abrazaban la pequeña porción de prepucio por encima de cada agujero, haciéndole de este modo sólido. Este joven llevó este anillo durante quince años sin experimentar el menor inconveniente.»

CAPÍTULO IV.

SINDROMAS Y SIGNOS.

¿Existen síntomas y signos sobre los cuales pueda basarse para reconocer si un sujeto se masturba? Si existen, ¿qué valor se les debe atribuir? He aquí las cuestiones que nos importa resolver en este lugar, porque á su resolución va unida la posibilidad de oponerse al arraigamiento del abuso genital, de evitar las consecuencias y de intentar con probabilidades de éxito la curación de las afecciones que engendra, y de las que la recidiva, la recaída ó la cronicidad se hallan bajo su inmediata dependencia.

Á decir verdad, la masturbación no tiene sintomatología especial; no es, efectivamente, la enfermedad de un órgano, de un sistema ó de un aparato, cuya lesión se traduce por modificaciones de estructura ó de funcionalismo siempre idénticas, y correspondiéndola en propiedad. Pero esto no quiere decir que el manualizador no presente á la observación manifestaciones sindromáticas, que no lleguen

á ser, por su conjunto y concurso, elementos de diagnóstico. Si una ó muchas poluciones voluntarias, practicadas á grandes intervalos, dejan al individuo un aspecto normal y su ordinaria salud, la reiteración frecuente, y con mayor razón la habitual de las maniobras, se halla lejos de no ir acompañada de algunos fenómenos perceptibles. ¿Cómo, por otra parte, no habría de suceder?

Por un lado, en los niños, como en los adultos, la pérdida del influjo nervioso, la de la fuerza muscular en las rigideces y sobresaltos del espasmo, y la reacción del organismo contra el acto que le rinde; por otro, en los púberes, la sobreactividad de la imaginación para la creación de imágenes eróticas, y la evacuación repetida del esperma, lo mismo que su hipersecreción acelerada á expensas de otras funciones; en muchos sujetos, por último, la lucha entre la voluntad y el hábito, la tristeza y la pena, nacidas de la idea de la degradación en que se ven caídos, ¿no causan el sacudimiento de los nervios, no producen el deterioro de la economía toda, no imprimen transformaciones más ó menos profundas y visibles al modo de ser físico, moral é intelectual?

Independientemente de las consecuencias mórbidas, que nos ocuparán más adelante, los cambios, tanto en los órganos como en la in-

teligencia y las facultades afectivas, corolarios de las influencias precedentemente señaladas, forman á la masturbación una especie de cortejo semeiótico; pero, hagámoslo notar con cuidado: estas son manifestaciones secundarias, aun cuando los autores hayan creído poderlas considerar en su conjunto como la verdadera sintomatología del abuso genital. Esta distinción no carece de importancia, pues que explica el hecho de que, separados ó agrupados, los síntomas no tienen siempre un valor absoluto patognóstico. Cada uno de ellos, en efecto, tomado individualmente, no es otra cosa sino el carácter de un estado anormal del cuerpo, de lo intelectual y de lo moral; y su reunión puede á las veces no anunciar sino un deterioro general, consecutivo á una causa más ó menos compleja de debilitación, de agotamiento, diferente de la polución voluntaria, tan exactamente, que numerosos sujetos han podido y podrían presentar la totalidad de los síntomas en cuestión sin ser masturbadores.

¿Se debe concluir de lo que dicho queda que los síntomas llamados de masturbación son inútiles de saber, y que debe descuidarse su estudio? Evidentemente no. Su valor no es patognomónico, sea; mas su conocimiento es necesario y ofrece resultados tan ventajosos como innegables. El descubrimiento de un cierto número de estas manifestaciones, ¿no des-

pierta la atención del observador, no le fuerza en un principio á circunscribir sus investigaciones sobre un pequeño número de causas? ¿No le induce, finalmente, á emplear los medios convenientes para darse cuenta del por qué de su existencia ; no hace á veces germinar una sospecha?

Diferentes, según que pertenezcan al ser mental y al ser material, las modificaciones que ocasiona la polución genital se anuncian por manifestaciones, que son ellas mismas psíquicas y físicas.

Los sindromas psíquicos son intelectuales si pertenecen al entendimiento, y morales si dependen de las facultades afectivas: los sindromas físicos son locales cuando corresponden á los órganos sexuales, y generales cuando proceden del resto del cuerpo. Vamos á enumerarlos tan completamente como sea posible en el orden que acabamos de indicar; pero antes haremos notar que en esta exposición prescindiremos de las enfermedades caracterizadas que, aun cuando acompañando á manera de síntomas la masturbación, deben con más justo título ser consideradas como la consecuencia de este hábito.

Sindromas psíquicos.

1.° *Intelectuales.*—El nivel del entendimiento, lejos de ascender, permanece estacionario en el niño y en el joven : en el adulto

desciende. Las funciones intelectuales parecen aletargadas; la memoria es vacilante, infiel, débil, más ó menos perdida: la facultad de asociar las ideas está aminorada ó es nula: el espíritu se halla distraído, indolente para concebir: la atención es difícil, algunas veces imposible. De aquí resulta una inaptitud y repugnancia sensibles para el trabajo y los juegos de la inteligencia; una pereza que nada puede vencer, y un atontamiento profundo, que podría creerse como meditación si no se sospechara su naturaleza.

2.° *Morales.*—El carácter es siempre desigual, muchas veces sombrío, en ocasiones feroz. El individuo irritable es moroso, taciturno; esquiva la mirada, y creyendo sentir sobre él un ojo escrutador, se encuentra embarazado, fatigado, delante de la sociedad: se mantiene encorvado y con los ojos bajos. De una timidez excesiva, casi vecina del salvajismo, se muestra sin franqueza, huraño, embustero, hábil en el disimulo, terco, mohino, inquieto, y con una tristeza igual á su aspecto ensimismado. Lleno de desconfianza, muestra un pudor exagerado y excesivo en lo que se refiere á las cosas genitales, que finge ignorar completamente. Sin pasión por los juegos y placeres de su edad, ama y busca demasiado la soledad, ó no se complace sino con la compañía de un amigo íntimo; es decir, de un

cómplice. El sentimiento del cariño es débil en él: atenuándose cada vez más con el tiempo, y acabando por desaparecer. Entonces el masturbador llega á ser un ser sin afección, cansado del mundo, lleno de aversión hacia los demás, de desprecio para con la mujer, de indiferencia para con su familia; llega á ser, en una palabra, un egoista perfecto.

Sindromas físicos.

1.° *Locales.*—En el niño, los órganos sexuales tienen un desarrollo precoz: sus proporciones son más considerables de lo que á la edad corresponde: el pubis es saliente y cubierto de bello en los sujetos de trece y aun de once años; el miembro es más largo, más grueso, y el escroto, lo mismo que los testículos, más voluminosos de lo que deberían: el prepucio no recubre el glande, pálido y flácido por lo común.

En el adolescente y el joven, lo mismo que en el adulto, las glándulas espermáticas son pesadas, y se hallan contenidas en bolsas blandas, flácidas, relajadas, colgantes. El pene, frecuentemente alargado, y á veces de un grosor chocante, pero arrugado y decrépito en el estado de reposo, presenta, sobre todo, ese aspecto groseramente piriforme, que ha permitido á los especialistas denominarlo miembro en maza, porque el glande, redondeado, hipertrofiado, simula algún tanto la cabeza de

una maza, cuyo mango estaría representado por el resto del miembro viril. Las partes genitales y su vecindad, pubis, parte superior de los muslos y periné, son el asiento de una humedad sudoral, si no constante, por lo menos muy frecuente.

2.° *Generales.*—El conjunto orgánico del manualizador ofrece, en grado variable, una debilitación, un cansancio general, una especie de consunción; podríamos, con justicia, servirnos, para expresar este aspecto especial, de una locución feliz del profesor Bouchardat, diciendo que el sujeto se halla hundido en la miseria fisiológica. Más ó menos desarrollado de lo que quieren las leyes del crecimiento, y ofreciendo una delgadez tanto más notable, cuanto que coincide muchas veces con una gran voracidad, el sujeto se presenta cargado de espaldas, y como si le costara trabajo sostener la cabeza, la deja caer adelante y un poco lateralmente. Sus piernas, débiles y temblorosas durante la marcha, dan una insegura locomoción al masturbador, por lo que el ejercicio de la equitación y los de la esgrima, del baile y de la carrera, le son difíciles, y por lo que, por otra parte, todo trabajo corporal ocasiona una profunda laxitud. De una sensibilidad excesiva al frío, es desagradablemente impresionado por las variaciones de temperatura, que no hacen otra cosa sino exasperar el estado

de sus nervios, morbosamente excitables, y más afectados aún al caer el día. Todo su ser físico se halla, como su entendimiento, en una languidez, un abatimiento, una laxitud, que muchas veces llega hasta el letargo. Las carnes son flácidas, la piel blanda, la voz tomada ó ronca, su aliento corto y ordinariamente de mal olor.

Tiene su cara algo de particular, difícil de expresar en verdad; pero muy fácil de reconocer, y que resulta del concurso de los caracteres siguientes: Los rasgos son gastados, poco expresivos; la frente es muchas veces asiento de manchas cicatriciales, ó de pústulas de acné en evolución; los párpados, rojos en sus bordes, están espesos, infiltrados, pegados durante el sueño, y al despertar, rodeados de un círculo ó limbo de color de lila, azulado, violáceo; los ojos, cuya mirada es lánguida, tierna, oblicua, están bajos, turbados, extinguídos, hundidos en las órbitas y lacrimosos; las pupilas se presentan fuertemente dilatadas y dirigidas algún tanto hacia afuera ó hacia adentro; los labios están descoloridos, y el tinte de la cara es pálido, lívido, enfermo, á veces terroso y casi plomizo.

Tal es la larga serie de las manifestaciones que nacen de la polución genital, y que se encuentran, en todo ó en parte, en el que á ella se entrega; pero, como lo hemos dicho al prin-

cipio, pueden ser dependientes de otra causa. No es raro, en efecto, ver semejantes fenómenos acompañando la marcha lenta é insidiosa de afecciones crónicas de las vísceras, ó bien hallarse subordinados á un crecimiento precoz, á la presencia de lombrices en el intestino, á la evolución difícil de los dientes, etc. Su valor no es, por lo tanto, sino relativo. Si se las encuentra en un individuo indemne de toda enfermedad capaz de explicarlas; si se las reconoce en un enfermo atacado de un padecimiento atribuible á la masturbación, complicando esta afección como epifenómenos, entonces llegan á ser preciosos datos, y pueden servir para establecer, por exclusión, el diagnóstico de la polución genital.

Sin embargo, para afirmar irrecusablemente la existencia de la masturbación, es más correcto y más científico no detenerse en el solo descubrimiento de los síntomas precedentes, sino ir más allá ; en otros términos, no se debe, en nuestra opinión, considerarlos sino como ocasiones de presunción más ó menos fundada, como indicaciones preliminares que, dirigiendo la atención hacia la posibilidad de las prácticas genésicas, autorizan y solicitan la investigación de elementos más seguros, y, por decirlo así, complementarios. Queremos hablar de ciertos modos de ser y estar, de ciertas actitudes casi exclusivas á los mastur-

badores, así como de los signos materiales. En estas circunstancias, en efecto, la convicción se establece bajo la sólida base del flagrante delito, ó sobre la no menos sólida de la confesión que se escapa de los labios del culpable, acosado por las pruebas acumuladas contra él.

Antes de detenernos en hechos más importantes, señalemos esa costumbre muy frecuente de tener, durante gran parte del día, las manos introducidas en el bolsillo del pantalón, bolsillos que aparecen agujereados, descosidos, arrancados más frecuentemente de lo que deberían serlo; ¡cosa notable!; los agujeros afectan en general la parte ántero-interna, esto es, la que corresponde á los órganos sexuales. Notemos asimismo el hallazgo en la cama del sujeto, de lazos, anillos, llaves, instrumentos cualesquiera, olvidados allí por él, y cuya presencia en semejante lugar es difícil de explicar. No olvidemos tampoco el encuentro, bajo los colchones ó en algún rincón de la alcoba, de libros ó estampas obscenas, y examinemos, por último, su actitud y su manera de estar en la cama.

Apenas si se ha acostado, cuando se apresura, después de haberse encogido y acurrucado, á guardar las manos bajo las cubiertas, y muchas veces su cabeza misma, como para ocultar la expresión que en ella pudiera verse,

Persuadido de que simular el sueño es el medio mejor de imponer á los parientes y vigilantes una seguridad completa, no tiene el menor escrúpulo en usar de esta ficción, haciendo oir en seguida el ruído de una respiración uniforme y hasta de un ronquido sonoro. Por la mañana, desde que se penetra en su habitación, ejecuta idéntica farsa; se le despierta sacudiéndole,—una llamada no puede servir de nada al que se hace el sordo,—se frota los ojos, estira los miembros, bosteza, reproduce exagerándola la excusa del dormilón que despierta sobresaltado; después, quejándose de un mal cualquiera, acusa la fatiga de un largo insomnio, y esto, bien entendido, con el objeto de alejar al importuno y poder realizar á su gusto las maniobras ordinarias antes de levantarse.

Si, á pesar de todo, presa de una sospecha, se quisiera extraviar la suspicacia inquieta del vicioso, no se deberá dudar en mostrarse engañado por su juego; entonces, eligiendo diestramente el momento en que menos espere un examen minucioso, se volverá de improviso junto al lecho, y se empezará la serie de actos propios para descubrir el engaño. Su cara, en tales casos, lejos de presentar la calma y el reposo, ofrecerá el rubor de la congestión; á pesar de una temperatura ambiente de mediana intensidad, el sudor correrá por su frente:

no es esto todo; la respiración será entrecortada, suspirosa; el pulso latirá fuerte y rápidamente bajo el dedo explorador; la piel estará seca; todo su cuerpo, en una palabra, denotará la falsedad del simulador, dejando ver ese orgasmo que acompaña á la acción funcional de los órganos genitales.

«Que se le descubra entonces bruscamente, —como lo indica Deslandes,—y se encontrarán sus manos, si no ha tenido tiempo de retirarlas, sobre los órganos de que abusa, ó en su vecindad. Se puede encontrar asimismo el miembro en erección, y hasta las huellas de una polución reciente; ésta podría aún ser reconocida por el olor especial que se exhala del lecho, ó del que los dedos se hallan impregnados (1).»

Las señales del esperma, que es fácil encontrar alguna por todas partes, son en muchas ocasiones indicios de una potencia probante considerable. Lo que vamos á decir á este propósito, es relativo especialmente á los adolescentes y á los jóvenes. En el adulto no enajenado, en efecto, á menos que no sea un criminal cuyos vicios tenga la justicia interés en conocer, no se tiene apenas la facultad de buscar semejantes signos, y en el niño de poca edad no pueden encontrarse vestigios de una

(1) *Loc. cit.*, pág. 370.

sustancia que sus testículos no segregan todavía.

Las manchas seminales sobre la camisa y las ropas del lecho, son resultado, bien sea de la espermatorrea, bien de la polución fisiológica involuntaria por exceso de continencia, bien, en fin, de la masturbación. Es, por lo tanto, útil indicar aquí que la tabescencia y la excreción espermática por continencia son muy raras antes de los diez y seis y diez y ocho años; por otra parte, la pérdida seminal llamada fisiológica ó por replección de las vesículas, no se renueva todos los días, sino, por el contrario, de tiempo en tiempo, con una especie de periodicidad.

Este signo material es, por lo tanto, de gran valor en los sujetos que tienen de quince á diez y ocho años, haciéndose revelador en los que tienen una edad menor. El licor testicular en los niños deja manchas poco marcadas en los tejidos de hilo, pero mucho mejor apreciables en los de algodón. En los casos dudosos, una sustitución del lienzo por la indiana, sirve para confirmar ó destruir una opinión en suspenso; por esta causa es por la que hacemos esta digresión útil.

Si la presencia de esperma en las sábanas y en la camisa no es siempre una prueba infalible de manualización, no sucede lo mismo cuando las manchas seminales se encuentran

en los pañuelos, en el suelo de los retretes, de la sala, y especialmente en los rincones oscuros de la alcoba, en los graneros, las cuevas, los pasillos oscuros y todo lugar separado, pero conocido como habitualmente frecuentado por el individuo. Estos indicios son entonces acusadores, que demuestran al mismo tiempo que el hábito de la polución, una habilidad con la que es preciso contar, y asimismo la necesidad que existe de no contentarse en estos asuntos delicados con las simples apariencias. He aquí, á este propósito, una observación que nos ha comunicado un amigo digno de fe:

El hijo de un empleado de la Beneficencia pública adelgazaba de día en día, sin que sus padres, inquietos de su estado, pudieran encontrar las causas. Este mozo, de una quincena de años, no se quejaba jamás; pero su enfermizo aspecto hablaba por él, é indicaba una afección lenta, consuntiva, cuyos progresos se acentuaban y hacían presagiar para breve plazo una terminación fatal. La razón de este aniquilamiento parecía misteriosa á la familia y al médico, que, sin embargo, tuvo la idea de hablar de la posibilidad de maniobras genitales, aconsejando vigilar al muchacho.

No se deja á este último solo ni un minuto; se le hizo acostarse con su padre, persuadidos de que de este modo cesarían sus prácticas, si por casualidad se masturbaba. Nada se sorpren-

dió, y la enfermedad continuó desarrollándose. Un día la madre, ocupándose en lavar en agua caliente algunas pequeñas prendas de aseo, puntillas, cuellos y los pañuelos de bolsillo de su hijo, quedó sorprendida por el olor especial, esto es, espermático, que de los pañuelos se desprendía. Obligado á confesar ante tal testimonio, el enfermo contó que cada noche, cuando su padre, acostado á su lado, se quedaba dormido profundamente á consecuencia de las fatigas del día, aprovechaba la ocasión para masturbarse en el pañuelo, á fin de ocultar las huellas de su acción. Prometió reformar su conducta, tomándose, por otra parte, precauciones para obligarle á guardar su palabra; pero ya era demasiado tarde, y la fiebre marásmica se llevó al joven manualizador poco tiempo después de su confesión.

Las ropas de vestir y del lecho, el suelo de las habitaciones, etc., no son los únicos objetos ni lugares que sirven de receptáculo al licor seminal. Algunos masturbadores, para evitar toda huella denunciadora, llevan su prudencia hásta el extremo de no eyacular sino en el vaso de noche, donde el esperma, mezclándose con la orina, debe, según ellos, pasar desapercibido. Pero esto no es exacto, y un observador prevenido, examinándolo con cuidado, podría notar en el fondo del vaso, á través de la orina, no solamente cadenas y

filamentos blanquecinos, sino especialmente pequeñas granulaciones de volumen variable, semitransparentes, irregularmente esféricas y muy parecidas á granos de sémola cocida, que no se adhieren á las paredes del vaso y que son completamente características. Cuando el esperma ha permanecido cierto tiempo en la orina, todavía es fácil ver en el fondo del vaso una capa de líquido más denso, siruposo, untuoso al tacto, jabonoso entre los dedos, y bien diferente por su aspecto de todos los demás productos calcáreos ó mucosos, susceptibles de ser encontrados accidentalmente en la orina.

En fin : un enfermo nos ha confesado que, no obstante las sospechas que sobre él pesaban, había conseguido durante más de un año burlar toda vigilancia, no dejando escapar el producto de su polución sino en el cubo del lavabo, cuya agua turbia y cargada de jabón ocultaba la secreción testicular. En caso semejante, la diferencia de densidad de los líquidos permitiría aún basar una opinión ; el reposo de la mezcla producirá, en efecto, la separación de dos capas, reuniéndose en el fondo del utensilio un líquido más denso, más espeso, viscoso, que, calentado, exhalaría un olor *sui generis* y revelador de su naturaleza.

Buen número de signos, de los que acabamos de hablar, equivalen á la flagrancia del delito, ó, por lo menos, dan la posibi-

lidad de sorprender en el hecho al sujeto que se vigila; son, por lo tanto, serios elementos de diagnóstico. Sin embargo, es preciso no olvidar que, á pesar de las más fuertes presunciones, puede no haber certeza sino en dos casos: cuando se sorprende al sujeto en el acto, ó cuando confiesa. En consecuencia de este principio, si no se ha visto masturbarse al individuo, cuando se sospecha de él no queda más que un recurso: el de obtener su confesión, preciosa arma, sin la cual el tratamiento moral no tendrá nunca el valor que hay derecho á esperar.

Todo cuanto sobre este punto pudiéramos decir no igualaría seguramente á las líneas que ha consagrado Deslandes (1) á esta cuestión delicada, magistralmente tratada por él; así que, preferimos reproducirlas, seguros de que el lector habrá de reconocer su valor.

«Una confesión—escribe este eminente genitalista—no se hace jamás espontáneamente; no se obtiene en tanto que no se provoca. Hablemos del arte de obtenerla, porque es cosa delicada y difícil. Sea cual fuere la manera con que se solicita, siempre es de modo que no se puede hacerlo nombrando ó designando la acción que se trata de descubrir. Con los hombres, y generalmente con los jóvenes, la

(1) *Loc. cit.*, pág. 376 y siguientes.

elección de las palabras es generalmente fácil, y se puede, sea nombrar la masturbación, sea designarla claramente, sin temor de ofender oídos para los que nada tiene de nuevo. Pero no sucede lo mismo con las mujeres, las señoritas y las niñas. Aquí se dirige el médico á personas por lo menos púdicas, y algunas veces castas; es preciso considerar bien que, si una confesión es necesaria, es porque se duda, y que puede tratarse de una persona muy inocente ó muy ignorante del hecho que se la atribuye. ¿En qué términos se designará, en parecido caso, una acción tal, que los mismos que á ella se abandonan no pueden escuchar sin enrojecer? Mejor que afrontar estas dificultades, muchos prácticos prefieren, cuando tienen sospechas sobre las personas de que hablamos, abstenerse de expresarlas; otras veces se sirven de fórmulas totalmente oscuras y equívocas que no son comprendidas; así ha sucedido que las respuestas que obtenían daban lugar á verdaderos errores. Yo he visto jóvenes, niños y niñas, confesarse culpables de tal modo, que hacían creer lo eran realmente, aun cuando de hecho y de pensamiento estaban puros de onanismo; pero habían aplicado á acciones muy naturales los discursos que se les había hecho. Conciliar las consideraciones que se deben al sexo y á la edad con la necesidad de hacerse comprender: he aquí el pro-

blema que hay que resolver cuando se quiere presentar á mujeres y jóvenes la acción de que se les sospecha. Se comprende que yo no puedo decir nada más preciso á este propósito; solamente añadiré que más de una vez me ha sucedido limitarme en este caso embarazoso á dar un simple *consejo:* podía comprender en la manera cómo era recibido que había acertado, y que no tenía necesidad de insistir más.»

Pedir la confesión, no es, si se quiere, el mejor medio de obtenerla. Procediendo así, se manifiestan implícitamente las dudas, que es raro se apresure á disipar el masturbador. Mas vale, cuando se tienen fuertes presunciones, y el sujeto es de los que con ellos se puede explicar sin ambages, decirle claramente no se ignora que se masturba. De este modo se le evita la pena que constantemente se experimenta para acusarse por sí mismo de un hecho calificado de vergonzoso ó ridículo: raramente trata de defenderse, ó si lo intenta al principio, no insiste largo tiempo. El embarazo, la torpeza de su defensa, muestran, á lo más, que ha podido permitirse el lenguaje empleado. Con algunos sujetos conviene, aun apareciendo enterados, no expresarse sino con medias palabras. Si son masturbadores, comprenderán inmediatamente, y su facilidad en entender un lenguaje oscuro po-

drá dispensar de cuestiones nuevas : si no lo son, no se habrá estado demasiado explícito para exponer su crédito. Sépase bien aún, que la confesión que más cuesta es la de lo principal: débese, por lo tanto, muchas veces no cuestionar sino sobre lo accesorio. Tal individuo, que habría respondido negativamente á la pregunta: «¿No tenéis costumbre de masturbaros?», será más franco si, mostrándose enterados á este propósito, se trata de averiguar solamente la época en que por primera vez llevó las manos sobre sí, ó si las lleva muchas veces. De este modo se salva una parte, la más ruda, del camino; porque hay que considerar que lo más penoso para un masturbador no es ser conocido como tal, sino confesar que lo es. Colocado entre el deseo de curarse y la vergüenza de una confesión, podrá sacrificar al primero esta última; pero no será sin pena, como haga este sacrificio. Que el médico intente, sobre todo, en sus relaciones con los masturbadores, adquirir su confianza, y que estén libres, porque no es ante una frente severa, ó cuando esperan una lección de moral, cuando se tiene franqueza; es preciso que el médico no sea para ellos otra cosa que médico. Para él el onanismo no debe ser sino una causa de enfermedad, es decir, una cosa análoga á un exceso de trabajo, á un régimen insano, á toda influencia, en fin, que podría

perjudicar á la salud. Si se hace moralista, se le temerá, y no obtendrá ninguna de las confidencias que permiten emplear á tiempo sus consejos y sus recursos.

No es imposible, so pena de ser incompletos, no hablar aquí de un signo, cuyos decubrimiento es, según el Dr. Baraduc (1), característico de la masturbación, en todos los que le presentan. Desgraciadamente, no puede ser buscado para facilitar el diagnóstico más que en un pequeño grupo de manualizadores, en los que la superficie del cuerpo ofrece una solución de continuidad, á consecuencia de un traumatismo.

Trátase, en efecto, de una ó muchas pequeñas ulceraciones que sobrevienen sobre las cicatrices recientes, ó en vía de formación; ulceraciones consecutivas á la evolución de un pequeño botón puntiforme, blanco amarillento, poco saliente, y muy semejante á un grano de mijo.

«Esta es—escribe el que primero ha reconocido el valor de este indicio—una vesícula que contiene una materia algo viscosa, que produce la elevación de un epitelio transparente y de nueva formación. Esta membrana se rompe al cabo de veinticuatro ó treinta y seis

(1) *De l'ulceration des cicatrices récentes symptomatique de la nymphomanie et de l'onanisme.*—París, 1872.

horas, dejando ver una ulceración irregular, de fondo gris ó amarillento, cuyos bordes están casi tallados á pico, y permanecen muchas veces revestidos de la sustancia que ocupa el fondo de la ulceración.... Frecuentemente existe una sola ulceración sobre un punto de la nueva cicatriz; á veces se desarrollan dos separadas entre sí, pero sucediendo siempre á su vesícula miliar. En otros casos, se ve en el rededor de la ulceración una ó muchas granulaciones miliares, que se convierten prontamente en ulceraciones por la ruptura del epitelio, bajo el cual, ó en cuyo espesor está depositada la materia viscosa gris ó amarillenta. Muchas ulceraciones se reunen entonces para formar una sola, más extensa, de bordes irregularmente dentados, tallados á pico, etc. (1).»

El Dr. H. Baraduc, que ha observado la aparición de estas ulceraciones en los adultos, y sobre todo en los jóvenes de doce á veinte años, ha podido remontar á la causa que las producía, y determinar la naturaleza, siempre idéntica. Prosigue de este modo en su libro (2): «Examinad vuestro enfermo: su apetito es bueno, sus digestiones son fáciles; debería adquirir fuerzas y engordar, puesto que la herida está casi completamente cicatrizada ó

(1) *Loc. cit.*, pág. 5.
(2) *Ibidem*, páginas 8 y 9.

hasta lo estaba ayer; sin embargo, con gran extrañeza vuestra, permanece delgado; su piel es seca, un poco terrosa; su pulso pequeño, frecuente, irregular; la cara, pálida, ofrece algunas veces una ligera hinchazón en las sienes y en los párpados; las pupilas están muy dilatadas; no es raro que sobrevenga una pequeña tos seca. Ante estos caracteres, que acompañan muchas veces la ulceración de las cicatrices recientes, y que indican la cronicidad de la causa, podéis estar convencidos de que vuestro enfermo, sea voluntariamente durante la vigilia, ó *especialmente durante un sueño simulado*, se entrega á ejercicios que no osaría confesar sin una emoción que descubriría la coloración de su cara.

»La ulceración ó las pequeñas ulceraciones desaparecen con gran rapidez; cuarenta y ocho horas bastan: la ulceración de la llaga ó herida se afirma durante muchos días; después súbitamente aparece una nueva ulceración. Esta intermitencia es el indicio de una suspensión; lo mismo que la reaparición de las ulceraciones revela la vuelta de maniobras á las que el enfermo tiene costumbre de entregarse.

»Quedad solos con él; abordad resueltamente la cuestión, si se trata de un mozo, con cierta consideración, si de una niña. Vuestro enfermo negará ruborizándose, protestará con calor, á veces con indignación ó llorando; pero

por poca confianza que en vosotros tenga, si persistís con habilidad, sin dudar, ó con bondad según su carácter, si especialmente lanzáis una duda que precisa en unas veinticuatro horas su última maniobra, concluirá por una declaración que no tardará en hacerse completa.»

Una sola vez nos ha sido dado ver la ulceración de las cicatrices recientes en un herido de doce años; le obligamos á confesar su práctica, haciéndole prometer que no se entregaría más á ella; cumplió su palabra, y la herida, que resistía á los más metódicos medios, cicatrizó rápidamente desde el día que nuestro sujeto cesó de polucionarse. Este ejemplo personal no nos basta, y vamos á tomar del trabajo del Dr. Baraduc algunas observaciones, elegidas entre las más instructivas por él publicadas, en la persuasión de que interesarán al lector, aun cuando no hagan otra cosa que guiarle en la difícil cuestión del diagnóstico de la polución genital.

En Junio de 1871, á consecuencia de una caída, un adolescente de quince años se rompió la pierna izquierda. Esta fractura, complicada con herida, fué tratada por el vendaje de Sculteto, y la irrigación continua. Al cabo de un mes, se extrajo una lámina ósea, bajo la cual aparecían los mamelones carnosos, prometiendo una próxima curación.

«Tres semanas más tarde, dice el observador (1), la herida estaba cicatrizada en los dos tercios de su extensión; sólo el centro faltaba cuando noté sobre la cicatriz, de formación tan reciente, *dos pequeñas ulceraciones* de dos milímetros próximamente, de fondo gris amarillento, formadas por una materia viscosa.... todos los caracteres de la ulceración de las cicatrices recientes se encontraban reunidos.

Al mismo instante eché una ojeada sobre la cara del joven enfermo: la piel estaba pálida y empañada; regiones temporales infiltradas; párpados algo tumefactos; pupilas dilatadas, conservando este carácter, aun cuando se expusieran á una gran luz difusa. Dos de mis compañeros estaban allí : yo les mostré con el dedo las ulceraciones, diciendo: «Examinad bien; he aquí »caracteres particulares, que me revelan ciertos »hábitos.» Gran sorpresa. Habiendo quedado sólo con el enfermo, quien sabía que era sinceramente religioso, apelé á sus sentimientos. «Amigo (le dije) : no os curaréis.—¿Por qué, señor?—Porque tenéis una mala costumbre.—¡Oh! no, señor.—Os habéis entregado á ella, ayer todo lo más; no lo neguéis; lo veo.... Y esto ¿os ha sucedido muchas veces?—¡Oh! no , señor ; dos ó tres solamente.»—El primer paso estaba dado; el enfermo no tardó en hacerse más comunica-

(1) *Loc. cit.*, pág. 15.

tivo, y seguro de su sinceridad sobre la fecha del principio, si no sobre el *número confesado*, me convencí de que este hábito no databa sino de quince días después del accidente, y que había sido provocado por una larga y constante permanencia en el lecho durante los grandes calores del estío. Algunos días después, las ulceraciones habían desaparecido, y la cicatrización de la herida era regular y completa....»

Este caso, un poco largo, merecía, como se ve, ser citado, á causa de su precisión y valor; los siguientes no tienen menos importancia:

«Una bala, fractura el antebrazo de un joven soldado: las esquirlas son eliminadas, y una cicatriz se establece sobre un fondo infiltrado y duro. Esta cicatriz no tarda en sembrarse, en varias épocas, de una ó muchas ulceraciones, acompañadas á veces de una granulación miliar. Me apresuro á decir lo que hacía al paciente, que queda asombrado, mirándome; insisto más vivamente; confiesa, y me responde:

—»¡Oh! bien; entonces pronto estaré curado: me privaré.—Seis días después las ulceraciones han desaparecido, etc. (1).»

«Después de una amputación de la pierna en la región supra-maleolar, practicada en un joven escrofuloso, en el que los huesos del tarso,

(1) *Loc. cit.*, pág. 18.

y la extremidad inferior de la tibia derecha estaban atacados de caries, con estado esponjoso de los huesos, deformación de la extremidad enferma y trayecto fistuloso, la cicatriz se formaba muy rápidamente. Yo consideré bien pronto la curación como completa, cuando muchas ulceraciones pequeñas características se presentan sobre la superficie de la cicatriz. Advertí y asusté al enfermo, que reconoció sus errores, y prometió renunciar á sus *hábitos de onanismo;* pero no pudo conseguirlo. El enfermo se curaba con vino aromático; las ulceraciones sucedían á las granulaciones miliares; unas curaban, formándose otras nuevas que se unían entre sí; pero durante este tiempo la salud se alteró; el enflaquecimiento, la tos, la diarrea sobrevinieron, y el desgraciado joven murió dos meses después de la amputación, víctima de su funesta costumbre (1).»

Para terminar lo que se refiere á la cuestión que acabamos de estudiar, añadiremos que no basta sentar el diagnóstico justificado de masturbación. Esto es lo principal, ciertamente; pero al lado se encuentra un accesorio importante, y que no hay derecho para descuidar sin exponerse benévolamente á aumentar á veces la dificultad del tratamiento, objeto final al que debe tender un práctico concienzudo.

(1) *Loc. cit.*, pág. 19.

Una vez reconocida la manualización, es preciso esforzarse en descubrir su etiología. Saber, en efecto, el móvil que ha empujado á las maniobras genitales, es una primera condición para poderle destruir, si subsiste todavía. Cuando este móvil ha cesado de existir, ó no tiene influencia activa, es menester investigar la causa que le ha ocasionado ó que sostiene actualmente el hábito, á fin de atacarla, como se hubiese atacado el motivo primordial. No existen reglas especiales que recomendar á este propósito: esta parte del diagnóstico complementario es fácil para el que sabe interrogar y hacer hablar á un sujeto, y para el que posee los datos que hemos señalado con minuciosidad en nuestro capítulo precedente.

CAPÍTULO V.

Consecuencias.

Patogenia.—Parécenos útil, antes de ir más lejos, echar una ojeada de conjunto sobre el mecanismo mórbido de la masturbación. Tal resumen sintético creemos tendrá la ventaja de demostrar la nocividad del abuso genital, y de hacer comprender al mismo tiempo la multiplicidad y diversidad de las afecciones que pueden atacar á los que á él se abandonan.

Examinemos, por hipótesis, un sujeto mientras se poluciona; sondeemos sus órganos, y notemos los fenómenos funcionales que despierta de esta suerte.

Que sea consciente ó inconsciente; niño, adulto ó viejo; que utilice este ó el otro de los medios numerosos de que hemos hablado en otra parte; sus maniobras obran siempre en el mismo sentido, en el sentido siguiente: impresionan, excitan, sacuden, conmueven el sistema nervioso todo entero, y por este hecho desarrollan, almacenan, acumulan en un circuito una cantidad de influjo sensitivo motor,

que, llegado al máximum de compresión, se distiende de golpe y escapa bruscamente. Este escape rápido se manifiesta por la convulsión de una parte del aparato muscular, sobre todo de los músculos pelvianos y sexuales, produce una sensación especial de placer de corta duración, y deja el organismo en una temporal resolución general.

Al mismo tiempo que sucede esto del lado de la inervación, la sangre afluye hacia la pelvis y los órganos generadores; dilata los vasos vigorosamente golpeados por choques pulsátiles, y llena los tejidos erectiles, donde se estanca. El orgasmo sanguíneo no queda circunscrito á estas solas partes; bien pronto invade el resto del sistema circulatorio. Poderosamente estimulado por la influencia nerviosa, el líquido rojo acelera su marcha, y en ondas precipitadas se presenta al corazón. Este último, entonces, late rápida y fuertemente, para desembarazarse del exceso que le aportan sus afluentes; después, perdiendo toda medida y todo ritmo, aumenta con esta precipitación forzada la inarmonía general. El aparato respiratorio, arrastrado, en efecto, solidariamente, y como para regularizar el desorden y atenuar los resultados, exagera su trabajo; infiltrados de la sangre que incesantemente envía el corazón derecho, los pulmones multiplican sus movimientos de fuelle, no solamen-

te con el objeto químico de la hematosis, si que para además ayudar mecánicamente á la salida del líquido que los ahoga. De normal en un principio, la respiración llega á ser activa, corta, precipitada, ansiosa, anhelante é irregularmente entrecortada por suspiros al final, es decir, en el instante del espasmo voluptuoso.

De estas modificaciones esenciales vienen consecutivamente otras; la producción de calor es demasiado notable para aumentar en un grado la temperatura ordinaria del cuerpo; rosada, espesa, mal hematosada la sangre por la rapidez de su marcha, más abundantemente repartida en los tejidos, los hiperemia é impresiona de una manera anormal, de suerte que la cara está roja, animada, y los ojos inyectados y salientes; los oídos son el asiento de zumbidos y retintines; las mucosas nasal, faríngea y bucal están ardientes y secas, la epidermis árida, ardiente en un principio; después, por una especie de crisis feliz, cubierta de sudor.

Durante estas manifestaciones diversas, el sistema motor no queda inactivo: su papel, por el contrario, se exagera de una manera evidente. Como para concentrarse mejor, y mejor poseerse, el masturbador pone en juego la totalidad de sus músculos. Los contrae, los fija, los aprieta vigorosamente, y esto, hasta el momento del espasmo final; gastando así, en una

contracción general, que le parecía necesaria, una considerable potencia contráctil.

He aquí, por lo tanto, una primera serie,—la serie inmediata,—de los resultados anormales que determina el acto de la polución: pérdidas del influjo nervioso, sobreactividad y fatigas temporales, pero pronunciadas, de los aparatos circulatorio y respiratorio, producción exagerada de calor orgánico, y aniquilación del sistema nervioso. Que la repetición de las maniobras dé lugar á la reproducción de semejantes fenómenos ciento, quinientas, mil, tres mil veces: las masas nerviosas, el corazón, los pulmones, los músculos, ¿permanecerán impasibles é indemnes, sin llegar á ser el asiento de lesiones funcionales ú orgánicas? Presentar una tal cuestión, equivale, parece, á resolverla en el sentido positivo.

Además de estos resultados extemporáneos, existen otros más separados que derivan y constituyen para nosotros la segunda serie,—la serie mediata;—queremos hablar de las perturbaciones de la nutrición. De una parte, excitándose los órganos digestivos para atender á las pérdidas vitales aumentadas, se debilitan, se deterioran, y elaboran mal los alimentos ingeridos en gran cantidad; por otra parte, la asimilación no puede obtener más que un provecho insuficiente de estos productos incompletamente preparados, y muchas veces

imperfectamente propios para la economía, que los rechaza activamente, con gran detrimento de los emuntorios, cuyo funcionalismo se encuentra exagerado.

¿Son estos los solos hechos de que se debe acusar á la masturbación? Seguramente no. Porque si, cesando de ocuparnos, como hasta aquí lo hemos hecho, de los masturbadores tomados en conjunto, queremos fijarnos en algunas clases de entre ellos, tenemos aún buen número de inconvenientes que reprochar á las prácticas genitales.

Digamos, en primer lugar, una palabra acerca del gasto del esperma. Cuando no es repetida muchas veces, lo que es, sin embargo, lo ordinario, la evacuación seminal no ofrece gran peligro para el adulto, considerada como pérdida orgánica, excepción hecha de algunos individuos colocados en condiciones sanitarias especiales. Pero no sucede lo mismo con el adolescente. Que el líquido testicular contenga espermatozoides, ó que no los contenga aún, como en los jóvenes menores de diez y seis años, no por esto deja de ser un humor rico en materiales, cuya destrucción prematura se halla lejos de ser indiferente á la economía, y cuya formación no se hace sino á expensas de la nutrición de los demás tejidos del cuerpo, en una época de la vida en la que todos los principios orgánicos son de ab-

soluta necesidad para el crecimiento y la perfección del ser.

Citemos, en segundo término, la brutalidad de ciertas prácticas genitales, fecundas en afecciones quirúrgicas del pene, sobre todo en los sujetos de glande encapuchonado por el prepucio, y de frenillo postho-balánico corto.

Mencionemos todavía los resultados de la introducción de instrumentos diversos en la uretra, ó los de la intromisión del miembro en cuerpos extraños, resultados de los que extensamente hemos acumulado en otro capítulo anterior los extraños y aterradores ejemplos.

Recordemos, en fin, esas paradas queridas durante las maniobras, que repiten gran número de manualizadores, á fin de alejar el momento del espasmo terminal, y de prolongar así el orgasmo voluptuoso, de donde se sigue un eretismo largamente sostenido en desventaja de las fuerzas nerviosas, tanto locales como generales.

Tales son los principales fenómenos que en el orden orgánico hacen de la manualización una fuente abundante de enfermedades de todos géneros. Pero al lado suyo conviene colocar las manifestaciones que dependen de las facultades intelectuales y afectivas: estas últimas dan, en efecto, origen, no solamente á las alteraciones mentales en los masturbadores cons-

cientes, sino que frecuentemente son, asimismo, la ocasión de sufrimientos corporales y hasta de lesiones materiales á consecuencia de esta relación íntima, de esta conexión profunda que une entre sí las funciones psíquicas y físicas.

El manualizador no siente apenas los ataques de ese estímulo natural, que hacen despertar la vista, la presencia, el contacto de una persona del sexo opuesto, y que aumentan para el hombre el sonido de dulces palabras, las sonrisas llenas de promesas, las caricias llenas de deseos, la fingida resistencia pudibunda, y, en fin, el blando abandono de la mujer que se entrega por completo. Al contrario: concentrando su espíritu, fijando su memoria, reedificando bajo su cráneo, por la fuerza volitiva, los recuerdos que pueden ayudar á la génesis y desarrollo de un orgasmo necesario al acto proyectado, reune y agrupa los elementos de la poderosa excitación que debe concebir en sí mismo, con sus propios recursos. Y presenta entonces estos materiales á su imaginación, que solicita, que levanta, que distiende prodigiosamente, que fuerza, en una palabra, á crearle pinturas extraordinariamente obscenas, en actos extrañamente lascivos, escenas raramente lúbricas y análogas á las que en repugnantes libros han escrito, sin duda, con una sola mano y en el momento del

paroxismo erótico, miserables delirantes de amor ilegítimo.

Así, lo intelectual padece con todos estos esfuerzos incesantes, de los que hace todos los gastos, y se fatiga de este trabajo siempre renovado del pensamiento, forjando por sí solo una excitación ficticia en el sitio y lugar de la estimulación normal. En un momento dado, sucede fatalmente, por lo tanto, que estos gastos excesivos se traducen por un deterioro, por un desgaste de la inteligencia, es decir, por desórdenes apreciables en una ó muchas de sus especiales propiedades.

Por último, y en otro orden de ideas, luego que una vuelta sobre sí mismo del sujeto le muestra brutalmente su estado de degradación general y le descubre el origen innegable de su abyección, el desprecio que experimenta por su persona misma, la vergüenza de que se siente invadido, la lucha inútil, pero laboriosa, que emprende para sustraerse al imperio de su vicio aniquilador, todo concurre á agotar su resto de energía, á gastar su fuerza reaccional y á modificar poderosamente, bajo el punto de vista moral, su modo de ser primitivo.

Este rápido resumen de la influencia de las maniobras masturbadoras sobre el individuo físico, intelectual y moral, establece perentoriamente en nuestra opinión la nocividad de la masturbación; y aunque sumarias, estas

consideraciones patogénicas dan cuenta suficientemente del variado número de enfermedades benignas ó graves, capaces de herir á los manualizadores. Al mismo tiempo ponen subsidiariamente en evidencia la gran diferencia que bajo el punto de vista de los resultados nosológicos existe entre la polución voluntaria y el exceso venéreo, que se ha intentado hasta el presente, por falta de atención, confundir en obras sobre esta materia. No nos disgusta consagrar aquí algunas líneas á acentuar esta diferencia y á refutar la opinión de los que creen que no es más peligroso entregarse á la manualización que al libertinaje propiamente dicho.

Por frecuente que sea el coito,—nadie lo negará,—no es un acto que expone á su autor á hostigar su entendimiento para engendrar la excitación genésica, puesto que ésta nace, se desarrolla y fortifica con la presencia de la mujer. Su cumplimiento natural no es considerado por las gentes razonables como un hecho vergonzoso y fértil en remordimientos. Aun cuando haya sido llevado al extremo, es fácil y posible sustraerse á su influencia, por el alejamiento de los seres sin los cuales no puede tener lugar. Una vez tomada la resolución de no entregarse, no exige para ser ejecutada grandes esfuerzos; se pone, en efecto, fin al comercio ordinario con el sexo opuesto,

y se emplea en otra cosa el tiempo que se consagraba á las relaciones femeninas; esto es todo, porque la ausencia del elemento causal basta para suprimir rápidamente la tentación de voluptuosidad que determinaba, ó bien todavía la idea del placer se extingue ante la imposibilidad de su realización. No se combate entonces contra su propia voluntad y contra los deseos sin cesar renacientes, y esto con esa exacerbación pensada—que hace vana toda lucha—de que se tiene al alcance de la mano, en todo momento, en todo lugar, el medio de satisfacerlos.

Cuando la impotencia se presenta un día á apresar al libertino genitalmente gastado y á prohibirle el coito, este paciente es cierto que se desespera; sin duda maldice su debilidad: pero desde el momento que se convence de su estado, no lleva la locura hasta el extremo de fatigar larga y pacientemente, hasta irritar conscientemente, hasta herir brutalmente por extraños procedimientos y terribles prácticas, sus órganos cansados, lacios, flojos, para obtener aun, y contra ellos, una sombra de goce penoso, un germen de voluptuosidad dolorosa.

En la cópula fisiológica, el eretismo genital se mantiene por sí mismo, no tiene apenas necesidad de una contención activa, de una fijeza instantánea de la atención; es decir, de

una notable pérdida del influjo voluntario; no reclama, so pena de cesar, una constante contracción muscular, y, por tanto, un considerable gasto de fuerza motriz. Es más franco, más vivo, más cierto; su duración es menos susceptible de ser prolongada á voluntad, y, por consecuencia, no es tan capaz de impresionar morbosamente el organismo entero que tiene bajo su dependencia. Lo mismo que el orgasmo peneal, el eretismo local se extingue más pronto en la conjunción sexual, porque caliente y en erección el miembro, inmediatamente después del espasmo se baña y se ablanda en los productos de la eyaculación viril y en los líquidos untuosos de los órganos femeninos. Una falsa semejanza de analogías había sólo hecho colocar hasta aquí en la misma clase de causas mórbidas la masturbación y el exceso en el coito. Por lo que precede, se ve que difieren sensiblemente en su modo de obrar, y que sus consecuencias deben ser desemejantes en número, como en gravedad.

Después de estas generalidades, que era indispensable sentar, tanto para establecer la patogenia de la masturbación como para rechazar desde el origen todo reproche de exageración en la exposición que va á seguir, vamos á pasar en revista, lo más sucintamente posible, las principales enfermedades que pue-

de engendrar el abuso genital. En el primer párrafo citaremos las afecciones locales y de vecindad; en el segundo señalaremos las afecciones generales, á las que añadiremos los desórdenes intelectuales y afectivos, y terminaremos el capítulo diciendo una palabra de la influencia de las prácticas genitales sobre el curso de las enfermedades y de las heridas.

§. 1.º—Afecciones locales y de vecindad.

Parafimosis.—En los niños y en los jóvenes, algunas veces en los adultos de prepucio largo y estrecho, no es raro que el capuchón del glande, bruscamente retraído por detrás del reborde balánico por una maniobra brutal, se fije en este lugar, se enclave, y, á pesar de los esfuerzos del paciente, estrangule la cabeza del pene, constituyendo así el parafimosis. Esta afección, poco importante cuando se pone remedio pronto, adquiere á las veces cierta gravedad; puede determinar la gangrena, y por consecuencia deformaciones del miembro cuando el manualizador, cohibido por la vergüenza de confesar sus prácticas, tarda mucho en recurrir á los cuidados del cirujano.

Los ejemplos de parafimosis por masturbación son tan numerosos, que los patólogos citan con razón esta causa como una de las principales de la enfermedad. No hay práctico

que no haya tenido ocasión de comprobar este aserto; así que, nos contentaremos con recordar, por toda prueba, este pasaje de L. Deslandes (1): «Yo he visto muchos ejemplos de este caso; pero no citaré más que el de un joven de siete á ocho años, en el que este accidente se había producido durante la masturbación. El glande estaba tumefacto, y el prepucio formaba un rodete voluminoso á su alrededor; los padres, asustados, recurrieron á mis cuidados; presiones metódicas y suficientemente prolongadas volvieron fácilmente las cosas á su estado precedente.»

Balano-postitis.—Los frotamientos, los estirones, los rozamientos, las compresiones, las contorsiones mismas que los sujetos hacen sufrir al prepucio y al glande entregándose á cualquier procedimiento, poco cuidadosos de su pene, han sido muchas veces bastante violentos para ocasionar la flegmasía de la mucosa posto-balánica. Este hecho se halla fuera de duda, por lo que es justo colocar en el cuadro etiológico de la balano-postitis simple, la práctica de la masturbación, como lo han hecho diversos autores, y como lo hemos hecho nosotros mismos en una obra precedente, después de haber sido autorizados por más de una observación personal.

(1) *Loc. cit.*, páginas 290-291.

Uretritis simple.—La inflamación no virulenta de la mucosa uretral, la uretris simple, aguda y crónica, reconoce frecuentemente por causa el abuso genital. El orgasmo sanguíneo largo tiempo sostenido y frecuentemente repetido, pueden engendrar en el tejido de la uretra efectivamente una excitación, después una irritación tal, que sobreviene la flegmasía, tan pronto ligera, tan pronto violenta. Téngase presente que nosotros consideramos solamente la polución ordinaria, la menos brutal, la ejecutada con la mano, y no la que se produce con la ayuda de instrumentos cualesquiera introducidos en el canal.

La uretritis por manualización ha sido notada por buen número de especialistas, que no se han limitado á narrar un solo caso. J.-F. Closs (1), al decir de Deslandes, habla de un joven dado á la masturbación y atacado de un flujo uretral, que había descuidado durante seis meses porque no le hacía sufrir nada. Sin embargo, habiendo llegado á ser la materia excretada acre, verde y amarilla, el paciente se vió obligado á consultar á Closs, á quien juró no haber visto una mujer en su vida, lo que determinó al práctico á considerar esta uretritis como una consecuencia de la masturbación, á la que se entregaba ya antes de la pubertad.

(1) *De gonorrhea virulenta.* Tubinga, 1764.

«Yo he conocido—relata Teraube (1)—un joven que, habiendo tenido la desgracia de contraer el hábito de masturbarse á la edad de diez y seis años, no podía un año después entregarse á este vicio sin contraer un flujo que le hacía sufrir mucho. Después de haber padecido dos, que consiguió detener con un régimen conveniente, y especialmente por la privación de todo tocamiento cualquiera sobre las partes genitales, se corrigió enteramente de su deplorable vicio, asustado de las consecuencias que podían resultarle, etc., etc.»

«Las blenorreas en los masturbadores—dice Lallemand (2) — son más comunes de lo que se piensa. Yo he referido muchos ejemplos á causa de circunstancias importantes que se les unían. Voy á dar un resumen de los que no ofrecían otro interés.

»En la mayor parte de estos enfermos la materia era poco abundante, viscosa, casi transparente, ó poco coloreada; difería apenas del líquido prostático ordinario; pero en un gran número de otros el flujo era abundante, más ó menos coloreado, y acompañado de dolores en el canal, sobre todo al orinar; muchos han sufrido todos los síntomas de una blenorragia contagiosa; otros han visto reaparecer

(1) *De la chiromania*, páginas 107 y 108.
(2) *Loc. cit.*, tomo I, páginas 478 y 479.

los mismos accidentes en dos ó tres recaídas; hay uno que ha sido atacado hasta cinco veces, siempre por la misma causa. Es bien notable que en estos últimos existía una especie de intermitencia en los hábitos; después de haber sido moderados, y hasta haberlos suspendido durante más ó menos largo tiempo, volvían con una especie de furor, del que no eran los enfermos dueños, y á la continuación de estas recrudescencias es cuando sobrevenían los derrames. Otros dos, á consecuencia de blenorreas semejantes, han visto estrecharse el canal en un punto, como á consecuencia de una uretritis contagiosa; una de estas estrecheces era muy considerable, y su curación fué difícil de conseguir.

»Debo hacer observar que hablo solamente de enfermos que no habían tenido jamás contacto con mujer alguna; que hago abstracción de los que tenían afecciones cutáneas, de las que pudiera participar la mucosa de la uretra; en fin, que trece de entre ellos no eran aún púberes, y no habían vertido jamás esperma cuando estos flujos les han sobrevenido.»

Entre los autores más modernos, recordemos que Caby, en su tesis inaugural (1), cita el caso de un joven estudiante atacado de uretritis á consecuencia de poluciones manuales;

(1) París, año 1858.

y que Lebel (1) ha reconocido asimismo esta causa de flujos en un estudiante joven y en varios idiotas de un asilo de provincias. «Estos seres embrutecidos — exclama—no parecen vivir sino para esta maldita pasión; de su uretra fluía á la vez sangre, pus y esperma.»

Señalemos, en fin, esta otra observación del mismo médico, relativa á un obrero, panadero de Lyon, que, habiéndose masturbado más de ocho veces en una velada, se presentaba el 15 de Abril de 1864 en la clínica de M. Gailleton para un flujo uretral acompañado de dolores durante la micción, de infiltración ganglionar y de frecuentes erecciones.

Afecciones de la próstata.—Eyaculaciones sanguinolentas.—Dolores funiculares y testiculares.—Orquitis.—Atrofia del testículo. — La flegmasía, sea aguda, sea crónica, no se localiza siempre en la mucosa uretral á consecuencia de la masturbación, sino que puede extenderse asimismo á las vías genitales y á las vías urinarias profundas, ó atacar primitivamente á las diversas partes de estos aparatos. La próstata, las vesículas seminales, el epididimo y el testículo inflamándose, han dado lugar más de una vez á prostatitis, hipertrofias prostáticas, dolores epididimiarios y funiculares más ó menos intensos, eyaculaciones

(4) Tesis de París, año 1865.

sanguinolentas, orquitis, y hasta atrofias del testículo.

Lallemand (1) habla de manualizadores atacados de retención de orina, por hinchazón de la próstata, que ha tenido que sondar, y señala, entre otros, un caso de prostatitis, que se terminó por supuración á través del periné, y cuyo paciente quedó resentido para toda la vida.

Leroy d'Etiolles (2) señala, á consecuencia de maniobras de polución, una uretritis mocopurulenta, acompañada de hipertrofia prostática y de catarro vexical, en un sujeto de quince años.

Cuenta, además, la historia de un joven, atacado de retención de orina, atribuída en un principio á un cálculo vexical, y que en seguida se reconoció como consecuencia de una hipertrofia considerable de la próstata, engendrada por la práctica excesiva de la masturbación.

Tissot (3) refiere el hecho de un adolescente, de diez y seis años apenas, que se había entregado con tanta impetuosidad al abuso genital, que no segregaba sino sangre en vez de esperma, y cuya emisión dió lugar á grandes sufrimientos y á la flegmasía de todos los órganos génito-urinarios.

---

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 481.
(2) *Cours d'Urologie*, 18 Junio, año 1845.
(3) *Loc. cit.*, páginas 61 y 62.

El Dr. Deladauterie (1) ha consignado la observación de un joven manualizador, de erecciones cortas y dolorosas, que en sus poluciones no emitía más que sangre medio coagulada, negruzca ó amarillenta, cuya cantidad era á veces de una cucharada.

«Yo he tenido—dice Kaula (2)—ocasión de prestar mis cuidados á un joven de diez y siete años, que, habiendo repetido sus maniobras hasta provocar doce eyaculaciones durante el día, había emitido en último término una cierta cantidad de sangre roja por el miembro; á pesar de los baños generales y locales, de las bebidas demulcentes, de las sanguijuelas, de las cataplasmas emolientes, etc., una orquitis sobrevino, acompañada de vivos dolores en los riñones, y de una disuria violenta.»

«Yo mismo—escribe aún Kaula—he mencionado el hecho de un militar de veintisiete años, que no había conocido jamás mujer, según sus declaraciones repetidas, y que, á consecuencia de una masturbación desenfrenada, había sido atacado de un flujo. Esta blenorragia había persistido durante más de tres años; en un principio, el enfermo emitía hasta sangre; más tarde, á la menor fatiga, el flujo se dete-

(1) *Journ. de méd., chir. et pharm.*, tomo XXVII, página 367.—Año 1823.

(2) *La spermatorrhée*, páginas 123 y 124.—París, Labbé, 1846.

nía y el testículo se inflamaba. Desde esta época siempre habían existido alternativas de uretritis y de orquitis. Este militar murió.»

Lallemand (1) dice: «Muchos de mis enfermos habían experimentado verdaderas inflamaciones agudas de los testículos, á consecuencia de maniobras repetidas con una especie de furor.... y uno de ellos no era todavía púber cuando le sucedió este accidente.»

Al lado de la orquitis es preciso colocar los dolores á lo largo del cordón y en los testículos, de los que Lallemand, Kaula, Deslandes, Doussin-Dubreuil (2) y porción de otros especialistas, han hablado. Por último: la atrofia de la glándula seminal ha podido, en casos raros, provenir de la polución provocada.

A. Schwartz (3) refiere en su tesis: «Algunas veces los testículos se atrofian. Yo he visto un joven militar, en el cual estas partes, por efecto de este vicio, habían quedado reducidas al tamaño de una habichuela.»

Brodie (4) cuenta la historia de un joven de veinte años, que ingresó en 1805 en el hospital Saint-Georges, por sufrimientos en el testículo izquierdo. Este órgano, de un tercio menos

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 482.
(2) *Lettres sur les dangers de l'onanisme*, etc., página 64.
(3) *Loc. cit.*, pág. 17.
(4) *The London Med. and Phy. Journ.*, Octubre, 1826.

grueso que el derecho, estaba flácido y blando, y antes de atrofiarse había sido el asiento de una tumefacción muy dolorosa. Este enfermo, que presentaba el carácter sombrío y melancólico tan frecuente entre los manualizadores, no había recibido jamás golpe alguno en el testículo, no había tenido blenorragia alguna, y, por otra parte, confesó que, entregado á la polución voluntaria desde hacía cinco años, raramente dejaba día sin masturbarse á lo menos una vez.

Cistitis.—Catarro vexical.—Después de las enfermedades genitales, se debe colocar el grupo de las afecciones urinarias, que aislamos aquí de las precedentes, pero que muchas veces coexisten en los pacientes, gracias á la conexión de los aparatos genital y urinario, y marchan á la par, formando de esta suerte un conjunto mórbido, cuya sintomatología saliente pertenece, según los individuos y según el momento, tan pronto al uno, tan pronto al otro de los dos aparatos en cuestión.

La cistitis del cuello (1), la del cuerpo, el catarro vexical en sus diferentes grados, han sido observados á consecuencia de excesos de masturbación, por prácticos serios y dignos de fe. Aquí, un manualizador se queja de tenesmo

(1) Véase Lallemand, *Observaciones* 54 y 55, tomo I, pág. 338.

vexical, que sobreviene después de cada maniobra; allí, otro es atormentado por deseos de escreción que una contractura del cuello le impide satisfacer á su antojo. «Muchos—dice Lallemand (1)—han tenido irritaciones de la vejiga y de los riñones, caracterizadas por una secreción abundante de orina sanguinolenta, por un deseo continuo de evacuarla : algunas veces su escreción era hasta involuntaria.»

En su artículo sobre las hemorroides, del *Diccionario en sesenta volúmenes* (2), Montegre, que considera el catarro vexical como un síntoma de la dilatación varicosa del plexo venoso del cuello de la vejiga, señala, entre las causas predisponentes de esta afección, «especialmente esas titilaciones repetidas que entretienen durante largo tiempo en las partes un semiorgasmo, que no es terminado por crisis alguna;» titilaciones que no son otras sino prácticas de polución.

Incontinencia de orina.—Estrangurria.—Disuria.—Hematuria.—Retención de orina.— Si tales desórdenes y alteraciones pueden afectar las funciones y los órganos urinarios, y si es fácil darse cuenta de la fluxión de la flegmasía que en estas partes engendran, sostienen y desarrollan las prácticas repetidas del

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 482.
(2) Tomo XX, páginas 651 y 655.

masturbador, ¿cuánto más fácil es aún explicarse la génesis de accidentes análogos ó más graves, desde el momento que se recuerdan los procedimientos extraños y brutales, y los instrumentos peligrosos puestos en uso por algunos con el objeto de llegar á la voluptuosidad? Que se piense en las observaciones que hemos presentado en nuestro segundo capítulo; que se relean con cuidado, y que no se extrañen, como lo ha hecho más de un escéptico, viendo á los especialistas reprochar á la manualización, tener á veces, por resultado consecutivo, disuria, estrangurria, hematuria, retenciones é incontinencias de orina, y hasta nefritis.

Heridas.—Estrecheces de la uretra.—Traumatismo de la próstata de la vejiga.—Cálculos vexicales.—Para no volver sobre hechos ya expuestos, es por lo que descuidamos señalar las heridas, las contusiones, las estrecheces uretrales, las perforaciones y los desgarros de la próstata, ocasionados por la introducción en el canal urinario de los objetos más disparatados y vulnerantes; por esto es por lo que pasamos en silencio los cálculos vexicales, cuyos núcleos son partículas de caña, judías, espigas de cereales ó de gramíneas, botones, trozos de madera, alfileres, etc., etc.; por lo mismo, en fin, no queremos detenernos en las deformidades locales ni en la gravedad considerable de las

operaciones necesarias para la extracción de todos estos cuerpos extraños.

Heridas del pene.—Gangrena.—El temor de las repeticiones nos impide también volver y detenernos sobre las contusiones, las heridas, la gangrena del dermis del miembro y de los cuerpos cavernosos que los anillos metálicos, los lazos constrictores, las extrañas encarcelaciones del miembro, engendran en imprudentes refinados, y á las que suceden muchas veces cicatrices viciosas y deformantes. Ya hemos consagrado, por otra parte, á este propósito páginas llenas de hechos tan curiosos como concluyentes.

Varicocele.—Hemos encontrado entre los jóvenes muchos casos de varices testiculares, funiculares, que tenían por origen la polución genital. Más de un autor, como nosotros, ha reconocido y señalado esta causa de varicocele.

El médico inglés Curtis (1) escribe á este propósito: «Esta es una enfermedad que toma su origen en una relajación general del sistema arterial y venoso, relajación que proviene de diferentes causas, pero más ordinariamente del acto contranatura de la masturbación.»

Breschet expone la misma opinión en una memoria leída, el 13 de Enero de 1834, á la

(1) *De la Virilité,* pág. 29.

Academia de Ciencias ; y Deslandes (1), que recuerda esta autoridad, añade que, por su parte, ha visto muchas veces la dilatación varicosa de las venas del testículo y de los cordones entre los masturbadores.

En fin: en su tesis inaugural *Essai critique sur l'étiologie du varicocèle* (2), el Dr. A. Carré, que considera, con razón, como causa principal inmediata de esta afección el repetido aflujo sanguíneo en los órganos de la reproducción, coloca en primer término de las causas eficientes mediatas del varicocele la práctica habitual de la manualización. Para él la polución voluntaria obra en la génesis del varicocele genital, no solamente por el aflujo muy frecuente de sangre en las venas, sino también por la fatiga que determina en la fuerza y las potencias de los cremásteres y el darthos. Esta congestión local, esta debilitación muscular, no son especialmente producidas por la manualización, sino que se declaran igualmente á consecuencia de excesos de copulación, se nos podrá objetar ; á esto responderemos con A. Carré : «La masturbación debe ser considerada como una causa mucho más común que el coito, puesto que aquí es el abuso mucho más frecuente, sobre todo en la

(1) *Loc. cit.*, pág. 344.
(2) *Thèses de Paris*, n.º 106. Año 1866.

época en que se declara el varicocele más frecuentemente, en la época de la pubertad (1).»

Relajación del escroto.—La relajación de las bolsas es tan común en los sujetos que tienen la costumbre de polucionarse, que hay pocos escritores que no hayan colocado la relajación escrotal entre los signos físicos locales del abuso genital. Aquí todavía es el desgaste, la degeneración de los cremásteres, del dartos, de las diversas cubiertas de la glándula espermática, las que sustraen á estos tejidos, modificados á la larga, su poder de resistencia y de contractilidad. En general, este estado mórbido no es más que molesto, pero en algunas ocasiones constituye una verdadera deformidad. Curtis, debajo de una lámina dedicada á la reproducción de una relajación escrotal, atribuída por él á la masturbación, escribe: «En algunos casos, que han pasado ante mis ojos, el escroto y los testículos pendían del abdómen hasta doce pulgadas, y parecían querer arrastrar el vientre consigo, ocasionando al paciente dolores mucho más vivos de los que causa el varicocele, y acompañados de deposiciones líquidas como en la disentería (2).

Espermatorrea.—Una de las consecuencias más graves, y sin embargo más frecuentes

(1) *Thèses de Paris*, n.° 106, Año 1866, pág. 34.
(2) *De la Virilité*, pág. 31.

de la polución voluntaria, es la espermatorrea ó polución involuntaria, enfermedad tan poco conocida antes de los trabajos de Wichmann y de Sainte-Marie, y después tan magistralmente estudiada por el profesor Lallemand en su imperecedera obra. Júzguese de la potencia causal de la masturbación sobre la génesis de las pérdidas seminales, teniendo en cuenta que de 109 tabescentes observados por Philips, 97 atribuían el origen de su estado mórbido á las prácticas manuales, á que estaban acostumbrados.

No tenemos que hacer aquí la historia de esta afección de síntomas múltiples y complejos, cuya descripción exige un volumen; queremos tan sólo explicar sucintamente su patogenia y mostrar cómo llega á ser espermatorreico un masturbador.

Más arriba hemos visto que la frecuente repetición del acto manual determinaba á veces flegmasías violentas de la uretra; en la mayoría de los casos no es así, y la congestión local, diariamente renovada, no da lugar sino á una excitación, á una irritación, en un principio pasajera, y en un momento dado permanente, del revestimiento uretral. Esta irritación, una vez establecida, no permanece fatalmente estacionaria, sino que, por el contrario, puede extenderse, por continuidad de tejido, á los puntos y canales eyaculadores, y de aquí á

las vesículas seminales y canalículos espermáticos, engendrando por su presencia una impresionabilidad, una susceptibilidad tanto más marcada, cuanto que más deteriorados están los órganos del sujeto por gastos nerviosos y plásticos.

Véase lo que sucede entonces: el testículo, sobrexcitado, segrega precipitada y abundantemente un producto que los canales deferentes llevan demasiado pronto á sus reservorios, mórbidamente susceptibles. Esta evacuación apresurada, solicita inmediatamente una nueva remesa espermática, para lo cual la glándula pide en vano á la sangre materiales ausentes, y de los que aprende á prescindir. Poco á poco el círculo patológico se establece, y apenas llegado el semen á las vesículas, es expulsado convulsivamente, para ser reemplazado por otro, cada vez menos fisiológico, que sufrirá idéntica suerte. De tal manera, que de un lado el esperma más débil, más líquido, menos oloroso, privado de elementos fecundantes, no tiene la facultad de determinar, después de una cierta permanencia en las vesículas, las erecciones francas y naturales, que son un signo de su madurez, y que estas últimas decrecen en intensidad, en duración, en frecuencia, acabando por no presentarse más que imperfectas y hasta nulas. De tal modo, que, por otra parte, contrayéndose las ve-

sículas á intervalos aproximados, adquieren más irritabilidad, y, por lo tanto, facilidad para vaciarse, bajo la más ligera influencia, á la presentación de una idea lasciva, á la audición de una música erótica, al simple frotamiento del glande ó del prepucio contra las sábanas del lecho, durante los esfuerzos mínimos de la defecación y de la micción.

Tal es el mecanismo de la formación de la espermatorrea, que, apenas manifiesta en un individuo, llega á ser la causa de su mantenimiento y cronicidad (1).

Hipersecreción de las glándulas de Cowper. —*Prostatorrea.*—Estas dos afecciones, de las que la primera carece de importancia, pero la segunda es capaz, á la menor alteración del régimen, de cambiarse en prostatitis aguda, hacen en ocasiones bien desgraciados á los que de ellas se ven atacados, empujándolos á la más negra uretromanía. Ambas enfermedades atacan en ciertos casos á los masturbadores, y tienen una génesis análoga á la de la espermatorrea, lo que nos dispensa de detenernos. Tienen asimismo con esta última otro punto de semejanza, cual es el de no aparecer á veces sino á un momento ya distante en que los

(1) Para más detalles puede verse *La Espermatorrea* del mismo autor, páginas 58 á 117, versión española, Madrid, 1884, *El Cosmos Editorial.*
(N. del Traductor.)

sujetos se masturbaban y cuando no pensaban tener nada que temer de su antigua costumbre; lo que parece demostrar la persistencia del mal que en ciertos individuos ocasiona el abuso genital.

Impotencia temporal. — Gran número de autores, acusando á la polución voluntaria de provocar la impotencia ó inaptitud para la copulación, han cometido un error, que no se debe dejar subsistir más largo tiempo. Esta enfermedad es más pronto consecuencia de la espermatorrea que del abuso genital. No se refiere, por lo tanto, á éste sino de una manera mediata é indirecta, á lo menos la mayoría de las veces. En general, cuando un manualizador es impotente, es porque ha tenido pérdidas seminales nocturnas, de las que no se ha dado cuenta, ó aun porque sufre evacuaciones espermáticas diurnas,—durante la defecación y la micción,—que desconoce tanto más, cuanto que ignora la posibilidad de su existencia. Fuera de este caso, no creemos que pueda ser atacado de impotencia verdadera permanente.

Lo que se ha tomado por tal, no era sino una frigidez temporal, que sobrevino á consecuencia de prácticas abusivamente repetidas en un corto espacio de tiempo. Pasaba entonces en el órgano copulador, incapaz de erección, lo que pasa en un miembro cansado, incapaz

de movimiento, es decir, una fatiga en relación con el trabajo ejecutado, y que exige un reposo más ó menos largo; pero esta incapacidad de erección no es la impotencia, lo mismo que la incapacidad de movimiento no es la parálisis.

Si los escritores de que hemos hablado más arriba hubiesen tenido cuidado de señalar este hecho, no hubieran proporcionado á la crítica el derecho de tacharlos de exageración, y hubieran, con razón, podido decir que la impotencia considerada de esta suerte se ve todos los días en los que se masturban, y que ella es la mayor parte de las veces la que arrastra á estos desgraciados á ensayar esos modos raros y peligrosos de polución, de los que se leen con asombro los numerosos ejemplos.

Infecundidad temporal.— Si la infecundidad ó ineptitud para la procreación es común en el tabescente, se halla lejos de suceder lo mismo en el manualizador, y así se podría repetir á este propósito lo que acaba de escribirse relativamente á la impotencia. En muchos casos, á la verdad, la masturbación engendra en los órganos secretores ó excretores del semen atrofias, obliteraciones, estrecheces y flegmasías con flujo; estados todos que pueden destruir la vitalidad de los zoospermos, y por consecuencia hacer nacer la esterilidad.

Pero esta infecundidad es solamente enton-

ces el resultado de esos estados especiales, que hubieran podido tener una génesis distinta del hábito manual. Deduciéndose de aquí, como para la impotencia, que la inaptitud para la procreación, á veces consecuencia secundaria del abuso genital, no debe con más razón que esta precedente enfermedad ser clasificada entre las consecuencias primitivas de la polución voluntaria.

Muchas veces, si la verdadera fecundidad es durable, no es directamente achacable á la manualización: no podemos decir otro tanto de la esterilidad temporal. Ésta se encuentra muchas veces, casi constantemente, aún en los sujetos que repiten sus prácticas á intervalos demasiado próximos, diariamente, por ejemplo, y con mayor razón muchas veces por día, como el joven citado por Lallemand, que confesaba haberse masturbado 3,650 veces, por término medio, en cinco años, desde la edad de trece á la de diez y ocho años.

La proximidad de las evacuaciones obra en este caso, no destruyendo el poder fecundante del esperma, sino impidiendo al semen adquirir su fuerza creatriz, que no posee sino al cabo de cierto tiempo de permanencia en las vías genitales: obra, decimos nosotros, no matando los zoospermos, sino impidiéndolos desarrollarse en las vesículas seminales y adquirir un vigor fisiológico.

El espermatozoide, en efecto, aun cuando nacido en las profundidades de los canalículos seminíparos, no sale completo del testículo, se desarrolla, crece y sufre transformaciones excesivamente importantes en los canales deferentes, para no llegar á un estado perfecto,—es decir, á poseer una cola recta y no arrollada, á ser móvil y no inerte,—sino en las vesículas seminales.

Ahora bien : si la masturbación vacía frecuentemente estos reservorios y solicita de este modo la apresurada llegada de una nueva cantidad de esperma que va á arrojar precozmente aún, es evidente que no deja á los espermatozoides el tiempo de crecer, de estar dotados de movilidad caudal y de adquirir la facultad fecundadora; la mas turbación produce, por lo tanto, en los que á ella se dan, una infecundidad temporal, que cesará solamente después de un reposo genésico que permita á los zoospermos seguir en paz su evolución normal.

Desviación de los puntos eyaculadores.— Esta es una consecuencia mórbida particular á una sola clase,—por otra parte limitada,—de los manualizadores ; queremos hablar de los que en el momento de la eyaculación comprimen de uno ú otro modo la base del miembro, á fin de evitar la salida, fuera de la uretra, del líquido seminal. Ante este obstáculo, es forzado á refluir hacia la vejiga ; á la larga esta com-

presión hacia adelante del *verumontanum*, hace desviar los puntos de emergencia de los canales eyaculadores, y da nacimiento de esta suerte á una lesión anatómica de gravedad considerable, puesto que engendra bien pronto una espermatorrea ó una esterilidad incurable, por decirlo así.

§ 2.o—Afecciones generales.

La masturbación, acabamos de señalarlo en las generalidades que dan principio á este capítulo, resuena sobre el hombre todo entero, es decir, sobre su físico, sobre su intelectual, sobre su moral; así, necesario es esperar encontrarnos en la enumeración siguiente con desórdenes múltiples y variados, afecciones y alteraciones, correspondiendo á casi todos los órganos, á casi todas las funciones de la economía.

Esta diversidad de accidentes se explica, por otra parte, fácilmente, tanto por la no identidad de las constituciones y de las aptitudes morbosas propias á cada cuál, cuanto por la diferencia en la frecuencia de las maniobras: tanto asimismo por la duración del hábito, cuanto por la no similitud de la edad de los sujetos. Está fuera de duda, efectivamente, que el ser de nacimiento débil y enfermizo soporta menos bien y por menos tiempo que el ser robusto y llen

de vigor, la influencia morbosa de los abusos. Es cierto que la repetición diaria, dos veces al día, del acto nocivo, tiene resultados más prontos y más graves que su renovación bi-hebdomadaria, ó hebdomadaria. Es evidente que el púber y el impúber no son ambos afectados de igual manera, no acompañándose en éste la polución como en aquél de evacuación espermática. Es indiscutible, por último, que á la adolescencia, la virilidad, la vejez, corresponden estados patológicos especiales, por lo mismo que se refieren á estos períodos vitales, sin hablar de otras modificaciones del cuerpo y del espíritu, el desarrollo, el apogeo y la degeneración de la potencia genésica.

Tales condiciones, y no citamos más que las principales, bastan para darnos cuenta ampliamente de la desemejanza de los efectos de una misma causa: nos dan la razón de la variedad y número de las consecuencias que vamos á narrar, agrupándolas en dos series, según que se refieren á la inervación ó á los demás aparatos orgánicos.

A.—*Consecuencias sobre la inervación.*

1.° *Enfermedades de las masas nerviosas, centrales y periféricas sin lesiones anatómicas.*

Nervosismo de orden físico.—El nervosismo crónico es más bien un síntoma que una consecuencia de la masturbación. Éste es tan común entre los manualizadores, que los que

de entre ellos no son neurópatas, pueden considerarse como verdaderas excepciones. ¿Puede dudarse de esto, cuando se piensa en las modificaciones que una sucesión de actos de polución imprime á la masa cerebro-espinal, y cuando se recuerda lo que escribíamos más arriba á este propósito?

Primera advertencia de un estado anormal del aparato inervador, el mal nervioso es, según unos, una transición entre la salud y la enfermedad. Largo tiempo, acaso siempre, puede permanecer estacionario; pero á veces, con la persistencia del hábito, se acentúa, se agrava, y en cualquier momento se cambia en una afección mejor definida, en una de las neurosis con manifestaciones físicas ó psíquicas de que hablaremos más adelante.

La neuropatía,—la frase precedente lo indica,—se adhiere á los elementos que presiden los fenómenos de naturaleza somática, como á los que presiden los actos de carácter intelectual y afectivos. La mayor parte de las veces, estos dos órdenes de alteraciones se hallan á la vez en el mismo paciente; sin embargo, creemos deber hacer una división entre la neuropatía psíquica, de la que nos ocuparemos con las enfermedades mentales y la neuropatía física, de la que vamos á decir algunas palabras antes de hablar de las neurosis, de la miotilidad y de la sensibilidad.

Excesivamente variable, según los individuos, su edad y su temperamento fluctuante, y distinto en el mismo sujeto según el momento y la ocasión, este estado proteiforme es muy desagradable, y no deja de hacer á sus víctimas muy desgraciadas.

Tan pronto es una ligera desarmonía del sistema nervioso que produce inquietudes musculares, hormigueo en los miembros, adormecimientos parciales, un deseo irresistible de moverse; tan pronto es una alteración más profunda, una perturbación más marcada, que se traduce por temblores, por movimientos rápidos y desordenados, por verdaderas contracciones espasmódicas de ciertas regiones del cuerpo, y esto especialmente al anochecer y durante la noche.

Exaltando ó disminuyendo la impresionabilidad normal, el nervosismo produce en los unos anestesias limitadas y fugaces, llegando á veces hasta la parálisis sensitiva momentánea; en los otros, una extremada irritabilidad en presencia de los agentes atmosféricos: frío, calor, electricidad, humedad, sequedad.

Á éstos ocasiona sensaciones de vacuidad ó de congestión del cerebro, con aturdimientos, desvanecimientos ó vértigos; á aquellos, proporciona dolores sordos ó agudos, pero vagos y sin localización: en todos determina un malestar inexplicable, un sufrimiento que no

puede expresarse, una excitación general del cuerpo, que el vulgo llama *enervamiento*, y uno de cuyos más constantes síntomas es una especie de constricción epigástrica, de opresión análoga á la angustia de la pesadilla, y que obliga al sujeto á lanzar profundos suspiros.

Alteraciones sensoriales.—El abuso genital continuado largo tiempo, no deja de ejercer influencia sobre los sentidos; si no hace más que embotar algo la sutilidad del gusto, del olfato y del tacto, obra más gravemente sobre el oído, y especialmente sobre la vista.

En ciertos casos la agudeza auditiva se exalta, hasta el punto de hacer todo ruído doloroso para el manualizador: más frecuentemente se aminora la audición, resultando una semisordera de uno ó de los dos lados. Un fenómeno de los más incómodos, experimentado por algunos sujetos, consiste en un ruído, en un zumbido, por lo común intermitente, que se exacerba durante ó después de las maniobras, y á veces continuo y bastante fuerte para dificultar la audición y producir el insomnio. Hemos conocido un masturbador que muchos años después de haber cesado en sus hábitos percibía aún un ruído de golpeteo auricular, que le preocupaba mucho, estando como estaba en la creencia de que fuera un anunciante de la sordera próxima.

De todos los autores que se han ocupado

de la materia, ninguno ha dejado de llamar la atención sobre los desórdenes que la polución voluntaria engendra del lado de la visión. En efecto: la vista es, de los sentidos todos, el que más tiene que sufrir á este propósito.

Sin detenernos al tratar de esta cuestión en las inflamaciones crónicas, tales como la blefaritis ciliar y la conjuntivitis que se encuentran en los libertinos en general, y que, por otra parte, corresponden al sistema circulatorio mejor que el nervioso, nos contentaremos con algunas reflexiones á propósito de la astenopia y de la midriasis. Esta última, que puede acompañarse como lo ha visto Juengken, de Berlin, de una ligera desviación de la pupila hacia arriba, es un fenómeno constante: por esto lo hemos colocado entre los signos de la masturbación, lo mismo que el estrabismo, muchas veces encontrado en los manualizadores, y ya señalado en 1821 por Demours en su *Précis sur les maladies des yeux*, creemos es el resultado de una debilitación de la potencia inervadora de los nervios motores oculares; lo mismo que la midriasis es la consecuencia de una insuficiencia de la influencia nerviosa del trigémino, cuya primera rama preside á la movilidad del iris. Á un mecanismo semejante es á lo que atribuimos aún esta diminución de la agudeza visual, que puede llegar hasta la pérdida completa de la visión, esta asteno-

pia de los masturbadores, que á las veces llega hasta la ceguera completa, esta amaurosis de origen genital, de la que F. Hoffman, Tissot, Buzzi, Samson, Lallemand y otros, han presentado tantos ejemplos, que nos parece inútil citar las observaciones.

Aquí el nervio óptico está afectado en su esencia, la retina herida de indolencia, y no recibe el contingente del fluído vivificante necesario á su poder sensorial. Bien que Deslandes no sea partidario de esta manera de explicar la génesis de las ulceraciones visuales, no estamos menos convencidos de la verdad de nuestra aserción. Porque basamos nuestro modo de ver sobre la marcha lenta y el establecimiento gradual de la afección ambliópica sobre la detención de su proceso cuando cesan las maniobras, sobre su curación posible con una medicación tónica y la hidroterapia local, y, por último, sobre la ausencia absoluta, al examen oftalmoscópico, de lesiones coroideas, retinianas ó papilares, capaces de explicar el hecho.

En 1832, un escritor distinguido exponía una opinión análoga. «El Dr. Rognetta,—nos refiere Deslandes (1),—en una Memoria sobre las causas de la amaurosis, insiste mucho sobre la opinión de que el onanismo produce

(1) *Loc. cit.*, páginas 221 y 222.

esta enfermedad, consumiendo la sensibilidad del cuerpo humano. Compara este hábito con la caducidad; nada, dice él, enerva más la máquina humana que las emisiones muy frecuentes de semen, sobre todo cuando son provocadas por la mano; el espasmo que las acompaña arroja el organismo en todos los padecimientos de la vejez; entonces la retina y el nervio óptico pierden gradualmente su facultad sensitiva, que acaba por extinguirse; en fin, los masturbadores sufren desde su juventud la misma suerte que los viejos decrépitos, que terminan su existencia con esa pérdida de la vista, que se llama amaurosis senil. M. Rognetta añade que tiene por diferentes razones muchos casos de amaurosis que habían sido rebeldes á todos los medios, y que no reconocían otra causa que la *luxuria manuensis*. Refiere la observación de un joven jesuíta de diez y nueve años, nacido en Palermo, que estaba atacado de una debilidad notable de la vista: este desgraciado joven había contraído el hábito de masturbarse hasta siete veces por día, y amaba la pederastia asimismo perdidamente.»

Sería superfluo insistir más sobre este asunto, y además, como tan justamente ha dicho el autor del *Traité de l'onanisme et des autres abus vénériens*: «¿Qué nos importa el modo según el cual se pierde la vista en los

masturbadores? Lo más esencial de saber, lo que no es sino muy cierto, ¡es que pueden perderla!

Eclampsia infantil. — La gran excitabilidad nerviosa de que están dotados los niños los predispone mucho á las manifestaciones espasmódicas; así es cómo se ve todos los días que un exceso de alimentación, la presencia de ascárides en los intestinos, el trabajo de la dentición, la picadura de un alfiler mal colocado, el frote de una tela algo áspera, llegan á ser causa de movimientos convulsivos en estos pequeños seres, cuyos nervios no piden, por decirlo así, más que insurreccionarse.

Así es cómo, con razón, han colocado los nosógrafos, en primera fila de las causas de eclampsia infantil, la masturbación. Sus maniobras, en efecto, solicitando el eretismo y conduciéndole á su grado máximo, modifican bien pronto la manera de ser de la masa nerviosa, cambian su impresionabilidad normal en esa irritabilidad morbosa tan propia á la manifestación de las acciones reflejas, y arrojan la desarmonía en el juego de sus funciones.

Reflexiónese un momento: de ligero, de corto, de local y de provocado que en un principio es el espasmo resultante de las primeras poluciones, empieza, con la repetición de las prácticas, por acentuarse, no tarda en aumen-

tar de duración, prosigue generalizándose, y acaba, en un momento dado y demasiado próximo, por aparecer sin nueva provocación, de *motu proprio*, no ofreciendo además sino una lejana analogía con lo que era en un principio, porque el colapso convulsiforme inicial se ha cambiado en una verdadera convulsión. El sistema nervioso forzado, débil, pierde toda moderación, y muestra su sufrimiento por movimientos anormales y desordenados; el niño se hace eclámpsico y ofrece esos accesos que todos conocen, y cuya terminación puede ser la muerte por asfixia ó por congestión cerebral. Todos los autores han señalado esta enfermedad entre los manualizadores de corta edad; y para nosotros, más de una vez nos ha sido dado referir la génesis á tocamientos personales ó á cosquilleos ejercidos sobre el pene de los niños por nodrizas y criadas pervertidas ó imbéciles.

Contractura esencial de los miembros inferiores.—Otra enfermedad casi exclusiva de la infancia es la contractura idiopática de las extremidades inferiores. Equivocadamente es cómo se la confundía con la contractura sintomática de una afección medular; preciso es, por el contrario, considerarla como un fenómeno simpático ó reflejo desarrollado con ocasión de la irritación producida por maniobras de polución.

Guersent (1), que ha hablado el primero de esta afección, la ha encontrado sobre todo en los niños delgados, pobres, nerviosos, y que están excitados por hábitos viciosos, como el de la masturbación. Un ejemplo curioso ha citado de un niño de cinco años, que se encuentra transcrito en las obras de Deslandes y Lallemand. Este último refiere una observación personal, que merece por todos conceptos ser reproducida aquí, y que muestra, por el éxito del tratamiento apropiado, el innegable origen de la enfermedad y su esencialidad.

«En 1824,—escribe el profesor de Montpellier (2),—una mujer del pueblo me trajo un niño de ocho años de edad, privado, desde hacía muchos meses, del uso de sus miembros inferiores. Teníalos el enfermo en flexión constante, aproximados, hallándose todos los músculos contraídos: la cara estaba muy pálida, el cuerpo de una delgadez excesiva, la inteligencia muy alterada. La masturbación, causa de todos estos desórdenes, no había sido notada por la madre más que desde algunas semanas, y todo cuanto había podido imaginar para oponerse á ella no había producido ningún efecto, decidiéndose, por lo tanto, á hacer recibir á su hijo en el hospital.

---

(1) *Gazette medicale*, Febrero, año 1832.
(2) *Loc. cit.*, tomo I, páginas 463 y 464.

»No tardé en apercibirme de que debe esperarse poco de los chalecos de fuerza y otros medios análogos, cuando son empleados para sujetos empedernidos: en su consecuencia, me decidí á introducir casi en la vejiga una sonda de goma elástica, que fijé de modo que no pudiera retirarla el niño. Su presencia determinó, como yo deseaba, la inflamación de la uretra; entonces la retiré, para reemplazarla cuando el flujo hubo cesado. Sostuve así, durante quince días, un estado habitual de flógosis, que hacía el tocamiento de estas partes bastante doloroso, para inspirar la aversión. Este medio tuvo un éxito más pronto y más decisivo de lo que yo hubiera osado esperar. Al cabo de ocho días, los miembros inferiores habían adquirido bastante fuerza y movilidad, para permitir á este niño salir solo de su cama; quince días después corría alegremente por toda la casa. Entregué el enfermo á su madre, amenazándole con emplear el mismo medio si reincidía. Parece que el recuerdo del dolor ha prevalecido sobre todos los demás, porque su salud no ha vuelto á alterarse, y el crecimiento ha seguido su marcha ordinaria.»

Corea.—El corea es una afección convulsiva de la segunda infancia y de la adolescencia, bien que se haya encontrado en otros períodos de la vida. Se la ve sobrevenir independientemente de la herencia, de la imitación y

de la diátesis reumática, bajo el imperio de una viva emoción deprimente, ó de la conmoción determinada por la manualización. Á consecuencia de esta causa, se ha notado más de un baile de San Vito en niños jóvenes, mientras que nuestros predecesores nos han referido ejemplos correspondientes al sexo femenino. Sin embargo, si esta enfermedad es más rara en los niños, éstos no se hallan absolutamente indemnes : he aquí la prueba.

Recientemente una familia acomodada nos ha traído un niño de siete años, ofreciendo desde hace mes y medio convulsiones coreicas bien caracterizadas, y para las que un profesor ha mandado el cambio de aires, después de un tratamiento inútil. Nos informamos de los conmemorativos, y adquirimos la certidumbre, por una parte, que ascendentes y colaterales no han padecido jamás de reumatismo ó de enfermedades nerviosas, y, por otra, que no ha tenido jamás la ocasión de sufrir el contagio del ejemplo.

Examinado el paciente, del que además de las manifestaciones convulsivas nos chocaron particularmente la delgadez, el aspecto moroso, la mirada oblicua, y una dilatación pupilar considerable, continuamos interrogando á los padres. Éstos nos dijeron que próximamente un mes antes de la aparición de los temblores parciales precursores del corea

confirmado, su hijo había cambiado, así en lo físico como en lo moral. De juguetón, de turbulento, de cariñoso, se había cambiado en taciturno, gruñón, irritable, al mismo tiempo que de rollizo y de buen color, adelgazaba y palidecía, no obstante un voraz apetito.

Estos datos y el aspecto exterior del enfermo, despertando en nosotros la idea de la masturbación, nos obligaron á participar al padre nuestras sospechas, rogándole con este motivo ejerciera una secreta y activa vigilancia. Nuestras previsiones eran justas; algunos días después, el padre sorprendía al mocito en plena práctica matinal, y nos venía á dar cuenta de este hecho. Bajo nuestro aviso no se perdió de vista al niño un solo momento durante el día, y por la noche, para mayor seguridad, se le pusieron en las manos guantes de tela metálica. Á partir de este momento, lejos de agravarse como anteriormente, el corea permanece estacionario; después se fué atenuando poco á poco, y cedió en menos de veinte días á este tratamiento, al que habíamos añadido el uso de los tónicos y los baños sulfurosos dos veces por semana.

Epilepsia.—La epilepsia se encuentra en todas las edades, y si no se conoce absolutamente el mecanismo de su génesis, se sabe, por lo menos, bajo qué influencias se puede desarrollar. Detención de desarrollo, confor-

mación viciosa, osificación rápida de las suturas de la bóveda craneal, perjudicando á la expansión y determinando la compresión de su contenido, traumatismo de la cabeza, terror estupefaciente, cólera violenta ocasionando una conmoción brusca de la masa encefálica, son otras tantas causas de la enfermedad herculiana. Esto nos muestra que independientemente de la herencia, es bajo el imperio de una fatiga progresiva, ó de una perturbación inmediata de los órganos, ó de las funciones del cerebro, cómo nace la epilepsia. Ahora bien: la masturbación por los gastos excesivos de influjo voluntario, y sensitivo motor que solicita por las repetidas sacudidas espasmódicas que imprime al encéfalo, entraña también la desarmonía del aparato nervioso, exagera y pervierte su papel, y de este modo puede presidir á la explosión del mal caduco.

El acto genital, ¿no es una imagen reducida, pero fiel, de este estado mórbido? ¿No se anuncia el padecimiento por una especie de aura prodrómico (1), rápido, agradable, que parte

(1) La existencia del aura epiléptica no es constante, sino que en muchas ocasiones falta, como sucede en un individuo de la familia del traductor, en el que el ataque sólo se indica por el grito inicial que en este caso es la primera manifestación. Muchos casos análogos se podían citar, que quitan al argumento del Dr. Pouillet una gran parte de su fuerza.—*(N. del Traductor.)*

del órgano impresionado, y no se termina por un tetanismo, y por sobresaltos más ó menos enérgicos, según la susceptibilidad de los sujetos? Los antiguos quedan encargados de respondernos; ellos, que, notando esta chocante analogía, habían denominado al espasmo erótico *epilepsia brevis*.

Las observaciones de gran mal determinado por la manualización son muy numerosas, y seguro se está de encontrarlas por todas partes. No queremos transcribir más que algunas, elegidas al acaso, con el objeto de hacer resaltar la relación de causa á efecto, de una manera dura é irrefutable. En dos de los ejemplos siguientes, la epilepsia desaparece para siempre con las prácticas que la habían engendrado; en el tercero, bien que complicado de espermatorrea, cesó una primera vez cuando el paciente se corrigió; pero reapareció inmediatamente de entregarse de nuevo á su hábito genital. Tissot (1) refiere así una comunicación que le había hecho el autor del *Traité de l'Expérience*.

«Yo he visto,—me dice mi ilustre amigo Zimmermann,—un hombre de veintitres años, que llegó á ser epiléptico después de haberse debilitado el cuerpo por frecuentes masturbaciones. Cuantas veces tenía poluciones noc-

(1) *Loc. cit.*, páginas 32 y 33.

turnas, caía en un acceso de epilepsia perfecto. La misma cosa le sucedía después de las masturbaciones, de las que no se abstenía á pesar de los accidentes y de todo cuanto se le podía decir. Cuando el acceso había pasado, experimentaba dolores muy fuertes en los riñones y alrededor del cocix. Sin embargo, habiendo cesado esta maniobra durante algún tiempo, le curé de las poluciones, y esperaba curarle también de la epilepsia, cuyos accesos habían desaparecido. Había adquirido fuerzas, apetito, sueño y un color muy bello, después de haber semejado un cadáver; pero habiendo vuelto á sus masturbaciones, que eran siempre seguidas de un ataque, tuvo en fin accesos en la misma calle, y una mañana se le encontró muerto en su alcoba misma, caído fuera del lecho y bañado en su sangre.... Sin entrar en detalles, mi amigo añade que conoció otro que estaba en el mismo caso, y del cual he sabido que había concluído de la misma manera.»

El onanismo—escribe Esquirol (1) en su artículo sobre la epilepsia—ha predispuesto frecuentemente á esta terrible enfermedad hasta en la infancia. Un joven de doce á trece años se entrega á la masturbación; aun cuando fuerte y robusto, llega á hacerse de una suscepti-

(1) *Dictionnaire* en 60 vol., tomo XII, pág. 522.

bilidad extrema, y á la edad de quince años es atacado del primer acceso de epilepsia. Los accesos coinciden con el primer cuarto y el plenilunio, y estallan de repente: el enfermo cae, lanzando un grito; las convulsiones son generales; los ojos están abiertos y fijos; las pupilas muy dilatadas; queda muy cansado durante el día. El enfermo es de una susceptibilidad extrema, quejándose é incomodándose con el más ligero pretexto. Los tónicos, la quina, la valeriana, los baños de río, la natación, los ejercicios del cuerpo, una vida muy activa, contribuyen después de seis meses á disminuir sus accesos. Al cabo de un año no se habían renovado. La alegría de volver á ver á su madre, de la que estaba separado hacía dos años, hizo más débiles sus ataques. En fin, al cabo de seis meses del mismo tratamiento, ha vuelto á la salud perfecta. Después se ha dedicado al comercio; ha viajado mucho; su salud, sus nervios, están fortificados; casado á los veintisiete años, se encuentra perfectamente.»

Un niño,—comunica el Dr. Goupil á L. Deslandes (1),—un niño había dejado á la nodriza á los diez y ocho meses, habiendo adquirido el hábito de la masturbación. Los padres, en un principio, concedieron poca importancia á este defecto; sin embargo, á los dos años sobrevi-

(1) *Loc. cit.*, páginas 172 y 173.

nieron algunos accesos epileptiformes, caracterizados por la pérdida de conocimiento, convulsiones en los músculos, en la cara y ojos, rigidez de los miembros, y á veces caída del niño. Estos accesos se hicieron más y más próximos, siendo consultado M. Goupil. El enfermo tenía entonces tres años y medio, y no cesaba de entregarse á su insano hábito; estaba constantemente triste, moroso y como embebido. M. Goupil, que en un principio no fué advertido de la causa de esta afección, empleó diversos medicamentos sin resultado. Mejor instruído, aconsejó los medios mecánicos. Le aplicó durante las noches una especie de corsé, cuyas mangas cortas, pero muy anchas, estaban sólidamente unidas y fijadas por sus extremos de modo que mantuvieran los brazos cruzados delante del pecho; durante el día se contentaban con una gran vigilancia. Estos medios no dieron resultado completamente, consiguiendo todavía masturbarse el niño, á pesar de todo. Entonces M. Goupil le hizo llevar un calzoncillo abrochado por detrás y provisto por delante de un aparato de plata, destinado á contener las partes genitales, y horadado solamente por un punto para la salida de la orina. Este nuevo obstáculo no respondió á todo lo que de él se esperaba, y el niño aún conseguía hacer de tiempo en tiempo inútil el aparato y la vigilancia. Sin embargo, como esto

no era más que muy raramente, la gordura volvió, así como la fuerza y la vivacidad. Los accesos de epilepsia se alejaron poco á poco, y en seguida desaparecieron. Hoy este niño goza de una perfecta salud, y fuera de una notable debilidad de la memoria, no conserva señal alguna de lo que le ha sucedido.»

En los casos siguientes, la medicación es como la piedra de toque del origen de la afección.

«Un epiléptico, escribe Morel (1), de treinta y un años, estaba sujeto desde hacía muchos á los más violentos accesos, con complicación de manía furiosa, que hacía necesario el empleo frecuente de la camisa de fuerza. Este desgraciado se precipitaba con una especie de rabia sobre los enfermeros, y se hubiera roto la cabeza contra las paredes, si en estas tristes circunstancias no se hubiera podido sujetarle. La confesión que me hizo este joven de las relaciones que existían entre estos accesos epilépticos y sus hábitos onanísticos, me hizo dirigir todos mis esfuerzos hacia su moralización. Raramente he obtenido en la práctica tan penosa de las enfermedades mentales, un resultado tan consolador. Los accesos disminuyeron de frecuencia y de intensidad con la progresiva desaparición de los funestos hábitos de

(1) *Maladies mentales*, páginas 476 y 477.

este enfermo. Las facultades intelectuales recobraron una nueva energía, y una prueba de diez y ocho meses me permitió comprobar una curación, que no se ha desmentido desde hace seis años, y que, no solamente ha permitido á este joven recobrar su libertad, sino poder desempeñar fuera un honroso destino.»

«Acabo de tener ante los ojos, refiere Lallemand (1), un ejemplo de estas epilepsias, que merece ser mencionado, por muchas razones. Hace algunos meses, pasando la visita en el hospital, vi un enfermo joven, pálido, delgado, que todos los días tenía cuatro ó cinco ataques más ó menos violentos.—¿Qué edad tenéis?—le pregunté, notando la timidez de su mirada blanda y baja.—Diez y seis años.—¿Desde cuándo tenéis estos ataques?— Desde hace un año.—Veamos:—y descubrí los órganos genitales. El prepucio era desmesuradamente largo; sin más explicación practiqué inmediatamente la escisión. Al día siguiente supe por el alumno interno que no me había engañado; el enfermo lo había confesado todo: era el masturbador más desenfrenado que hubiera podido encontrar. Desde entonces no tuvo más que un ligero acceso, provocado por la cauterización de los mamelones carnosos. Durante el tiempo de la cicatrización, la fuerza

(1) *Loc. cit.*, tomo III, pág. 84.

del hábito había sido rota por efecto del dolor, y después el temor de un tratamiento más severo había obrado sobre su espíritu; probablemente también la desaparición de los ataques acabó de abrirle los ojos. Sea lo que fuere, éstos no se habían renovado desde hacía un mes, y cuando abandonó el hospital, se decía completamente corregido.»

Nervosismo de orden psíquico.—Idiocia.—Hipocondría.—Enajenación mental.—Las facultades intelectuales y afectivas tienen, por lo menos, tanto que sufrir como los aparatos orgánicos del hecho del abuso genital. Mas de una vez lo hemos señalado en el transcurso de esta obra, y más de una vez también hemos explicado por qué había de ser así. Sería, por lo tanto, ocioso volver nuevamente sobre el mecanismo de formación de las alteraciones del entendimiento y de los desórdenes morales; sería, por lo tanto, ocioso recordar otra vez, sino para fatigar al lector, los esfuerzos de la memoria, el incesante trabajo de la imaginación, la fijación constante de la atención sobre un mismo objeto, la continua pérdida de influjo voluntario, la lucha entre su hábito tenaz y la resolución de no sucumbir, etc., etc., etc. Síntoma tan común como el estado nervioso físico, con el que marcha á la par, el nervosismo psíquico es un intermedio entre la salud y la alienación mental. Y si el uno no es el

prodromo de una afección cerebral ó medular que va á aparecer ciertamente, el otro no es más que el precursor fatal de una manía próxima. Queremos decir por esto que los sujetos atacados de alteraciones morales y de desórdenes intelectuales, no son ineludiblemente destinados á la locura, bien que por muy susceptibles que sean han de ser apresados por ella en un momento dado. Según la resistencia de los individuos, el estado provisional puede desaparecer, eternizarse ó agravarse; y, para ser exactos, es preciso añadir que la mayor parte de las veces las perturbaciones psíquicas no franquean el límite más allá del que llegan á ser signos de enfermedad. La neuropatía psíquica es menos variable, cambia menos que el nervosismo físico, ó, si se prefiere, los diversos fenómenos que la caracterizan son, poco más ó menos, semejantes en todos los sujetos que de ella padecen.

En el niño y en el adolescente, permaneciendo estacionarias las facultades del entendimiento, dejan de desarrollarse; en el adulto languidecen en un principio, acabando por decrecer poco á poco; se ve con extrañeza no dar ninguno de los resultados previstos anteriormente, las disposiciones intelectuales que el primero mostraba; se percibe con pena que las manifestaciones del espíritu del segundo no tienen la limpieza ni el vigor que antes se

les conocía. En ambos se nota cierta dificultad en el funcionalismo de la inteligencia, una inaptitud progresiva hacia el trabajo mental, indiferencia y hasta repugnancia profunda por el estudio. Incapaz de fijar su atención, el manualizador es distraído, y, no obstante sus esfuerzos, apenas puede concentrar suficientemente su atención sobre un objeto, para obtener una noción justa, una idea verdadera, de la que por asociación haga salir otra.

Para todo lo que es extraño al cumplimiento de sus maniobras, se aminora su imaginación y se seca, falta de alimento; porque la memoria, de que depende, atacada en su actividad, no acude á ofrecerle los materiales de que necesita para afirmarse. De todas las alteraciones que engendra la masturbación, la más importante,—necesario es hacerlo notar,—consiste en una diminución de la memoria, que puede llegar hasta la pérdida completa, hasta la amnesia tórpida de los viejos.

De ordinario estos desórdenes son menos profundos, y consisten en una fatiga de las funciones del entendimiento; en una pereza de su funcionalismo, que los sujetos tienen dificultad en sacudir, y de la que, ¡cosa singular!, se dan perfecta cuenta. Más de uno, en efecto, señalan en una relación verbal ó escrita estos fenómenos, y se expresan como el manualizador de que habla Tissot, con frases análogas á

la siguiente : «El sentimiento está considerablemente gastado en mí; el fuego de la imaginación completamente detenido; la sensación de la existencia infinitamente menos viva: todo lo que sucede al presente me parece un sueño. Tengo más dificultad en concebir, y menos presencia de espíritu, etc. etc. (1).»

Sin embargo, muchas veces se ha visto individuos en los que encontrábanse agrupados, y en su mayor grado de intensidad, todos los signos de adormecimiento enumerados más arriba.

Incapaces de pensar, hundidos en la imbecilidad, ofrecen al observador ese aspecto especial del idiota. La mirada asustada, el aire atontado, en una palabra, la facies sin expresión, herida por un principio de embrutecimiento. Inmóviles y extraños á lo que sucede en su derredor, dejando de tiempo en tiempo escapar una fuerte risa estúpida, no salen de su letargo más que á la vista de los alimentos ó para polucionarse. Porque, cosa digna de atención, y bien apreciada por Deslandes (2), al cabo, y á medida que la inteligencia decrece y que los sentidos exteriores se aletargan, la sensibilidad genital se aumenta en ellos, como si todas las facultades se hubieran con-

(1) *Loc. cit.*, páginas 49 y 50.
(2) *Loc. cit.*, pág. 135.

fundido en una sola, cuyas proporciones llegan á hacerse tanto mayores, cuanto que las otras se acortan más.

Es en vano que ciertos escritores hayan querido borrar de las consecuencias de la masturbación la imbecilidad, la idiócia y la demencia; todos los alienistas se hallan ahí para demostrar el error, y las observaciones acuden en masa para afirmar la verdad.

«El Dr. Vogel, — escribe A. Schwartz (1), — ha conocido un célibe de unos cuarenta años, á quien el onanismo había hecho en un principio loco furioso, pero que después permanecía sumido largo tiempo en la más absoluta imbecilidad. Este desgraciado no pronunciaba jamás una sola palabra; se tenía recto, cual si se hallara privado de la vida; cerraba los ojos desde el momento que veía á alguno. La mayor parte del día tenía la cabeza inclinada adelante, permaneciendo sentado en esta actitud sobre un banco. Su ocupación única consistía en frotar uno con otro el pulgar y el índice, ó en desgarrar una carta en mil menudos fragmentos, su cara estaba pálida, desfallecida, alargada. Á pesar de esta situación, no pasaba día ni noche que no se entregara al onanismo.»

La demencia es, acaso, el género de locura

(1) *Thèse inaugurale*, pág. 15.

que se observa más frecuentemente después de la masturbación,—dice Deslandes,—y prosigue : «Yo he visto un ejemplo notable de esta enfermedad en un joven de veinte años, que, habiéndose entregado á todos los excesos de este hábito durante muchos años, perdió poco á poco, y sin poder disimularlo, sus facultades mentales, tomó aversión á sus más próximos, á sus mejores parientes, y acabó por caer en el más completo estado de demencia (1).»

«Yo he visto,—escribe por su parte Morel (2),—en un joven seminarista los hábitos onanísticos desenfrenados producir transitoriamente accesos de furor erótico, durante los cuales este desgraciado no respetaba ni á sus hermanas, ni al autor de sus días. Cuando fué confiado á mis cuidados, estaba reducido á un estado de completo embrutecimiento ; había perdido todo recuerdo; no existía en él la menor huella de sus anteriores conocimientos, que habían sido variados, según se aseguraba. No había conservado apenas ninguno de los sentimientos más naturales del hombre; era un ser degradado, un idiota, en la más completa acepción de la palabra.»

Se comprende fácilmente que lo moral, por su parte, sufre modificaciones que no ceden en

(1) *Loc. cit.*, pág. 177.
(2) *Maladies mentales*, pág. 176.

morbidez á los desórdenes de la inteligencia. Las alteraciones afectivas, primitivamente pasajeras y subsecuentes á las maniobras, no tardan en implantarse, y aun en subsistir largo tiempo después de la pérdida de los hábitos de polución en los masturbadores, á los que atormentan de un modo particular, y á quienes quitan toda quietud para hundirlos en una verdadera aflicción, que se ha visto degenerar en manías muy diversas.

El carácter se hace desigual. El sujeto desconoce toda alegría, es apático, moroso hasta la taciturnidad. Si sonríe, es con amargura; si ríe, es con una risa nerviosa, forzada, falsa.

Vergonzoso y consciente de su degradación, que cree conocida de todos y que exagera, el manualizador está torcido, molestado entre las gentes, que no osa mirar de frente. Huye la sociedad que teme, arrastrado por una timidez á veces salvaje, que conoce, pero que no puede vencer. Dominado por su vicio, sintiéndose sobre todo sin fuerza contra él, experimenta un remordimiento punzante, que le abisma en una tristeza sombría. Semejante al criminal, y sabiéndose reprensible, ama el aislamiento ó la compañía de sus cómplices, y comprendiendo que debe ocultar sus actos, usa de la mentira, que sabe manejar muy hábilmente. Tortuoso y disimulado en su lenguaje, juzgando por sí mismo á los demás, no cree en la

franqueza, erige en principio la desconfianza, y concentrándose en su personalidad, acaba por envolverse en un egoismo tenaz y á veces cruel. Ejemplo de esto el caso siguiente: «He conocido,—refiere Vanier (1),—en el hospital de los niños enfermos de París, un mozuelo de diez años, en el que el amor por el aislamiento había desarrollado una tan perversa ferocidad, que para librarse de una hermanita pequeña que le fatigaba, la mató hundiéndola un alfiler de cabeza en el oído. La justicia hizo encerrar á este niño en las Madelonnettes, donde murió tísico.»

Excitado por sus sufrimientos físicos, descontento de todos y de él, su insociabilidad le hace irritable en grado máximo, de suerte que un nada le indispone, una contrariedad le exaspera, una contradicción le pone en furiosa cólera, que agota y exagera todavía su susceptibilidad moral.

Sin vigor, sin energía, sin fuerza de reacción, débil de espíritu y de cuerpo, llega á ser el juguete de su extraña pusilanimidad. Miedoso y temblando sin razón hacia la tarde, y especialmente durante sus noches, sin sueño, ó poblado éste de visiones, al más débil crujido de un mueble, al ruído mismo del viento, siente la angustia oprimir su pecho, y anhelante,

(1) *Loc. cit.*, pág. 53.

cubierto de un sudor frío, sacudido por el terror, se levanta en su lecho presa de un indecible suplicio. Y al día siguiente, aun cuando tranquilizado por la claridad del día, piensa lleno de aflicción que el anochecer va bien pronto á traerle el cortejo de sus terrores que sabe imaginarios, pero que no dominará jamás,—se lo confiesa con rabia,—que no ha vencido en la vigilia.

¡Fenómeno extraño!: el desgraciado atacado de esta suerte, conoce el origen del desorden de sus órganos afectivos, ó sea la filiación; no ignora el remedio; pero arrastrado por el hábito, persuadido á sí mismo de que lucharía en vano contra él, no intenta siquiera el combate, ó lo hace sin valor, y sufre más todavía de esta resignación forzada que del mal moral de que es víctima, rodando así por una pendiente que se siente incapaz de remontar, y que le llevará fatalmente á la locura.

Si las modificaciones psíquicas no alcanzan, en efecto, en todos los masturbadores este grado de intensidad, y no ofrecen á veces sino débilmente perfilados los trazos dibujados más arriba, en algunos son todavía más acentuadas, y cesando entonces de ser simples alteraciones compatibles con la razón, deben entonces ser consideradas como síntomas de enajenación mental, puesto que se acompañan de aberrantes ideas y alucinaciones.

El paciente ve cambiar su egoismo en misantropía ; odiando el mundo , se cree detestado, y su irritabilidad le hace amargas é imposibles toda clase de relaciones con sus semejantes.

Confinado en un círculo limitado de ideas, del que es el único objetivo , todo lo refiere á sí. ¿ Se ríe ? Es de él. ¿ Se habla bajo ? Es para murmurar de él.

Se aisla completamente y se escucha vivir; estudia y analiza sus menores sensaciones para obtener deducciones exageradas ó falsas.

La razón deserta de su cerebro.

¿Oye voces que le amenazan, ve gentes que le persiguen, cesa de responder á las cuestiones que se le presentan, seguro de que son hechas con el objeto de hacerle daño ; no quiere comer ciertos alimentos, convencido de que están envenenados? Es un lipemaníaco, juguete del delirio de la persecución.

¿Siente una enfermedad fantástica desorganizar sus entrañas; se la figura incurable por los médicos; asegura que no tiene remedio; está convencido de que su muerte se encuentra próxima, de que su agonía principia? Es un hipocondríaco, pobre víctima del aburrimiento, abocado á las ideas de suicidio, que visitan frecuentemente sus largas veladas dolorosas.

Sépase que no exageramos.

Esquirol, Pinel, Voisin, Morel, en Francia;

Holst, en Noruega; Fleming, Ellis, Friedreich, Ellinger y todos los alienistas alemanes, han acusado á la masturbación de engendrar la locura. El último ha encontrado 83 veces la polución provocada como causa de enajenación mental en el asilo de Wurtemberg: Guislain, en sus lecciones orales sobre las *Frenopatías* (1), ha dicho: «La costumbre de los tocamientos solitarios hace nacer una porción de males: la enajenación mental, la melancolía, la manía, el suicidio, la demencia, con parálisis sobre todo. He aquí un joven, de veintiocho años próximamente, á quien la masturbación ha reducido á un estado al que se puede dar el nombre de demencia y de manía. No se le puede dejar libre el uso de sus manos, y hay necesidad de someterle á una vigilancia rigurosa, á fin de impedir, á lo menos durante el día, que se entregue á sus hábitos de excitación. La influencia de esta causa se deja conocer en él por no sé qué temores y fantasmas que radican en su espíritu.

»Se comprueba en él una sensiblería, una hipocondría especial, una profunda indiferencia de carácter y una debilitación muscular general. Es de los sujetos á quienes esta causa arroja en un estado de postración extrema, de crecimiento tanto más pronto, cuanto que

(1) Tomo II, pág. 61.

los excesos son cometidos en un período más próximo á la pubertad.

»Cuando veáis un joven de uno ú otro sexo llegar á hacerse enajenado, no se deberán jamás perder de vista las relaciones genésicas.

»Estas relaciones pueden ser el amor, un amor violento contrariado; un amor desgraciado, y entonces es fácil deducir de aquí la conexión que existe entre estas causas y la alteración mental: pero cuando la enajenación se declara sin que se pueda indicar su origen, es preciso, en los jóvenes y en la inmensa mayoría de los casos, dirigir la atención sobre el vicio del onanismo.

»Entre los jóvenes es en quienes se debe sospechar la existencia de esta causa. Sin embargo, las emisiones espermáticas pueden en los casados engendrar la enajenación mental. Esto sucede principalmente en los ricos, que llevan una vida inactiva y que se entregan en la intimidad conyugal á relaciones abusivas. Esquirol ha dicho que la enajenación mental en los ricos proviene muchas veces del onanismo, y la experiencia prueba la exactitud de esta observación.»

Tissot poseía de Rast, hijo, médico de Lyon, la observación de un joven de Montpellier, estudiante de medicina, á quien mató la masturbación. «La idea de su crimen había impresionado su espíritu de tal suerte, que murió

en una especie de desesperación, creyendo ver el infierno abierto á su lado y pronto á recibirle (1).»

Esquirol, que en el artículo LOCURA del Diccionario en 60 volúmenes ha escrito: «La masturbación es señalada en todos los países como una de las causas frecuentes de locura; arroja en la melancolía, conduce al suicidio, etc. (2),» vuelve sobre este asunto en el artículo SUICIDIO (3): «Puedo asegurar—dice—que muy frecuentemente he visto el suicidio precedido del hábito de masturbación. Lo mismo sucede con el abuso de las bebidas alcohólicas. Estas dos causas agotan la sensibilidad, sumen en la languidez ó en la desesperación. Estas dos causas producen también un gran número de alienados.... Los individuos debilitados por una de estas causas, caen en la lipemanía, y entonces no formulan otros votos que el de librarse de la vida, de cuyo banquete no tienen fuerza para gustar cualquier placer.» Y más lejos (4) este alienista célebre relata con detalles la historia de un lipemaníaco, que durante un año hizo cuanto pudo por dejarse morir de hambre, y cuya enajenación provenía de que, no habiendo podido

(1) *Loc. cit.*, pág. 26.
(2) Tomo XVI, páginas 190 y 191.
(3) Tomo LIII, pág. 249.
(4) Ibid., pág. 258.

ser dispensado del servicio militar, este joven de veintinueve años se había entregado á la masturbación, á fin de llegar á estar enfermo y obtener su licencia.

En este caso, el suicidio no fué consumado; pero no siempre sucede lo mismo, como puede juzgarse por la observación siguiente de A. Schwartz (1): «He visto en Lille un militar joven, de buena familia, que estaba atacado, desde hacía muchos años, de todas las calamidades de la masturbación: su memoria era tan débil, que apenas había proferido algunas palabras, cuando ya no se acordaba de ellas. Un día, habiéndose retirado á su alcoba, tuvo aún tentaciones por este vicio, á las que no pudo resistir; pero apenas hubo acabado, se puso furioso consigo mismo, y para castigarse, se arrojó, en su desesperación, desde la ventana del cuarto piso, rompiéndose la nuca.»

Satiriasis.—Todos los escritores que han hablado de la masturbación la han acusado de engendrar la satiriasis: todos los que se han ocupado de la satiriasis señalan la masturbación en su etiología. Y sin embargo, á pesar de nuestras investigaciones, no hemos podido encontrar una sola observación que venga á confirmar esta opinión de una manera seria é innegable. Los casos de satiriasis, poco

(1) *Loc. cit.*, páginas 14 y 15.

numerosos por otra parte, que se conocen, son, sin excepción, imputables al exceso de continencia, á un amor contrariado, al uso de afrodisíacos, y á las afecciones cerebro-espinales. Ninguno, lo repetimos, se refiere auténticamente á la polución voluntaria, porque este hábito, á pesar de cuanto se ha dicho, no es jamás origen de la satiriasis, de la satiriasis clásica, cuyos síntomas patognomónicos son, como se sabe, un delirio especial, la turgescencia peneal y deseos insaciables de copulación con la posibilidad, caso de abandonarse.

Sin embargo, si, como quiere L. Deslandes, se modifica la definición de esta enfermedad, y se considera como un estado exagerado de celo, que impone despóticamente el deseo del acto genital y arrastra inrazonadamente á practicarla de una manera cualquiera, entonces preciso es admitir que esta monomanía es frecuentemente la consecuencia de la masturbación. En tal caso son satiríacos todos aquellos cuya voluntad está aniquilada, y que, á su pesar, se polucionan incesantemente: los que no pueden ceder á las reprimendas, á los castigos, á los consejos de la razón, á los ruegos de sus parientes; satiríacos son esos masturbadores que, subyugados por sus pasiones, no tienen el pudor de aguardar la hora del aislamiento; y delante de todos, en presencia de su familia, se abandonan cínicamente á sus insa-

nas ansias. Satiríacos son, en fin, los que, no obteniendo ningún resultado de sus maniobras ordinarias, recurren á esos modos bizarros, dolorosos, hasta monstruosos, de los que tantos ejemplos hemos reproducido.

Habremos acabado con los desórdenes de la inervación sin lesiones apreciables, después de detenernos un instante sobre la aversión hacia las mujeres.

Aversión hacia las mujeres.—Comúnmente los manualizadores dejan de serlo cuando han ejecutado el placer natural del coito; pero esta regla no se halla sin excepción. Algunos, de hábitos arraigados, de facultades psíquicas fuertemente quebrantadas, conservan y mantienen, por el contrario, una indiferencia, digamos más, una repugnancia profunda hacia el sexo opuesto.

Esta perversión extraña parece obedecer á dos causas, si dejamos á un lado la timidez, á propósito de la que nos hemos extendido largamente. Estas son: 1.°, una depravación genésica, análoga, por otra parte, á las demás psicopatías, tales como la sodomía ó la bestialidad, que hace no experimente el individuo voluptuosidad sino bajo la influencia de solicitaciones particulares y de actos cumplidos de una manera especial; 2.°, una debilidad del miembro, una semiimpotencia que no autoriza la copulación, pero que basta todavía para

la masturbación. Y lo que confirma todavía esta última aserción es que el individuo no manifiesta su desprecio hacia la mujer sino después de haber intentado infructuosamente en muchas repeticiones el congreso intersexual.

Más de un autor ha hablado de la alteración que nos ocupa. Alibert ha citado en sus *Nouveaux éléments de thérapeutique* (1) un curioso ejemplo, que su extensión nos impide reproducir. Tissot (2), antes que él, había contado la historia de un joven iniciado en la manualización por su preceptor, y que, apenas casado, cayó en una profunda melancolía, engendrada por su repugnancia para las relaciones conyugales, unida á la aniquilación producida por sus actos anteriores.

Deslandes (3), que no creía sino en la primera de las causas enunciadas por nosotros, ha escrito: «Una depravación moral de otra especie puede resultar del abuso de la masturbación. El espíritu, habituado á buscar el placer en un determinado círculo de ideas, en una serie toda particular de sensaciones, no puede encontrarle en otra parte. Los goces del onanismo son entonces los únicos que el mas-

---

(1) Tomo II, pág. 52.
(2) *De l'Onanisme*, etc., pág. 66.
(3) *Loc. cit.*, pág. 143.

turbador puede experimentar. La unión de los sexos no tiene atractivos para él: no se entrega á ella más que con repugnancia, y coloca las sensaciones que le proporciona muy por debajo de las que sus prácticas solitarias le procuran. El sentido genital, el poder de proceder al acto venéreo y de procrear, subsisten; solamente los gustos depravados han tomado la plaza de los gustos legítimos.»

Lallemand, en fin, partidario de la segunda causa, ha trazado las líneas siguientes, bien dignas de ser relatadas:

«Los masturbadores desenfrenados están separados de las mujeres por su pasión solitaria. En el principio, sobre ellas era sobre quienes se dirigían sus pensamientos, para embellecer un ser ideal con todos los encantos de una perfección imaginaria; pero la costumbre que les domina cambia poco á poco la naturaleza de sus ideas, y no les deja para la realidad sino indiferencia. En fin: más tarde las erecciones se hacen muy fugaces y demasiado incompletas para que puedan en adelante pensar en relaciones sexuales; pero todavía pueden entregarse á su furor, no obstante la flacidez casi absoluta en que permanecen los tejidos erectiles.

»Desde entonces, las más bellas mujeres no les inspiran más que repugnancia, disgusto, y acaban por experimentar una aversión

instintiva, un verdadero odio hacia todo el sexo. No se atreven siempre á expresar claramente su pensamiento entero á este propósito, por el temor de dejar sospechar su vicio vergonzoso y el humillante estado á que les ha reducido; pero no pierden ocasión alguna de vengarse de la repulsión que piensan inspirar al otro sexo, y que le inspiran, en efecto, por una reciprocidad instintiva casi inevitable.

»Yo he oído confesiones bien tristes sobre esta desgraciada perversión de un instinto, que parecía deber ser el más poderoso, el más inalterable de todos. Últimamente aún, he recibido, del único heredero de una gran familia, una carta llena de confidencias parecidas. «Yo »no puedo ver,—me dice este enfermo,—en la »mujer más bella, más que una repugnante »máquina de carne. *A. disgusting mechanism »of flesh.*»

»Los órganos marchitos no despiertan en ellos deseo venéreo alguno; no resulta ninguna inclinación hacia el otro sexo, ningún pensamiento que le sea favorable, ninguna imagen voluptuosa que pueda referirse (1).»

2.° *Enfermedades de las masas nerviosas con lesiones anatómicas.*—Al lado de estas neurosis, cuya génesis hemos atribuído á modificaciones especiales de la inervación, vamos á co-

(1) *Loc. cit.*, tomo III, páginas 114 y 115.

locar las enfermedades á las que esta vez corresponden lesiones materiales apreciables.

La masturbación es siempre quien las engendra, pero es otro mecanismo el que las determina. Aquí, en efecto, el abuso genital obra alterando la circulación del aparato céfalo-raquídeo. De una parte, el aflujo sanguíneo que solicita en los centros nerviosos, los irrita por su repetición, los fatiga, los deteriora, y da lugar á irrigaciones irregulares, á éxtasis parciales, á congestiones lentas, á subinflamaciones, á una nutrición mala, deficiente, nula ó exagerada, de una parte de las cubiertas ó de las mismas vísceras. Por otra parte, estos desórdenes, ya graves y capaces de manifestaciones mórbidas propias, no permanecen estacionarios, y á veces son el punto de partida de exacerbaciones flegmásicas y de cambios histológicos, como la degeneración y la atrofia: esto se comprende fácilmente, si se piensa que en la generalidad de los manualizadores el elemento nutricio de la sangre ha perdido muchas de sus cualidades esenciales, y no es más que un líquido acuoso, pálido, mal oxigenado, privado de sus proporciones normales de fibrina, de sales y de hierro.

En este grupo nosológico se encuentran afecciones cerebrales y espinales.

Enfermedades cerebrales.—Estas primeras se hallan lejos de ser frecuentes; por error es

por lo que buen número de autores han citado observaciones múltiples, sin reflexionar que, leyendo atentamente sus ejemplos, venía la convicción de que lo por ellos dado como consecuencias, era, por el contrario, las causas de polución genital. Así que, no nos detendremos á hablar de la apoplejía, fulminante ó no, de los tumores ó abscesos enquistados, cerebrales ó cerebelosos: y no haremos sino señalar la congestión y la flegmasía meníngea crónica.

Congestión y neuralgias.—Á veces la congestión encefálica nacida de la polución voluntaria, presenta los caracteres clásicos que se le conocen; así es cómo hemos tenido ocasión de ver un caso bien marcado en un joven de diez y nueve años. Ordinariamente sus síntomas son menos claros, menos acentuados, y no consisten más que en la soñolencia, tontera, torpeza y dolor cefálicos, con pesadez fatigosa en los miembros. Lo más generalmente está circunscrita, y se traduce especialmente por fenómenos de irritación precisa, demostrando su localización en las raíces de ciertos nervios craneales, como el trigémino.

Para nosotros las cefalalgias, las jaquecas nocturnas ó matinales, que señalan los jóvenes y los niños, son en muchos casos las manifestaciones de este estado congestivo del cerebro á consecuencia de actos abusivos.

Si con atención se leen las relaciones de sus sufrimientos, escritas por los masturbadores, se nota que más de uno han sufrido y señalado neuralgias supra y suborbitarias, entre otras, de forma intermitente, que aparecían y se exacerbaban en ocasión de las prácticas acostumbradas. Contentémonos con recordar este paciente que escribía á Tissot: «Que sentía en la cara, cuando se entregaba al onanismo, un dolor semejante al que le hubiera causado la aplicación de un gran número de alfileres.»

Meningitis crónica.—Los autores, y entre ellos Racle,—para no citar más que uno,—han dicho que el abuso de sí mismos podía entrañar el reblandecimiento cerebral; sin negar esta posible consecuencia, no podemos, sin embargo, dar prueba verídica. Pero no diremos tanto de la meningitis crónica.

Seguramente es rara, cuando no se acompaña de tuberculosis; sin embargo, se ha encontrado: testigo esta observación que publica Deslandes en 1817, en un trabajo que lleva por título *Examen des differentes formes que peut prendre la phlegmasie des meninges:*

«El enfermo era un mozo de siete años, entrado en el hospital de niños al principio del año anterior. Este niño...., que se había dado mucho á la masturbación, estaba ordinariamente atacado de movimientos convulsivos

durante este acto; acabó por caer en un verdadero estado de idiocia. Su repugnancia para toda clase de ejercicios era extrema, y permanecía en un estado casi continuo de inmovilidad. Sus fuerzas se debilitaron, sus miembros se atrofiaron, y, en fin, súbitamente fué atacado de una ceguera casi completa. El oído, y generalmente los sentidos externos, presentaban asimismo una debilitación grande. Se empleó, mas en vano, el galvanismo y otros medios. Este enfermo murió, y á la autopsia del cadáver se encuentra una inflamación muy marcada de la porción de las meninges que sigue el trayecto del seno longitudinal superior. La superficie del cerebro pareció también inflamada á algunos asistentes.»

Enfermedades espinales.—La prolongación raquídea parece estar directamente interesada por la polución genital. Está fuera de duda, en efecto, que las lesiones de la médula espinal capaces de afectar á los manualizadores, son menos raras, si no son menos graves, que las del cerebro.

Ligeras ó acentuadas, se les ha visto radicar sobre los diversos puntos que separan el occipital del coccix; sin embargo, se les encuentra más frecuentemente en la región lumbar, como si la parte más próxima á los órganos genitales debiera ser asimismo la más frecuentemente atacada por sus abusos.

Irritación congestiva. — Neuralgias. — La irritación congestiva de la médula espinal es muy común, pensamos, en los sujetos que no se encuentran en sus primeras prácticas, en los púberes cuyas eyaculaciones son espermáticas, y, sobre todo, en los que cometen estos actos en el decúbito dorsal, la estación de pié y la de ambulación (1), posiciones que parecen favorecer más que las otras la estancación de la sangre en el raquis y su contenido.

Á este estado enfermizo de la masa nerviosa espinal, es á lo que deben referirse las sensaciones anormales, los sufrimientos particulares, los dolores especiales radicantes en un espacio circunscrito ó á lo largo de la columna vertebral, las irradiaciones lancinantes del tronco y de los miembros, y los desórdenes de la locomoción, de que se quejan los masturbadores. Sobreviniendo gradualmente, no aparecen desde un principio, sino en el momento de las maniobras; estas alteraciones se implantan poco á poco, y acaban á veces por llegar á hacerse permanentes, hasta el día que vienen á ser reemplazadas por síntomas más graves, cuyo carácter denota una lesión medular profunda.

---

(1) La estación de pié especialmente parece ejercer una marcada influencia en las irritaciones congestivas de la médula espinal. *(N. del Traductor.)*

Según la intensidad y la extensión de la irritación congestiva, según que todavía afecta un solo orden de raíces nerviosas, ó las dos á la vez, la sintomatología difiere: así, no debe causar extrañeza la variedad y el número de sensaciones que acusan los pacientes.

Éste se queja de un peso incómodo, de una impulsión, de un anudamiento, sea entre las espaldas, sea en la región torácica íntero-posterior; el de allá de un dolor sordo ó vivo, de una quemadura ardiente, corriendo de la nuca á la pelvis; este otro de calambres bruscos, de adormecimientos de los miembros pelvianos, alternando con temblores, inquietudes musculares, contracciones articulares, hasta de fugaces sacudidas convulsivas.

Hemos conocido un sujeto de veinte años, con los miembros superiores temblorosos, que nos confesaba no poder coger ningún objeto sin dejarle caer, los días que se entregaba á sus hábitos genitales. Este era el menor de los accidentes de que sufría. En efecto: además se hallaba torturado por punzadas intercostales, braquiales y lumbares.

Su aspecto nos recordaba este masturbador de que habla Tissot, y á quien escribía: «He tenido la desgracia en mi juventud, creo que entre ocho y diez años, de contraer esta perniciosa costumbre, que prontamente ha arruinado mi temperamento; pero, sobre todo, des-

de hace algunos años estoy en un abatimiento extraordinario ; tengo los nervios extremadamente débiles ; mis manos están sin fuerza, siempre temblorosas y cubiertas de sudor continuo; tengo violentos males de estómago, dolores en los brazos, en las piernas, algunas veces en los riñones y en el pecho , frecuentemente tos; mis ojos son débiles y quebrantados; mi apetito es devorador, y sin embargo adelgazo mucho y tengo todos los días muy mala cara (1).»

Van-Swieten ha referido uno de los casos más originales, en el que la irritación espinal ha sido el origen de fenómenos curiosos y útiles de conocer.

Se trata de un joven á quien este gran médico cuida inútilmente durante tres años , por dolores vagos, chocantes, generales , con percepción de frío y de calor por todo el cuerpo, pero especialmente en los lomos , y que se había proporcionado por la masturbación. Habiéndose calmado, un poco después el paciente fué presa de una pseudo-sensación de frío, talmente intensa en los muslos y en las piernas, que continuamente se calentaba cerca de una chimenea, aun en medio del estío. «Yo admiré, especialmente durante todo este tiempo,—dice Van Swieten, — un movimiento continuo de

(1) *Loc. cit.*, pág. 41.

rotación de los testículos en el escroto ; y el enfermo apreciaba en los lomos un movimiento semejante, que le era muy penoso (1).»

Como las neuralgias cefálicas, de las que decimos unas palabras precedentemente, las neuralgias del tronco y de los miembros no reconocen otra causa, en los manualizadores, que la irritación congestiva de las partes nerviosas, en sus raíces ó á su salida de los agujeros de conjunción. No tenemos otras pruebas que su aparición durante ó inmediatamente después de las maniobras, y su desaparición rápida, si no son inveteradas, en seguida que el sujeto se corrige.

Soportable en los unos, es en otros atrozmente dolorosa; un masturbador nos decía un día que creía sentir á los perros desgarrarle y roerle los riñones; mientras que otro asimilaba su sufrimiento al que debe producir la introducción lenta y profunda en las carnes de agujas enrojecidas al fuego.

No somos sólos en pensar que en la médula espinal es donde debe buscarse el origen de los dolores engendrados por la polución voluntaria. Deslandes emitía una opinión análoga cuando escribía: «Persuadido hasta no más de que la mayor parte de los dolores llamados reumatismales son neurálgicos , y que

(1) Tomo II, pág. 46, *Aphorism.* 586.

un gran número de neuralgias proceden de una afección de la médula espinal, yo estimo que hay razón para suponer esta afección, siempre que se los encuentra, en los masturbadores (1).»

En fin: las erecciones permanentes ó el priapismo de que á veces están afectados los individuos, jóvenes ó viejos, deben aún, según nosotros, ser atribuídas á la irritación medular. Seguramente el priapismo es de los más raros: sin embargo, se ha notado en niños polucionados por sus nodrizas, y Cœlius-Aurelianus ha citado el caso de un viejo que fué atacado después de haberse entregado á tocamientos manuales.

Congestión espinal.—Acabamos de decir que la congestión invade más generalmente la médula espinal de un modo lento y ligero. En este caso, no da lugar más que á fenómenos de irritación, de los que algunos no carecen muchas veces de importancia, como se ha podido notar por el resumen precedente. Para ser completos, debemos añadir que á las veces se declara la congestión con una violencia y una rapidez sorprendente. Véase un ejemplo:

Un viudo de treinta años, bien constituído, se manualizaba cada noche después de la muerte de su mujer, que remontaba á tres me-

(1) *Loc. cit.*, pág. 184.

ses. No había experimentado hasta entonces ningún accidente notable de este modo de proceder, á no ser una sombría tristeza, que se podía atribuir á la muerte de su compañera. Pero cierta mañana, después de dos eyaculaciones provocadas casi una tras otra, encontrándose en el lecho y en decúbito dorsal, nuestro hombre fué presa de un temblor brusco de los miembros inferiores, con rápidos movimientos de flexión y extensión de las piernas y muslos, al que inmediatamente siguió una paraplegia, sin parálisis sensible, del recto y de la vejiga. Esta afección duró cuatro días, asustó mucho al enfermo, y se disipó á continuación de la aplicación, dos veces renovada, de sanguijuelas á la región sacra.

La congestión aquí afectaba la parte inferior de la médula espinal, y no dió lugar á ninguna degeneración orgánica consecutiva. No sucede lo mismo en la observación que vamos á reproducir. En ella, en efecto, la región cervical es la que se ataca, siguiéndose, por lo tanto, una parálisis general; aquí, por otra parte, sucede al estado congestivo una inflamación, un reblandecimiento; la mielitis crónica, de donde procede la permanencia y la agravación de los síntomas.

El joven de que se trata tenía veinte años, y se había entregado sin freno á la masturba-

ción: la enfermedad que presentaba no podía ser atribuída á otra causa.

Cuando fué admitido en la clínica de Dupuytren, en el Hotel-Dieu, en Setiembre de 1813, la afección remontaba á dos años.

La invasión de la parálisis había sido brusca como un relámpago; el individuo había sido privado de todos sus movimientos de una manera súbita. Los músculos del cuello mismo estaban paralizados, y la cabeza caía en todos sentidos: sin embargo, después de algún tiempo, el enfermo había recobrado la facultad de sostenerla. La parálisis de los cuatro miembros había ofrecido asimismo variaciones, alternativas de diminución y aumento.

Á su entrada, el enfermo, que podía imprimir algunos movimientos á su brazo izquierdo, no podía hacer nada semejante con el derecho. Además, todos los miembros inferiores y superiores se hallaban en un estado de atrofia casi completo: sin embargo, tal estado era más avanzado en los del lado derecho que en los otros.

Gran número de medios se habían empleado sin éxito en este joven: se iban á ensayar los purgantes y las moxas en el momento de la publicación de esta observación. Dupuytren hacía observar á sus alumnos que el asiento de la mielitis respondía en este enfermo á las vértebras cervicales, y que bastaría que ascen-

diese un poco y se extendiera hasta el origen del nervio diafragmático, para que causara una muerte instantánea. Consideraba él la rabia de la masturbación, de que el sujeto había estado poseído, como la causa probable de esta mielitis, y, por consecuencia, de una atrofia de las raíces anteriores de los nervios espinales (1).

Estas congestiones bruscas, lo repetimos, son excepcionales; la mayor parte del tiempo la médula no se fluxiona más que poco á poco, emitiendo, á medida que su marcha progresa, síntomas sucesivamente más graves; torpeza en los miembros, fatiga en los movimientos, etc., hasta la parálisis más ó menos marcada, y todos estos signos mórbidos son capaces de ceder á una medicación bien dirigida, si el órgano afecto no ha degenerado, si un reblandecimiento, si una atrofia, una esclerosis, no le han invadido posteriormente.

Meningo-mielitis crónica.—No sólo la sustancia nerviosa espinal puede ser atacada, si que las meninges raquidianas. son capaces de participar de la congestión y de la inflamación engendrada por la manualización.

En estos casos, excesivamente raros, se agregan á los signos enumerados más arriba

(1) Véase en *Lancette française*, año 1833, y en Deslandes, pág. 336.

algunos otros, tales como los saltos de tendones, las rigideces y contracturas tetánicas de los músculos vertebrales, y las violentas convulsiones de los miembros, que, como es sabido, caracterizan la fluxión y la flegmasía meníngeas, y deben, desde que se las encuentra, fijar la atención y hacer suponer otra cosa que una lesión medular sin complicación.

Tissot (1) refiere una observación que, aun cuando corta y demasiado poco detallada, no por eso deja conocer menos que el masturbador de que en ella se trata estaba atacado de una meningo-mielitis crónica.

«Esta rigidez total de todo el cuerpo, de que habla Boerhaave,—escribe,—es uno de los síntomas más raros: yo no le había visto más que una vez, cuando se imprimió la primera edición de esta obra, pero en el grado más completo. La enfermedad había comenzado por una rigidez del cuello de la columna, ganó sucesivamente todos los miembros, y vi á este infortunado joven, algún tiempo antes de su muerte, que no podía guardar otra situación que la de acostado de espaldas en el lecho, sin poder mover ni los piés ni las manos, incapaz de todo otro movimiento, y reducido á no tomar otros alimentos que los que se le metían en la boca; ha vivido algunas semanas en este triste esta-

(1) *Loc. cit.*, pág. 53, sección IV.

do, y murió, ó mejor, se extinguió casi sin sufrimientos.»

Ataxia locomotriz.—Esta enfermedad, entre otros síntomas oscuros del principio, ofrece muchas veces una excitación genésica muy marcada, que no había escapado al gran observador Trousseau; puede, por lo tanto, ser una causa de excesos venéreos en los unos, de masturbación en los otros. Esto no es discutible; pero la recíproca, bien que negada, es posible. La masturbación, violentando, irritando, fluxionando la médula, puede, de igual modo que da lugar al reblandecimiento, engendrar la induración, que, después de todo, no es sino uno de los modos terminales de la congestión y de la flegmasía.

Seguramente, todos los atáxicos no han llegado á serlo después de abusos genitales; pero había que admitir, so pena de ser ilógicos, que alguno de entre ellos debe el origen de su afección á estos abusos, ciertamente más morbíficos que los excesos con las mujeres, de los que nadie, sin embargo, niega la influencia causal en la esclerosis de los cordones posteriores de la médula.

Por nuestra parte, aceptamos este modo de ver, sobre todo después que hemos encontrado en Lille, en 1876, un masturbador de unos treinta años, en el que se desarrollaba una ataxia locomotriz típica, que él mismo atribuía

francamente á las poluciones provocadas manualmente por espacio de cerca de quince años. Desgraciadamente, este hombre, que venía á nuestra consulta, cesó súbitamente sus visitas, antes de que hubiéramos podido apuntar su historia detallada.

En las obras de los genitalistas, no abundan mucho los ejemplos de este mal nervioso, lo que en realidad no debe extrañar, desde el momento que se piensa que es una afección poco frecuente, y solamente estudiada hace un corto número de años. Sin embargo, y teniendo cuidado, en Tissot y en las observaciones de los que le han precedido y seguido, se encuentran ejemplos de esclerosis de los cordones posteriores. En medio de cien detalles poco importantes ú ociosos, el lector atento encuentra aquí y allá la enumeración de algunos síntomas patognomónicos de la afección que nos ocupa, y que estos autores desconocían, como lo hemos hecho notar. Así que, faltos de cosa mejor, atribuían estos caracteres á enfermedades mal definidas, designadas por ellos bajo los nombres poco precisos de afecciones de la médula y de parálisis, ó aun bajo la denominación elástica de *tabes dorsalis*. ¡Cuántos signos no se han referido á esta consunción dorsal, que, dicho sea de paso, no es la ataxia locomotriz, como se ha escrito, como tampoco lo son la espermatorrea, el marasmo, la

mielitis crónica , ó , en fin , toda otra entidad morbosa, pero que parecen ser el conjunto , la reunión de estas entidades diferentes , confundidas y consideradas antes como una sola y misma afección, porque el trabajo de los observadores, hojeando este caos nosográfico, no había aún ensayado trazar un cuadro respectivo á la sintomatología embrollada de las lesiones medulares.

B. *Consecuencias sobre los demás aparatos orgánicos.*

Las enfermedades de los aparatos de la circulación, de la respiración, de la digestión, de la nutrición, etc., nacidos de la manualización, tienen un mecanismo de formación compleja. El abuso genital obra, en efecto, de tres maneras morbosas principales. Aquí, deprimiendo ó exaltando la sensibilidad nerviosa general, modifica la inervación especial de los sistemas, y arroja la desarmonía en su funcionalismo. Allá, exagerando la actividad de los órganos, los debilita, los gasta, determina lesiones materiales. En último término, sustrayendo inmoderadamente los materiales á la economía, que no puede reemplazarlos tan pronto como le son quitados, la empobrece y sumerge en un estado de languidez fecundo en desórdenes de todo género.

Á estos modos de nocividad , aislados ó agrupados, es á los que se hace preciso referir

el origen de las alteraciones y de las afecciones, de las que vamos á enumerar las más ordinarias é importantes, pero cuya lista no agotaremos, pues que comprende, por decirlo así, la patología casi entera.

Anemia. — Espasmo cardio-pulmonar. — Enfermedades orgánicas del corazón.—La anemia es constante en los masturbadores : no podría suceder de otro modo, porque todo en ellos concurre á este resultado : agotamiento del sistema nervioso, pérdidas espermáticas, trastornos digestivos, de los que hablaremos más adelante, pasiones tristes y deprimentes, es decir , más causas de las que serían necesarias para desglobulizar el líquido sanguíneo. Este estado, muchas veces compatible con una salud relativa, es en ciertos casos llevado hasta la más acentuada caquexia: y generalmente los que entonces son atacados son niños, en la época de la pubertad , en el momento que la economía emplea para evolucionar todos los elementos que encuentra en sí, sin desdeñar ninguno. Otra consecuencia muy frecuente se observa asimismo; es una especie de espasmo cardio-pulmonar, que caracterizan, tan pronto la sofocación ó la angustia precordial y torácica, y las lipotimias; tan pronto el anhelo, la respiración suspirosa , la angustia ; tan pronto la sofocación brusca, los síncopes y violentas palpitaciones, sea en el momento de

la eyaculación, sea aun al más ligero ejercicio físico, á la menor emoción moral. Falta de ritmo en los latidos cardíacos, pseudosensación de plenitud pulmonar, falsos accesos de asma, estos sindromas que los observadores han notado, y de los que los manualizadores se espantan, se hallan bajo la dependencia de la fatiga visceral, del agotamiento nervioso local, y de la anemia, en fin.

Al lado de estos fenómenos idiopáticos debemos colocar otros análogos, esta vez sintomáticos de lesiones orgánicas.

El exceso de trabajo impuesto al músculo cardíaco por el considerable aflujo sanguíneo, que viene, á cada renovación de la polución, á embarazar sus cavidades, agota su tonicidad, disminuye á la larga su vitalidad, y da lugar á modificaciones materiales, que son en éste una dilatación con adelgazamiento parietal, en aquél un estrechamiento con hipertrofia concéntrica, en otros una degeneración de los orificios, ó aun una asistolia, tan propia para el establecimiento de concreciones fibrinosas, polipiformes, ó para la formación de aneurismas en los gruesos vasos aferentes.

Más de una dilatación ventricular izquierda, más de una lesión grave del corazón y de los gruesos vasos, han podido ser referidas á la masturbación; pero ¡de cuántas otras no se ha sospechado el origen jamás, y han continuado

su evolución, á pesar de todo tratamiento, porque su causa ignorada, y por consecuencia no combatida, no cesaba de activar el proceso mórbido!

Tos nerviosa.—Afonía.—Laringitis granulosa.—Bronquitis crónica.—Tisis pulmonar.—Á los trastornos cardio-pulmonares de que hemos hablado, se refiere todavía un sindroma poco importante, pero muy común, y que notamos á causa de la inquietud que ocasiona á los masturbadores. Este es una pequeña tos seca, frecuente por la tarde y por la noche, y que no explica en nada el examen estetoscópico. Tiene mucha analogía con la tos de las histéricas, y, como ella, parece ser la consecuencia de una irritación nerviosa.

Lo mismo sucede con la afonía notada en ciertos sujetos y la ronquera de la voz, su debilidad, su poca extensión, su temblor, tan comunes, que se ha podido colocarlas entre los signos del hábito manualizador. Una última enfermedad de los órganos vocales, que parece ser una manifestación simpática de la consunción genital, y que se ha encontrado en más de un manualizador, es la *Clergyman's throat* de Grimm (de New-York), ó laringitis granulosa. Muy desagradable por el «hem» patognomónico, que obliga á lanzar á los pacientes á cada momento esta afección, se acompaña de una fatiga gutural especial, de

que se preocupan mucho los sujetos. W. Acton, en su obra sobre las *Fonctions et desordres des organes de la génération*, refiere dos observaciones. La una es relativa á un mozo de quince años, que vió sobrevenir su curación cesando en sus prácticas; la otra es concerniente á un joven sacerdote, en el cual la laringitis nace y se desarrolla desde el día que comienza y renueva sus poluciones.

La bronquitis crónica no tuberculosa de los masturbadores se establece lentamente, y su génesis se explica, tanto por la falta de reacción vital, cuanto por los trastornos de la circulación pulmonar y las infiltraciones mecánicas parciales que se producen á cada práctica, y acaban por llegar á hacerse permanentes.

La debilitación nerviosa, los desórdenes respiratorios, la insuficiencia de la hematosis, la aglobulia, las pérdidas repetidas del líquido seminal, la mala asimilación; en una palabra, la miseria fisiológica, es decir, la consunción general de la economía, resultando en un momento dado del abuso genital, colocan los sujetos que á él se abandonan en las mejores condiciones deseadas para que la tuberculosis se muestre y evolucione en su lugar de elección, queremos decir, en los pulmones. Por esto es por lo que, si la tisis pulmonar puede ser, como lo hemos señalado antes, la causa

de la manualización, es más comúnmente la consecuencia: todos los patólogos reconocen este hecho, y diariamente lo prueba la experiencia.

«Esta afección,—escribe Deslandes (1),—es, de todas las enfermedades graves y bien determinadas que resultan del onanismo, la que he encontrado más frecuentemente. Entre los ejemplos que podría citar, elegiré el de un joven lleno de esperanzas, que he visto sucumbir en 1833. Colocado después de un concurso y á expensas del gobierno en una escuela pública, este joven, que tenía diez y seis años, y cuya salud era anteriormente perfecta, no tarda en llegar á ser pálido, languideciente y á adelgazar, aun cuando su apetito continuara bueno y sus digestiones fuesen excelentes. Habiendo tenido algunas sospechas, y habiéndolas manifestado el enfermo, lo mismo que á otras personas que podían esclarecerlas, debí creer, según las respuestas que me fueron dadas, que el crecimiento muy rápido del cuerpo era la sola causa del estado que ofrecía el enfermo, estado, además, que se apartaba tan poco de la salud, que el joven mismo aseguraba no tener nada y encontrarse muy bien. Me limité, en consecuencia, á aconsejarle hacer más ejercicio y seguir un régimen alimen-

(1) *Loc. cit.*, páginas 244 y siguientes.

ticio muy fortificante. Sin embargo, la delgadez y decoloración, continuando en aumento, proporcionaban vivas inquietudes á los padres de este joven. Yo interrogué minuciosamente todos los órganos, sin encontrar ninguno que me presentara algunos signos de afección y que me pudiera dar cuenta del estado general del sujeto. Mis primeras sospechas volvieron entonces; pero las preguntas que hacía eran seguidas de las mismas respuestas. El enfermo, que había tenido ante la vista el ejemplo de un hermano menor á quien la masturbación había casi costado la vida, parecía también profundamente penetrado del peligro de esta costumbre.

»Sin embargo, continuaba debilitándose, hasta el punto de que un día, después de un ejercicio mayor que de costumbre, cayó desmayado; al mismo tiempo sobrevino una ligera tos seca, á la cual, sin embargo, no prestó el enfermo en un principio gran importancia. Este era el primer signo que indicaba la afección especial de un punto de la economía. Bien pronto esta tos se hizo más frecuente, y pude reconocer, por medio de la auscultación, que la respiración no era completa en el vértice de los pulmones. En este momento es cuando, acosado de preguntas el enfermo, hizo á su padre la declaración de su deplorable costumbre. La había contraído en el colegio, y no ce-

saba de entregarse á ella desde hacía dos años, y más aún en los últimos tiempos. Nada le fué ocultado de los peligros que corría; padre, amigos, médicos le hablaron el lenguaje más propio para hacerle abandonar sus secretas maniobras; los libros sobre el onanismo fueron puestos en sus manos; se ensayó, en fin, de todas maneras el despertar en él el sentimiento de la conservación: todo esto le llena de terror; pero la fuerza de la costumbre era tan fuerte en él, que no cesó de masturbarse sino más tarde, cuando la tisis había hecho progresos considerables. Sucesivamente se excavaron cavernas profundas en los pulmones; la expectoración se hizo francamente purulenta y de excesiva abundancia; los sudores nocturnos, la diarrea llegaron, y el enfermo murió en el más espantoso estado de marasmo y consunción.»

Gastralgia.— Dispepsias.— Consunción.— Hemos visto en la semiología que la generalidad de los masturbadores son, en el principio de su hábito, de una extremada voracidad, tanto más notable, cuanto que coincide con un estado de notable delgadez. Esta neurosis bulímica es un esfuerzo de la economía para reparar las pérdidas que sufre; pero se le debe considerar asimismo como la primera alteración del aparato digestivo, á la que otras seguirán bien pronto. Si esta advertencia, en efec-

to, no es escuchada, se ven aparecer en un momento dado la anorexia con sus extraños apetitos; pica y malacia; después la gastralgia con sus calambres estomacales y sus sensaciones diversas según los individuos, de comezón, de estiramiento, de quemadura, de pellizcamiento, etc., en la región epigástrica. Más tarde, los sujetos llegan á ser víctimas de las dispepsias gástricas é intestinales que acompañan numeroso cortejo de desórdenes locales y generales, como los bostezos repetidos, los eructos nidorosos, pirosis, sed insaciable, flatuosidades, hinchazón de vientre, náuseas, vómitos, desfallecimientos, arrebatos de calor, dolores cefálicos, sensaciones de vacío ó de plenitud del cráneo, vértigos, ideas negras, constipación penosa, alternando con la diarrea y la lientería.

La evacuación entonces se acentúa más y más, las digestiones son penosas, incompletas, nulas algunas veces: en estos casos raros es cuando la asimilación, no teniendo ocasión, falta de alimentos normalmente elaborados, de proporcionar al organismo los materiales de que necesita, es reemplazada por la reabsorción intestinal, y cuando la autofagia entraña fatalmente la consunción, que, si no se cuida, va á conducir al paciente hasta el último grado de marasmo. En estas condiciones, con la fiebre héctica sobrevienen, sostenidos por

ulceraciones intestinales, último resultado de la desnutrición, los flujos colicuativos, cuya terminación no se hace esperar largo tiempo.

«Un joven, á quien he prestado mis cuidados en 1832, refiere Deslandes (1), ha muerto, después de un exceso de masturbación, de una diarrea que nada pudo detener. Este desgraciado, aun cuando reducido al último grado de consunción, se entregaba todavía, inmediatamente que se le perdía de vista, á su deplorable hábito. Además, la diarrea, ó, mejor, las ulceraciones, que son entonces la causa, se muestra ordinariamente en los masturbadores, como en los tísicos cuando llegan al último grado de consunción. De este modo es cómo un joven de diez y nueve años, entregado desde su infancia á la masturbación, murió hace algunos años en el Hotel-Dieu. La más activa vigilancia, los medios mecánicos más severamente administrados, no habían podido poner obstáculo á sus fatales maniobras. La diarrea vino á unirse á sus pérdidas habituales de semen, y pereció, tres meses después de su entrada en el hospital, en un marasmo completo.»

Raquitismo.—Caries vertebral.—Caducidad precoz.—Si los hechos que preceden son casi excepcionales, hay que confesar, sin embargo, que la manualización, por este mecanismo de

(1) *Loc. cit.*, páginas 115 y 116.

perversión de la nutrición, engendra estados mórbidos muy graves en las diversas partes del organismo donde dirige su influencia nociva. Tan pronto es la anemia, la tisis y otras afecciones, sobre las que no hemos de volver. Tan pronto es el raquitismo, con sus supuraciones largas, y á veces fatales, ó en los casos más felices, con sus deformaciones tan indelebles como extrañas ; el raquitismo, que Tissot consideraba justamente como una consecuencia poco rara de la polución voluntaria, y del que Portal y A. Petit han referido más de una observación concluyente. Tan pronto aún es la caries vertebral con sus deformaciones consiguientes, de las que Sabatier y Boyer han notado el origen genital, y de la que Deslandes ha reunido en su obra cinco ejemplos, demasiado extensos para ser transcritos aquí.

Por el mismo modo de obrar de la masturbación, es por el que hay que explicar esa decoloración que hiere á los jóvenes, esa amiostenia que les hace asemejar á viejos. Cesando de recibir el contingente necesario para su entretenimiento, aminorados, por otra parte, por la desasimilación, los músculos se hacen fláccidos, delgados, y perdida su fuerza contráctil, al mismo tiempo que su poder, se fatigan y duelen al más mínimo esfuerzo. En la presión y el sostenimiento de los objetos, los miembros superiores carecen de seguridad y preci-

sión: los inferiores, sin firmeza ni vigor, vacilan y se doblan bajo la carga del tronco y de la cabeza, flaquean en la marcha y son incapaces de enderezarse contra las caídas, que se renuevan entonces frecuentemente: el cuerpo todo entero se pliega y se baja por el peso de la caducidad, que no por ser precoz es menos completa en más de un manualizador.

§ III.—Influencia de la polución sobre el curso de las enfermedades y de las heridas.

Habremos terminado este largo capítulo cuando hayamos dicho algunas palabras sobre las consecuencias de la masturbación practicada fuera del estado de salud.

Quien puede lo más, puede lo menos; y puesto que el abuso genital es capaz de engendrar por sí mismo lesiones de todas clases en sujetos sanos y libres de manchas diatésicas, debe con mayor razón poseer el poder de hacer estallar las afecciones latentes en los organismos débiles y predispuestos; debe poseer más todavía la facultad de modificar desfavorablemente y agravar las enfermedades ya existentes, sea cual fuere su origen y naturaleza. Esto es lo que tiene lugar, en efecto, y la verdad de este razonamiento se encuentra confirmada por el testimonio de la experiencia.

Locales ó generales, benignos ó graves, todos los estados mórbidos bajo la acción nociva

de la polución genital, toman un aspecto particular, un carácter especial, demostrando hasta la evidencia que los pacientes sufren los ataques de una causa perturbadora, agregada á la enfermedad primera. Su curso, en vez de ser clásico y regular, como han señalado todos los genitalistas, y su sintomatología habitual, se acompaña de sindromas extraños que desconciertan á los prácticos, y no son otros, digámoslo de pasada, que los de que hemos dado la enumeración en el capítulo IV.

Pero esto es poca cosa al lado de los efectos verdaderamente importantes de la manualización sobre la marcha, duración y terminación de las enfermedades, al lado de los resultados que se llaman cronicidad, recaída, complicación y muerte. «Los cambios funestos,—escribe A. Schwartz (1),—que sobrevienen á las veces en las heridas, las frecuentes recaídas en los convalecientes, son comúnmente atribuídas á imprudencias cometidas en el régimen, á un aire viciado, á una emoción viva del alma, etc., y no se piensa apenas en el onanismo. Una práctica de veinte años en la cirugía militar me ha convencido que esta causa es más frecuente que lo que se cree, y que destruye muchas veces en una noche lo que los cuidados del médico ó la mano del ciruja-

(1) *Loc. cit.*, pág. 23.

no no ha obtenido más que al cabo de muchos meses.»

«Sucede frecuentemente,—afirma también Deslandes (1),—y yo he visto más de un ejemplo, que las enfermedades resisten á todos los medios, sin que se pueda comprender tal tenacidad. Las sospechas vienen en fin, y se acaba por saber que el sujeto, ya masturbador antes de su enfermedad, no ha cesado, ó sólo muy momentáneamente, de llevar las manos sobre sí. Otras veces los síntomas de la enfermedad que se trataba desaparecen poco á poco; se aguarda ver reaparecer las fuerzas y comenzar la convalecencia; nada hay de esto. La debilidad, lejos de disminuir, se acrece, la delgadez aumenta, la fiebre continúa; en fin, el enfermo cae en un marasmo, sobre el que se pierde uno en conjeturas, si la funesta costumbre, que es la causa, no llega á ser descubierta. En otros sujetos es una afección, que se podía creer terminada ó á punto de serlo, y que de pronto se renueva, porque el enfermo se ha apresurado á entregarse á la masturbación, etc.»

Las enfermedades mentales se acentúan y se complican; el idiota es herido por ataques de epilepsia, y llega muy rápidamente á la completa estupidez; el melancólico, el hipocondríaco, tienen accesos de catalepsia ó de

(1) *Loc. cit.*, páginas 96-97.

éxtasis, llegando á hacerse lipemaníacos, suicidas ó dementes. Á la monomanía, á la demencia misma, se añade la parálisis general, y cesando de ser curable, la manía se transforma en embrutecimiento, ó se termina rápidamente por el marasmo ó la tisis, como lo ha notado Esquirol.

Los flujos blenorrágicos se complican con epididimitis, y pasan al estado crónico, como lo hemos visto muchas veces; los blenorreicos se exacerban y se eternizan, á pesar de las medicaciones más racionales y mejor dirigidas.

«Un cirujano ayudante mayor, — refiere Schwartz (1), — habiendo sido atacado de una gonorrea durante su estancia en París el año X, no pudo librarse de ella, á pesar de todos los socorros que se le prodigaron durante diez y ocho meses. Llamado en seguida á Boulogne, donde fué encargado de un servicio penoso, y rendido de pesares, olvidó totalmente los toques indiscretos á que estaba sujeto, y este olvido hizo desaparecer el flujo al cabo de algunas semanas, sin haber empleado el menor remedio.

Las afecciones cutáneas se exasperan; Alibert, en el artículo DARTOS del *Dictionnaire en 60 volumes*, refiere el caso de un joven atacado de una dermopatía extendida, que aumen-

(1) *Thèse inaugurale*, pág. 25.

taba de agudeza y engendraba un prurito devorador desde el momento que era practicada una polución voluntaria.

Los febricitantes tienen recaídas y ven su fiebre perpetuarse, cambiando de tipo. A. Schwartz, que anuncia este hecho, observado por él en 1811 en una comarca húmeda y pantanosa de Extremadura, cita el caso siguiente en apoyo de su dicho:

«Un joven oficial, que se había entregado al onanismo durante la convalecencia, sufrió muchas recaídas en su enfermedad, no consiguiendo verse libre de ella sino al cabo de un año. La naturaleza, en el camino de la curación, fué muchas veces contrariada en su marcha por este desgraciado hábito, y no pudo alcanzar el término de una salud perfecta sino por una gradual diminución de los síntomas. La fiebre, que en un principio era cotidiana, se hizo terciana; después, cuartana, quinta, semanal, y por último mensual. Todavía, bajo este último tipo, se repitió cuatro veces (1).»

En el traumatismo, las consecuencias de la masturbación se hallan lejos de ser no peligrosas para los individuos.

Á propósito de la ulceración de las cicatrices recientes, y con referencia á los signos del

(1) *Loc. cit.*, pág. 24.

manualismo, hemos citado ya muchas observaciones curiosas de H. Baraduc, relativas á heridos que se polucionaban, y de los que uno murió por este hecho: todavía vamos á reproducir otros dos casos tan interesantes, que pertenecen al mismo hábil observador:

«Observación IV. Después de una amputación del antebrazo, exigida por la explosión de un arma de fuego que había destrozado la mano y la muñeca en un joven de constitución vigorosa, he visto el muñón cicatrizado cubrirse de algunas ulceraciones, que han persistido durante muchas semanas, agrandándose cada día por la adición de nuevas granulaciones, hasta que, habiendo, por último, advertido al convaleciente, éste renunció á la desgraciada costumbre que había contraído desde hacía algún tiempo.»

«Observación V. Después de una amputación del muslo, en la región trocantérea, estando la cicatriz sólidamente y bien formada desde muchos días, he visto sobrevenir ulceraciones características, acompañadas de inapetencia, dispepsia, hinchazón de la cara, de los párpados especialmente, dilatación de la pupila, debilidad, languidez y tristeza. Me apresuro á dar parte de mis sospechas al enfermo, quien, después de una negación muy viva, acabó por hacerme una confesión completa, seguida del abandono de las prácticas,

que eran las solas causas de las ulceraciones. Diez días después, estas habían desaparecido, y la cicatriz de la herida era perfectamente sana y regular (1).»

Á veces la rapidez de los accidentes producidos es talmente precipitada, que en el momento que se reconoce el origen de la complicación de la herida, es ya demasiado tarde para conjurar el peligro. Véase la prueba en las dos observaciones siguientes, referidas por A. Schwartz (2), y de las que la primera está tomada á Fabricio de Hilden (3).

«Cosme Slotan,—dice este autor,—había cortado la mano á un joven que se le había mortificado de un fogonazo. Como le sabía muy ardiente, le prohibió severamente todo comercio con su mujer, á quien advirtió también del peligro. Mas cuando todos los accidentes fueron disipados y la curación estaba en buen camino, sintiendo el enfermo deseos á los cuales no quiso acceder su mujer, se procuró sin coito una emisión de esperma, que fué seguida de fiebre, convulsión y otros accidentes violentos, de los que murió al cabo de cuatro días.

»Yo mismo he observado,—añade Schwartz, —un hecho análogo en el hospital militar de

(1) *De l'ulcération des cicatrices*, etc., pág. 18.
(2) *Loc. cit.*, páginas 23 y 24.
(3) *Obser. chirurg.* Cent. I, obs. 22.

Strasburgo. Un joven oficial de artillería recibió, en el primer asedio de Kehl, un metrallazo en la pierna, que exigió la amputación. Las grandes hemorragias que había experimentado retardaron un poco la curación; pero, en fin, el muñón se encuentra casi completamente cicatrizado, el enfermo recobra sus fuerzas y la alegría ordinaria, disponiéndose á salir bien pronto del hospital. ¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando un día, en mi visita de la mañana, descubrí una mancha gangrenosa en el centro de la herida! El enfermo estaba muy debilitado, triste, y se quejaba de un frío profundo. No pude concebir la causa de un cambio tan súbito; pero los informes que tomé de los enfermos que estaban al lado de él me hicieron saber que éste había practicado la masturbación muchas veces en la noche. La gangrena hizo progresos tan rápidos, que falleció al cabo de ocho días.»

CAPÍTULO VI.

TRATAMIENTO.

Se podría admitir teóricamente que el tratamiento de la masturbación es esencialmente profiláctico, puesto que su único objeto en realidad es impedir en todos los casos los actos de polución, poniendo obstáculo al deseo, á la voluntad ó á la facultad de polucionarse. Sin embargo, prácticamente, nos parece preferible considerar de otro modo la cuestión, y dividir el tratamiento en muchas secciones, correspondiendo cada una á distinta indicación.

1.° ¿Los sujetos no son masturbadores? Es preciso hacer de modo que no lleguen á serlo; este es el tratamiento preventivo.

2.° ¿Los sujetos son masturbadores? Es preciso oponerse á sus maniobras y combatir su hábito; este es el tratamiento curativo.

3.° ¿Los sujetos padecen de una afección engendrada por la manualización? Es preciso restablecer su salud; este es el tratamiento complementario.

Este último se halla fuera de nuestro cuadro, y no hablaremos de él, porque la curación de las enfermedades consecutivas á la masturbación no difiere apenas,—desde que el paciente ha cesado de grado ó por fuerza en sus abusos genitales,—de la de idénticas enfermedades producidas por otra causa. En cuanto á las dos primeras, vamos á desarrollar los medios en el orden establecido más arriba.

A.—*Tratamiento preventivo.*—La prevención de la manualización, de la que no se debe esperar la eficacia hasta la pubertad, es, á decir propiamente, una carga de la educación; desde la cuna es desde donde hay que vigilar los seres bajo el punto de vista genital. La experiencia prueba, en efecto, que el niño, en los primeros meses de la vida, se puede polucionar, no obstante su inconsciencia, y maquinalmente repetir sus tocamientos, como renueva toda otra acción, la succión del pulgar ó el estiramiento del ombligo, cuando ha sido inclinado á hacerlo por un móvil cualquiera. Esta misión especial, que es preciso ejercer hasta el día del primer coito, no es verdaderamente activa sino en la condición de separar del sujeto las diversas y numerosas causas que le arrastrarían á la polución; así los que de ellos están encargados, deben conocer las reglas que han de seguir, los consejos que han de poner en práctica, las precauciones que han

de observar, para llegar al objeto deseado. Estos son preceptos de naturaleza diferente, pero que todos proceden de la etiología, y á los que vamos á pasar revista sumariamente, agrupándolos, según su género, en medidas higiénicas, sociales, psíquicas y médico-quirúrgicas.

Medidas higiénicas.—Descubierta ú oculta, toda la superficie del cuerpo ha menester estar sometida á los cuidados de la limpieza; las partes sexuales no escapan de la ley común, y deben, aun en la menor edad, ser asiento de lavados, frescos en estío y templados en invierno, practicados dos veces al día, al levantarse y al acostarse. De este modo se evitará la acumulación del esmegma, y á veces de las sales urinarias, entre el prepucio y el glande, así como la balano-postitis, y algunas otras afecciones del miembro y de su vecindad, de las que conocemos la potencia pruriginosa. En los niños de pecho se multiplicará el empleo del agua y de los polvos absorbentes; jamás se abandonará estos pequeños seres en pañales mojados ó sucios, si se les quiere preservar de esas dermopatías locales, pasajeras ó crónicas, nacidas de la incuria, y cuya presencia es una constante solicitación á los tocamientos. Estas abluciones no dispensarán á los niños de los baños generales apenas calientes, ni á los adolescentes de los baños de río ó de mar durante la buena estación de los

baños, con la esponja durante el tiempo frío. Estas medidas hidroterápicas obran doblemente, como tónicas, y calmando la susceptibilidad nerviosa propia de la infancia y de la juventud.

La ropa interior, y sobre todo la que debe recubrir la pelvis, los muslos y los órganos genitales, debe ser dulce, de tejido de hilo ó de algodón; los calzoncillos son, por lo tanto, necesarios bajo los pantalones, que por otra parte serán suficientemente anchos para permitir la circulación del aire, y no ocasionar ningún frotamiento. Cuídese de no poner á los pantalones esos bolsillos ántero-laterales, gracias á los cuales los individuos gozan la posibilidad de tener incesantemente bajo los dedos el pene y sus anejos.

Es preciso proscribir del vestido esos capotes ingleses, esas capas españolas ó alemanas, tapando los miembros superiores, y no consentir sino los gabanes con mangas, que permiten á todos ver lo que hacen las manos.

Por la noche se pondrá á los niños una camisa ancha cerrada por abajo, y que contenga el cuerpo, como lo haría un saco.

La alcoba, más bien fresca que caliente, estará privada de todo perfume sutil y trastornante: el lecho carecerá de edredón; las almohadas y colchones no contendrán pluma, sino, por el contrario, paja ó crin. Antes de

colocarse el sujeto, suficientemente fatigado para dormirse en seguida, en el decúbito lateral izquierdo, se tendrá cuidado de hacerle vaciar la vejiga. Durante el sueño, de siete ú ocho horas lo más de duración, los brazos estarán fuera de los cobertores, y las manos se habituarán á colocarse bajo la cabeza ó la oreja, como lo aconseja Fonssagrives. El levantarse seguirá inmediatamente al despertar. Esta regla no sufrirá excepción alguna en estado de salud. La alimentación, de buena calidad y confortante, no debe ser excitante; no se compondrá jamás de guisados, ni ragouts especiados, caza, carnes negras asadas y mechadas, trufas, setas, ostras, crustáceos ni otros afrodisíacos de que hemos hablado; los alcohólicos serán proscritos de la alimentación de la juventud, á la que no se permitirá más que un poco de vino mezclado con mucha agua (1).

Se guardará de administrar las correcciones sobre las nalgas: lo mismo en los juegos ofrecidos á los pequeños se evitará hacerlos

(1) Esta prescripción, tan categóricamente sentada, tiene mucho de arbitraria é impracticable; pues, en efecto: ¿cuántos jóvenes se ven á cada momento, en los que la anemia que les consume, la miseria fisiológica, el escrofulismo, etc., etc., reclaman imperiosamente el empleo de los reconstituyentes de todo género, entre los que el vino puro ocupa un muy preferente lugar?

(N. del Traductor.)

saltar á horcajadas sobre la rodilla, costumbre muy repartida en las familias, y sin embargo nociva, como la que consiste en dejar jugar reunidos, sin reparo, niños de sexos diferentes, bajo el vicioso pretexto de sus pocos años.

Á los niños muy excitables se les prohibirán los paseos en carruajes que tengan movimientos bruscos; el balanceo enervante de las mecedoras, los viajes en buque de cabeceo muy pronunciado. En fin, hacia la pubertad, será útil suprimir el velocípedo y la equitación, sobre todo en pelo, ó cuando menos prohibir la marcha llamada galope corto.

Pero, en cambio, lo que es necesario aconsejar, y aún ordenar á la infancia y á la adolescencia, y sobre todo hasta la nubilidad, los ejercicios físicos; porque necesitando una fuerte corriente de los centros nerviosos á los órganos en movimiento, producen bien pronto una tranquilidad de la masa espino-cerebral, una diminución de la excitabilidad, y procuran un sueño pronto, calmado y fortificante; porque, tonificando al cuerpo, le fatigan y vuelven poderosamente el espíritu de toda concepción mal sana y erótica.

No se olvide jamás: el ejercicio corporal es el más seguro medio preservativo de la masturbación, lo mismo que acaso el mejor remedio curativo.

Medidas sociales.—Entre las personas de una moralidad probada, es donde se buscarán las nodrizas, las niñeras, lo mismo que los criados que estén á su lado; así y todo, se ejercerá sobre ellas una vigilancia secreta y permanente. Demasiado se sabe que las unas por lascivia, las otras por estupidez, y con objeto de calmar, de distraer, de dormir sus angelotes, no vacilan en palpar, frotar, cosquillear los órganos sexuales de estos pequeños seres.

El temor de la soledad, esa mala compañera de la infancia, debe hacer dar amigos á los adolescentes; pero la elección será minuciosa y severa, para que el contagio, la enseñanza directa, no destruyan en un solo día el fruto de años enteros de cuidados. En todo caso, que los padres velen, que no dejen á los jóvenes camaradas aislarse en una intimidad demasiado grande, que llega á ser, por decirlo así, una complicidad disfrazada bajo las exterioridades encantadoras de la amistad.

En la familia: téngase cuidado de la diferencia de sexos; que no se abandone en el mismo lecho al hermano y la hermana; que se mantenga á los niños lejos de los cuartos donde se visten las mujeres y las jóvenes: la promiscuidad es madre de la depravación, despierta los sentidos y la imaginación, proporcionando elementos á la curiosidad nativa y tenaz de la juventud.

Los que tienen medios, que hagan instruir sus hijos ante su vista : los demás, que los tengan en casa el mayor tiempo posible. Aquí está su sitio, y ciertamente que los niños no perderán nada con ser enviados muy tarde al centro de corrupción de los colegios, liceos, pensiones y otros lugares de instrucción. Todos estos puntos, preciso es decirlo, no son sino focos públicos de manualización solitaria ó mutua, y peor todavía. Y para nosotros permanecerán lo mismo, todo el tiempo que nuestros gobernantes no decreten la supresión del internado de los alumnos. En vano se redoblará la vigilancia en los dormitorios, patios, salas de estudio, enfermería, rincones más secretos. En vano se cambiará el plan defectuoso de los estudios. En vano se comprenderá mejor la higiene escolar, disminuyendo la longitud monótona de las clases , declarando la gimnasia obligatoria, aumentando las horas de reposo al aire libre, reemplazando la dura madera de los bancos por juncos entrelazados, haciendo tomar ciertas lecciones en la estación de pié. En vano, añadimos, es que, más cuidadosos de las necesidades físicas de la juventud, se la conceda, en fin, la parte que es necesaria de sol, de aire libre y de movimiento. Si se conserva el internado, nada se habrá hecho.

No es preciso más reclusión de los niños; no es preciso la vida en común de las pensio-

nes: esto es el *Delenda Cartago*, el grito sincero de todos los que se han ocupado de la educación, de todos los que han estudiado las causas de la masturbación.

«Si se juzga por mi propia observación,—escribe Lallemand—(1), entre diez masturbadores, *cuya salud se ha alterado inmediata ó consecutivamente*, pueden contarse nueve que se han perdido en el colegio ó en una pensión. Todo lo que he leído en los autores me ha convencido de que esta proporción no era exagerada.

«El niño, criado en el seno de su familia, está rodeado de causas capaces de despertar su curiosidad, sus deseos; pero éstos obran aisladamente, accidentalmente; no producen efectos profundos sino sobre las imaginaciones ardientes, y mil distracciones pueden separar la influencia. En el colegio estas causas no existen, pero hay otras; son menos numerosas, menos variadas, pero obran de una manera mucho más activa y más continua, sus efectos son directos y casi inevitables.

«El niño encuentra á su llegada un foco de contagio, que bien pronto se extiende hasta él, porque el mal se halla establecido de una manera endémica, y se transmite sin interrupción de los antiguos á los recién llegados. Si algu-

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 423 y siguientes.

nos individuos privilegiados escapan en un principio á estas pérfidas iniciaciones, son los que todavía no experimentan ningún placer; pero su época vendrá más tarde. Cuando los sentidos hablan, los mismos objetos se representarán entonces á la memoria, bajo un aspecto menos repugnante.

«No entraré en ningún detalle, aun cuando haya recibido revelaciones bien multiplicadas, bien circunstanciadas. ¿Cómo podría yo reproducir lo que los enfermos apenas osaban confiarme á solas y acosados por el interés poderoso de su conservación? Uno de ellos me decía aún, sin querer explicarse más : «Sabed que las infames obras del marqués de Sade no son otra cosa que églogas comparadas con lo que yo he visto.»

«Después de todo lo que me ha venido de los más directos y más variados orígenes, no temo afirmar que en ninguna parte se procuran tan fácilmente los malos libros; que en ningún sitio circulan con más impudencia y seguridad; que la causa del mal no radica solamente en los alumnos, sino también en los domésticos y los vigilantes; que los abusos no se limitan siempre á la masturbación....; que no solamente se propagan por el ejemplo y la seducción, sino que á las veces se imponen por la amenaza y la violencia. Y no se crea que hablo de hechos raros, excepcionales, y que exagero; yo no he

conocido esta vida de inmovilidad reclusa, y bendigo muchas veces la prudencia paternal; pero hablo sobre pruebas multiplicadas y concordantes. Por otra parte, todos los que se han ocupado de este triste asunto, refieren hechos semejantes. El Dr. Teraube, especialmente, habla extensamente; nada hay de exagerado en todo lo que dice, y esta es la mejor parte de su obra.»

Lo que Lallemand decía hace cuarenta y cinco años, á propósito de las casas de instrucción, puede decirse todavía hoy, sin cambiar nada. Arrójese, para convencerse, una ojeada sobre el libro de ese doctor en letras, muy al corriente de la vida de los liceos, que, bajo el pseudónimo de J. Agrippa (1), escribía últimamente en su prefacio:

«El vicio germina espontáneamente sobre este abono malsano del colegio; en tanto que sea régimen de aprisionamiento y aglomeración, el internado es mortal para las inclinaciones honestas, y,—perdónese la palabra,—para la virtud. Todas las mejoras que se podrían inventar, son inútiles.

»Clamo por la supresión del internado, la clausura de esos malos lugares, donde, bajo pretexto del latín y el griego, la carne y el espíritu de nuestros niños están picados y se atrofian sin remedio.

(1) *Loc. cit.*, páginas 4 y 5.

»Que únicamente sea debida la afección que analizo al internado, no lo pretendo; pero muestro que este la desarrolla, hasta el extremo de hacerla algunas veces incurable. Lejos de mi ánimo la idea de atacar ni á la Universidad ni á cualquier cuerpo docente: yo hago el proceso de un sistema.

»Que sean vuestros hijos instruídos fuera, bien. Pero vos sólo, padre de familia, es quien debéis criar vuestros niños, porque no existe individuo sobre la tierra que os pueda reemplazar en este cotidiano trabajo.»

Medidas psíquicas.—La higiene psíquica tiene tanta importancia como la higiene del cuerpo, sobre todo hacia la época de la pubertad, entonces que la imaginación sobrexcita la curiosidad sobre todo lo que es relativo á la generación. Así que, las precauciones no serán jamás demasiado minuciosas cuando tengan por objeto evitar á la juventud lo que podría, impresionando su espíritu, reaccionar sobre los órganos sexuales.

Téngase muy presente: la vista de las estatuas en posiciones voluptuosas, los cuadros de desnudo, los grabados ó dibujos representando las formas idealizadas de la mujer, es peligrosa por las ideas que hace nacer en los adolescentes; pero el peligro es mayor todavía cuando, en vez de obras de arte, son litografías obscenas, imágenes indecentes. Fotografías

pornográficas, litofanías lúbricas, que atraen la mirada para enseñarla brutalmente los misterios de la Venus legítima ó ilegítima.

Para que los niños permanezcan inocentes, es preciso rodearlos de personas cuyos gestos y palabras sean siempre castos : una acción indecente, una palabra de doble sentido, si no son comprendidas inmediatamente, no serán menor causa de investigaciones pacientes, que tarde ó temprano traerán la explicación.

No sabremos insistir bastante sobre la prohibición de toda novela de amor, y con más razón de todo libro insano, cuyas páginas, díga-se lo que se diga, están llenas de tentaciones trastornadoras, y sobre todo de descubrimientos fatales para los jóvenes.

Es preciso también proscribir á estos últimos el baile con el enervamiento de sus cadencias y de sus perfumes, con el desvanecimiento de las nacaradas espaldas de las bailarinas.

En cuanto á las representaciones teatrales, de las que no exceptuamos ni los cuadros vivos ni las pantomimas, esos pretextos para la exhibición de mujeres bonitas medio vestidas : en cuanto á los conciertos de música sentimental que embriagan como las vueltas de vals; en cuanto á las reuniones de todos géneros que pueblan una nube de mujeres de provocantes sonrisas, de miradas lánguidas y atra-

yentes, de coqueterías llenas de reticencias, estos son enérgicos afrodisíacos, hechos para los gastados libertinos, y de los que sin compasión se debe privar á los jóvenes púberes.

Para reemplazar estos placeres justamente prohibidos, se insistirá en los paseos en compañía de alegres y francos camaradas : se organizarán excursiones á la campiña, á los bosques, á las montañas, y viajes, de que la juventud se muestra tan deseosa. Se inculcará desde muy temprano al niño una pasión honesta y practicable; la de la pintura, de la escultura, de las bellas letras; se le inspirará el gusto cautivante de las colecciones botánicas, entomológicas, ú otras.

Esta es una edad, en efecto, en la que los juegos ofrecen pocos atractivos, y en la que es necesario alejar la ociosidad, capaz de arrastrar, como se sabe, en el mal camino la imaginación, que no pide, por otra parte, sino apartarse cuando no está morigerada por la razón.

En fin : llegará un momento en que no se dudará en revelar al joven el objeto natural de los órganos de la generación, poniéndole en guardia contra su uso prematuro y contra su abuso. De este modo, estamos convencidos, se ahogarán las sugestiones temibles de esa curiosidad sexual, que no retrocede ante nada por saber. En este momento de la vida es cuando, como

hemos dicho más atrás, se procede equivocadamente dejando á los jóvenes en la absoluta ignorancia de la acción de ciertos órganos. Haciendo un misterio de su papel, ellos aperciben, sienten la reserva que les opone una delicadeza mórbida é incomprensible; se extraña en un principio, después su imaginación se pone de esta parte, y no tarda apenas en descubrir lo que con tanto cuidado se intentaba tener oculto.

«La reserva,—decía Londe (1) en el mismo sentido,—la reserva que la rutina adopta sobre estas delicadas materias, produce muchas veces efectos nocivos. En este caso, como en otros mil, no son las luces las que perjudican á los hombres, sino más bien el modo cómo las reciben; las explicaciones oportunas dadas á este propósito por personas razonables no pueden tener más que un resultado ventajoso, puesto que para evitar el peligro es preciso conocerle; pero el menor descubrimiento hecho por un niño, sea en un libro obsceno, sea en la conducta poco reservada de las gentes que le rodean, puede tener para él consecuencias perniciosas. La ventaja que el maestro ó el padre de familia obtiene de instruir él mismo al adolescente sobre la nueva facultad que en él se desarrolla, es la de impedirle buscar entre

(1) *Nouv. elem. d'Hygiéne*, tomo I, pág. 167.

los criados corrompidos, ó entre los niños de su edad, preceptores ó confidentes. La segunda ventaja no es sino consecuencia de la primera; poseer su confianza entera, y poder, por lo tanto, apreciar exactamente el grado de inclinación al pecado, del cual trata de hacer diversión.»

Terminemos añadiendo que el sujeto, habiéndose hecho púber, se halla dotado de un temperamento erótico, contra el cual la lucha sería vana, no quedando más que un recurso: la relación sexual. Preferible es, en efecto, ver al sujeto hacer uso moderada y naturalmente de sus órganos, aun con los riesgos de una afección curable, que verle entregarse á la masturbación. Más de un genitalista es de este parecer, que compartía un gran filósofo, á quien no era extraño nada de la educación, y que formula su opinión en las líneas siguientes:

«Desconfiad del instinto: sería peligroso que él enseñara á vuestro alumno á cambiar sus sentidos y á suplir las acciones de satisfacerlos: si una vez conoce este peligroso suplemento, está perdido. Sin duda valdría más aún.... si los furores de un temperamento ardiente llegaran á ser invencibles, mi querido Emilio, yo te lo ruego; pero no contrabalancearé un momento, no sufriré que el fin de la naturaleza sea eludido. Si es preciso que un tirano te subyugue, te entrego por preferencia

á aquel del que puedo librarte; suceda lo que quiera, más fácilmente te arrancaré de las mujeres que de ti (1).»

Medidas médico-quirúrgicas.—Gran número de afecciones, lo hemos visto en otra parte, pueden tener una influencia exclusiva sobre la génesis de la masturbación. Así que, es preciso, por una higiene bien comprendida, prevenir estos estados mórbidos, y si no se consigue, atacarlos vigorosamente desde su aparición. De este modo es cómo se tratan, mediante procedimientos adecuados, las enfermedades cutáneas de las partes sexuales y de su vecindad: eritema, eczema, herpes del prepucio, del escroto, del ano y de la porción superior de los muslos, intertrigo de los pliegues interglúteo y fémoro inguinal, prurigo de la ingle, y sobre todo de la margen anal y del limbo prepucial, etc., vigilando además para evitar la repercusión, más frecuente de lo que se piensa, de estas afecciones sobre la uretra. Por una medicación especial se impedirá la irritación uretral que desarrollan habitualmente el cálculo y la gota; se combatirá la diarrea crónica, la disentería, la rectitis, y desde un principio la constipación y la hemorroides. Las vegetaciones de la región génito-anal serán destruidas, y se operarán sin tardanza las

(1) J. J. Rousseau, *Emile*, I, IV.

fisuras y fístulas del ano (1), los pólipos y los estrechamientos uretrales, así como los cálculos de la vejiga. Se advertirá á los sujetos atacados de uretritis aguda, virulenta ó no, del priapismo nocturno, que complica muchas veces su flegmasía, tratando especialmente de evitar la manifestación de este síntoma, y tratando enérgicamente la enfermedad en sí misma. No se dejará eternizarse la balanopostitis ni la blenorrea, y se dispensará de aconsejar ligeramente, como ciertos prácticos lo hacen aún, una abstinencia sexual absoluta á los blenorréicos, que están ya demasiado dispuestos á dejar la mujer por maniobras censurables. En la estrechez congénita del prepucio bastará la incisión simple de su superficie dorsal; pero se hará esta en forma de V cuando se una á la estrechez la prolongación de este órgano.

Se desembarazarán cuanto antes los intestinos de los parásitos de todo género: lombrices, tenias, y sobre todo oxiuros vermiculares, cuya poderosa acción sobre los órganos genitales conocemos.

---

(1) En algunos tuberculosos la presencia de las fístulas de ano es frecuente, viniendo á constituir un poderoso medio de derivación, que todos los autores aconsejan respetar, proscribiendo la operación. Ahora bien: en caso semejante, ¿deberá ésta practicarse sin tardanza, como aconseja el autor? *(N. del Traductor.)*

Se instituirá una medicación eficaz contra las dermopatías más ó menos extendidas : sarna, impétigo, eczema, liquen, urticaria y aun psoriasis : se curará el estado saburral de las primeras vías y todas las inflamaciones mucosas que por propagación ó metástasis pueden afectar la uretra, como hemos señalado más de un ejemplo. El priapismo, la satiriasis, las irritaciones y las fluxiones del cerebelo y de la médula exigirán una medicación enérgica, lo mismo que el ardor genésico-morboso del principio de la ataxia locomotriz.

No se dejará sin vigilancia á los hidrocéfalo, idiotas, cretinos, epilépticos é imbéciles; acaso se haría bien en no privar á estos desgraciados y á los locos no peligrosos de toda relación intersexual. Tal privación los empuja fatalmente al manualismo; y este hecho, ¿no determina la agravación é incurabilidad de su enfermedad?

En otro orden de ideas, se combatirá en los adultos la semi-impotencia que no permite la copulación, pero que no es obstáculo á la masturbación; se operará el hidrocele y el hematocele; se corregirán las cicatrices viciosas del miembro, y tanto como se pueda se atenuarán los inconvenientes de estas deformidades de que hemos hablado á propósito de la etiología; tan pronto oponiendo un obstáculo material al congreso, tan pronto haciéndose un obstáculo

moral por la profunda timidez con que afligen á los pacientes: ¿no se inclinan éstos, á su pesar, á los tocamientos manuales?

En los niños y adolescentes de precocidad sexual, y en todos los sujetos con idiosincrasia genital, se evitará, si es posible, emplear los medicamentos de la clase de los excitantes generales, lo mismo que ciertos productos especiales, tales como el fósforo, fosfuro de zinc é hipofosfitos, las cantáridas intus y extra, el opio en sustancia, las trementinas, etc. Se evitará también la aplicación de revulsivos en la proximidad de las partes genitales; y entre los purgantes se abandonarán los drásticos, así por la boca como en enema; se recordará, en fin, lo que hemos dicho en su lugar á propósito de la introducción de cuerpos extraños en el recto.

Por el contrario, en los individuos de gran impresionabilidad, juntamente con los ejercicios físicos, ó á falta de estos, se encontrará ventaja en utilizar las propiedades sedativas del lupulino, cornezuelo de centeno, alcanfor, digital, sulfato de quinina, belladona á pequeñas dosis, valeriana y bromuros de potasio, de sodio, de amonio, etc., etc.

No podemos terminar esta primera parte del tratamiento sin detenernos un momento en un medio esencialmente quirúrgico, es decir, en la circuncisión. Esta operación es para Vanier (del Havre) el más seguro, el sólo re-

medio preservativo de la polución genital en el niño y en el adolescente; así, según él, se debiera practicar más frecuentemente la postetomía, tan poco grave por sí misma, y, por lo mismo, tan útil por sus resultados.

«Existe,—escribe este autor (1),—un hecho de observación, que viene en apoyo de nuestra opinión: y es que, según nuestras observaciones, los niños judíos no son propensos al onanismo como los niños no circuncisos, sobre todo en la primera parte de la infancia.

»Hemos sido confirmados en esta idea por el testimonio de muchos médicos. Nos bastará citar al célebre miembro de la Academia de Ciencias, M. Lallemand. Otro hecho, que es la contra-prueba de éste, es que los niños árabes que no son circuncidados más que á la edad de trece años, no gozan de la inmunidad de los niños judíos, y son, por el contrario, inclinados generalmente al hábito del onanismo.

»La circuncisión será al onanismo para el niño lo que la castración es á los placeres inter-sexuales en el adulto. La ablación del prepucio sustrae el niño á la provocadora acción de este órgano, como la castración hecha en el hombre á los ardores de la carne....

»La circuncisión realiza entre los judíos, si no un remedio preservativo infalible, por lo

(1) *De la circoncision*, etc., pág. 147.

menos el remedio preventivo más eficaz: la vacuna misma no es un preservativo absoluto.

»La mayor rareza del onanismo en los niños circuncidados que en los incircuncisos, aun cuando no hablara por sí misma, ya sería presumible: es imposible no pensar que los niños pequeños no sean preservados de esta enfermedad, entonces que no existe el prepucio, puesto que en ellos el onanismo no procede sino de la costumbre que contraen de asir la extremidad flotante del pene.

»Estando desprovisto el glande del prepucio, la extremidad del miembro no forma más que una masa compacta menos sensible.

»Recortando el prepucio, se disminuyen, por lo tanto, las probabilidades de excitación en el niño, puesto que las ideas libidinosas no se despiertan más que á la época de la pubertad (1).

»Esta institución, que pertenece á un pasado tan distante de nosotros, no queremos desesperar de que un día, el temor de los padres y las madres por el azote del onanismo, no los decida á hacerla revivir, sometiendo sus hijos á una operación regular y sin peligro. En nombre de la humanidad pedimos la vuelta, que parece no haberse mantenido hasta nuestros días entre los judíos sino para ha-

(1) *De la circoncisión*, etc., páginas 149-150.

cernos ver sus beneficios: sabemos con qué sentimiento de repulsión consideran esta institución los que no son israelitas, y esto porque no han reflexionado, porque ignoran su valor. Dios lo sabe.... Nosotros los conjuramos; nosotros, que vemos de un lado un mal espantoso, con todo su repugnante cortejo, y del otro el dolor de una operación seguida de tantos beneficios, que este dolor cesa de ser un mal; los conjuramos á suscitar en todas las clases de la sociedad este espíritu de previsión, que haría someter los niños á una herida ligera, regular, limpia y franca, hecha, en una palabra, según las reglas de una sana cirugía, para prevenir los destrozos de esa llaga vergonzosa que se oculta, que mina el organismo de la sociedad, que gana á medida que envejece. La herida del circunciso sana y cura; la llaga de la humanidad, gangrenada en su origen en los organismos jóvenes por el gusano roedor del onanismo, se invetera y deja después de sí, en las profundidades de la sociedad, elementos de muerte, que no roen solamente las carnes y los huesos del cuerpo, sino que hieren y agostan las almas. ¡Si á la vista de tantos males causados por este veneno moral, que corre por todas las arterias del cuerpo social, nuestro libro pudiera tener la fuerza de un clamor, de un grito inmenso de espanto! Pero, ¡ve ahí!, la indiferencia le acogerá, acaso como

tantos otros; se leerá, se guardará, y no se hablará más. Que no se hable más del libro, sea; nuestro amor propio de autor lo consentirá con mucho gusto, si el remedio que propone es aceptado.

»¡Pudiéramos ver establecerse por este medio, si no la castidad absoluta, á lo menos esa aversión por las torpezas, que tendría para los individuos, para las familias, para la sociedad, consecuencias tan felices! Por piedad para las madres israelitas, la razón social de la circuncisión ha debido ser encontrada desde hace mucho tiempo. El temor de un mal mayor es la sola razón que puede sostenerles en la cruel prueba que han de sufrir en el momento que llegan á ser madres. Apenas han salido de los dolores del alumbramiento, cuando su corazón es desgarrado por los gritos de su hijo. Si, á pesar de todo, vieran las madres en la circuncisión el preservativo de un mal devorador, el dolor que les causara el sufrimiento de su hijo sería para ellas una de esas grandes necesidades contra las que su corazón de madre se fortifica aun sangrando. Á este título, ellas aceptarían para sí y para sus hijos la prueba de la circuncisión.

»Las madres cristianas, cerca de las cuales no iré precedido por la fuerza del precepto religioso, me objetarán la brutalidad del remedio. Yo podría responderles por la brutalidad

del mal y decirles: «Á grandes males, grandes »remedios;» pero es con la ciencia de los acomodamientos, con ella, cuyos progresos han realizado hoy, gracias al descubrimiento del Dr. Jackson, el ideal imposible de sustraer á los operados el dolor de las operaciones quirúrgicas (1).»

B.—*Tratamiento curativo.*—Es seguramente más fácil prevenir la masturbación en el que la ignora, que oponerse á ella en el que la practica, sobre todo de una manera habitual. Sin embargo, si se es firme y paciente, se alcanza el fin con menos dificultades de lo que se piensa; se debe primeramente rodear al sujeto que se va á tratar, de todas las precauciones que acabamos de enumerar más arriba; sabemos, en efecto, que las causas predisponentes de la manualización son igualmente causas ocasionales; preciso es en seguida investigar cuidadosamente, á fin de combatirle, el motivo especial que determina ó sostiene el deseo de polucionarse. Á veces, á la cesación del efecto sigue la cesación de la causa, cuando esta última es de orden físico. Así es cómo las abluciones genitales, por ejemplo, en caso de suciedad, como la administración de un medicamento afrodisíaco y un régimen alimenticio bien entendido en los niños de pre-

(1) *Loc. cit.*, páginas 153 y 154.

cocidad genital, la curación de un balanopostitis, de un eczema, como la desaparición de oxiuros vermiculares, de una constipación frecuente, etc., etc., han dado muchas veces por resultado el abandono de maniobras abusivas. Pero cuando la masturbación es antigua, no siempre sucede así; diremos más: que en la mayoría de los casos esta medicación es insuficiente, porque los tocamientos no están solicitados entonces sino por un móvil que no puede alcanzar, es decir, por la costumbre.

Contra este elemento causal, los medios que poseemos no son muy numerosos, en verdad, pero sí de una potencia considerable cuando se saben utilizar. Estos son la coerción; la palabra con sus ayudantes; la fatiga corporal en los unos y el coito en los otros.

Coerción.—La coerción se dirige más particularmente á la infancia y á la adolescencia; acaso podría ser posible todavía en algunos jóvenes; pero, en general, es inaplicable á los sujetos que han pasado de la edad de la pubertad, á menos que no quieran someterse por sí mismos. Comprende dos órdenes de procedimientos, que tienen por objeto impedir polucionarse al manualizador; los unos por la fuerza, los otros por el dolor. El primer orden comprende la continua vigilancia, que no abandona jamás al niño ni de día ni de noche, reprimiendo de

esta suerte, ayudándose si es necesario de un castigo, toda veleidad, toda tentativa de polución.

Este modo de obrar sería excelente si fuera práctico. Ahora bien: no lo es, porque los padres ó sus comisionados no tienen la suficiente energía ó no pueden ejercerla. Así que para suplir á esta vigilancia, más fatigosa para el que la practica que para el que la sufre, se han encontrado otros procedimientos, tales como los obstáculos materiales y los aparatos mecánicos.

Basta unas veces con aplicar á los pequeños, sea lazos que imposibiliten á los miembros superiores de alcanzar los órganos genitales, sea guantes de tela metálica que se oponen á los movimientos de los dedos, sea, en fin, una camisola abrochada por detrás, y cuyas mangas cosidas juntamente, aprisionan las manos y las fijan delante del torax.

Á los niños que se burlan de estos obstáculos, y que, á falta de tocamientos manuales, se polucionan gracias á los frotamientos de los muslos sobre el pene ó á movimientos especiales de la pelvis, se les impone además lazos para inmovilizar el tronco, obteniéndose la separación femoral por medio de rollos de estopa, de trozos de corcho ó de un instrumento de horquilla doble que se coloca en la parte interna de los muslos.

Muchas veces se han obtenido de este modo excelentes resultados, si se tiene cuidado, como quiere Descurret, de prolongar durante un año el empleo de estas trabas. Sin embargo, estos procedimientos, buenos durante la permanencia de los masturbadores en la cama, no son aplicables durante el día, y, por otra parte, son á veces impotentes en sujetos á quienes su edad ó su ingenio han enseñado á vencer las dificultades que se les suscitan.

En estos casos, es preciso recurrir sin vacilaciones al uso de esos aparatos contentivos llamados por los ortopédicos cinturas contra el onanismo, y que ha inventado J. Lafond; se componen, como es sabido, de una cota metálica en forma de falo, que debe contener y envolver los órganos genitales, y para mantenerla en su sitio, de unos calzoncillos de tela fuerte cerrados por detrás, por medio de una cadeneta. Aun cuando piensen y digan ciertos médicos que semejante vendaje bien acondicionado no es un obstáculo invencible para la polución voluntaria, es, á lo menos, uno de los mejores entre los que se pueden utilizar en todo tiempo.

El segundo orden de procedimientos de coerción comprende los medios de rigor tomados de la cirugia. Estos son la castración, la infibulación, las escarificaciones, la inyección

irritante, la sonda permanente y la circuncisión.

Sólo por memoria es por lo que mencionamos la castración, más radical que infalible, si creemos á Sprengel. ¿Qué cirujano osaría intentar este grave medio, que ningún autor ha preconizado? Por otra parte, exceptuando, sin embargo, á Simón, de Metz, en su tratado de la *Higiene de la infancia*, cuando no duda en aconsejar la ligadura del canal deferente á la arteria espermática, prefiriendo á la muerte el eunuquismo del enfermo.

No diremos otro tanto de la infibulación, que, como se sabe, consiste en pasar en el hombre un anillo de metal á través de las partes libres del prepucio, traídas delante del glande. Esta operación, tan benigna como fácil, era muy empleada por los latinos, que *ponían pendientes,* no solamente á sus hijos, si que tambien á los cantantes, los bailarines, los gladiadores, etc., obligándoles de esta suerte á una castidad forzada, que consideraban como precisa para la extensión y pureza de la voz en los unos, la flexibilidad y vigor muscular en los demás. Para nosotros, el anillo prepucial tiene la inapreciable ventaja de oponerse á toda erección, voluntaria ó no; cuando, en efecto, el miembro de un infibulado trata de ereccionarse de una parte, viene el glande á empujar invenciblemente sobre el metal; por otra parte,

el prepucio sujeto adelante y solicitado hacia atrás, sufre tirones muy dolorosos, de donde resulta la parada instantánea del aflujo sanguíneo en el tejido cavernoso del pene. Pero tiene, por el contrario, un grave inconveniente: el de hacer las abluciones locales difíciles, favoreciendo, por lo tanto, la acumulación bajo el velo póstico del esmegma, cuya presencia prolongada puede ser origen de más de una enfermedad. Si se cuida de obviar este inconveniente, sea dirigiendo bajo el prepucio y frecuentemente inyecciones de limpieza, sea en rigor desembarazando del anillo al sujeto de tiempo en tiempo para permitirle lavados higiénicos, la infibulación es uno de los mejores remedios que se pueden aplicar á los niños que se masturban.

Hemos logrado dos veces conseguir desarraigar el hábito de la masturbación con la ayuda de escarificaciones hechas en la piel del miembro con el bisturí. Por este medio se interrumpen los tocamientos, que exacerban bastante, para que los evite el manualizador, el dolor de la superficie cutánea, sembrada de incisiones, y esto tanto tiempo como tarda en verificarse la cicatrización. Este es un medio correccional y represivo, porque si es temporal, puede renovarse, y porque la idea de nuevas escarificaciones, sucediendo á las antiguas durante un plazo indefinido, hiere y aterroriza

la imaginación del paciente. Éste, por lo tanto, no es un procedimiento sin valor terapéutico, y merece, por lo menos, ser ensayado, cuando se piensa en su simplicidad, que iguala á su inocencia.

Una inyección irritante lanzada desde el canal de la uretra, engendra rápidamente una inflamación de la superficie mucosa y un dolor subsecuente de muchos septenarios, durante los cuales el masturbador evita toda manipulación capaz de provocar una erección, que conoce debe ser excesivamente penosa. El hábito cesa entonces, y si vuelve á adquirir su imperio á la curación de la uretritis artificial, se renueva la prueba tantas veces como se necesite. Larrey, su inventor, consideraba este tratamiento como muy eficaz, y después de haberle empleado muchas veces con éxito, es cuando le comunicó á Teraube. La solución medicamentosa por él empleada contenía una parte de subcarbonato de sosa por cinco partes de agua, y no debía penetrar en la vejiga, lo que se impedía comprimiendo, con ayuda del dedo, la raíz del miembro.

Á la inyección irritante preferimos la sonda permanente colocada en la vejiga. Lallemand, á quien somos deudores de este procedimiento curativo, se servía de una sonda de goma elástica, que fijaba de tal modo, que el paciente no la pudiera retirar; dejaba el instrumento en

el sitio el tiempo bastante para determinar la inflamación uretral, retirándola entonces y volviendo á colocarla desde el momento que cesaba el flujo. De este modo sostenía un estado flegmásico tan largo tiempo como creía conveniente, y hacía toda manipulación bastante dolorosa para renunciar á ella. Nosotros hemos reproducido en otro lugar una observación del profesor de Montpellier relativa á este método de tratamiento; para completarla, réstanos publicar aquí las pocas líneas de que la hace seguir este sabio:

«Yo he empleado después el mismo medio, —escribe,—con igual éxito en casos análogos, y le creo más seguro que todos los demás, cuando no se puede contar con la voluntad del sujeto ó con una vigilancia activa de los que están encargados de su cuidado. Pienso asimismo que en los niños merece la preferencia, porque deja en la memoria impresiones propias para destruir el imperio de la costumbre (1).»

Ya hemos nosotros aconsejado la circuncisión en los fimósicos, y hemos reproducido la opinión del Dr. Vanier (del Havre), para quien la postetomía es el preservativo más poderoso de la masturbación; añadiremos algunas palabras todavía á propósito de esta

(1) *Loc. cit.*, tomo I, pág. 465.

operación, considerada como medio curativo. En los niños y los adolescentes, la circuncisión es la medicación coercitiva menos aleable de la masturbación, y su utilidad no es en este mal, discutida por nadie. El terror que inspira, el espanto que ocasiona, — en los manualizadores la anestesia clorofórmica sería un contrasentido,—la interrupción de las maniobras que exige en tanto que no está la herida cicatrizada, tienen, en general, por resultado el olvido de los tocamientos y una saludable modificación en la conducta del operado.

«En ciertos casos de onanismo desesperado,—dice Vanier (1),—nosotros mismos la hemos aconsejado y practicado con los felices resultados que necesariamente debían seguir á esta operación. Por no ser peligrosa, no es menos formidable para el niño por su aparato aterrador, y sobre todo por la posibilidad en que deja al médico de amenazar al niño con una segunda mutilación, más terrible aún, si jamás vuelve á comenzar á abusar de sí mismo. Pero el terror en que la inminencia de la circuncisión y la operación misma hacen creer al niño; la perturbación moral que resulta es tal, que un cambio completo se hace en él, y todas sus ideas eróticas desaparecen.»

Palabra.—Hábilmente manejada, la pala-

(1) *Loc. cit.*, pág. 152.

bra es un medio poderoso que nadie osaría poner en duda. Con ella, en efecto, llamando al corazón y á la razón, es con la que se persuade y se convence al sujeto; con ella es con la que se hiere la imaginación por la amenaza y el terror. Gracias á ella, se despiertan los buenos sentimientos, se engendran sanas resoluciones, se sostienen y fortifican las voluntades vacilantes. Por esto no se debe jamás descuidar su empleo con los manualizadores que pueden escucharlas, es decir, con los adultos, los púberes, y aun ciertos adolescontes cuya instrucción ha elevado ya el nivel intelectual.

Guardándose con cuidado de infructuosas recriminaciones y de inútiles declamaciones religiosas, se procura poner en juego el interés personal de los manualizadores. En una conversación amigable se hace comprender á los unos que esto que aniquila sus fuerzas corporales y psíquicas, hace de él un ser inútil para sus semejantes, y que todos los inútiles son con justo desprecio relegados de la sociedad. Descubriendo á los otros con algunas frases severas las consecuencias de su costumbre, se traza ampliamente á su espíritu el sombrío cuadro de la vida solitaria y enferma que se preparan, con la perspectiva próxima de una vejez precoz, terminándose acaso en un asilo de alienados. No se dude jamás, si causa im-

presión profunda, en utilizar el terror ó la amenaza, recursos considerables para el práctico que de ellos se sabe servir.

La palabra de un médico,—escribe juiciosamente Deslandes (1),—puede muchas veces operar una conversión mejor que un libro. No debe temer herir fuerte, porque inmediatamente puede amortiguar sus golpes. Concebid todo lo que hay de aturdidor en estas palabras dichas friamente por un hombre grave á un masturbador: «Dentro de tres meses no existiréis.» Inmediatamente se ve á éste palidecer, turbarse; el corazón, las fuerzas le faltan; se siente desfallecer. No tengáis remordimientos, porque no es proporcionando la seguridad del culpable como le libráis de sí mismo. Añadid solamente con la misma seguridad: «Dentro de tres meses estaréis curado si renunciáis completamente y sin tardanza á vuestra fatal costumbre.» Estas palabras de esperanza, siempre indispensables para completar el efecto que se quiere producir, consuelan inmediatamente esta alma que parecía partirse, y dan al desgraciado que las oye fuerza para resistir á los deseos, que desde entonces maldice.»

Pero es preciso no detenerse en estas advertencias saludables y creer que todo va bien, puesto que el masturbador, persuadido, con-

(1) *Loc. cit.*, pág. 529.

vencido ó aterrado, promete abandonar sus maniobras: más que nunca, por el contrario, se hace preciso renovar los esfuerzos, sostenerle en la lucha contra sí mismo, levantar su resolución languideciente, y combatir sus deseos para hacer cumplir su promesa. Se le aconseja entonces modificar su género de vida; se le ordena dedicarse á alguna ocupación intelectual cautivadora; se despiertan en él las ideas de ambición, de emulación artística ó literaria; se prescriben los viajes, con sus variedades agradables y sus poderosas distracciones; se trata, en una palabra, de ocupar la imaginación y fortificar la voluntad, apartando la primera de su objetivo ordinario, é imprimiendo á la segunda una impulsión diferente y nueva.

Todos estos preceptos, no obstante su valor, serían acaso insuficientes, todavía debemos confesarlo, si el médico no les agregara un ayudante, que no se sabrá recomendar demasiado, puesto que por sí solo es muchas veces capaz de romper el hábito de la polución: nos referimos á la fatiga corporal.

En el tratamiento preventivo recomendábamos la gimnasia: en el tratamiento curativo insistimos fuertemente sobre la utilidad de los movimientos violentos, y largo tiempo sostenidos: insistimos sobre la ventaja física de la laxitud, cuando es engendrada por los juegos ó pro-

vocada por una ocupación manual. Es que, en efecto, el trabajo muscular diariamente renovado sirve de poderoso y constante derivativo á la irritabilidad genésica: es que, reconstituyendo el vigor corporal, materializando, por decirlo así, la voluntad del masturbador, se afirma esta última, y le da la energía de resistir á las sugestiones de una imaginación desviada. «Nada puede operar una diversión más eficaz á los órganos genitales,—dice en este sentido el profesor Lallemand (1),—como lo prueba la continencia bien conocida de los antiguos atletas, y la frialdad notable de los hombres más robustos que se entregan constantemente á rudos trabajos, á esfuerzos violentos. Ninguna vigilancia, ningún principio de religión ó de moral podría tener efectos tan seguros como una fatiga que trae consigo cada tarde un deseo urgente de reposo, que disminuye la secreción de esperma, la influencia de los órganos genitales y el imperio de la imaginación.»

Al lado de este medio, cuya acción bienhechora es tal, que ha bastado, según dice Simon (de Metz), introducir los ejercicios en el anfiteatro de Berna y las escuelas de Suiza, para arrojar la manualización, que hacía grandes destrozos: al lado de la fatiga corporal,

(1) *Loc. cit.*, tomo III, pág. 479.

decimos, es otro ayudante de la palabra más enérgico aún en su esfera especial; ésta no se dirige, en general, más que á los sujetos que han pasado de la edad de la pubertad, es decir, á los jóvenes núbiles y á los adultos. En la mayor parte de estos seres, en efecto, las advertencias amigables ó amenazadoras, aun ayudadas de una fatiga muscular excesiva, no tienen apenas más que una acción temporal, un resultado pasajero. No puede, por otra parte, suceder de otro modo, porque en el período vital que atraviesan, la naturaleza impone á ciertos órganos de estos hombres una función que nada compatible con la salud tiene la facultad de trabar; aun cuando se intente con el concurso de la voluntad del sujeto mismo, no se impide al testículo segregar el esperma, no se impide acumularse el semen en sus recipientes, y una vez aquí, determinar erecciones frecuentes y tenaces, engendar los deseos eróticos de orden fisiológico; en una palabra, de solicitar su salida.

Pedir en estas condiciones la continencia genital á gentes que ignoran la masturbación, es condenarlos á la espermatorrea ó á la satiriasis: exigirla á sujetos que ya se han manualizado, y que se quiere corregir, es sobrepujar el objeto y condenarlos á fatales recaídas. Es, por lo tanto, deber del médico ordenar á veces el coito para curar la mastur-

bación, lo mismo que le hemos aconsejado más arriba para prevenirla.

«Este es el único medio,—pensaba Lallemand (1),—verdaderamente eficaz para el presente y para el porvenir: el único que puede cambiar completamente los gustos contra natura, haciendo apreciar la inmensa distancia que separa estos tristes goces de los que están en el orden fisiológico. Para todo individuo púber, la masturbación no es más que un miserable suplemento á relaciones normales, siempre deseadas, pero hechas imposibles. Lo que lo prueba es que estas engañosas imágenes ocupan el pensamiento y reemplazan durante la vigilia los sueños de la noche.

»Los que se entregan á estas aberraciones para engañar su instinto, abandonarían, por lo tanto, fácilmente la sombra por la realidad. Esto es lo que saben perfectamente todos los prácticos; esto es lo mismo que dicen á los padres. Pero las más de las veces es imposible pensar en el matrimonio; la juventud extremada del sujeto, el estado de su salud, etc., se oponen, y en otro lugar he dicho qué responsabilidad pesa sobre los que en parecidas circunstancias toman una tan grave resolución. En su angustia, muchos padres han comprendido lo que les faltaba intentar, y algunos han sido bastante

(1) *Loc. cit.*, tomo III, páginas 488-89.

felices para obtener un éxito pronto y durable. Estos efectos de las relaciones sexuales han sido señalados por Tissot, por Fournier y Begin, por todos los que han escrito sobre este triste asunto, y yo no puedo sino alabar á Deslandes por la franqueza con que ha emitido su opinión sobre el partido que resta tomar cuando no hay sino optar entre un mal grande y otro menor.

«Sin embargo, llega un momento en el que este poderoso recurso escapa por sí mismo, porque se ha esperado largo tiempo. La perversión del instinto genital se halla entonces llevada hasta el punto que toda mujer se toma en aversión, en repugnancia: por otra parte, la función no podría ser llenada; esta misma impotencia *relativa* es la que cambia las ideas de los masturbadores sobre el otro sexo, y lo que los vuelve forzosamente al único placer que sus órganos gastados puedan procurarles ya.»

Decíamos más arriba que la relación intersexual era un medio de tratamiento propio para los sujetos que han pasado la edad de la pubertad: se ve, por las líneas precedentes del más autorizado de los genitalistas, que esta regla debe sufrir excepciones en algunos casos. En los jóvenes púberes, en los que, sin serlo, tienen ya los atributos, cuando todas las medicaciones hayan fracasado, cuando todos los

procedimientos curativos no hayan dado ni hecho esperar ningún resultado, antes de que sea muy tarde el coito, será el último remedio que intentar, el supremo recurso que emplear.

Así lo ha escrito Deslandes (1): «Hay en el onanismo una facilidad de ejecución que le hace siempre más terrible que el coito: si se estuviera, por lo tanto, en el caso de elegir entre los dos, no habría que dudar. En las cosas humanas, no es siempre, entre un mal y un bien, donde se encuentra el caso de optar, sino que muchas veces es entre un mal más grande y otro menor. Se puede, por lo tanto, sin herir las leyes físicas y morales, desear á un joven masturbador, aun cuando su madurez no haya concluído, medios menos peligrosos que los que él usa para responder al arrebato de sus pasiones.»

Las más de las veces, en verdad, el médico no tiene grandes dificultades para hacer aceptar á los masturbadores este método terapéutico. Todos los jóvenes, en efecto, que se polucionan porque no tienen otra manera de dar satisfacción á sus necesidades genitales, á su deseo de goces eróticos, dejan bien pronto sus maniobras por la mujer, este eterno objetivo de sus pensamientos, este alimento único de su lasciva fiebre. Pero, lo hemos mostrado en la

(1) *Loc. cit.*, páginas 520 y 521.

etiología, hay todo un grupo de adultos á quienes una especie de psicopatía extraña parece prohibir el congreso sexual. Para éstos, sobre todo para estos candidatos á la locura, es para los que se hace preciso dar á la palabra médica toda la elocuencia, toda la persuasión de que es susceptible, á fin de obligar, por decirlo así, á estos desgraciados á hacer uso del único medio que debe curarles y hacerlos hombres nuevos, útiles á los demás, y satisfechos de sí mismos.

Es indispensable conocer bien su caso particular, captarse su confianza, hacerles confesar sus más secretos pensamientos, para combatir victoriosamente las razones íntimas que les mantienen en sus malos errores.

Á los que domina el temor de pecar, se dirá que la masturbación es, más que el coito, una falta, puesto que, practicándola, se infringen las leyes de la religión como las de la naturaleza.

Á los sifilófobos se hará comprender que las enfermedades venéreas, fruto del libertinaje, no se contraen apenas en el lecho conyugal.

Se persuadirá á esos tímidos, á quienes aterroriza la idea de una entrevista á solas con una mujer, que esta última no tiene nada que pueda inspirar espanto, y que se abandona con mucho mayor gusto á los que contemplan su pudor nativo que á los seres brutales, igno-

rantes de la galantería, y cuyo abandono es la regla de conducta.

Guardándose de tomar en serio las lamentaciones de los que más de una vez no han podido terminar el congreso porque un excesivo trabajo de espíritu, percances de negocios, una pasión viva, los absorben demasiado, se les prohibirá por algún tiempo sus ocupaciones ordinarias, y asegurándoles y mostrándoles la causa de su frigidez temporal, se les prometerá, después de muy pocas pruebas, una potencia genésica que no sospechan.

Á los viudos inconsolables que se abisman en sus recuerdos, se les aconsejará una frecuencia asidua en la sociedad, el uso habitual de las reuniones, haciéndoles ver dulcemente que cada mujer tiene su encanto particular, y que basta entreverle, presentirle, para ver nacer, con ayuda de la costumbre, un nuevo y poderoso amor: se les añadirá con razón que para los sufrimientos del corazón no hay consuelo capaz de ser comparado á una caricia femenina.

En fin: á todos esos desgraciados á quienes el sentimiento de su fealdad, el conocimiento de sus deformidades, hacen micóginos, se les afirmará que el sexo opuesto, más inteligente que el nuestro en este punto, busca más bien en el hombre la cultura del espíritu y la dulzura de las costumbres que la belleza cor-

poral; se insistirá sobre el punto de que si la mujer hubiera reservado exclusivamente sus besos á aquellos cuyas formas rivalizaran con las del Apolo antiguo, la raza humana hubiera cesado de pesar sobre la superficie del globo desde hace mucho tiempo.

Tal es, á grandes rasgos, la exposición del tratamiento de la masturbación. No añadiremos más que una palabra : siguiendo los preceptos que acabamos de establecer, se podrá siempre, si se quiere verdaderamente, en un gran número *prevenir*, y en el resto *desarraigar*, el más frecuente de todos los abusos genitales.

FIN.

TABLA ANALÍTICA DE MATERIAS

INTRODUCCIÓN.

DE LOS ABUSOS GENITALES.

Excesos venéreos..... 5
Abusos genitales..... 5
Bestialidad..... 6
Coito incompleto..... 11
Coitos extragenitales..... 13
Sodomía..... 13
Coito bucal..... 27

CAPÍTULO PRIMERO.

GENERALIDADES.

Algunas malas definiciones..... 31
Sinonimia francesa y extranjera..... 34
Definición..... 41
Origen..... 42
Historia..... 44
Epoca actual. Frecuencia. Edad. Profesión.... 66
Influencia de la civilización..... 70
Bibliografía..... 73

CAPÍTULO II.

FORMAS Y PROCEDIMIENTOS.

Cuadro de las formas de la polución genital.. 93
Polución solitaria..... 94
Polución en común..... 94
Polución personal..... 95
Polución extraña..... 99
Polución manual..... 102
Polución no manual..... 103
Frotamientos y compresión del pene sobre un cuerpo cualquiera..... 104
Introducción del pene en un cuerpo cualquiera. Lazos constrictores alrededor del miembro. 109
Movimientos corporales. Conmoción general. 114
Introducción de cuerpos extraños en la uretra. 117
Polución completa..... 131
Polución incompleta..... 132
Polución realmente incompleta..... 132
Polución falsamente incompleta..... 133
Polución en diversas posiciones..... 135
Polución mediante maniobras sobre los órganos vecinos, principalmente el escroto y el recto..... 136

CAPÍTULO III.

CAUSAS.

Generalidades..... 145
ARTÍCULO PRIMERO.—Causas que, provocando una sensación particular del lado de los órganos sexuales cuyo eretismo determinan, despiertan la idea del placer genital.—Causas que hacen descubrir un modo operatorio propio para engendrar el placer presentido..... 149
§ I.—Causas interiores. A. Causas anátomo-fisiológicas :

1.° Individuales. Constitución erótica. Idiosincrasia genital. Precocidad sexual..... 150
Criptorquidia..... 159
2.° Causas anátomo-fisiológicas comunes..... 161
Excitabilidad nerviosa infantil..... 161
Disposición de los miembros superiores y de los órganos sexuales..... 164
Presencia del prepucio..... 166
Aparición de la pubertad..... 169
Acumulación de esperma en las vesículas... 173
B. Causas patológicas..... 175
1.° Causas locales. Fimosis congénita..... 175
Balano-postitis..... 177
Blenorragia, Blenorrea, Tenesmo, Estrechamientos, Pólipos uretrales..... 177
Vegetaciones de la verga..... 180
Dermopatías genitales..... 180
2.° Causas de vecindad. Cálculo vesical, replección de la vejiga..... 181
Afecciones cutáneas, Fístulas, Fisuras, Vegetaciones, Constipación..... 182
Parásitos..... 184
3.° Causas generales. Dermopatías. Sarna..... 186
Estado saburral..... 187
Gota..... 187
Tisis pulmonal..... 187
Inflamaciones catarrales..... 188
Afecciones del cerebelo..... 190
Hipertrofia del cerebelo..... 192
Abscesos, tumores, congestión del cerebelo.. 194
Afecciones de la médula espinal..... 196
Enfermedades del cerebro..... 197
Hidrocefalia..... 198
Epilepsia..... 198
Enajenación mental..... 198
Priapismo, Satyriasis..... 200
§ II. Causas exteriores. A. Causas físicas..... 203
Temperatura..... 203
Vestidos..... 205
Movimientos..... 207
Golpes en las nalgas..... 209
Introducción de cuerpos extraños en el recto. 210
Alimentos..... 210
Medicamentos..... 213

Medicamentos internos. Cantárida..... 213
Fósforo..... 214
Estrícnicos..... 214
Opio..... 214
Trementinas..... 215
Cannabis indica..... 215
Excitantes generales..... 216
Aloes. Drásticos..... 216
Medicamentos externos. Baños..... 217
Enemas drásticos..... 217
Vexicantes. Revulsivos..... 217
Olores..... 218
Polución extraña..... 219
B. Causas sociales..... 221
Profesiones..... 221
Riqueza..... 226
Pobreza..... 227
C. Causas intelectuales ó morales..... 229
Falta de contención en presencia de los niños. 230
Gestos imprudentes. Conversaciones ligeras. 231
Imágenes, estatuas, cuadros eróticos..... 231
Novelas de amor. Libros prohibidos..... 232
Representaciones teatrales..... 235
Cuadros vivos..... 238
Fiestas. Soirées..... 239
Baile..... 239
Preguntas profesionales..... 240
Iniciación precoz al coito..... 241
Enseñanza directa. Ejemplo..... 243
ARTÍCULO II.—Causas que, oponiéndose á la aproximación sexual, invitan al púber solicitado por el deseo genital, á suplir el coito por procedimientos de polución..... 248
§ I.—Causas personales. Timidez genital..... 251
Enfermedades locales y de vecindad..... 254
Deformidades locales y de vecindad..... 255
Enfermedades no locales..... 256
Deformidades no locales..... 256
Imposibilidad material del coito..... 258
Imposibilidad temporal del coito por afección quirúrgica..... 259
Sifilofobia..... 259
Temor de ser impotente..... 260
Temor de pecar cohabitando..... 261

Abstinencia sexual voluntaria..... 261
Repugnancia mórbida hacia la mujer..... 263
§ II.—Causas extrañas. Abstinencia recíproca.... 267
Abstinencia ocasionada por las enfermedades ó deformidades de la mujer..... 267
Continencia por falta de mujeres..... 269
Prisiones..... 270
Navíos..... 271
Miseria..... 272
Casas de enajenados..... 272
ARTÍCULO III.—Causas que, sosteniendo la idea del placer ya percibido y el deseo de sentirle nuevamente, inducen al individuo á reiterar las prácticas que han producido la sensación agradable. 274
Permanencia de las causas primitivas..... 276
Pereza..... 277
Soledad..... 279
Debilidad del hombre ante la posibilidad del placer..... 279
Hábito..... 284

CAPÍTULO IV.

SINDROMAS Y SIGNOS.

Generalidades..... 293
Sindromas psíquicos. 1.° Intelectuales..... 296
2.° Morales..... 297
Sindromas físicos. 1.° Locales..... 298
2.° Generales..... 299

CAPÍTULO V.

CONSECUENCIAS.

Patogenia..... 321
§ 1.°—Afecciones locales y de vecindad. Parafimosis..... 332

Balano-postitis 333
Uretritis simple..... 334
Afecciones de la próstata. Eyaculaciones sanguinolentas. Dolores funiculares y testiculares. Orquitis. Atrofia del testículo..... 337
Cistitis. Catarro vesical..... 341
Incontinencia de orina. Estrangurria. Disuria. Hematuria. Retención de orina..... 342
Heridas. Estrecheces de la uretra. Traumatismo de la próstata, de la vejiga. Cálculos... 343
Heridas del pene. Gangrena..... 344
Varicocele..... 344
Relajación del escroto..... 346
Espermatorrea..... 346
Hipersecreción de las glándulas de Cowper. Prostatorrea..... 349
Impotencia temporal..... 350
Infecundidad temporal..... 351
Desviación de los puntos eyaculadores..... 353
2.°—Afecciones generales.....
A. Consecuencias sobre la inervación. 1.° Enfermedades de las masas nerviosas, centrales y periféricas sin lesiones anatómicas. Nervosismo de orden físico..... 355
Trastornos sensoriales..... 358
Eclampsía infantil..... 362
Contractura esencial de los miembros inferiores..... 363
Corea..... 365
Epilepsia..... 367
Nervosismo de orden psíquico. Idiocia. Hipocondría. Enajenación mental..... 375
Satiriasis..... 388
Aversión por las mujeres..... 390
Enfermedades de las masas nerviosas con lesiones anatómicas..... 393
Enfermedades cerebrales..... 394
Congestión y neuralgias..... 395
Meningitis crónica..... 396
Enfermedades espinales..... 397
Irritación congestiva. Neuralgias..... 398
Congestión espinal..... 402
Meningo-mielitis crónica..... 405
Ataxia locomotriz..... 407

B. Consecuencias sobre los demás aparatos..... 409
Anemia. Espasmo cardio-pulmonar. Enfermedades orgánicas del corazón..... 410
Tos nerviosa, Afonía, Laringitis granulosa, Bronquitis crónica, Tisis pulmonar..... 412
Gastralgia, Dispepsias, Consunción..... 416
Raquitismo, Caries vertebral, Caducidad precoz..... 418
§ III.—Influencia de la polución en el curso de las enfermedades y heridas..... 420

CAPÍTULO VI.

TRATAMIENTO.

Generalidades..... 429
A. Tratamiento preventivo..... 430
Medidas higiénicas..... 431
Medidas sociales..... 435
Medidas psíquicas..... 440
Medidas médico-quirúrgicas..... 445
B. Tratamiento curativo..... 453
Coerción..... 454
Palabra..... 461

FIN DE LA TABLA ANALÍTICA DE MATERIAS.